



·R. BLANCO-FOMBONA·

POR LOS CAMINOS
DEL MUNDO



BIBLIOTECA

POR LOS CAMINOS DEL MUNDO

Cardenal Cisneros

R. BLANCO-FOMBONA

DEP
26587 A

POR LOS CAMINOS DEL MUNDO



BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL
"CARDENAL CISNEROS"
ALCALÁ DE HENARES

15 MAR 2017

número de registro:

45230

EDITORIAL MUNDO LATINO
MADRID



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



ES PROPIEDAD

Copyright by

Rufino Blanco-Fombona.

1926

IMPRESA HELÉNICA. PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3. MADRID.

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



A
LUIS ARAQUISTAIN,

EN PRUEBA DE AMISTAD Y ADMIRACIÓN,
ESTAS PÁGINAS.

R. B.-F.

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



ERRATAS OBSERVADAS

DONDE DICE

DEBE DECIR

Pág. 18: *bloemenveldens*.

... *bloemenvelden*.

Pág. 88: con viejos motivos espontáneos del terruño y *la raza*.
¿Y la raza?...

con viejos motivos espontáneos del terruño.
¿Y la raza?...

Pág. 176: ... encantadora mujer que se *llamaba* Regina, y sabe reinar.

... encantadora mujer que se llama Regina y sabe reinar.

Pág. 284: *Ces contes américains me plaisen*.

Ces contes américains me plaisent.

BIBLIOTECA



I
HOLANDA

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

I

Por tierras de Holanda

I.—Las ciudades.

El tren corre con evidente moderación.

Horizontes a ras de tierra, atmósfera húmeda, cielo gris, llanuras cuadrículadas, prados verdes, blanquinegras vacas de asta corta; puntiagudas torres de pizarra, humo de fábricas; trajes absurdos y pintorescos, mujeres con tirabuzones o escarabajos de oro sobre la frente y cofias de lino, mozalbetes con pantalones bombachos de terciopelo oscuro y chaquetilla a la cinta; cabezas de zanahoria, barbas de maíz, caras inexpresivas; caseríos de ladrillo, torreones, canales, molinos: ¡Holanda!

Y las ciudades.

Rotterdam: comercio, lluvia, callejuelas, techos de pizarra a dos aguas, casas de ladrillo, barcos, «aquí se vende», «aquí se compra», importación y exportación, bicicletas, cafetines, tabaquerías, un jardín zoológico con obscenos monos de Sumatra, calles atracadas de carros, casucas, casonas negruzcas, barriles, pipotes, latas en las aceras, bon-

gos en el río, trasatlánticos en los muelles, palúdicas caras de javanese, el cónsul de Bélgica, el cónsul de Inglaterra, un alemán, *schiedam*, un *goulden*, diez *gouldens*, comercio, comercio, comercio.

¿Amsterdam? Sí; Amsterdam existe. Existe por su bien diferenciado color local; existe por su pintura, por su Bolsa—Londres, París, Hamburgo, Amsterdam—, por la Marina holandesa y por los archipiélagos asiáticos, a los que sirve de capital metropolitana, *in nómine*.

La Haya en Holanda, como La Paz en Bolivia, hace de capital sin serlo. Sí; existe, para sorpresa y encanto del ojo, esa Amsterdam partida de canales, como la antigua Mitilene de los griegos, la gran Tenochtitlán de los aztecas precortesianos y esa palaciana Venecia, que sobrevive a su esplendor. «Venecia del Norte», dicen los cursis y las guías.

La multitud espesa y municipal de los domingos del poeta en las calles céntricas; en torno de la plaza y estatua de Rembrandt, teatros, restaurantes, cafés, cafés-conciertos, mujeres de mirada atrevida y prometedora, una galantería bastante chabacana, traducida del alemán con ayuda de la guerra europea y de la depauperación del País Germano, cuyos agresivos mostachos de Káiser han sido convenientemente recortados y conquistan menos corazones femeninos.

II.—El genio artístico de Holanda.

No sólo en Amsterdam; en toda Holanda existen muchos y buenos pintores.

¿Qué los caracteriza?

Son realistas, detallistas, carentes de imaginación, como todo el país. Estos pintores se transmiten unos a otros los motivos, sin inquietudes espirituales, sin rebeldías personales, con lealísimo a la verdad vista y una absoluta incapacidad para imaginar. Nada de desnudeces. Hace mucho frío en Holanda.

Dicen que en Holanda hubo, siglos atrás, un poeta: Vöndel; y aseguran que era muy estimable. Es posible. ¡Vaya usted a saber!

No produce el país formidables hombres de pluma, como produce Escandinavia. No es posible que vivan desconocidos en Holanda un Ibsen, un Bjorson, un Hamsum, un Strindberg. Y si existieran, no existen o no comenzarían a existir hasta que el mundo los conociera en lenguas accesibles a la cultura universal. Pero no haya temor de que diamantes de ese calibre duerman en el fondo obscuro de los cofres de Batavia.

Holanda carece en literatura de espíritu creador e imaginativo. Es más: carece de lengua. Esa jerga germánica nunca fué trabajada como materia artística al través de las centurias por sucesiones de maestros, como ocurre con las grandes lenguas vivas. Y falta lengua y falta literatura porque falta espíritu.

No de otro modo se puede interpretar la crítica de los mismos holandeses:

«Holanda no posee mas que fragmentos de una

literatura—dicen F. Chasalle y C. Kek—; no existe literatura holandesa como un todo histórico. En nuestro desenvolvimiento artístico hay puntos culminantes que no están ligados entre sí por una serie ininterrumpida de portadores de la tradición... Ese desenvolvimiento se efectúa a empujones, y adopta sucesivamente, por transiciones bruscas, las fases diversas de las literaturas de los pueblos vecinos... Nuestros acontecimientos literarios son el reflejo fiel de lo que ya ha pasado en otra parte, e incluso desde bastante tiempo, porque una de nuestras características étnicas es cierta lentitud, nacida de la prudencia... Cuando un renacimiento se produce, conserva, por lo general, su actualidad durante mucho tiempo. La consecuencia es la formación de una especie de argot (o clisé) artístico, la desoladora repetición de ciertas formas.»

Se carece, en suma, de la virtud creadora en literatura. Parece mentira que el pueblo donde ha surgido un Rembrandt y donde tan alta se conserva la tradición pictórica, que hasta ayer contó vivo a un Israel, sea tan mediocre en capacidad literaria.

¿No probaría ello, entre otras cosas, que el don pictórico es un don secundario; en todo caso, que la pintura es una de las artes en que menos funcionan la sensibilidad y las aptitudes creadoras del espíritu?

Carece Holanda asimismo de la facultad de producir la belleza artística por medio del cincel: no cuenta ningún escultor de mérito sobresaliente este país, que tampoco posee la piedra. Entre aquellas virtualidades que mil y una circunstancias permiten desarrollarse en cada pueblo, cupo

a Holanda la energía paciente. Y si ignora el suponer, conoce a maravilla el hacer.

III.—Hombres libres, taciturnos.

Este pueblo ha podido lo que nadie pudo: vencer al mar, su antiguo conquistador, su enemigo hereditario y vigilante. En la lucha secular de estas dos paciencias heroicas, la que acomete y la que se defiende, el triunfo ha sido, como se sabe, del Fabio Máximo holandés.

Y del mar le han venido a este país de acuáticos e ictiófagos parte del suelo patrio, un imperio colonial y aun brumosas leyendas—como la del holandés volante—a que va unido el nombre de esta raza marítima.

Buenos hijos del mar, aman la libertad y la practican. La paradógica libertad de los mares—vale decir, su dominio—la disputaron, porfiados, a Inglaterra. La libertad política es una tradición en esta república coronada; la libertad de conciencia neerlandesa sirvió de asilo a judíos y protestantes en aquellos tiempos calamitosos en que toda Europa gustaba el «roastsbeef» humano a la española y los sesos salteados con salsa roja.

En cuanto a la libertad individual, basta echar una ojeada a cualquier calle de cualquier ciudad holandesa para mirarla patente, siempre que se sepa ver al través de las paredes. No existen grandes inmuebles de muchos pisos, de esos que albergan en las entrañas una población entera, como en París, como en Madrid. Las casas son pequeñas, para una sola familia. Cada uno vive

en su casa. No puede serse más independiente. Nada pinta mejor el carácter poco comunicativo, poco sociable, libérrimo, de estos bátavos.

Hasta en los cafés puede advertirse el individualismo silencioso. Cada cliente fuma su tabaco de Sumatra y apura menudeadas copas de schiedam, solo, callado, hermético; y no menos hermético y solitario aunque lo acompañen dos docenas de camaradas o, como ocurre, la mujer y los hijos. Guillermo el Taciturno es doblemente holandés: por holandés y por taciturno.

Estos taciturnos gigantes rubicundos, de pronto nos abordan con aspecto truculento, como para convertirnos en añicos; pero aquel que va a tragárselo a uno sólo piensa en decirnos o respondernos alguna cosa, que es casi siempre una tontería: «Sí, llovió anoche», «¿Adónde va usted a almorzar?» Y si algo le explicamos, da tiempo a su difícil elaboración cerebral con una serie de ruidos inútiles, que hacen el papel de conversación: «¡Oh! ¡Oh! ¡Yal! ¡Yal!»

IV.—Lo eterno femenino.

Y lo eterno femenino, ¿interesa?

En el teatro, en los paseos, en las densas nubes de ciclistas—todo el mundo pedalea, hasta la Reina, en este país de palma de mano—, destácanse entre los muchos kilos colorados de manteca de Rubens, algunas figuras de Gainsborough, algunas miradas de miosotis, algunas carnaciones angélicas de suavísimo rosa, bajo el sombrerito negro, entre rizos de oro que alborota el aire.

Y el contraste maravilloso: las caras morenas y

los negros ojos divinos de Raquel, de Sara, de Rebeca; la inteligencia vigilante, pronta, no nada germánica y tardía de los hermanos en raza de aquel Spinoza, de aquel Heine, de aquel Meyerbeer, de aquel Disraeli, de aquel Karl Marx, de este Trosky, de esta Sara Bernhardt, de esos Rothschild.

Y la seguridad de que encontraremos con la belleza mate, la herencia de Salomé, una sangre apremiante, urente; no la acuosa linfa batá-vica.

V.—Barrios, calles, casas...

Por las afueras de Amsterdam advertimos otra ciudad menos traficante y populosa que la villa del centro, con su palacio del Dam, de arquitectura macarrónica e inexpressiva; su Kalverstraat, llena de ruido de colmena; su Bolsa, su Postkantoor. Por las afueras, Amsterdam parece otra. Barrios de encantadora solitud, canales apacibles, silencio, Brujas la muerta en cada esquina; y en medio de aquella quietud, a lo largo de aquellas silentes calles arboladas, donde entran ganas de habitar toda la vida, ¡qué discretas casitas, graciosas por fuera, confortables por dentro!

¡Las conozco! Como es grato recogerse en ellas a ver llover, a ver nevar, a fumar, a leer, a soñar, a oír loquear a los hijitos o a tomar el te en las veladas de la Holanda familiar, después de las preocupaciones del Banco, las carreras de la Bolsa, las mil emociones de hombres que—como algunos personajes de Shakespeare—saben que su fortuna

flota, en la bodega de un buque, sobre mares remotos.

Y después de Amsterdam, La Haya: la cigüeña heráldica de la urbe, plazas y calles quietas, puertas cerradas, casones señoriales, embajadas, los ministerios del Plein, conferencias internacionales, el Palacio de la Paz, el Museo a la vera de un canal... Y en el Museo, la rembrandtica *Lección de anatomía*; casitas campestres de Hobbema, paisajes de Ruysdael, marinas de Mesdag, vacas de Potter, interiores de Jan Steen, escuelas nocturnas de Van Ostade, figuritas sarcásticas de Teniers.

Habrà desaparecido, seguramente, el haya del conde, S'Gravenhaage; la ciudad ha reemplazado al árbol del figurón: centenares, millares de árboles, nietos, bisnietos, tataranietos y choznos de aquél, tienden sus cúpulas verdes y forman umbrosas y magníficas calles de vegetación desde la urbe pulquérrima hasta la orilla del mar.

En medio del bosque, quintas... Y al fin del bosque, y tendida en la playa, Scheveningue—esa Biarritz del mar del Norte—, con calores excesivos de veinte grados centigrado.

VI.—Recuerdos.

Me sobrecoge un sentimiento tan antiguo como el mundo, ese pesar modoso que se nombra melancolía y que se produce al contrastar lo efímero de nuestra existencia y lo engañoso y mudable de nuestro sentir con la constante renovación de la vida. Nada lo despierta como el restaurar por el

recuerdo un fragmento de nuestra existencia pasada, de nuestra vida ya vivida; nada, como volver a aquellos sitios que la ilusión y nuestra juventud cubrieron con su velo de Mab.

¿Recordáis aquella obra en que un príncipe tudesco, ya soberano, tuvo el capricho de revivir por unas horas su alegre y desenfadada juventud de estudiante en una antigua ciudad universitaria? Volvió a Heidelberg. Heidelberg permanecía idéntica, con sus locas algaradas estudiantiles y sus *gaudeamus igitur*; pero el corazón del príncipe era otro. La visita fué lúgubre.

En estado de espíritu semejante al del príncipe tudesco recorro estas playas del mar del Norte, estas ciudades de Neerlandia, donde las Risas y los Juegos de antaño me parecen ahora aquella danza macabra que la Desesperanza grabó en los sepulcros del medioevo.

VII. — Los bolcheviques en La Haya.

¿Qué vengo a hacer a Holanda? Vengo a presenciar, *sur place*, el fracaso que dicen está ocurriendo.

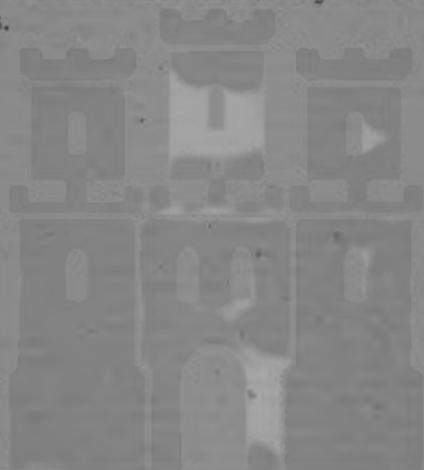
¿Pero qué fracaso ocurre?... En La Haya se juntan unos economistas, o cosa así, de la Rusia soviética con otros economistas, o cosa así, de media Europa burguesa. La mentalidad bolchevique de Oriente no se entiende con la mentalidad capitalista de Occidente; y se habla de fracaso.

Y vale preguntar: ¿Quién, qué es lo que fracasa?

Los rusos ponen por obra un concepto revolu-

cionario de las cuestiones económicas, que no es el mismo de los pueblos acaparadores. Se juntan los representantes de unos y otros: no se entienden. Y se habla de fracaso.

¿No se podría hablar mejor de fracaso si los capitalistas hubieran cedido en todo, o si en todo hubieran cedido los soviéticos? Hasta ahora, no ha fracasado nada, sino la intolerancia de los que creyeron encontrar en La Haya una Rusia de rodillas.



Domingo holandés

Es domingo. Como en la terraza de un café; tengo por frente la plaza y la estatua de Rembrandt. Entre la estatua y yo, entre la plaza y el café, la multitud dominguera pasa, grita, gesticula.

El bello y dorado sol dora y embellece la plaza. Los árboles mueven sus copas de un verde nuevecito. Las mejillas bermejas, las cabelleras de oro al aire, vestidas de blanco, de rosado y de azul, las holandesitas discurren por parejas, en grupos o del brazo de sus amantes. No ritman el andar como las chicas de mi tierra, nietas de aventureros andaluces; ni arquean el cuello de cisne, ni contonean las caderas enseñándolas con la malicia y la gracia de las mujeres de París; pero así como son, el seno prominente, sencillas, coloradotas, risueñas, yo las encuentro adorables en esta primera y luminosa tardecita de fin de junio, tardecita de abril más bien, olvido o regalo póstumo de la primavera.

En la calzada un piano de manubrio echa a volar la música de un vals; los granujas valsan. El

vals vuela frenético de la caja sonora y hace cosquillas en los pies de los danzantes. Un grupo de marineros desemboca en la plaza. Vienen cantando una canción de Holanda. Son veinte, son treinta, son muchos. Y encadenados de las manos, en círculo, gritando y brincando, rodean el piano. El piano trueca el vals por una música del país; y los hombres de la cerveza y del schiedam, los marineros del mar del Norte, empiezan a bailar un baile imposible, una cosa rara e ignota, un baile de Walpurgis.

De todas partes se asoman a ver; los paseantes se detienen; la circulación se interrumpe. Cuando el grupo de marineros termina su extraño baile ridículo, muchachos, mujeres, hombres, todo el mundo rompe en aplausos, y de todas las bocas sale un grito de súplica: la súplica del bis.

Es la alegría del Norte, la vieja alegría, la alegría sana, fuerte y ruidosa de las kermesas.

Golondrina errante, adiós

Me he salido a correr el campo. Aquí estoy, solo, tendido sobre la yerba, a la riba del agua, bajo los olmos copudos. Mi pensamiento sale volando. No, no es el pensamiento, sino una cosa vaga, misteriosa, alada, primaveral, amiga de las aguas durmientes, de los bosques, de los cantos de pájaros. Enjaulada en la ciudad esa cosa íntima, voladora y risueña, no abre las alas; y su tristeza de exilio me contagia. Sí, está es su patria: la fronda tupida, la fresca linfa, el cielo de nácar transparente.

La ciudad me sofoca a mí también. Esta agua a cuyo borde medito, me hace pensar en los ríos de mi infancia, de mi niñez campesina. Esta golondrina que cruza; estos pájaros cantores son hermanos de mis patrias golondrinas, de mis turpiales y de mis cardenales, cardenales y poetas a tiempo mismo, que llevan en el copete la púrpura y la lira en la garganta.

No lejos del sitio donde sueño, un vaporcito desembarca muchedumbre de gente. Se desparraman los turistas parloteando y felices. También ellos

solicitan la frescura, la soledad y el dulce pío de pájaros... También ellos son poetas. Sin embargo, su mera vista me importuna. La cosa alada y primaveral que llevo dentro de mi corazón vuelve a su jaula. Me juzgo turbado; me dispongo a partir.

Adiós, sueños interrumpidos; adiós, sueños de un minuto; adiós, linfas del Amstel; golondrina errante, adiós.



Bloemenvelden

Por la angosta calle rústica, bajo la cúpula de un verde muy claro, en el claro día de primavera, pasa nuestro faetón lleno de orgullo, dando al viento sonoras charlas.

Canales, paralelos al camino, se duermen a la sombra de los castaños copudos.

De cuando en cuando un aliento de céfiro produce escalofríos en el agua; corre por las serenas linfas escala de temblores, y crespas la superficie de los canales enjutos.

Desde el camino, por los intercolumnios de árboles, como desde un palco de coliseo, se mira y se admira la llanura cubierta de flores y de sol: mar de olas blancas, de olas azules, de olas carmesíes, de olas doradas.

Las flores—narcisos, tulipanes, jacintos—, sin tallo casi, parece que flotan sobre la tierra, como los nulembos en el agua, y que la tierra ha roto en flores como la ola rompe en espumas.

Los ojos alcanzan por dondequiera aquellos cuadros de jacintos, de tulipanes, de narcisos, cuadros de simetría perfecta, cuyos matices, casados con



maestría, regalan el gusto. Esos jaqueles de flores, que adulan ahora nuestro olfato y nuestros ojos han despertado ya nuestro entusiasmo por el color y por la técnica en los museos. Esos *bloemenvel-dens* han hecho la gloria floreal de Huysum.

Los del coche traducimos de un modo ingenuo nuestra ingenua admiración.

—Precioso—digo yo.

—Precioso—dicen las dos lindas holandesitas.

—Precioso—repite la rubicunda madre de ambas criaturas.

Expreso a mi juvenil compañera—parisiense de Amsterdam—admiración por aquellos floricultores estetas.

—No inventan nada, ni les importa más un jacinto que una cebolla; hacen lo que sus padres, sus abuelos y sus tatarabuelos han hecho.

En medio del campo encontramos un café restaurant. Descendemos allí y pedimos unas copas de Oporto. La más joven, aunque no la más hermosa de aquellas mujeres, enrojecida por el aire y por el Oporto, poniéndose en pie y extendiendo el brazo me dice:

—Mire, mire.

—¿Qué?

—La bandera española.

Una faja de narcisos de amarillo violento, en medio de dos bandas de jacintos de púrpura, fingen una orgullosa, espléndida bandera de España.

Sobre aquel mismo suelo de Haarlem, cuatrocientos años atrás, aquella bandera de tan alegres colores flotaba para los holandeses como signo de horror. A su sombra rodaron en la muerte alrededor de doce mil españoles; aquella ciudad de Haar-

lem, rendida, fué pasada a cuchillo por la gente de Iberia. La púrpura de esa bandera, allí se refirió en sangre española y en sangre de Neerlandia.

España en aquellos tiempos era la Fuerza; y la Fuerza, como los gases, tiende a la expansión. La crueldad de los soldados de Felipe II y el odio tationario y encendido de los holandeses sitiados, jugaron a la pelota, de campo a campo, con cabezas de víctimas, en aquellos mismos prados herbosos; en aquellas mismas hazas, ahora en flor. Los holandeses no olvidan la historia.

—Raza perversa la española—dice mi compañera de asiento en el faetón, la más linda de aquellas mujeres, quitando acritud a la frase con la expresión risueña del semblante.

En aquel momento la raza española era yo. Expongo una teoría para exculpar, como pueda, a España.

En vano. Mi elocuencia no convence a nadie.

«Crímenes son del tiempo y no de España»—cantó el poeta—, queriendo impersonalizar los errores y atribuir a una cosa vaga—el tiempo—las maldades de los hombres. Hay que tener valor y sentido crítico para no solidarizarnos con todos los yerros de la historia, sin negarlos. ¿Diríamos que el Teatro español fué la obra del tiempo y no de España? Los crímenes no fueron sólo del tiempo, como no fueron sólo de España. Los crímenes de la Fuerza son, en mucha parte, de la Fuerza misma; son efecto casi irremediable, casi fatal. Un terremoto no es bueno ni malo: es terrible. La guerra es una forma del poder terrible de la naturaleza. Pueden cambiar los tiempos, pero no cam-

bian los estragos de las conquistas. El hombre es un ser inteligente y puede, si se lo propone y obedece a noble sentido moral, dominar sus pasiones o enderezarlas, hasta cierto punto, hacia el Bien. En la medida que lo haga, pueblo u hombre, en esa medida será prócer.

La crueldad de España es realidad aneja a su carácter; pero no es única en la historia. Cruel fué la España de los siglos XV y XVI, cuando hacía tabla rasa de la civilización aborigen de América y diezmaba la flor de aquellos Imperios; pero no fué más cruel la España de entonces que la Roma o la Cartago de antes, ni que la Inglaterra de ahora... Esta Inglaterra, con su hipocresía en los ojos y la Biblia en el bolsillo, ametralla a los derwiches, somete a sangre y fuego a los ashantis, crucifica a los boers y se bebe la mitad de la sangre y de las lágrimas que han vertido los hombres en el siglo XIX.

Algo de esto insinúo, en el tono de más campechanía que me es dable.

—No me dirá usted, a pesar de todo, que ocurren ahora las mismas barbaridades que hizo España con Holanda—me espeta la madre de las dos lindas criaturas.

—¿Que no ocurren, señora? Vea usted lo que ha pasado en China en la aurora del siglo XX. Una gavilla de pueblos, en nombre de la Civilización, se echa encima de otro pueblo cien veces más civilizado que ellos; de un pueblo cuya civilización era ya antigua cuando ellos no existían ni siquiera como raza...

—Bueno, ¿qué? ¿Qué hacen los nuevos bárbaros?

—Pues casi nada... Comienzan por atar los ga-

villeros al vencido, y luego de clavarlo en una cruz le registran los bolsillos y lo despojan de su dinero.

Las niñas ríen.

—¡Qué trágica resulta su historia de ladrones!— exclama la una.

—Política, no—exclama la otra.

La señora me excita a proseguir. Ella está convencida de que reducirá a polvo mis argumentos, como no sean muchos. En suma, ¿qué? Esos chinos serían muy civilizados cuando Europa estaba en plena barbarie; pero ahora...

—¿Qué ha unido a Francia y Alemania, países enemigos, a Rusia e Inglaterra, países rivales? El robo, como a los apaches de París. La idea de ir a pillar a China.

—De castigarla.

—¿Qué ha unido a los Estados Unidos, campeones de la libertad, según ellos se dicen, contando con la estupidez humana, que es lo único universal? ¿Qué los une con Japón, su adversario y su antípoda en todo sentido? El propósito de apandillarse contra un tercero, un pobre diablo de pueblo, la inerme China.

—China había cometido crímenes contra los europeos.

—Es un país retrógrado—intercala una de las chicas.

—Se necesita abrirlo al comercio—confirma la vieja—, a la civilización europea.

—A las doctrinas cristianas.

—A la moral de Occidente.

Se le había hecho señá al camarero y bebíamos, de nuevo, Oporto. Nadie puede suponer cuántos

argumentos caben en el fondo de una copa de vino generoso.

—Buen medio—exclamo, combativo y testarudo, sin querer dejarme derrotar por mis tres contrincantes—. ¡Buen medio para occidentalizar a los orientales el ir a matarlos y robarlos en nombre del progreso!

—El que la hace, que la pague.

—No, señora; el tali3n no puede ser ley en Europa. Y menos pueden tolerarse los disfraces ideol3gicos de una mala acci3n internacional. En nombre del Progreso, Europa, en compa3a de yanquis y japoneses, saquea en China palacios; en nombre del Comercio, arruina las poblaciones; en nombre de la Moral, son v3ctimas de la licencia soldadesca esposas, madres, v3rgenes...

—Exagerado.

—En nombre del Cristianismo se destruyen venerables templos de venerables divinidades de aquella gente; en nombre de la Civilizaci3n, se decreta la muerte de los principes y los h3roes, se dan al fuego manuscritos seculares de la historia de China... En nombre de la Fraternidad de los pa3ses de Europa, el odio arrasa en Asia lo que la codicia desprecia.

—Usted exagera—asegura la se3ora.

—Quien exagera es Europa; es la fuerza bruta. Tenemos que reducir a los fuertes a la impotencia. Ese ser3a el mejor empleo de una verdadera civilizaci3n.

—Usted es un *poseur*—declara una de las muchachas—, y por eso quiere llevarnos la contraria en todo.

Y mi compañera en el faetón, la lindísima criatura vivaz, añade clavándome los ojos:

—En el fondo está de acuerdo con nosotros... Nos entendemos bien.

Sonreí a su frase maliciosa. Yo no aspiraba a más sino a entenderme con ella.

—¡Quién se entiende con estos españoles atrabiliarios!—concluye la señora, entre campechana y mordaz.

¡Los españoles! En el fondo no los pasan muchísimos holandeses. Parece **mentira**. No han olvidado la historia. Allí está, en los Museos, escrita en colores; ahí está en los textos de las escuelas; ahí está en el pecho vivo de la nación. Esta gente pacienciosa y rencorosa no perdona aquella dominación exótica que tanto la hizo sufrir. Discrepancia entre pueblos distanciados por la geografía, por la raza, por la religión. El duque de Alba es en Holanda un personaje de actualidad. Felipe II también.

Estas charlas, escritas, parecen pedantes e impropias para sostenerlas con mujeres, máxime con mujeres a quien uno intenta agradar. Charladas es otra cosa: la inflexión de la voz, las sonrisas, los fingidos gestos ceñudos, las interrupciones, las exclamaciones, mil **pequeñeces** prolijas y amables que no pueden apreciarse en el relato, a menos de convertirlo en kilométrico, y ni siquiera así, les quitan aspereza. Además, la juventud en los jóvenes, el buen humor en la vieja, en todos el Oporto, la mañana de sol y la superabundancia de savia primaveral producen deliciosa excitación que se desfoga en parloteos vehementes.

Se convino en que almorzaríamos, no allí, en

aquel restaurant en medio de los floridos y jaquelados predios, sino en la misma Haarlem. En la tarde visitaríamos el Museo.

—¿Usted lo conoce?—me interrogan.

—Lo conozco.

—Apenas hay obras de Franz Hals.

—A mí me gusta mucho Franz Hals.

Gustándome a mí mucho Franz Hals, a la señora tenía que gustarle mucho más otro pintor cualquiera. Se le ocurrió Van der Helst, detallista sin imaginación y sin poesía, al revés de Franz Hals, que tiene un alma, además de un pincel, y sabe demostrarlo.

—¡Son tan distintos, mamá!—intercala una de las chicas, con ánimo evidente de que la señora y yo no nos enzarzásemos de nuevo en luengos parloteos. Pero la vieja quería pasar el rato, por lo visto, y juró, muerta de risa y guiñándole el ojo a una de las niñas, que ella ponía a Van der Helst sobre Franz Hals. Como yo no le contestase, por haber sorprendido su pícaro guiño de ojos y por estar buscando la ocasión de alejarme a charlotear con la más linda de aquellas dos criaturas, de quien me estaba sintiendo enamorar, aquella respetable señora de buen humor me disparó una pregunta a boca de jarro. Pero yo pude evadir el trabucazo. La dejé con su Van der Helst dentro del cuerpo.

Partimos hacia Haarlem y hacia el almuerzo.

* * *

Nuestro coche iba lleno de flores. A cada paso, de los bordes del camino salen chicas a ofrecer su fragante mercancía.

Mi compañera del coche, con sus manos y su falda llenas de narcisos, tulipanes y jacintos, ¡qué linda, que embriagadora me parecía! ¡Qué feliz me sentía llevándola a mi lado y comprendiéndome también no muy lejos de su corazón! En su mano iba empuñando, como el cetro de Flora, un manojo de jacintos blancos. Le insinué que acercase a mi rostro el manojo y hundí la cara en la pulpa de nieve de los jacintos, aspiré la fragancia y, como si fuese el ramo una mano de mujer, como si fuese la mano de la linda criatura que lo estaba sosteniendo, me puse a sembrar de besos aquella blancura fragante.

Mi compañera, viéndome besar y respirar las flores, las separa presto de mí, e inclinándose a mi oído con disimulo dice algo que no percibo claro ni ella consiente en repetir. Después aclara:

—Usted ama las flores sin inocencia, con voluptuosidad.

Le repuse que amaba la hermosura y que por eso creía amarla a ella.

—Dios me libre; no me sentiría tranquila.

Los jardines luminosos, el cielo radiante, el aroma de los jacintos, el vino de Oporto y la intrigante primavera tenían la culpa al unísono, no sólo de aquellos charloteos interminables con la vieja, sino también de que se hicieran sentir en nuestro pecho, en aquel instante, la poesía, la voluptuosidad, la juventud, el amor.

* * *

Mi reputación de auriga, no muy bien cimentada, sufrió un terrible descalabro con la aparición súbita de una florista. Asustóse uno de los caballos del tiro; fustigné con rabia a la bestia y con rabia partió a correr el tronco por el estrecho callejón, sin que mis fuerzas alcanzasen a detenerlo. Luego de un buen espacio de carrera, peligrosísima por la estrechez de la vía, salimosfortunosos de la aventura.

Repuestas del visible e inevitable pánico, juran las niñas por todos los santos del cielo una mentira: la mentira de no haberse turbado; y mientras la jamona bermejiza de buen humor excesivo me declara inadmisibile automedonte, de las frescas gargantas parte, vibrando en los aires, la alegre música de las risas.

—Confíeselo usted mismo—insiste la rubicunda matrona—, confíeselo: no sabe usted guiar.

—Señora, yo soy capaz de conducir los caballos del Sol.

Aquisgram y Maestricht

Aquisgram y sus alrededores, país sulfuroso, tierra de baños calientes y de mujeres frías, tiene de interesante algunos monumentos medievales, el recuerdo de que en ella se coronó Carlo Magno de Emperador hace la bicoca de once siglos, y un encantador bosque de pinos. De esta antigua metrópoli del catolicismo nórdico restan vestigios en la moderna Aachen, villa del floreciente Imperio de Lutero: iglesias góticas y espíritu romano. Es más: el espíritu católico de la ciudad irradia hacia la campiña alemana, hacia la vecina Holanda, hacia la aldea Bélgica.

La neerlandesa Maestricht, bañada por el Mosa, hermana menor de Aquisgram, no sólo recibe el soplo de catolicismo que pasa por aquellas regiones belgo-holando-alemanas, sino que a su turno es centro del sentimiento católico en la patria de Guillermo III, héroe y rey del protestantismo y salvador de la Iglesia anglicana.

El propio día de nuestro arribo celebrábase en honor de María, madre de Dios, desfile el más pin-

toresco. Este desfile representa la historia del cristianismo. Figuraban allí desde pastores idumeos, conduciendo ovejas, y gañanes de Palestina, garrochando bueyes, hasta el papa que detiene a las puertas de Roma el caballo esterilizador—según los europeos vencidos—de Atila; desde el niño Jesús, que exhala su primer aliento en el pesebre de Belén, hasta don Juan de Austria, que salva en Lepanto la cultura y la Europa cristianas contra los alfanjes de Mahoma.

Día doblemente grato el de nuestro arribo a Maestricht: por aquella teoría de edades cuyo desfile remueve el substrato religioso de nuestras almas, y porque no podemos discurrir por la norteña ciudad ni ver cómo las corrientes del Mosa lamen los muros de Maestricht, sin que nos lisonjee el pensamiento de que un día, ciento y tantos años atrás, aquella plaza fué sitiada y tomada por un compatriota nuestro, por el caraqueño Francisco Miranda, al frente de los ejércitos franceses.

Recorremos a pie buena parte de aquellas comarcas donde colindan tres naciones: de Alemania pasamos a Holanda, de Holanda seguimos a Bélgica y de Bélgica nos encaminamos de nuevo hacia la rubicunda Germania.

Al entrar en la tierra del curaçao y del *schiedam*, llegando de Bélgica, la primera casa que se encuentra—detalle típico—no es el edificio de la Aduana, ni el primer símbolo que se advierte el escudo neerlandés. La primera vivienda, en medio de la ruta polvorienta, es una cantina; el primer símbolo, una bandera de metal con esta expresiva salutación: ¡*Bier!*

¡*Cerveza!* Como quien dice: ¡*Salve!* Salve: los

dioses te protejan; «te den salud», según traduciríamos en castellano, y elípticos: ¡salud!

Salud de alma y de cuerpo deseábanse los romanos, pueblo que había menester de su vigor. ¡Cerveza!, dicen los holandeses, pueblo que necesita de su brebaje. Embriaguez por embriaguez, preferimos la del romano.



BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

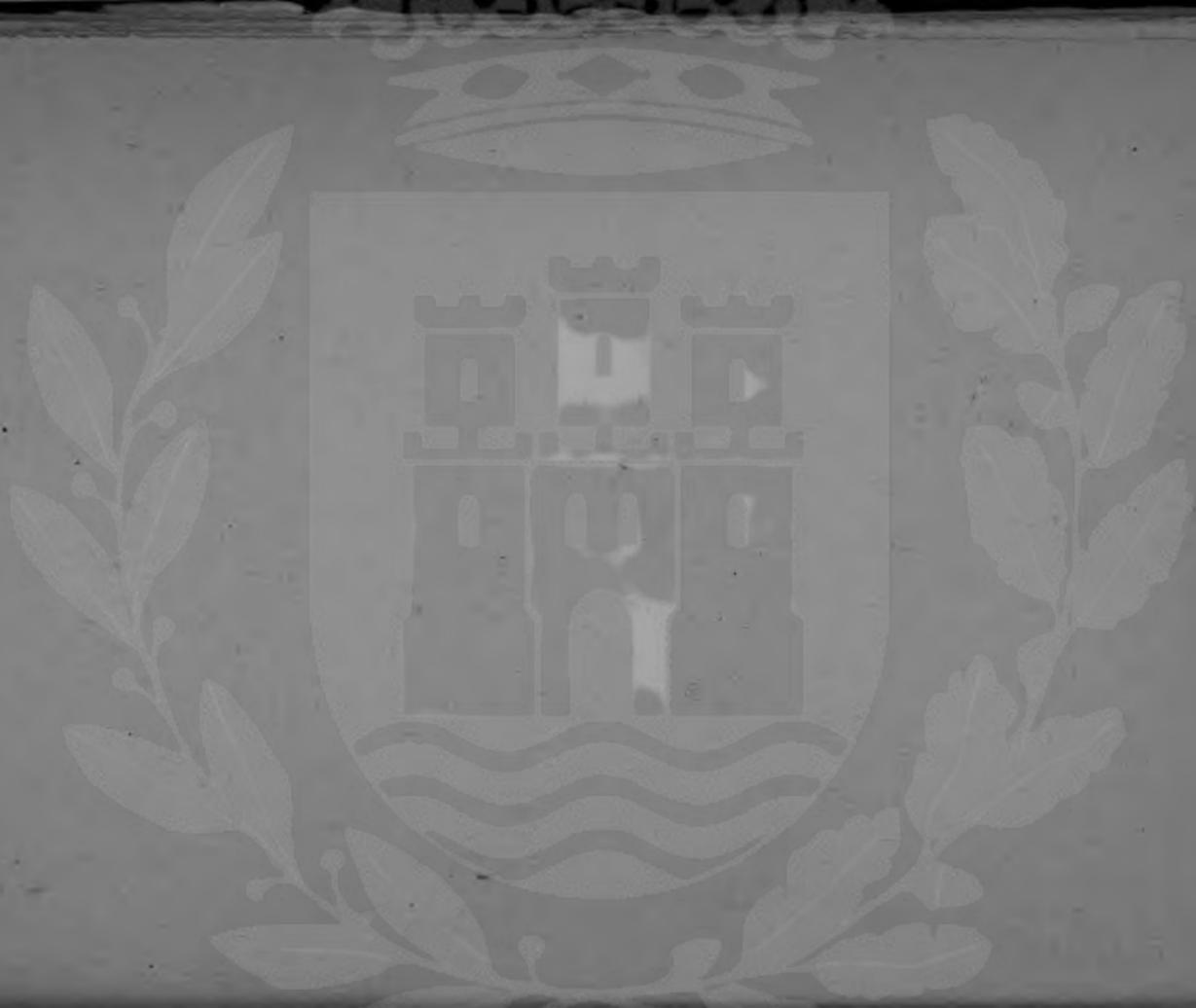
BIBLIOTECA



II
FRANCIA



Cardenal Cisneros



I

En la campiña picarda

I.—Conejos y hombres.

El parque prolonga las espaldas de la armoniosa arquitectura Luis XVI en tres hectáreas de arbolado.

Se agrupan en el bosque nemoroso el castaño de Indias, el sicomoro del Asia, el pino universal. Allí susurran, a la misma insinuación de brisa, el plácido tilo de las baladas nortefías, el álamo de plata cuya fronda blanquea en las noches de luna, el haya de púrpura cuyo ramaje rojea al beso del sol. Allí se yerguen, en común aspiración de cielo, sustentándose con los jugos nutricios de la misma tierra, el acebo corto de talla y de hojitas oblongas, espinosas, jaspeadas; el nogal copudo, corpulento, el perenne laurel de Parma; el fresno, el olmo, la acacia, la heroica encina.

Hacia la izquierda, visto desde la casa, el bosquecillo descorre sus ramazones, forma un abra. Los ojos vibran y se disparan, abra adelante, hacia la lontananza llena de sol veraniego.

Así, desde la ventana del dormitorio, en mi casa de Catillon, diviso extensa llanura, apenas ondulante, cerrada en el horizonte, hacia Saint-Just-en-Chaussée, por graciosas cortinas de árboles.

Pardea el campo del Oise, ya desnudo, con el trigo cortado, seco, en haces y en montículos. Entre macoyas de paja, ardidas y amarilladas por agosto, se irguen los montículos, casitas o tiendas del trigo; y haces, cientos de haces, apoyados unos en otros, bucólicos, marciales, en fila.

En medio del tostado campamento cruza una tropa blanca: rebaño trashumante de ovejas conducido por el cayado, las voces, la honda certera del pastor y por la móvil vigilancia de tres mastines laboriosos.

A trechos, bajo la inclemencia luminosa de agosto, sobre el fondo pajizo, reseco, del paisaje, resaltan fajas de verdura: la remolacha. Entre las verdes fajas de remolacha y las amarillosas casitas del trigo, por el campamento reseco y desolado, cruza de cuando en cuando la capota fugitiva de algún «auto».

Esa capota negra tilda con vigorosa raya oscura el rútilo cuadro campesino de Picardía. Otras veces la raya negra se remonta al espacio y se disgrega en sucesión de puntos... Ya convertida en serie de puntos suspensivos, resalta en la página urente, azul, del cielo picardo: son los cuervos que llegan a merendarse la cosecha.

La hojosa y rastrera remolacha apretuja su millón de anchas orejas verdes. Bajo el millón de orejas vegetales, inmóviles, otro millón de orejas correlonas, peludas, rumia y se esconde. Ya saldrá de estampía, hacia las madrigueras, cuando en septiembre exploten los primeros cartuchos de la caza.

Entonces será la hora de la pasión y muerte de tío Conejo. Entonces conocerá por experiencia y no sólo por instinto, cómo nació él, pobre orejudo, sin zarpas que destrocen ni molares que trituraren, para ejercicio, solaz y nutrición de hombres y bestias de rapiña.

En vano se agazapa en su escondrijo: el hurón lo desaloja, el perro lo persigue, la escopeta lo tumba. Luego tendrá por sepulcro la rotonda de algún vientre y como oración fúnebre los cuentos del cazador. Nemrod hasta elogiará, mientras deglute, la exquisita carne de su víctima.

No; no hay que pertenecer a la familia inofensiva de los roedores. Hay que poseer garra filosa, mandíbula guarnecida, testuz armado. ¡Y aun así! De hombre a hombre, de clase a clase, de pueblo a pueblo, de raza a raza, de cultura a cultura, ¡pobre del más débil!

Y lo peor es que los cazadores se empeñan siempre en la necrología. La historia de Cartago la escribe Roma. Tanto genio como en Austerlitz demostró Napoleón cuando dijo: «¡Qué grande será Aníbal, cuando aparece grande aun al través de los historiadores romanos!»

Y si la historia de Cartago la escribe Roma, la de Filipinas y de Haití la escriben los yanquis; la de los boers, Inglaterra; la de los malgachos,

Francia, y la de Sumatra y Java, esos bátavos de ojos turbios, hundidos en el agua lodosa de sus canales, a quien creíamos vegetarianos, ictiófagos, comedores de queso.

¿Se derraman siempre lágrimas, se trituran siempre huesos para que venza y avance el espíritu? ¡Ojalá! ¡Ojalá el dolor y la injusticia fueran sólo alcabala imprescindible para el triunfo de lo mejor!

Pero, ¿qué religión no se cree depositaria de la verdad? ¿Qué pueblo no se imagina omega de la cultura y con derecho a imponerla a cañonazos?

II.—El pugilato de las culturas.

Aun en la lucha entre culturas de un desnivel evidente, en que se impone la más fuerte, se complace la que triunfa en desconocer o aminorar cualquiera excelencia de la cultura sometida.

El vencedor ha honra del precio del vencido,

enseña el clásico; pero la enseñanza del poeta la olvida el guerrero, pueblo u hombre.

¿Qué fué la asombrosa conquista de América? Una lucha de razas en que prevaleció el hombre blanco sobre el cobrizo; una diferencia de culturas en que se impuso el hierro sobre la piedra, el arcabuz sobre la flecha, el casco del caballo guerrero y de transporte sobre la lana lenta de la vicuña y la desnuda planta del hombre.

Para cohonestar los horrores de la conquista se complacen algunos españoles en tildar de «salva-

jes» a los indios, aunque no todos lo fueran. ¡Y como si los salvajes no tuviesen derechos...! Por lo menos derecho a la piedad.

Salvajes, en justicia, no parece epíteto que cuadre a quienes podían mostrar a los envanecidos europeos, junto a las aguas verdes del Titicaca, las soberbias ruinas de Tiahuanacu, tan antiguas quizá como las de Menfis y de Tiro; a los que fundaron y mantenían florecientes para los días de Colón, de Pizarro y de Cortés el imperio comunista del Perú y el imperio militar azteca.

Se les acusa de antropófagos y de sacrificar víctimas humanas a crueles dioses aborígenes.

Los indios, si conocieran la ironía como conocen la tristeza, pudieran parodiar al árabe Muley, en *El príncipe constante*, de Calderón:

*Valiente eres, español,
 y cortés como valiente;
 también vences con la pluma
 como con la espada vences.*

Si el aymarú, el yucateco o el fino muisca de las altiplanicies de Colombia escribieran la historia de su América, ¿qué dirían de los hombres colombinos?

—¿Antropófagos? ¿Qué español nos merendamos? La primera carne humana que se comió en Venezuela, por ejemplo, la devoraron guerreros europeos, perdidos en la selva, hambrientos. Y esto no los deprime, los enaltece: detalle para medir la magnitud de la obra que realizaron.

Y pudieran agregar:

—¿Sacrificadores? Cierto... ¿Pero el cuchillo de obsidiana de los sacerdotes de Méjico ha de ins-

pirar más horror que las piras de Torquemada?

Ambas religiones, en efecto, la de Tenochtitlan y la de Roma, vierten sangre. Con una diferencia: el sacerdote azteca mata por rito, en solemne ceremonial oblatório; el católico, por castigo, obediente a imperativos de intolerancia e incomprensión, ciego, casuístico, juguete de subalternas pasiones del espíritu.

El sacrificio humano en el ara del horripilante ídolo Witzlipuzli (o como se llame el antipático diosete), hermano sangriento de Moloch, representa un progreso ideológico, aunque no lo parezca a primera vista, y aunque nadie, hasta el presente instante, lo haya comprendido así.

Cuando el Dios, en las teogonías primitivas, es un simple animal, se le sacrifican animales. Pero la idea de la divinidad evoluciona; el Dios se hace hombre: se le sacrifican hombres; seres a su imagen y semejanza.

Este mismo sacrificio humano a la divinidad lo ofrece el catolicismo en la misa, aunque sólo en símbolo.

La Inquisición es una desviación del idealismo simbólico, o un despertar del sentido cruel de las religiones. En todo caso, peor que el vampírico Witzlipuzli.

Witzlipuzli, abominable Dios, bebedor de sangre, representa el progreso. Es el Dios hombre. La pira inquisitorial representa lo contrario: la regresión. Se conocía ya el cristianismo generoso, —el cristianismo digamos cristiano— de los primeros cuatro siglos después de la muerte de Jesús.

¿Puede un ídolo deforme, cubierto de sangre humana, representar el progreso en ningún culto ni

ante ninguna moral? ¿Puede ninguna idea ni ninguna práctica diabólica significar un adelanto del sentido ético?

Con relación a lo que vaya a suceder, sí puede.

También un día representó progreso, en el orden social, la aparición de la esclavitud, cosa hoy horripilante a nuestro humanitarismo. Sólo un pueblo en la edad contemporánea, *el país de la libertad*, Yanquilandia, se ha atrevido a sostener una gran guerra de cinco años, la guerra de secesión, para mantener la esclavitud.

Y esa cosa horripilante, si aún existe, es travestida. Los negreros esclavistas aparecen; pero ¿cómo? Desguisados en capitanes de industria. Hasta la antropofagia, que aún pervive, se cubre con su alegre dominó azul. La reconocemos, a pesar de todo. Los reyes de la industria estofan en sus hornos al proletario; y si no se lo comen, se lo beben. Sudor es vida. Por eso las víctimas, cuando pueden, se vengan: arrancan coronas y cabezas, llaves y manos.

Sí; el sanguinario Witzlipuzli puede representar y representa el progreso. La pira inquisitorial: la regresión.

III.—En medio del paisaje rojizo y verde...

A lo lejos, en medio del paisaje pajizo y verde, columbro, desde mi ventana, un hombre y una mujer que recogen espigas, como Ruth la moabita en el campo de Booz.

Generosa costumbre secular, que se remonta a los días bíblicos, la de permitir que ya cortada y

en haces la cosecha se apropie las espigas realengas el primero que pase. Bien está que perdure, hasta como símbolo de comunismo, el derecho de espigar, la magnánima tradición de que las espigas sin dueño, que abandona el rico, sean para el pobre.

La figura del hombre avalora el paisaje: le da sentido en el arte como en la vida. Lo más interesante al hombre es el hombre mismo.

Una marina de Mesdag es cosa de encanto. Un *landscape* de Ruysdael—árboles, peñascos, río, faja de tierra—es bello, interesante. Más interesante aún con independencia de la técnica; más interesante a nuestros ojos de hombres, y no sólo de estetas, el paisaje de Hobbema: la casita, al borde del agua, que delata la vecindad del campesino. Más noble todavía el paisaje de Millet: el labrador, el ser humano, sobrecogido a la hora del crepúsculo, junto a sus bueyes amigos y serviciales, en el horizonte familiar, sobre la tierra que los sustenta a todos.

En el cuadro sin figura humana, admiramos un simple aspecto de la naturaleza física; en el cuadro de Millet descubrimos no sólo la hermosura de la naturaleza, sino además algo inmaterial, psíquico: el sentimiento religioso y tradicional que influye en el palurdo, en el hombre, nuestro semejante, nuestro hermano. Descubrimos, pues, por sobre la belleza patente, una velada hermosura: el alma humana en místico arrobó, sobreponiéndose a la fatiga del trabajo y a la vulgaridad cotidiana; vulgaridad que es, en este caso, un par de bueyes en desierta campiña, donde la noche empieza a caer.

A la vista de estas onduladas llanuras de Picar-

día, tan cultivadas, tan pingües, se viene a los labios la pregunta: «¿Cómo será el hombre que suda sobre estos terrones, y que con mano tan diestra y laboriosa les hace producir el trigo, la avena, el centeno, la remolacha?»

Nos conocemos, terrícola y urbícola. Podemos juzgarnos. A menudo hablamos el uno del otro.

IV.—Campesinos y obreros.

El terrícola picardo ama el suelo productor con la misma pasión avariciosa que el campesino propietario de todas partes, en todos los tiempos.

Los campesinos tienen, denominador común, una psicología rudimentaria, idéntica, muy conocida: apego al terruño, pragmatismo sanchopancesco, desprecio de las idealidades, odio a las novedades, desconfianza del urbícola, espíritu de continuidad en las mismas labores, en las mismas costumbres, en las mismas creencias, preocupaciones, sumisiones. En suma, el ruralismo representa un pétreo sentido conservador.

El hombre de la ciudad representa todo lo contrario: el ansia de renovación, la inteligencia investigadora. La riqueza puede, a veces, deberse al campo. El progreso no se debe sino a la ciudad.

Un ejemplo resplandeciente hiere nuestras pupilas. Los generales zaristas, vendidos al oro reaccionario de Francia y de Inglaterra, ¿entre quiénes levantan tropas contra el comunismo de Moscou? Entre las pjaras estáticas de *mujics* que revientan de miseria, de *vodka* y de abyección, apellidando

«padrecito» al zar que los ignora y «su grandeza» al terrateniente que los esquilma.

El agricultor del Oise, cerca de una ciudad como París, de enorme capacidad consumidora, y aledaño de Departamentos—Somme, Aisné—devastados por la invasión teutónica, se ha enriquecido con la guerra y en la postguerra. El suelo, al extremo parcelado, es suyo. Raro será que el sudor del labriego picardo—máxime por estas regiones de Wavignies, Ansauvillers, Bulles, Catillon, Saint-Just-en-Chaussée—no caiga sobre terrones que le pertenezcan; así está de dividida en lotes minúsculos la propiedad agrícola.

El que no es todavía propietario aspira a serlo. Como faltan brazos en Francia—el millón y medio de brazos, o de pares de brazos, que cercenó la guerra—, el campesino, si propietario, vende caro lo que produce, so pretexto de producir menos y con excesivos gastos; y cuando simple bracero, cobra cara su colaboración.

Así, patrón, se adinera; jornalero, vive con abundancia, tiene casita propia, animales, y podrá mañana, si algo ahorra—que sí ahorrará—convertirse a su turno en patrón. Los braceros vendrán de Bélgica y hasta de Polonia. El consumidor, el ciudadano, paga.

No parece atesorar el terrícola picardo, como los profesionales del odio, antipatía excesiva hacia Alemania, cuya invasión, indirectamente, lo ha enriquecido. Habría que averiguar, por lo demás, en qué proporción corre sangre germánica por las venas de este franco de ojos grises y pelo claro. En todo caso no descuella por un patriotismo a usanza del siglo XIX.

Tampoco descuella por ese patriotismo el obrero ciudadano. Pero ¿qué diferencia de estímulos en el sentir de uno y otro!

El obrero tiende al internacionalismo, a lo universal, a ver a la humanidad de su clase con ojos fraternos. El labriego, más cerrado de horizonte y de mollera, es localista: más que apego a la patria, idealidad abstracta, ama el terruño, realidad productiva. El uno amplifica su sentimiento, que en el otro se encoge, como la piel de zapa de Balzac.

V.—Evolución de la idea de patria.

El sentimiento patriótico evoluciona, aunque varíe poco en su esencia. Evoluciona, amoldándose a nuevos conceptos de la sociedad y aun de la vida.

El campesino tiende a restringirlo a su interés personalísimo y local. No logra por completo su propósito, gracias a la presión del Estado. El Estado, ejerciendo inexorable su acción generalizadora, fundente, impide el egoísmo localista y mantiene un vasto ideal de patria por medio de las contribuciones en dinero y en sangre, por medio del cuartel, de la prensa y de la escuela.

Contra el patriotismo del Estado se yergue el obrero, que coloca el espíritu de clase por encima de las fronteras, y no se siente solidario sino enemigo, dentro de los patrios límites, de las clases capitalistas, que lo oprimen y explotan.

El industrialismo moderno contribuye a la modificación, que se está operando a nuestros ojos, del sentimiento patriótico. El industrialismo ha

exacerbado el imperialismo y pone en choque a los imperialismos rivales.

Para lanzar a los pueblos unos contra otros se habla de patria. A los banqueros, gobernantes, generales y vendedores de útiles y máquinas, máxime si son de guerra, no se les cae de la boca la invocación patriótica. El pueblo, la víctima, ha abierto los ojos. No—dice—, no queremos esa patria, que para nosotros sólo tiene, en la paz, la fatiga diaria, y en la guerra, la muerte.

Y mientras los capitalistas en las distintas patrias se amenazan, los obreros sueñan con unirse en cruzada internacional contra los dominadores, ya sean de aquí, ya sean de allá.

Por dónde se ve cómo los capitalistas se inclinan a conservar el antiguo ideal de patria, mientras que los obreros se inclinan a modificarlo.

También se yerguen contra el nacionalismo estrecho y carnicero los pensadores de espíritu liberal. Creen que más allá de una raya imaginaria trazada por la política puede haber hombres, cosas e ideas excelentes. Creen que todas las razas pueden contribuir armoniosamente a la obra universal de la cultura, en vez de ensayar destruirse unas a otras, cada pocos años, movidas por fantásticos sueños de hegemonía.

Patriotismo es amor desinteresado del patrimonio histórico y territorial que nos legaron nuestros abuelos, en cuanto ese legado aparezca digno de amor, sea obra de esfuerzos nobles y no choque contra la justicia y la razón. Sentimiento cordial, abnegado, despierta en nosotros, a menudo, vocación de sacrificio. Gracias a él nos evadimos de nuestro egoísmo consustancial y nos solidarizamos

con la historia, los bienes, el honor y la vida de otros seres: nuestros connacionales. Pero las aberraciones de este noble sentimiento, como las de la fe, son aborrecibles.

El Estado suele cultivarlas preciosamente, elementos alternos de ferocidad y sumisión para cuando desligue, desbozale y azuce las traillas, a la hora del halali bélico.

Los hombres, cansados de sufrimiento, de engaños, aspiran hoy, en ansia de mejora, a dar distintas formas y bases a la sociedad, dentro del Estado; y a coartar la independendencia de acción de cada Estado, en el orden internacional. Los unos convierten los ojos a Moscou, al ensayo máximo de nueva sociedad; los otros a Ginebra... ¿No ha tomado cuerpo en Ginebra el antiguo sueño utópico de Bolívar: una Sociedad de Naciones? A este Consejo de familia de Pueblos habrá que obedecer, no al capricho, o al orgullo, o al interés de cada País.

El capitalismo empieza a desmantelarse. El internacionalismo tiende a sustituir al nacionalismo. Conoceremos otro avatar del sentimiento patriótico.

VI.—El hombre del *statu quo*.

Y el campesino picardo, ¿qué papel representa en el teatro humano en el momento actual? Representa, como los campesinos de todas partes, en todos los tiempos, un papel estático que, llegada la ocasión, pudiera ser retrógrado.

Su antipatía instintiva de cuanto no sea el *statu*

quo, se traduce en pugna sorda con el obrero de París, de Beauvais, de Tourcoing, de Lila; o mejor dicho, en resquemor, que no llega a la efervescencia, contra el espíritu obrero.

¿Ejemplos? Un diario socialista de París acusa a los campesinos de por aquí de haberse entendido en relación de vendedores a compradores con los alemanes de la invasión, y de reservar ahora los productos de la tierra, con perjuicio de las clases pobres de Francia, al oro de los ingleses.

Otro periódico, una revista de Amiens bastante difundida entre los agricultores del Somme y del Oise; revista, naturalmente, harto conservadora, recoge la acusación del diario obrero y la devuelve empapada en ácido prúsico. Los labriegos, viene a decir, se hacían romper la cabeza en las trincheras, mientras los obreros se escondían en las fábricas de retaguardia. (*Le Progrès Agricole*, Amiens, 16 de agosto 1925.)

La vieja lucha histórica entre el espíritu del campo y el de la ciudad perdura.

Ese hombre rubio de ojos grises que, bajo el sol de agosto, en las onduladas llanuras picardas, apiña hacecillos de trigo o que, con los primeros fríos de octubre, arranca y recoge la remolacha; ese agricultor laborioso, pacífico, que arrea sus caballos hacia el campo apenas amanece y los conduce al abrevadero y al pesebre hacia el atardecer, es un soldado: un soldado del *statu quo*.

Otros esperan del cambio, del progreso, de la revolución. El, no. El espera del orden existente, del tiempo caudaloso, del trabajo cotidiano. Lo espera todo del ahorro, del buen sentido social y tal vez, tal vez de otra invasión de los alemanes.

II

Otro ejemplo que da Francia

Uno de los grandes errores psicológicos de Alemania—de su familia reinante y de su clase dirigente con especialidad—fué suponer que Francia era un pueblo agotado, decadente, comido de vicios, incapaz de prolongada energía.

La prosperidad alemana, el crecimiento asombroso de Yanquilandia y el auge del industrialismo inglés contribuyeron a envanecer a estos países y a que los envanecidos proclamasen por medio de sus profesores en las universidades, por medio de sus escritores en los libros y por medio de sus periodistas en los diarios que esos tres pueblos—y otros afines—pertenecían a una raza privilegiada y a ellos incumbía el dominio del mundo.

Se conservan los mapas alemanes con la futura distribución del planeta entre alemanes, yanquis e ingleses. Parece imposible que en cabezas humanas—siempre pequeñas, aunque sean de germanos—cupieran tales cantidades de imprevisión. Parece imposible; pero no lo fué.

De todas las razas, la más despreciada, o una de

las más despreciadas, es la que llamamos con razón o sin razón, raza latina.

¿Eran equitativos los denigradores de ojos azules? Vencida en 1870, Francia, sorda a las voces alocadas de desquite guerrero, trabajó para enriquecerse; y sin dejar de abroquelarse para el día del peligro eventual, supo establecer la república, crear una democracia efectiva y fundar un imperio colonial que rivaliza con el imperio colonial inglés.

Este modelo de naciones, este pueblo latino enérgico y laborioso, echó por tierra con su conducta y con su ejemplo durante los últimos años aquella teoría sajona y venenosa esparcida por el mundo después de 1870, refirmada por el desastre español de 1898 y el florecimiento conjunto de Alemania y Yanquilandia. Según esta teoría—que ya conocemos—, la inferioridad latina respecto a los demás pueblos de raza aria era evidente.

Los alemanes llegaron a afirmar que nada que no fuese germánico había valido gran cosa. Hasta los mayores genios de la latinidad, como Leonardo de Vinci, fueron en Alemania declarados de raíz tudesca. En Inglaterra se puso en moda asignar al epíteto latino una acepción desdeñosa. En los Estados Unidos se ha llegado a más: se ha llegado a impedir oficialmente a los latinos de Europa la entrada como inmigrantes en territorio de la Unión sajona, asimilando a franceses, italianos, portugueses, rumanos y españoles con las razas de color del Asia y del Africa.

Hasta latinos tan latinos como el italiano Ferri y el francés Demoulin volvieron el rostro a sus dioses nativos y se arrodillaron ante los altares del éxito anglosajón.

No hablemos ya de Gobineau, para el cual, podríamos decir, fuera de los alemanes todos son negros en Europa. Es decir: pueblos y razas inferiores. Recordemos menos aún a Gustavo Lebon, prototipo de pedancia científica, adulator de los sajones, que vivía de rodillas ante ingleses y yanquis, que medía a los demás por su propia pequeñez y declaraba incapaz para la civilización a la América hispánica por acarrear en las venas sangre de la España materna.

En vano pueblos de esa misma América latina—Argentina, Brasil, Uruguay, otros—han recorrido en un siglo el camino que las naciones de Europa recorrieron sólo en varias centurias. En vano México resiste al imperialismo arrollador de los yanquis—a que los mismos europeos, en su aspecto económico, no han podido sustraerse—con heroico tesón indeclinable, digno de Romanceros. En vano otros pueblos americanos se inspiran en los principios más generosos del Derecho y crean legislaciones que pueden servir de modelo a pueblos de antigua cultura; y todos ellos levantan ciudades, fundan universidades y bibliotecas, tienden rieles de ferrocarril y alambres de telégrafo, multiplican su población, crean o explotan la riqueza, cultivan con éxito las ciencias y las artes... Todo inútil. Se había proclamado por los enemigos de la latinidad—del espíritu de la cual aún vive el mundo—la inferioridad de la raza latina.

Italia resurgió una y fuerte de su dispersión y su debilidad, haciendo menos insólito el caso de Alemania. España se repuso de sus heridas y multiplicó su riqueza; mostró incólume su genio artístico, abriendo el siglo con Goya y cerrándolo

con Zuloaga. Las letras francesas, durante todo el siglo XIX, produjeron poetas magníficos, desde Hugo hasta Verlaine, y elevaron la novela adonde nunca ni en ninguna parte llegó. En vano todo.

Fué necesario que Alemania cayese en 1918 y que Francia diera el ejemplo de irreducible energía que dió durante cuatro años de guerra para que se comprendiese que Francia no era un saco de vicios, como suponía el Káiser teutón, y que la raza latina no estaba muerta del todo.

A ese amargo ejemplo de ayer, a esa muestra de saludable y estoica energía, en el orden internacional agrega ahora Francia otro ejemplo de política interior, que también debiera, a guisa de enseñanza, trasponer sus fronteras. La enseñanza aprovechable de política interna, nos la procuran las elecciones de 1925, en medio de la efervescencia de los partidos. En esas elecciones salen revolcados la xenofobia, el egoísmo nacionalista y la idea de que, so pretexto de vanos peligros internacionales, conviene que se menoscabe y aun anule la actividad ciudadana; es decir, la libertad.

Dentro de la libertad, en efecto, pueden resolverse todos los conflictos.

Eso nos enseñan las últimas elecciones de Francia.

¿Merecerá el gran pueblo que semejante lección nos brinda con su conducta el desdén de ninguna raza?

¿Pertenece él mismo a una raza degenerada?

Xenofobia de la post-guerra

En tiempos de Felipe III, a pesar de poseer la corona de España un vasto imperio colonial, como no se conocía otro desde los tiempos de Roma, la situación económica de España no era, a la verdad, floreciente.

Una pésima administración, una política imprevista y el Moloch de guerras imperialistas, dinásticas, de religión, habían devorado la carne, hecho hombres, de la nación y su esfuerzo hecho riqueza. Por lo menos el símbolo de la riqueza, el dinero, mermaba y la genuína riqueza permanecía improductiva.

Los hombres de gobierno empezaron a preocuparse. Se convocó una junta de expertos. Y los economistas españoles se dieron a lucubrar proyectos de mejora. Los unos buscaban la causa de los males, los otros proponían reformas.

Entre estos economistas españoles, preocupados por la situación de su país, los hubo eminentísimos; los hubo superiores a su época en ideas generales de administración y en punto a reformas

de economía política. Bastaría citar el nombre de Ceruela.

Pero también los hubo absurdos. La mayor parte compartía los errores económicos de la época. A objeto de que aumentase la cantidad de frutos y mercaderías que necesitaba para su consumo el pueblo español, algunos de esos economistas proponían, no un aumento de producción—por trabajo más intenso o más inteligente—, sino que no se vendiesen a las colonias de España frutos y mercaderías españoles. Dejaban el trabajo de surtir las colonias a los extranjeros, por medio del contrabando. Por lo menos, les importaba un pito el que reventasen asfixiadas; y parecían no calcular que la producción de las colonias pudiera salvar a la metrópoli, como la metrópoli supiese explotar las colonias.

Otros dijeron que el Diablo arruinaba a España por comerciar España con pueblos acatólicos. Otros, por último, pedían que se expulsase a los extranjeros, o que se les pechase con un pecho muy fuerte.

Durante siglos enteros nos hemos estado riendo de semejantes errores. Sólo en España—y en aquella época—podían proponerse despropósitos de ese jaez.

* * *

Henos en el siglo XX y en Francia, país de gran sentido práctico en medio de su idealismo, república liberal, tierra que produjo en el siglo XIX grandes sociólogos y grandes economistas.

Del siglo XVII a la fecha, no sólo se han realizado inmensos progresos en cuestiones de econo-

mía política, sino que algunas bases de la sociedad—o las ideas en que se sustentan—han cambiado casi por completo.

El entrecruzamiento de intereses internacionales, ya para coincidir, ya para repelerse, es estrechísimo. Los hombres han venido a ser de hecho ciudadanos de toda la tierra.

Si todavía no tienen los hombres de todas partes, en cualquier nación donde se avecinen, los mismos derechos políticos, gozan ya de ciertas preeminencias: se les deja en libertad de que vivan a su guisa, se les permite trabajar en lo que conocen; estudian, comercian, producen, practican lo que saben. Hasta se revalidan los títulos universitarios para que se ejerzan profesiones delicadas, como la Ingeniería y la Medicina; lo que equivale a reconocer la universalidad de la cultura, por una parte, y el derecho de los hombres a vivir de sus manos o su espíritu donde les plazca establecerse.

En todo caso, estamos lejos de los tiempos en que se consideraba al extranjero, por el hecho de serlo, como un enemigo. Lejos del tiempo en que—como practicó España en sus Indias—no se le permitía establecerse donde y cuando quisiera. «América, para los americanos», es, en cierto sentido, prolongación de aquel egoísmo. Pero hoy nadie expulsa a un extranjero sino en casos excepcionales: ya apenas cuando se trata de apóstoles de la destrucción, y no de apóstoles teóricos, sino de apóstoles prácticos.

Hasta hemos visto al país más libre del mundo, Inglaterra, considerar un honor el ofrecer su hospitalidad a los perseguidos políticos del mundo

entero. Y como Inglaterra es hoy el refugio de perseguidos políticos, Holanda lo fué ayer de perseguidos religiosos. La riqueza y las tradiciones de hospitalidad en Holanda datan de cuando acogió a los judíos echados de España y Portugal y a los protestantes echados de Francia.

Acabamos de ver a esa misma pequeña Holanda, revistiéndose de energía y de dignidad, negar la extradición del Káiser, culpable de una gran guerra y cómplice e inspirador de muchos crímenes contra las personas y contra la propiedad—pero cometidos con un fin exclusivamente político—. Y se negó Holanda a la entrega del culpable, amparado por el pabellón holandés, aun cuando la compelián a entregarlo las más fuertes naciones de la tierra, las naciones vencedoras de los imperios germánicos: Inglaterra, Francia, Italia, los Estados Unidos y el Japón.

* * *

Estamos, pues, muy distantes del siglo XVII, cuando los economistas de España, imbuídos en absurdos de la época, pedían la expulsión y el pecho para los extranjeros.

Cuando menos lo pensábamos, aquellos errores resucitan. Y resucitan en uno de los pueblos más liberales y que más se benefician con el turismo extranjero: Francia. ¿Es posible? Sí; es posible.

El diputado señor Taittinger propone el establecimiento de un impuesto sobre los extranjeros. Al diputado francés de 1923, como al economista español del siglo XVII, le choca la afluencia de

extranjeros a su país. Y ambos dan a su xenofobia el mismo color de interés nacional. Ambos fundamentan su xenofobia y su error económico en los mismos argumentos. «Por bien de España», decía el uno; porque la afluencia de extranjeros «es gravemente perjudicial a nuestros intereses», dice el otro.

En el sentimiento, en la exposición, en los argumentos, son idénticas la actitud del español del siglo XVII y la actitud del francés del siglo XX. Lo que prueba que la guerra ha retrotraído a Europa, por ciertos respectos, al siglo XVII; que se ha reculado tres centurias. ¿Y por qué? Por haberse consentido la absurda persistencia, en una Europa moderna y democrática, de instituciones anacrónicas: el imperio de Francisco José y el de Guillermo.

* * *

Aunque el proyecto del diputado Taittinger encerrara una conveniencia económica, siempre sería repugnante al sentimiento de confraternidad humana. Lo es mucho más porque al instinto xenófobo une craso error económico.

El proyecto antipático de ese diputado no prevalecerá. Contra él se yerguen el sentido común, el sentido económico y la opinión liberal de Francia.

Este proyecto no es mas que un síntoma del nacionalismo y del reaccionarismo feos y malsanos que renacen después de la guerra en ciertos sectores de opinión.

Y no sólo en Francia. El fascismo de Italia es el

ápice de la pirámide. ¿No acaba de asegurar Musolini, ese condotiero incruento, que la libertad no es necesaria y que liberalismo es una palabra vana?

Campeón teórico—y práctico—de la dictadura, para quien el siglo XIX no ha existido.



La Salamandra

Siempre hubo en determinadas zonas de la opinión francesa quienes atribuyesen a los extranjeros que habitan en Francia, principalmente en París, perjuicios imaginarios.

Por fortuna, los espíritus generosos abogan por la justicia, los espíritus prácticos echan cuentas. Merced a la elocuencia de los números y de los alegatos continúa la vida su curso normal.

La opinión, la mayoría, se percata de que si no se vive, como el doctor Panglos, en el mejor de los mundos posibles, tampoco el león—vale decir el meteco—es tan fiero ni tan dañino como se le pinta y supone.

A la prevención contra lo extranjero no escapan ni las ideas ni los pensadores. ¿No se atrevió Jules Lemaitre—vocero de apretada y recalitrante minoría—a acusar a Rousseau de extranjerismo y de haber introducido en Francia corrientes ideológicas y sentimentales ajenas al cerebro y al corazón de Francia?

Sin embargo, a Juan Jacobo se deben, en primer

término, la democracia francesa, en política, y el romanticismo francés, en literatura: las dos torres que desde muy lejos podemos divisar y con mayor simpatía en la Francia del siglo XIX.

Pero hacia donde más se extienden las declamaciones es hacia las costumbres.

Resulta que la gente de París viviría en olor de santidad si no fuese por los extranjeros, que importan su perversidad y la difunden en ese campo de virtudes. París se distingue por su castidad. Odia el lujo. Aborrece los placeres de la cama y de la mesa.

Tal vez los abogados del ascetismo de París tengan razón. Tal vez la historia galante de Francia, desde Francisco I hasta Landrú, y la vida licenciosa de París, desde el «Parc aux cerfs» hasta los «cabarets» de Montmartre, sea una conspiración extranjera contra la moral parisiense, atroz calumnia universal contra la virtud de la ciudad ascética.

¡Absurdos defensores de Francia! Precisamente lo admirable de París, de la Francia toda, es su mezcla de ligereza y de vigor, de pecado y de virtud, de alegría y de trabajo, de ilusión y de pragmatismo. Bajo patente capa de sensualismo conservó siempre Francia tesoros de energía, de gusto, de laboriosidad. En los momentos más difíciles de su historia siempre supo remontarse, con la sonrisa y aun el beso en los labios, a las más ásperas cumbres de sacrificio y de heroísmo.

¿Por qué intentan ahora esos botarates, esos patrioterros, descaracterizarla? Dejen a los yanquis beber agua en la taberna, y a la duodécima copa de agua caer rendidos debajo de las mesas. París

no puede ni necesita ser hipócrita. Su muy alegre desparpajo le sienta a maravilla.

Demos de barato que los propugnadores de la perversidad de París por los metecós tengan razón. Siempre quedará el hecho de que el hogar, en la sociedad francesa, no alcanza la consistencia que en otras naciones: España y las Repúblicas de Hispano-América, por ejemplo.

No se trata del conocido *ménage à trois*, ni del esposo de dos hermanas, ni del amante de la entenada, ni del marido complaciente con los amigos, ni de las burguesas abnegadas que salen todas las tardes, de cinco a siete, no a buscar el pan cotidiano que tienen seguro, sino lo superfluo indispensable para sí, para el esposo y para los hijos. No se trata del incesto fraternal. Ni siquiera del «complejo de Edipo». Se trata de la destrucción criminal de la familia, se trata del uxoricidio, del fratricidio, del infanticidio, del parricidio.

Estos crímenes odiosos se multiplican hasta lo infinito. No corre día sin que los diarios anuncien una, dos, varias de estas atrocidades. A menudo estas atrocidades hallan benignidad en los jurados, que no culpan; o en el Poder público, que conmuta la pena, aminorándola.

A un parricida, de nombre Pingeón, que asesinó a su madre a martillazos y ocultó el cadáver durante quince días, se le acaba de salvar la cabeza, a cuya pérdida lo condenó un jurado popular. Lo condenó puede decirse—aunque el jurado no aplique penas—. Encontrándolo culpable sin ate-

nuaciones, ya conocía las consecuencias de su veredicto. Pero hay que dejar incólume, por lo visto, el cuello de ese palomo, a quien sobran una letra del nombre y la cabeza.

La pena de muerte puede considerarse un crimen social. Pero, en los países donde existe y tan a menudo se aplica parece que no debe ser un parricida, sin atenuantes de su horrendo crimen, quien escape del castigo irreparable.

La frecuencia de atentados contra cónyuges, hermanos; sobre todo contra padres e hijos, asombra al infeliz meteco, miembro de una familia de naciones en las que el hogar es piedra de ángulo.

Pudiera no considerarse desprevenido el cálculo asombrado del meteco, ya por carencia de datos en relación con lo que sucede en países eslavos, germánicos, sajones, ya por sobra de horror moral. Que haga el recuento otro, alguien con mayor autoridad: uno de esos indígenas de París, que achacan la corrupción de París a los extranjeros; alguno de tantos diaristas conservadores que escriben en periódicos nacionalistas.

Puede tomar la palabra, por ejemplo, el señor Clemente Vautel, colaborador del *Journal*.

El ameno cronista constata (*Le Journal*, 24 de octubre de 1925), con la abrumadora autoridad de su nacionalidad y de sus ideas, la frecuencia del fenómeno social que tanto nos choca. Oigámoslo.

«Los parricidios se cometen en serie. La sección de estas noticias abunda en historias de familia que nos recuerdan las diabluras de los Atridas. Todo se vuelve hijos que asesinan a sus padres con los pretextos más pueriles. Los unos quieren curar al padre de la afición al vino; los otros supo-

nen que la mamá no es bastante discreta y que conviene infligirle una seria corrección... Ya no consideramos el hecho del parricidio sino como una vaga noticia. Pronto no se tratará de él sino en las insignificantes informaciones de tres líneas; vendrá a ser como el incesto, que constituye ahora el resobado tema de comedias en tres actos.»

Y como el señor Vautel, humorista profesional, está pagado en su periódico para divertir al público y no para predicar moralidades, concluye con una cuchufleta.

* * *

Ya oigo las voces que se levantan en España.

—El Estado sin Dios, la destemplanza de la fe religiosa tienen la culpa. En las Repúblicas americanas y en España no ocurren semejantes crímenes porque son países de religión. La religión es un freno.

Podría responderse:

—Muy bien. ¡No ocurren esos crímenes—es decir, no ocurren tan a menudo—; pero ocurren otros: crímenes contra la propiedad y crímenes políticos...! El bandolerismo en los campos de Méjico, de Cuba y de Andalucía existió hasta hace poco. Pancho Villa murió ayer. En otros países de América—Venezuela, Guatemala, Nicaragua, Perú—los bandidos no corren el campo, o no lo corren largo tiempo: se instalan en el capitolio y allí gobiernan a un pueblo de rodillas. Indefinidamente se sacrifican por la felicidad de sus compatriotas y se atornillan a la curul presidencial, con el verdugo a la derecha y el ministro de Hacien-

da, o sea el instrumento del robo, a la izquierda. El frente y la retaguardia de los monstruos no permanecen vacíos. Además de algunas damiselas prostitulárias, tienen por delante al ministro de los Estados Unidos, aunque no para los mismos usos que el coro de barraganas. Tienen por frente al ministro de los Estados Unidos, porque el ministro de los Estados Unidos sostiene al mandarín en el mandarinato, mientras le compra el país, parcela a parcela, por treinta dineros de cobre. Algunos poetastros y periodistas oficiosos, gozquecillos que reciben mendrugos y puntapiés, lamen a retaguardia. Así gobernaron o gobiernan los émulos de Pancho Villa, los discípulos de Diego Corrientes, sin el valor del primero ni la generosidad del segundo: Juan Bisonte en Venezuela, Estrada Cabrera en Guatemala, Chamorro en Nicaragua, Leguía en el Perú. El ambiente rural fué propicio al bandolerismo de los campos en Andalucía, en Cuba, en Méjico; de lo contrario no hubiera existido, casi con caracteres de institución. La moral política en Francia es más severa que en España y en América; y el banditismo rural no podría allí existir. Cada pueblo posee, en cierto grado, vicios y virtudes que lo caracterizan.

Y podría añadirse:

—La religión, es decir, el miedo al infierno, es un freno social, aunque no tan eficaz como la gendarmería—es decir, el miedo a la cárcel. Entre el diablo y el polizonte ha triunfado el polizonte.

Podría argüirse, igualmente, aduciendo hechos históricos:

—Muchas Repúblicas americanas—Méjico, Venezuela, Uruguay, etc.—son Estados sin Dios,

como Francia, sociedades laicas. Aún más que en Francia, el nivel de la religiosidad ambiente tiende allí a la baja.

Esto no se indica como bien ni como mal, sino como observación de una realidad histórica. Personalmente y aleccionado por la experiencia opino que todas las especulaciones de los pensadores políticos no conviene ensayarlas en cualquier sociedad. La irreligión no me parece ideal apetecible para masas ignaras, tan vecinas a la barbarie, recién salidas de la selva, como las de algunas regiones de nuestra América.

¿Significa ello que deba considerarse a las religiones como panacea universal y factor único de civilización? La escuela no ha hecho bancarrota en ningún país.

La Iglesia, vasta como el mar y como el mar llena de matices y rumores distintos, dentro de su unidad inmensa y magnífica, no fué siempre exaltadora de sentimientos domésticos.

Jesús apostrofó a María: «Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?» Padres y doctores de la Iglesia suponen más cerca de la perfección al célibe que al casado. Elocuentes predicadores incitan a romper lazos de familia para merecer en adoratorios, beaterios y casas de virtud la palma de las vírgenes o la aureola de los santos. El estado religioso equivale a una renunciación a las dulzuras del hogar.

España posee tesoros de casuística en sus teólogos, máxime entre los jesuitas. No se trata de los místicos, ni de los controversistas, ni de los predicadores, sino sólo de los casuístas; y no ya de Molina, de Escobar, de Sánchez, sino de gente de

menos renombre. ¡Cuánta sorpresa grata encontrarían allí políticos, diplomáticos y dialécticos!

Juan de Cárdenas razona con una falacia incomparable y enseña trucos habilísimos. ¿No asegura que se puede «desear» la muerte de una persona en beneficio de una comunidad, porque el bien de muchos es preferible al bien de uno? Otro, Manuel Sa, asevera que no es robo robar al padre o al marido; porque no se puede llamar pecado coger lo que tal vez se recibiría si se pidiese.

Esteban Fagundez, español o portugués, publica en Lyon, en 1640, un interesante *Traité sur les préceptes du Décalogue*. Según se colige, pueden sortearse los preceptos como los arrecifes. ¿No hay uno que ordena honrar padre y madre? Pues oíd al jesuita Fagundez.

«Des enfants peuvent accuser leurs parents du crime d'hérésie, quoique il sachent que pour cela leurs pères seront brulés et mis à mort... Non seulement ils pourront leur refuser la nourriture, mais même ils pourront justement les tuer, en gardant la modération d'une juste défense»...

Ya sabéis: podéis matar a vuestros padres, «con moderación». Podéis matarlos si poseen algunos bienes de fortuna que el clero codicie y como vuestro confesor os lo indique. Y si fuesen herejes —la herejía es una cosa que existió, siglos atrás, mientras existió el Santo Oficio—, si fuesen herejes podéis delatarlos a la Inquisición. La Inquisición dispone por igual de vidas y haciendas. Hará lo que convenga.

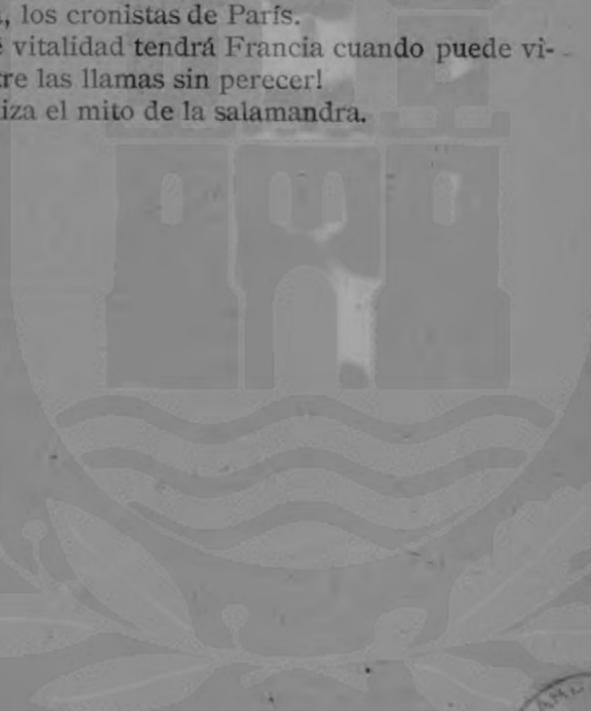
¿Los casuistas? Peligrosos maestros. Hay que tomar sus enseñanzas por gotas, como el arsénico, o hay que estar mitridatizados.

Sí; la religión es un freno; sobre todo la que inculcan las madres a sus hijos en el hogar. Pero no han sido siempre ni las épocas ni los pueblos de más exaltada religiosidad los más virtuosos. La España de Felipe IV podría servir de ejemplo.

Cuanto a Francia, sus crímenes domésticos son lepra contra la cual debe buscar remedio. Ya tienen en qué ocuparse los médicos de males colectivos, como aquel doctor Gustavo Lebón, que antes de la guerra se complacía, de rodillas ante los yanquis, en diagnosticar la decrepitud de los hispano-americanos. Ya tienen otro tema, aunque no de risa, los cronistas de París.

¡Qué vitalidad tendrá Francia cuando puede vivir entre las llamas sin perecer!

Realiza el mito de la salamandra.



Cardenal Cisneros

La lección del Ruhr

Obra el razonamiento por largas líneas rectas: es el tren que avanza, seguro, sobre rieles, y sabe adónde va. El sentimiento, por el contrario, opera en zigzags: adelanta, retrocede, mira a la derecha, a la izquierda, arriba, abajo, y evoluciona de manera indeliberada.

El sentimiento universal juzga la ocupación del Ruhr alemán por las tropas de la República francesa y con evidente unanimidad condena a Francia.

Pero interviene la razón y trata de explicarse las cosas. ¿Qué descubre la razón? Lo primero, los hechos. Luego, la fuerza motora que los ha producido.

* * *

Los hechos son conocidos. La ocupación del Ruhr no es un acto criminoso, de cínico descaro, como la invasión de Servia por Austria y la de Bélgica por Alemania en 1914. Francia se queja de que Alemania rehuye cumplir compromisos

que subscribió en Versalles; y, en tal virtud—y aduciendo aquel pacto—, se dispone a tomar por su propia mano parte de aquello a que se cree con derecho, y que se le niega.

Alemania se lamenta como víctima. Inglaterra se resiste a seguir a Francia con la espada desnuda por la cuenca del Ruhr. Los yanquis, en son de protesta, retiran el pequeñísimo contingente de tropas—gaje o símbolo de solidaridad con los aliados—mantenido hasta ahora en las orillas del Rin.

El sentimiento universal toma la palabra.

Dice de los yanquis.

—Pueblo virtuoso, idealista, desinteresado: ha hecho bien en retirarse.

Y nadie les pregunta por qué no se retiran de Puerto Rico, de Nuevo Méjico, de Filipinas, del Hawai, de Haití.

Respecto a Inglaterra, el sentimiento, locuaz, añade:

—Inglaterra no se aviene a arruinar a Alemania y al mismo tiempo exigirle que pague: ha obrado con cordura.

Nadie piensa que el deseo de Inglaterra no es el de favorecer a Alemania, sino el de dañar a Francia, no por odio a este país, sino por excesivo amor de sí misma.

De Alemania:

—¡Pobre país! ¡Tan trabajador! ¡Tan prolífico! ¡Tan sencillol! Es víctima del imperialismo francés. ¡Miren que cobrarle lo que debe; y cobrárselo con la espada en la mano!

Nadie recuerda que Alemania, por medio de triquiñuelas, se resiste a pagar aquello a que se comprometió; nadie recuerda que en 1902 fué esa mis-

ma Alemania, con su intransigencia y su espada desenvainadas, a cobrarle a la microscópica Venezuela lo que Venezuela no le debía.

De Francia se dice:

—Ebria de triunfos que no obtuvo en la guerra y de un nacionalismo agresivo, Francia quiere destrozarse a Alemania. Lleva su rencor y su codicia hasta arrebatarse el pan de manos de un pueblo muerto de hambre. La Justicia, como Inglaterra, se niega a acompañarla en su invasión del Ruhr. El Derecho, como los Estados Unidos, se aleja de su compañía.

Y la Razón, después de haber observado los hechos, trata de descubrir la fuerza motora que los ha producido.

* * *

Los pueblos de Europa abundan en taras que heredaron de esa vieja cortesana, podrida en vicios, relamida, hipócrita, egoísta, de gélida crueldad.

Estos países, a pesar de tan viejos y de hablar tanto de principios morales, viven hoy, como hace mil años, del pillaje mutuo, de la mala fe, con el cuchillo entre los dientes, en un régimen de violencia y de odios.

Se trata de ser el más fuerte, para no caer víctima de la raza y del pueblo rivales. Se trata de una lucha por la vida, de una lucha biológica. *To be or not to be: that is the question.*

Las palabras Derecho, Justicia, Razón, casi no tienen sentido para los contendores. Somos nosotros, los ajenos a esas luchas de exterminio—mientras permanecemos distantes—, los que atribuimos sentido a las acciones. Los que luchan, no.

Los que luchan creen que no sólo la justicia, sino hasta la divinidad, está siempre con ellos. En el fondo, no les importa; lo que les importa es vivir, gobernar, imponerse sobre los demás.

¿Qué busca Alemania—causante de los presentes desórdenes de Europa—eludiendo sus compromisos, arruinando el marco, tergiversando, negándose *de facto* a reparar los daños que ha causado? No pagar, no fortalecer a sus adversarios; esperar a ver qué trae en su vientre preñado de sorpresas el porvenir... Esperar del mejor modo posible—sin siquiera molestar a la ilustre familia guillermina ni a los magnates de la industria—en medio de una melosa revolucioncita casera... Y mientras aguarda, no tiene las manos desocupadas: remueve los escombros, reconstruye su arruinado patrimonio; y aguarda, acaso prepare, el momento de la reacción kaiserina, en lo interior; el momento, en política internacional, de la pólvora seca, de los papeles mojados, del desquite y del imperio.

¿Qué busca Francia invadiendo el Ruhr? Primero arrebatarse elementos de preponderancia industrial a Alemania; luego, posesionarse del carbón que necesita para explotar la Lorena y convertirse en la primera potencia metalúrgica de Europa.

¿Qué busca Inglaterra negándose a secundar esa política de Francia? Que Francia no se reponga de sus quebrantos y quede siendo, como Alemania, un país aniquilado; en suma, la hegemonía inglesa.

¿Qué buscan los yanquis no asintiendo a la ocupación del Ruhr? Lo mismo que Inglaterra: la debilidad de Francia, en beneficio de la propia supremacía.

En esta lucha de imperialismos feroces, no se pronuncien, pues, palabras nobles y desinteresadas; no se hable de Justicia, ni de Derecho, ni de Libertad, ni de Conciencia. Para Europa, loca de odios, de apetitos y de terrores recíprocos, estas palabras carecen de sincero contenido ideológico.

* * *

Existen unos hombres de buena fe esparcidos por toda la redondez del planeta; estos hombres viven malhallados con la codicia, la mentira y la crueldad que, periódicamente y con grandes palabras en la boca, lanzan a los pueblos unos contra otros.

Según estos hombres de buena fe, agujoneados por generosa inquietud de mejora humana, son los acaparadores, los hijos del privilegio, y la organización económica existente los que mantienen la explotación de unas clases por otras clases, dentro de cada sociedad, y el odio de unas naciones hacia otras.

Esos hombres tienen derecho de realizar su experiencia de nueva sociedad. Nada, además, puede ser peor que lo existente, ni más injusto, ni más feo.

Pero me parece que van demasiado lejos cuando entrevén y pintan futuros paraísos humanos. Hay algo que se transforma con excesiva lentitud, y es el alma misma del hombre.

¿Qué advertimos en todas las peripecias de la guerra y de la postguerra? Advertimos que son los instintos primarios los que entran en juego. Bajo disfraces majestuosos y palabras resonantes, se trata hoy, en el fondo, de una obscura contienda

por la dominación y por la vida, como en los tiempos del hacha de sílex.

Los sentimientos básicos de la Humanidad permanecen los mismos que cuando el hombre se guarecía en el tronco de los árboles, como su hermano el mono, disputando a los monstruos de la selva la presa y sin tener otra preocupación que la de llenar el bandullo, solazarse con la hembra y salvarse del monstruo enemigo.

* * *

La lección del Ruhr puede traducirse en estas palabras: para tener derecho a vivir hay que saber exterminar, hay que carecer de misericordia, hay que ser fuertes.

Los pueblos débiles debemos aprovechar la lección.

Nos convendría agruparnos, unirnos, aun formar federaciones más o menos artificiales. Estas federaciones se instituirían según parentescos étnicos, o por razones de geografía, o con otro motivo cualquiera que aconseje la alianza. Y sin olvidar, naturalmente, el carácter del peligro que más inmediatamente amenace. A los aislados les espera la esclavitud o la muerte.

Esto no es cuestión de política. Es cuestión de necesidad. Es cuestión de vida. El hombre no se corrige. Permanece siendo el más feroz de los animales.



El concepto de España en Francia

—Malas noticias de España—me dice el francés.

—Malas noticias ¿para quién? ¿Para Francia? ¿Va a ser concedida a España la ciudad de Tánger?

—Malas noticias para la propia España.

—¿Qué ocurre?

—Huelgas, asesinatos, el Ejército que se encabrita, los políticos que se dividen, Marruecos, Barcelona. Agitaciones, en suma...

—Usted lo ha dicho: agitaciones. ¿Y sabe usted lo que eso significa? Significa vida. Sólo los cadáveres ni se encabritan, ni se dividen, ni huelgan, ni matan, ni mueren.

—Pero el orden no me negará usted que es la base de la sociedad, y que, por tanto, interesa.

—Sí, señor; el orden, es decir, el «statu quo», el que no pase nada, la inacción del país y el sueño de los espíritus interesa mucho a los que tienen el mandador en la mano, a los que chupan del bote. A los demás, no. Y menos a los que creen de buena fe que a un orden malo es preferible un buen desorden.

—¡Viva el caos!

—Del caos salió el mundo: ¡viva el caos generador! Diga, amigo francés, ¿recuerda usted el asunto Dreyfus? ¡Divisiones, odios, desórdenes; el caos! La mitad del país empeñado en condenar a un inocente; la mitad más poderosa: ejército, clero, jueces, ricachones, tradicionalistas, derechistas. La otra mitad empeñada en el triunfo de la justicia y de la inocencia a toda costa.

—El caso no es el mismo.

—Déjeme terminar. ¿Qué sucedió? Triunfó al fin la justicia. Francia dió al mundo un ejemplo maravilloso de energía, de idealismo, de virtud; prefirió el desorden, la guerra civil, el peligro alemán, el descrédito pasajero, todo, a que triunfase en su seno la infamia, la injusticia. Se depuraron responsabilidades. Los culpables fueron a la picota. Con aquel grande ejemplo de energía ya estaba madura Francia para el grande ejemplo de virilidad de 1914-1918.

—No veo la relación.

—Déjeme terminar, le repito. España atraviesa por un trance, si no igual, parecido. Parecido en esto: en que quiere hacer justicia a costa de lo que sea. Quiere pedir cuenta. Quiere dar un grande ejemplo de vitalidad.

—¿Justicia a quién, cuenta de qué?

—La justicia y la cuenta que deben al país aquellos en cuyas manos el país pone su honor, su dinero y su confianza (1).

(1) Este diálogo se sostenía y se hizo público en julio de 1923, cuando España, en generosa agitación cívica, encabritándose al recuerdo de Annual, empezaba a pedir cuenta a los mandatarios por el frac-

—Creo que usted anda descarriado, o que, por lo menos, no ve sino un aspecto de las cosas. Nada tienen que hacer con lo que usted dice la huelga, los asesinatos, el separatismo de Cataluña. Eso es simplemente malestar público.

—Sí, señor; enfermedad que la nación desea curarse, y hace esfuerzos por curarse. Por lo demás esos males españoles son síntomas de la epidemia reinante en toda Europa. Ya ve usted: a Inglaterra con la guerra civil de Irlanda a cuestas, con huelgas voluntarias e involuntarias; a Francia con problemas internos y externos; a Alemania en plena ruina, esbozando una reacción que la acabará de arruinar; a Italia empobrecida en manos del fascismo, es decir, de la aventura; a los yanquis peleándose en Turquía con franceses e ingleses, que a su vez pleitean entre sí por el plato de lentejas turco...

—Eso es otra cosa: la vida es lucha.

—Por eso España lucha contra sí misma, contra la peor y más retardataria parte de sí misma, por mejorar... Y ahora permítame decirle: Usted y muchos como usted, en Francia, son injustos con España.

—No me salga usted con esas. ¡Con que nosotros malqueremos a España!

so de Marruecos. En setiembre de ese año sobrevinieron el golpe de Estado y la dictadura militar. Las responsabilidades no se depuraron. España no siguió el ejemplo de Francia en el caso Dreyfus. Esta oposición de procedimientos revela diferente psicología; y, por tanto, desemejanzas, no sólo en la actualidad, sino en el papel histórico de ambas naciones.

—Muchos de ustedes, sí. Otros, no. He recorrido varias veces, a jornadas cortas, en distintas épocas, la región suroeste de Francia: desde Hendaya hasta Burdeos. He observado allí una simpatía innegable hacia la nación vecina. Y no sólo allí. Abro un periódico de París: ¿qué veo? *Ménagons l'Espagne*. Recibo carta de un escritor tan ponderado como Valery Larbaud. ¿Qué dice? Recuerda con placer y afecto las horas pasadas en Madrid. Otro escritor, Marius André, historiador de Bolívar, no ha encontrado incompatible el culto a Bolívar con la admiración que se debe a la obra de España en América.

—Ya usted mismo ve que exageraba cuando decía que los franceses...

—No digo que los franceses; digo que en Francia algunos como usted malquieren o desconocen a España.

—Sabemos que España es un pueblo caballeresco.

—Ignoran que España es un pueblo moderno, muy antiguo y muy moderno.

—En España se tiene la piel demasiado fina, y existe la tendencia a imaginar que se la menosprecia.

—Póngase usted la mano sobre el corazón, querido francés, y respóndame: ¿aquilata usted del mismo modo sus conceptos cuando trata de España que cuando trata de Inglaterra o de los yanquis?

—Exactamente...

—¿Conocen ustedes la vida espiritual, artística de España?

—Sabemos que entre sus pintores los hay de primer orden: Zuloaga, Anglada, Sorolla.

—Y entre sus literatos también.

—A algunos los hemos traducido.

—No en número suficiente para formarse idea clara. Y no los han comentado. Usted, espíritu curioso y docto, tiene, de seguro, concepto preciso de Walter Pater, de Papini, de Schnitzler; ¿lo tiene asimismo de Unamuno, de Alomar, de Ortega y Gasset? Y remontándonos de los hombres a la nación, ¿no cometen ustedes errores garrafales de psicología al hablar de España? España es un pueblo que posee este raro diamante: «carácter». Unos la aman; otros, no. Pero nadie puede quedar indiferente ante ella.

—España, en efecto, no es Holanda, cuya característica más saliente es el cultivo de tulipanes. El defecto máximo de España—si ello fuera defecto—consiste precisamente en un exceso de personalidad. No se deja penetrar lo bastante por los demás pueblos, ni eso le interesa. Tampoco le interesan cosas ajenas, los otros pueblos. Vive en sí, para sí. Carece de curiosidad.

—En las librerías de España, sin embargo, ve usted libros de todos los pueblos, a veces, en sus respectivos idiomas. Pasa usted de Irún a Hendaya, ¿qué observa? Ya no se ven sino libros franceses en las librerías.

—Nosotros traducimos las obras maestras de todas las literaturas.

—No lo niego. Pero insisto en mi ejemplo: la librería de la estación, en Irún, la mira usted repleta de libros franceses. Anda el tren unos metros, echa uno pie a tierra en la «Gare» de Hendaya, traspone un cancelito, lo primero con que tropieza es la librería: ni un solo libro en lengua española,

ni un solo libro español en lengua francesa. Para el espíritu español, *finis terræ*.

—Eso depende de que el libro que va a Hendaya llega de muy lejos: de París; es París lo que se debe conquistar.

—Es posible.

—Es seguro.

—Acabo de leer que el catorce de julio se ha celebrado en Burdeos una corrida de toros, no una corrida vergonzante, sino una corrida al estilo de las grandes plazas de España; y yo que abomino los toros, y que en Madrid jamás asisto a «la fiesta nacional», estoy encantado con la noticia.

—Me parece muy bien.

—¿Y sabe usted por qué estoy encantado con la noticia? Porque los toros en Burdeos representan el espíritu de España, aunque sea en forma subalterna.

—Tiene usted razón. La fiesta taurina, en tal sentido, es también una fiesta del espíritu.

—No digo yo tanto. Pero creo que el espíritu de España flotaba sobre la bella ciudad girondina el catorce de julio de mil novecientos veintitrés.

VII

Guerande

Guerande es una de las ciudades más interesantes de Bretaña. Es una ciudad de la Edad Media. Cintura de murallas fortificadas la circunda. Este cinturón de piedra encierra la ciudad, como en la Edad Media; y, como en la Edad Media, sólo puede penetrarse en la villa por una de sus cuatro puertas de mampostería. La más importante y hermosa de estas puertas, la de San Miguel, es una bastilla compuesta de un bloque rectangular, flanqueado por dos torres. Esas torres fueron castillo famoso. Hoy sirven de Municipalidad u *Hotel de Ville*; abriga los archivos de la ciudad, la Caja de Ahorros, otras oficinas públicas... y la prisión.

En vasta y antigua sala del Consejo Municipal, hoy restaurada, y que sirve para celebrar matrimonios, ocupa la testera un retrato de cuerpo entero y en traje de corte, del baile Juan Manuel de Rohan Pouldu, gran maestre de la Orden de Malta. Pero aun aquella figura de cortesano es demasiado moderna para semejante edificio; es un

anacronismo dentro de un marco dorado. Para aquella torre de piedra, un guerrero medieval, vestido de orgullo y de hierro; un señor de Guerande, sobre su sepulcro de granito, con su yelmo de granito en la cabeza y entre las manos una espada granítica.

Desde la eminencia de la torre, por los intersticios destinados a las armas arrojadizas, divísase toda la campiña guerandesa, hasta el mar: los prados resecos de este país de arenas, los florecientes molinos de laboriosas alas y las salitreras artificiales o pantanos salados, todo un paisaje gris, de un verde terroso y desvaído.

Mirando hacia otra parte, descúbrese, acurrucada a los pies de la torre, a la pequeña Guerande.

Entre callejas angostas, cuyos muros alcanza un hombre con los brazos abiertos, más allá de la antigua judería o geto de Guerande, donde perduran algunos motivos arquitectónicos del siglo XV, yergue su esbelta figura, venerable y retocada, la Colegiata de Saint-Aubin. En las paredes y techos de este abigarrado edificio, cada siglo ha puesto su piedra y su deformación.

El campanario data del siglo XIX; el coro, del siglo XV; la nave romana, del siglo XII, y aún se conservan bajo el coro de la iglesia fragmentos de la prístina construcción, que data del siglo IX.

Pero lo más interesante de la ciudad es la ciudad misma, no sólo porque en ella se conservan íntegras mansiones del siglo XVI y mansiones del siglo XVII; no sólo por su cortina de murallas cubiertas de hiedra y sus fosos centenarios, sino porque con el más mínimo esfuerzo de imaginación adivinamos en aquellas casas vacías, en aque-

llas calles desiertas, en aquellas iglesias reconstruidas, en aquellas murallas ruinosas, en aquellas torres de piedra, la existencia de una pequeña ciudad medieval: cómo vivían los hombres, a qué ventanas se asomaban las mujeres, qué edificios vigilaban los guardas, qué torres defendían los soldados, qué horizontes miraban los vecinos, cómo se desarrollaba el eterno drama de amor y dolor humanos en hombres de otra edad y de costumbres muy diferentes a las de ahora, en épocas desaparecidas.

Y ¡oh misterio de afectos subterráneos que unen un hombre a su raza! Cuando bajo de la orgullosa y formidable torre de San Miguel, famoso castillo de la famosa y fortificada Guerande, me impongo —no sin orgullo— de que los españoles entraron a saco aquella ciudad en 1342, quemaron cinco templos y destruyeron a medias aquella misma torre de San Miguel, que parece imposible escalar, someter y destruir.

Y recuerdo con una sonrisa las palabras del cicerone cuando ascendíamos a la torre y a la vista de las murallas:

—Esta fortaleza es intomable, En esta ciudad no ha entrado ningún conquistador. Nunca fué rendida a ningún guerrero.

El bueno del cicerone hablaba como un historiador. Por lo menos, como un historiador de la República Argentina.

Creería uno estar escuchando a Mitre.



VIII

La segunda vez que vi a Moréas

¡Qué lejos los días y las batallas del modernismo! De lo que nosotros hemos llamado, en su variedad castellana, modernismo. Francia, en donde tuvo origen, lo nombró simbolismo y por apodo decadentismo!

¡Qué distantes aquellas coloraciones y musicalizaciones de vocales!

Toda originalidad, seductora o no, pero digna de atención en los originales, en los creadores de novedad, ya expresiva, ya sentimental, ya ideológica, resulta pedestre en los micos.

Los imitadores prostituyen la novedad. Desposeyéndola de su carácter novedoso, la visten con galas manoseadas que cepillan laboriosos y frotan con bencina: los oropeles descoloridos del lugar común.

Peores aún que los imitadores vulgarotes e ingenuos, los capciosos retocadores, imitadores vergonzantes, fingen temperamento y genialidad, a costa de paciencia en la simulación. ¡Garduños!

Y resulta que toda novedad está condenada a no

serlo. Es la pieza de oro del rico, cambiada después en calderilla, que corre de mano en mano.

Cada época y cada movimiento literario producen unos cuantos temperamentos. Los demás...

Del simbolismo francés ha permanecido, entre tantas pavesas, Juan Moréas. Hijo fiel de la Héla-de; en los últimos años fué evolucionando hacia formas y temas clásicos. El poeta de *Las Estancias*—*Las Estancias* corresponden al promedio de su no muy larga vida—puede, impertérrito, desafiar presentes y sucesivas modas. Algo de lo perenne en las obras que perduran alienta allí. Algo, aunque no sea sino la esencial sencillez...

Góngora y Mallarmé no son sencillos y prevalecen: en ellos y para ellos, la sencillez fué complicada; y la complejidad, simple. La sencillez, además, habría que definirla. En todo caso, no se la tiene por virtud exclusiva de perduración. Pero a ella se retorna, por muy diversos y personales caminos.

* * *

Maurevert, Carrillo y yo, que vamos a comer juntos, nos encontramos en un rincón del restaurante con Moréas. Nos sentamos a su mesa y comemos con el poeta. Luego le llevamos al Círculo de la Esgrima a tomar café. En la sala de armas, que le hacemos conocer y que está desierta a esas horas, empieza Moréas con una espada en la mano a explicar golpes y recordar sus tiempos de esgrimista.

—Ya estoy viejo—dice, quejándose de sus malas digestiones.

Poco después anuncia que trabaja en una trage-

dia clásica. Charlando se ha hecho tarde; Moréas se dispone a partir. Carrillo le pregunta:

—Bueno, querido maestro, ¿qué hacemos para verlo a usted?

—No salgo nunca, o salgo poco. Vengan ustedes una tarde por casa. Vivo ahora en Mont-rouge...

Da las señas. Maurevert le dice:

—Por eso hace usted malas digestiones, porque no camina.

—¡No camino!—grita Moréas con voz chillona.

Y en esa misma voz de adolescente que se hace hombre, y con una buena sonrisa de personaje seguro de que va a causar sorpresa, refiere cómo trabaja.

—Mientras pienso me paseo; me paseo una, dos, tres horas, a veces toda la noche. Después, apenas necesito el tiempo material de verter mi pensamiento, ya formado, en el papel. ¡Vean ustedes si camino! Es una enfermedad; pero en fin, no me apoltrono.

Moréas es hombre petulante, enjuto, simpático. Tiene unos negros ojos vivos, una barbilla en punta. Gesticula, chilla cuando conversa: meridional hasta la raíz del cabello.

No lo veía desde la noche en que lo conocí. Andaba con un amigo por el Boulevard y nos encontramos a Moréas en compañía de dos caballeros: el secretario de la Legación de Grecia y un poeta del mismo país. Después de las presentaciones, Moréas se desentendió de sus paisanos y se puso a charlar con nosotros de literatura clásica española: de Lope de Vega, Hurtado de Mendoza, etc.

El nombre de Hurtado de Mendoza le produce

a ojos vistas efecto seductor al oído. Pronuncia el Hurtado con doce pares de erres; y el Mendoza con silbo de numerosas eses, en que trastrueca la castellana z. Conoce *Lazarillo de Tormes*; pero de Hurtado de Mendoza más que la obra lo deslumbra el nombre.

Nos hizo caminar como una hora, por frente de los mejores cafés del Boulevard, hasta cierta lejana y oscura taberna.

—Les voy a llevar a un rinconcito delicioso y de calma—había prometido.

En lo de calma no engañó: allí no había nadie.

Mientras comíamos sandwichs y bebíamos cerveza, nos pusimos a bromear, a costa del pobre poeta griego, chato, feísimo. Se trató de tipos. Alguien dijo, señalando al Tersites:

—El señor tiene tipo griego, aunque no precisamente clásico.

Y todos, incluso Tersites, rompimos a reír.

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

Las dos Vasconias

I.—Unidad y desemejanza.

Venimos de Castilla. El tren avanza en medio de la noche. Al amanecer, ¡qué sorpresa!

A la planicie calva de Castilla, que tanto conocemos y dejamos ayer mismo ardida de sol, con una temperatura sudanesca, sucede al abrir ojos en el amanecer un terreno quebrado, montañue-las, vallecicos, laderas, todo verde, todo húmedo, todo envuelto en una fresca niebla de lluvia.

¡Cambio mágico! ¡Sueño de una noche de estío!

Y no sólo muda el paisaje al entrar en tierras de Vasconia. El estilo de la arquitectura es otro: a las pesadas moles castellanas, con su patio rectangular, encuadrado de corredores, construcción que tiene la severidad de los claustros, en los que probablemente originó, suceden las graciosas villas campesinas, tan ligeras que parecen tener alas como para echarse a volar. A las azoteas castellanas, nuncios de clima seco, corresponden en Vasconia los techos a dos aguas del paisaje pluvioso.

En Castilla, la seca y soleada, triunfa lo uniforme: la tierra toda parda, el cielo todo azul, la lejanía toda gris.

En la húmeda Vasconia, la riqueza de matices: los varios tonos verdes de la campiña, los grises del cielo, del mar y de la niebla; las degradaciones de cada color, hundido en un acuario cambiante de vapor de agua. En este sentido Vasconia alardea de holandesa, país cargado también de vapor de agua y también propicio a lo pintoresco.

Era de esperarse que en Vasconia, como en Holanda, se produjera una pintura original, poco propensa al desnudo, pero más opulenta en tonos suaves y varios que la pintura, por ejemplo, de Andalucía o Castilla. ¿Ha ocurrido así? ¿Existe un arte vasco? Desde luego la arquitectura campestre—pariente de la holandesa—se va creando, por obra deliberada de la voluntad, con viejos motivos espontáneos del terruño y la raza.

¿Y la raza?...

También el hombre es otro. No ya porque el medio lo haya transfigurado, sino porque se desgaja de muy distinta rama de la familia humana. A despecho de las divisiones políticas y de banderas diferentes, el país vasco, partido en dos, conserva su unidad; su unidad en cuanto espíritu, en cuanto lengua, en cuanto geografía física y en cuanto tipo humano. Esta unidad se descubre desde Bayona en Francia hasta Bilbao en España. Y mayormente se refirma el tipo humano común en donde se conserva incólume: en los pueblucos pirenaicos de uno y otro país.

Al hombre castellano, cenceño, óseo, de cara un poco amarradita en cuanto pasa de los treinta; al

girondino cercano y alborotador, se contrapone el cuerpo pesado del vasco, su nariz fina, aguda, que anuncia mares como proa de barco; un rostro bonachón, casi infantil, sin la movilidad del girondino ni la dureza del castellano.

Y el espíritu, como el hombre, es el mismo en ambas Vasconias. El mismo espíritu que erigió la catedral de Bayona, joya de piedra de la fe, ha sido el que sostuvo los dos sitios de Bilbao contra las ideas liberales.

* * *

Entre las dos Vasconias, la española y la francesa, ¿no existirán algunas diferencias perceptibles en medio de su evidente unidad?

Veamos...

Venimos, se recuerda, de Castilla. Hacemos el viaje de noche. Pero otras veces, muchas veces, lo hemos hecho de día. El tren se detiene en algunas estaciones. Divisamos libros: la biblioteca que cada estación presenta a la curiosidad, al ocio y a los sueldos del viajador. El amor invencible de los libros nos arrastra hacia aquellos colmados plúteos.

Apenas disponemos de cortos minutos para mirar. Sin embargo, vemos y vemos bien.

Las mujeres, con sólo un fognazo de los ojos, como al descuido, inventarian la *toilette* de otra mujer, y le encuentran y detallan a otra mujer, en aquella visión de relámpago, defectos físicos que los hombres no percibimos tan de prisa. Los literatos obramos de modo análogo. De un vistazo a los anaqueles desentrañamos la obra buena, y aun creemos poder vislumbrar el carácter de la biblioteca y deducir el espíritu del poseedor.

¿Qué descubrimos en las bibliotecas de las estaciones españolas? Desde luego, nada de pepitas de oro. Columbramos, entre algunos libros de España, múltiples libros franceses, ya traducidos, ya en su lengua original. También columbramos revistas de modas, revistas de *sport*, revistas literarias de Francia. No es todo. Podemos procurarnos, si a bien tenemos, algunos diarios de París.

Seguimos viaje. El tren nos conduce hasta Hendaya. Descendemos del vagón. Atravesamos un cancelito. Estamos en Francia. Vemos en la misma estación una biblioteca.

¿Qué divisamos allí? Muchos libros franceses y alguno que otro libro extranjero. ¿En español? No... En inglés. Pedimos una revista, siquiera algún diario en castellano. A menudo no los hay. ¿Será que en Hendaya nadie conoce la lengua de Castilla? No. En Hendaya se habla tanto español como francés; y quizá no habiten allí más franceses que españoles.

El comercio no tiene patriotismo. Si se vendieran libros españoles los llevarían.

No puede imponer su espíritu pueblo que no compra, no lee, no ensalza y no divulga su literatura. Pero este cultivo del espíritu propio, este anhelo de obrar por el espíritu de la raza, ¿no implica un previo problema educativo?

Sigamos.

Lo que pasa en las estaciones de Castilla sucede en las estaciones y en los hogares de Vasconia, desde San Sebastián hasta Bilbao: el libro francés penetra como triunfador, a banderas desplegadas y entre músicas marciales.

He ahí, mariposa ya cogida por las alas, una

disimilitud en la semejanza de ambas Vasconias. El espíritu francés, por medio de su mejor vehículo, el libro, se divulga en el país vasco francés y penetra en el país vasco español. En cambio, el espíritu de España no penetra por medio de su agente más eficaz, el libro, en la Vasconia de Francia.

II.—España y Francia reflejadas en el país vasco.

Si el espíritu de España no penetra en el país vasco fronterizo por medio del libro, tampoco se abre paso por medio del teatro. Y eso que el público de los balnearios, con tiempo y dinero de que disponer, tiene anchas tragaderas. Lo que desea es pasar el rato o, mejor dicho, el verano. Aburrirse pagando una butaca le parece más divertido que aburrirse de balde en su cuarto del hotel.

¿Qué pieza triunfa este verano en las escenas de Biarritz? *Un succès de fou rire*, responden los anuncios. ¿Y qué es este *succès de fou rire*, que nos hace bostezar como si asistiésemos a alguna comedia del teatro hispano-americano? Pues este *succès de fou rire* es una obrita inglesa, bautizada en francés *Peg de mon coeur*.

Por cada inglés hay en verano en Biarritz dos españoles y un américo-hispano, o dos españoles y un hispano-americano y medio. Aunque un soberbio inglés gaste él solo más que tres y medio hispánicos, paga su asiento del teatro al mismo precio que el más humilde hijo del Paraguay.

Peg de mon coeur, o algo por el estilo, ¡era tan

fácil encontrarlo en España! Se trata de una obrita del género tonto que con tanto éxito cultivan los Quintero. ¿No pudieron recurrir los empresarios de Biarritz a los hermanos siameses de la escena andaluza para que les condimentaran alguna *Peg de mon coeur* a la española, con sentimentalismos de hortera, chistes para educandas visitandinas, optimismo cursilón y matrimonio en el tercer acto?

De seguro no lo habrían hecho distinto de ese inglés; y el público, naturalmente, hubiera salido encantado. Como ahora, lo mismo que ahora.

Pero no. No podían dirigirse a los Quintero los empresarios biarrizenses... Para triunfar en Vasconia de Francia hay que pasar por París; y para conquistar a París se necesitan no sólo soldados de empuje como los Quintero y soldados de aguanate como Benavente, sino una diplomacia y una política muy avizoras que apoyen con gruesa artillería de campaña el avance de los tercios.

Detrás de ese inglés bobo estaba el Imperio británico. ¡Cómo no iban a rendírsele los escenarios, las taquillas y las cupletistas de París! ¡Cómo no íbamos en Biarritz a encontrarlo muy divertido!

* * *

Biarritz rebosa en gente. Las calles, la playa, las joyerías, los hoteles, los teatros, sirven de escena a una alegre, viciosa y adinerada multitud cosmopolita. Hay españoles, hispano-americanos, yanquis, ingleses... Se oyen casi todas las lenguas de Europa, incluso el búlgaro, el polaco y el ruso. Como se oyen casi todas las lenguas europeas, se

escucha hasta el francés. Esa multitud viene a divertirse y encuentra diversiones. Viene en pos de libertad y libertinaje y encuentra lo que busca. Deja a su paso una estela de oro.

Toda la costa vasca de Francia ofrece con la misma libertad más apacibles o rústicos refugios, según el capricho, la necesidad y la bolsa de cada uno.

¿Desea el veraneante vida modesta? San Juan de Luz lo aguarda. ¿Más tranquila aún? Guethary, entre el mar y la montaña, le abre los brazos. ¿La vida de familia lo seduce? Ahí tiene la plácida playota de Hendaya.

Atravesemos el Bidasoa. Entremos de nuevo en España. También playas y sitios veraniegos rebosan en gente. Pero fuera de San Sebastián, ¿adónde van extranjeros?

El dinero que se invierte en los veraneos españoles sale de España; el que se invierte en los veraneos franceses proviene, en mucha parte, del Extranjero. Y Francia disfruta, por motivos del turismo que sabe fomentar y explota a conciencia, cuantiosa renta vitalicia.

No hablemos de París ni de las estaciones de aguas médicas convertidas en centros mundiales de placer y elegancia, como Vichy; ni de los cuarteles de invierno de Europa, como Niza. Concretémonos a la costa vasca. ¿Es mejor o más bello el país vasco francés que el país vasco español? No. Su mayor éxito viene a ser éxito de Francia.

En Francia existen el arte de la atracción, el arte de la cocina, el arte de la perfumería, el arte de la modistería y el arte del amor. El amor en Francia no es vicio ni pecado, sino aliciente de la

vida. Existe, además, el talento de ser discreto y la virtud de la tolerancia. Tolerancia para las costumbres, las ideas y aun las flaquezas humanas de nuestros prójimos.

Los franceses han descubierto que todo eso se compra y que todo eso se puede vender... Y lo venden.

* * *

Hemos, pues, observado algunas diferencias entre ambas Vasconias. Estas diferencias, más que propias, son reflejas.

Consiste una de ellas en que en el país vasco francés tiene mayor poder de difusión la cultura de Francia—o lo que Francia quiere divulgar—que en el país vasco español la cultura de España. Otra diferencia consiste en que el país vasco francés sabe atraer más gente forastera; y con la gente, el dinero.

Estas desemejanzas, más que entre ambas Vasconias, originan en el carácter de los dos pueblos en que el país vasco se bifurca.

Por donde podemos concluir: el país vasco de España y el país vasco de Francia, con ser tan parecidos que son uno mismo en el fondo, reflejan con todo aspectos del carácter social de los pueblos en que están incrustados y de que políticamente forman parte.

II

Por tierras de Galicia

¡Qué país tan encantador el país gallego! Y del país, el paisaje. Aparecen, desaparecen y reaparecen valles, colinas, rías, vides, maizales, castañas, casas blancas muy pequeñas entre huertas verdes muy grandes; y aquí y allá rebaños de ovejas, cabras que triscan, vacas que pacen, bueyes que arrastran el carro; y a la vera de un camino o a la sombra de un árbol o a la orilla de un riachuelo, algún pastor que estrecha las manos de alguna pastora o el zagaletón enamorado que bebe el aliento en un beso a la zagala. Va uno como entre églogas de Virgilio, admirando idilios de Teócrito.

A los pies de colinas cubiertas de maizales—de unos maizales sonoros, que vibran al aire verdes picas—se tienden los vallecicos fértiles y cultivados que atestan la bondad de la tierra y la laboriosidad del regnícola.

En los valles, o trepando las colinetas, las casitas del campo gallego con su escudo especial, su timbre propio que las hace inconfundibles: la parrá, la pampanosa o enracimada parrá, una her-



mosa parra bíblica, sostenida, no por miserables cañucas o deleznable tablillas, sino por recias y esbeltas estelas de granito. Aquellas parras infunden a la comarca cierto aspecto venerable de Antiguo Testamento.

Pero tornad un recodo: el aspecto de antigüedad venerable desaparece y surge el aspecto juvenil, poético, risueño, de aquella tierra alegre, de aquella tierra de poetas, de aquella tierra de juventud. Porque Galicia luce joven, aunque tan vieja. Los campos parecen sonreír, acordándose quizá de sus abuelos los viejos bosques celtas.

El mar es el gran adorno de Galicia. No es allí bravo y ríspido como en la colindante Cantabria; por lo menos, no lo parece. Enamorado de la tierra *lieta*, mimosa, y anhelando más íntimos encantos de la campiña galaica, penetra suavemente sensual y osado Galicia adentro.

El mar se introduce por cien canales hacia lo interior del país gallego; discurre entre colinas, partiendo en dos los valles, haciendo eses, curioseando en los caseríos, formando como brazos inmensos: las rías, las famosas rías de Galicia.

Estos brazos de mar producen impresión de hermosura y majestad agrestes, parecida en cierto modo a la que causan los grandes ríos de la América de los trópicos. La sensación en América es más intensa, acaso porque la Naturaleza bravea allí más vigorosa y despiadada, acaso porque el hombre cuenta allí con menos elementos que en Europa para someterla. Con todo, cada vez que crucé las rías gallegas me pareció surcar mis patrios ríos: el Orinoco, el Meta, el Apure, el Caura, el Caroní...

Era la misma impresión, pero dulcificada, tenue, desvaída. Era la misma y era otra. Hasta la reflexión a que predisponen ambos espectáculos es una y es distinta: el hombre en lucha contra la Naturaleza parece en cuanto sujeto, triunfa en cuanto especie. Aquí la impresión de triunfo, y por lo tanto de seguridad, es casi absoluta; allá comprendemos que la lucha entablada no ha concluído: nosotros tomamos parte en ella, estando, como todo luchador, expuestos al peligro.

* * *

También existen otras cosas que hacen interesante a Galicia: la historia, el arte, la raza. El gallego, predispuesto a la *morriña*, al sentimentalismo, al ensueño de la neblina, posee aptitud para la poesía lírica—. Ya lo demostró desde los tiempos de la poesía galaico portuguesa, contemporánea de la provenzal y anterior a Berceo y a los poetas que se resolvieron a escribir en *roman paladino*—. Posee también cierta agudeza hereditaria, cierta cautela, cierta astucia, fácil de evolucionar hasta la marrullería; y marrullería que suele convertir a los gallegos en taimados comerciantes, en maromeros políticos, en ladinos diplomáticos.

¿Y la historia? La obra de generaciones desaparecidas supervive en ciudades que perduran, sin sustanciales variantes, como evocación de otra edad: Santiago de Compostela puede servir de prototipo.

¡Qué ciudad! Es la única rival de Toledo. Pero me parece que existen diferencias. Mientras que en Toledo se descubren todavía, claras, las huellas

de las tres grandes razas y de las tres grandes religiones que le imprimieron sello: árabes musulmanes, judíos talmúdicos, españoles católicos, en Santiago de Compostela no se mantiene viva sino la huella de una sola raza: la española, y de una sola religión: el catolicismo.

Otra diferencia me parece que también se nota.

En Toledo respira política hasta la religión; todo recuerda allí el pasado de un pueblo poderoso en la guerra y en la paz. Se comprende que fuera Toledo la capital de un país guerrero. Entre sus monumentos existen alcázares soberbios que hablan del orgullo y poder de los Monarcas españoles. Aun subsisten fábricas de armas y florece la industria, allí tradicional, de los espaderos.

Nada de semejante ocurre en Santiago de Compostela: ni fábricas de armas, ni alcázares de Reyes, ni pétreas fortalezas; allí no hay sino iglesias, conventos, capillas, hospicios, hospitales, prisiones, el palacio del arzobispo, la casa del deán, y más capillas, y más conventos, y más iglesias. Toledo es la ciudad de la acción; Santiago, de la fe. Es la ciudad eclesiástica por excelencia: la ciudad eclesiástica de la Edad Media. Vive del culto y para el culto, a la sombra de sus cien campanarios.

En la fonda ¿qué veis? Canónigos, frailes, seminaristas. En la calle, ¿qué oís? La discusión de dos aprendices de teólogo. En la iglesia, ¿qué sorprendéis? El chischibeo de las beatas detrás de los pilares. Al volver la esquina, de noche, ¿con quién os tropezáis? Con el clérigo bien cebado que trata de convencer, en la penumbra, a una garrida moza, la que terminará, convencida, por cerrar los ojos y abrir los brazos.

¡Pero cuánta solemnidad, al propio tiempo, en esta urbe del catolicismo! Es hoy la misma ciudad a cuyos muros se acercaban en la Edad Media, temblorosas y alucinadas, las caravanas de la fe, los peregrinos que salían de los cuatro puntos cardinales de Europa. Sólo Roma y Jerusalén, como es sabido, rivalizaban con Santiago de Compostela.

¿No dejó huella de espíritu europeo en Galicia aquel trasiego constante de gente de Europa? ¿Cómo fué que no arraigó más Europa en Galicia? Tampoco arraigó allí el África. El contacto de Galicia con los árabes no fué el mismo que con Europa. Mientras el resto de España respira fuego andaluz, Galicia se abre al mundo europeo. Es verdad que sólo fué con la Europa religiosa y peregrina su intimidad y que la Europa religiosa de entonces no podía traerle sino la fe exaltada que ya toda España tenía.

Para mirar los muros de la ciudad sagrada, para orar sobre la tumba del Apóstol, recorren los crédulos, los piadosos romerós toda la Europa polvorienta, asquerosa e incómoda de entonces. Van en grupos, según las razas y naciones de que proceden, y entonan de cuando en cuando por los caminos su canto de Ultreya en gloria del Apóstol y sus muchos milagros.

Un romance gallego recuerda los sufrimientos del pobre peregrino, al través de los campos sin rutas, de los ríos sin puentes, de los caseríos sin posadas, de las noches al raso, de los días de ayuno:

*¿A ond'irá aquel romeiro;
Meu romeiro a ond'irá?
Camiño de Compostela,*

*Non sei s'ali chegará.
Os pés leva cheos de sangre
E non pode mais andar,
Mal pocado, probe vello!
Non sei s'ali chegará.*

* * *

Hoy no vemos la ciudad con fervido mirar de romeros; aun así, viéndola con los ojos del turista y no con los del creyente, ¡cuán interesante Compostela!

No nos importa que los restos del Apóstol Santiago no estén, ni pudieron jamás estar allí, como inventaron los mitógrafos; nos importa, sí, ver la urna de plata cincelada en donde la piedad los supone; la cripta que la fe construyó para conservar la urna, la iglesia que el arte erigió para avalorar la cripta, la ciudad que vive a la sombra de la iglesia. También nos interesa el espíritu de la ciudad.

¿Es diferente el carácter de aquella urbe católica y europea, del carácter de las ciudades andaluzas de la España musulmana y del carácter de las ciudades combativas de Castilla? ¿En qué consiste la diferencia?

Desde luego advertimos en Galicia el misticismo soñador, a un tiempo subjetivo y panteísta, poco resuelto a romper lanzas; en Andalucía el cultivo del arte y de la sensualidad; en Castilla el amor de la espada, la necesidad del combate—en suma, la acción.

La catedral, corazón de la urbe y su razón de ser, ocupa y ocupó siempre el pensamiento de los compostelanos. Es comprensible: la política, pri-

mero, estaba unida a la Iglesia, cuyos obispos gobernaban en Santiago; luego, ¿cuál era la fuente principal de ingresos y beneficios para la ciudad? ¿En quién sino en la catedral piensa hoy mismo el fondista que espera llenar fonda y bolsillo con olas de turismo, en las festividades del culto? ¿En quién el industrial que especula en sombreros de teja, el que imprime obras ascéticas y místicas o el tallador de imágenes? ¿En quién la bordadora de casullas y capas pluviales? ¿En quién el mínimo acólito que tiende la mano a la propina forastera? En torno a la Basílica surgió a vivir del templo, directa o indirectamente, aquella población monástica, monasticona y amonasticada.

Es natural que el pueblo amase el templo, aun cuando combatiera contra los obispos feudales de la Edad Media. Los pequeños déspotas mitrados solían morir, como don Suero de Toledo, de mala manera. Pero el pueblo ¿cómo no iba a amar su Basílica! Aun cuando los pequeños déspotas mitrados aprieten el cuello al «popular», el templo ayuda a vivir. ¡Es, además, tan hermoso!

En el transcurso de los siglos ha ido modificándose hasta convertirse en lo que hoy vemos: un intrincamiento de estilos arquitectónicos, un haz de recuerdos de piedra que datan desde el siglo XII y aun antes; una maravilla secular en donde cada época ha dejado su sello y cada artista su esfuerzo: así, al edificio románico le salen cuernos de piedra, torres góticas; a la torre gótica del reloj—siglo XIV—se la corona de un cuerpo churrigueresco a fines del siglo XVII; y no lejos de la severa y desnuda fachada de la Quintana, asómase a una solemne plaza la fabulosa fachada pla-

teresa del Obradoiro, agobiada de múltiples ornamentaciones.

En lo interior de la basílica ocurre algo semejante. La maravilla de granito rebosa de maravillas de bronce, mármol y madera esculpidos, en que también han colaborado innúmeros artistas al través de los tiempos: el maestro Mateo esculpe el pórtico de la Gloria en el siglo XII, cuando Italia aún no sabía pintar; los fuertes y sobrios púlpitos de bronce los cincela, en el siglo XVII, Juan Bautista Celma, y en el siglo XVIII talla las sillas del coro el sorprendente Juan de Avila.

Pero, en rigor, nada de esto es característico. Otras iglesias, en España y fuera de España, revisten vetustez semejante, presentan semejante variedad de estilos y explotan una mina semejante de tesoros artísticos y de recuerdos históricos. ¿Qué es lo que imprime sello a la basílica de Compostela? Tal vez Compostela misma. Ni San Pedro de Roma, ni Nuestra Señora de París, ni la catedral de Milán, ni la de Reims, ni la de Colonia, ni la misma catedral de Toledo, perduran en una ciudad exclusivamente monástica, en una metrópoli de religión que conserve íntegro el sabor de ayer, el aspecto católico de la Edad Media.

No se parece tal vez Santiago sino a ciertos rincones supervivientes de la Roma papal, y no precisamente allí donde hay iglesias y monasterios; más bien por algunos recovecos de calles. Esta semejanza que advierto no se debe quizá a ilusión de mis ojos, ni siquiera al azar: Roma, la Roma del catolicismo debió de ser, como metrópoli máxima de la fe, modelo que imitaron desde mucho antes del Renacimiento, y después, las

demás ciudades monásticas de la Cristiandad.

Hoy Santiago de Compostela puede ser considerada, en sentido integral, como la única metrópoli sobreviviente de la fe. ¡Por eso es tal vez única la impresión que produce!

* * *

He tenido la fortuna de recorrer Santiago en alta noche, durante horas y horas, en compañía de un hombre de escena, artista de la palabra hablada, Ricardo Calvo, y de un hombre de pluma, artista de la palabra escrita, Ramón del Valle-Inclán. Calvo visitaba por la primera vez, lo mismo que yo, la antigua capital norteña. Valle-Inclán, por el contrario, estudió allí y mantiene en su corazón el culto de aquellas piedras venerables.

Llovía esa noche, e íbamos bajo la fina y pertinaz llovizna al través de la ciudad, como si nos paseásemos dentro de una galería de cristales, ajenos a la brisa, a la bruma, al agua. Ricardo Calvo parecía abismado. Yo, como nada tenía que decir, no decía nada. Valle, al principio, se lanza con su facundia irrestañable a referir historias añejas de monjas sacrilegas y frailes bigardos; luego enmudece, poniéndose a tono con la callada lluvia, con la ciudad silente, con nuestras almas mudas de impresión. De vez en cuando nos detenemos ante alguna cosa de interés o a exponer volanderas observaciones. Luego, seguimos silenciosos.

Y se suceden callejones en cuesta, callejas estrechas y sombrías; rúas, como allí las nombran, de aceras bajo techumbre, a la bolonesa. Las lajas del piso relucen, encharcadas, a la mezquina luz

de farolillos que, en el atrio de las casas o en el ángulo de las esquinas, honran a alguna imagen patronal acurrucada en su hornacina.

—Aquí pasé mi juventud—suspira el autor de las *Sonatas* al deslizarnos junto al eminente muro gris de un colegio de teólogos y canonistas.

Y continúa el desfile de portalones, algunos escudados; de desnudas plazuelas sonoras como claustros, de románicas iglesias y casucas raquílicas, de insignes plazas donde no se mira ni una brizna de yerba ni una flor, y fachadas churriguerescas donde alienta y perdura toda una vegetación de piedra.

El silencio, la soledad, la oscuridad, nos rodean. Escuchamos el ruido de nuestros pasos en aquel silencio cargado de evocaciones, y casi podríamos guiarnos exclusivamente, en la noche, por las lamparitas de la piedad.

* * *

Cuando amanece puede uno comprender, por la lección objetiva de un resaltante contraste, lo que va de la Naturaleza a la obra producida por el hombre.

La luz del sol, tan vieja, cae alegre, dorada, vivaz, juvenil, siempre juvenil, sobre aquellas piedras vetustas con aspecto roñoso y milenario, y que, sin embargo, son de ayer. El sol, tan viejo y tan joven, ilumina con fulgor mágico aquellas piedras de una edad no distante y ya remota.

Esas piedras, por el hecho de haberlas labrado y puesto en orden la mano de un artesano o de un artista, reflejan dos cosas muy humanas; la inteli-

gencia del hombre y lo efímero de su existir. En la cantera, recubiertas de musgo, vivirían perdurablemente juveniles; no parecerían vetustas, como ahora, hechas torre, hechas muro, hechas sepulcro; pero tampoco interesarían como ahora ni conservarían en sus formas el fulgor de la inteligencia humana que supo labrarlas y embellecerlas.



III

Mayo profanado

Los balcones de mi casa en Madrid dominan la parte sur y el ángulo sudoeste de la Cárcel Modelo. El edificio es un polígono, encuadrado dentro de un cuadrilátero: las cuatro paredes que dan a cuatro calles. Entre los muros que dan a las calles y el edificio de la prisión existen cumplidos espacios. En uno de estos espacios o vanos, hacia la parte oeste del polígono carcelario, frente a la puerta de la Capilla, han sido ejecutados tres reos.

Sin proponérmelo, he presenciado desde lejos el ajusticiamiento.

Diré lo que he visto, lo que he sentido, lo que he pensado.

Anoche, a eso de la una, después de haber leído un rato, me retiré a mi alcoba sin recordar que tres hombres, a pocos metros de la cama en que yo iba a reposar, padecían la angustia de los que saben que van a morir, horas después, contra su voluntad, de muerte violenta.

Al cerrar los balcones tendí la vista a la cárcel, acordándome de pronto.

Algunos hombres rebullen, frente a la puerta de la capilla del establecimiento penal, en torno de una mole oscura e informe. Unos maderos yacen por tierra. Los hombres son o parecen: los unos, obreros; los otros, los menos, militares.

No se les distingue bien. Dos o tres focos eléctricos abren zanjas de luz en medio de la vasta sombra.

En la penumbra se yergue aquella mole inquietante, hacia la cual los obreros acércanse llevando objetos o ayudando a ordenarlos. No se oyen ni martillazos, ni voces.

El silencio, un silencio trágico asiste, como personaje más bien presentido que patente, a la escena. La bayoneta de algún soldado, al cruzar la zona de luz, lanza destellos. A veces, un foco eléctrico portátil, o algo por el estilo, se enciende cerca de la mole oscura, que me parece enorme y produce la impresión de ser rodada, en ocasiones, para aquí y para allá, como buscándole sitio.

De cuando en cuando, personas venidas de las alas este y norte del cuadrilátero, para mí invisibles, acércanse hacia la mole informe y negra. Después de curiosear u ordenar algo desaparecen.

* * *

Dan las dos de la mañana. Quise retirarme a descansar.

¿Descansar? Quién descansa, si es persona de carne y hueso y no de cal y canto; si representa un papel de hombre entre los hombres y no de sombra entre seres vivos, cuando conoce que allí cerca se desarrolla un drama talionario entre la

sociedad que quiere verter sangre y tres pobres diablos que la han vertido.

Ellos fueron culpables. Son ladrones y asesinos odiosos. Urge la sanción contra el transgresor de las leyes de la piedad y las de la sociedad, que en este punto son idénticas. Ambas dicen: «No matarás.» Con la diferencia de que una enseña: «No matarás, porque el hombre es tu hermano»; y la otra expone: «No matarás, porque te mato.» Pero, ¿puede la sociedad cometer un crimen, es decir, matar contra el derecho natural que tienen todos los seres a la vida, porque un malhechor haya violado ese mismo derecho y cometido otro crimen?

A los antiguos penalistas que contestan que la «Justicia» puede matar, en nombre de una sociedad ofendida que necesita vindicación, en nombre de un diente por diente tan viejo como la Biblia, se unen algunos criminalistas modernos, como Garófalo, que considera al asesino, en ciertos casos, como miembro sin curación del cuerpo social, miembro que necesita ser amputado para que no se contamine todo el organismo.

Ante la teoría de vindicación y de profilaxis deben erguirse, para contradecirlas, la razón de justicia y la razón de conveniencia, para no hablar, aunque pudiera hablarse, de la razón sentimental.

¿No parece suficiente castigo la reclusión, ni siquiera perpetua? ¿Cuesta cara al Estado? Más cuesta a un país la paz armada, o un año de guerra, que todos sus penales. Además, el penado puede y debe trabajar y producir. Es una fuerza sin libertad, pero no una fuerza que convenga perder. Con la muerte, se pierde.

La pena de muerte, ¿ha hecho desaparecer, ami-

norar, el número de crímenes? A la estadística, a la que se puede obligar a decir tantas cosas, habrá que hacerla decir, y de seguro no será difícil, que donde se aplica la muerte como castigo se cometen más crímenes que donde no se aplica o se aplica poco. Podrían servir de ejemplo Holanda y Bélgica, por un lado, y Francia, por otro.

Y no se arguya que Holanda y Bélgica son pueblos de raza calmosa y Francia no. Pudiérase entonces citar casos de pueblos bullentes y levantiscos en la América del Sur.

¿Debemos matar al que ha matado? Tanto vale decir que debemos robar al que roba y violar al que viola. No: la sangre no se borra con sangre; ni la violencia ejercida en nombre de la Ley puede engendrar sino el odio y la violencia ciudadanos, individuales.

En política ocurre lo mismo. Las tiranías, desde la de Nerón, en Roma, hasta la de Porfirio Díaz, en Méjico, desencadenan a la postre las revoluciones. El tirano y sus secuaces, a menudo, perecen en ellas.

* * *

No; no se puede dormir cerca de aquellos hombres que pasan su última noche en la tortura bárbara de la capilla y esperan con el alba la muerte.

¡La muerte! ¡Ellos, que eran jóvenes! ¡Ellos, que habían robado para gozar, para vivir! ¡Ellos, que eran viciosos y criminales por un furioso anhelo de placer y de vida!

Impulso más fuerte que la voluntad me lleva con frecuencia a asomarme a los balcones. Y así paso

la noche: de la alcoba al balcón y del balcón a la alcoba.

Bien adelante la madrugada, queda concluido el siniestro—y para mí invisible—aparato de la horca: los obreros se alejan y de los militares no quedan ya sino dos o tres centinelas.

En una de tantas veces que vuelvo del inhóspito lecho al balcón diviso gente en otros balcones vecinos; y grupos de personas que cruzan las calles, intentando acercarse a los muros de la prisión. De las calles adyacentes, ocupadas por la Guardia Civil, son echados a la espalda por parejas de guardias a caballo. A medida que la aurora va aproximándose, los curiosos acuden en mayor número, los grupos de la calle se hacen más densos. En los balcones y azoteas enracimase la gente. Se oyen palabras sueltas, se oyen pasos apresurados. Se presiente la curiosidad, la inquietud. Nadie permanece indiferente.

El alba apunta. La sombra empieza a desvanecerse. Los objetos asumen, poco a poco, sus habituales líneas corpóreas. Todavía la sierra del Guadarrama, en el horizonte, es enorme y desdibujada sombra grisácea; pero los árboles cercanos de la Moncloa y de Rosales, emergen de la niebla y balancean a la brisa mañanera su claro verde primaveral.

En el jardín del Colegio de los Sagrados Corazones, frontero a la cárcel, los ruiseñores han cantado toda la noche. De los jóvenes eucaliptos del colegio y las acacias florecidas, parten ahora trinos innumerables. De un árbol a otro se cruzan vuelos y cantos.

El día sigue avanzando...

A eso de las cinco y media—ya claro—un pique-forma a la puerta de la capilla, frente a aquella mole que en medio de la noche y del espanto parecía enorme, oscura, semoviente, y resultaba ahora, a la luz naciente, una pobre garita gris.

Pero tras de aquella pobre garita gris, muy vecinos al muro, se levantaban tres patibulos. Los patibulos consisten en tres cortos postes hincados en tierra, con sendos asientos adosados. En el asiento se estrangulará al reo, por medio de una argolla y un torniquete.

Incómodos sillones de barbería. En aquellos sillones, no se quita al cliente la barba sino la vida.

* * *

La mañanita de mayo se levanta risueña y encantadora. La brisa trae el aroma de campo de la Moncloa; el sol llena de prestigiosa plata el noble paisaje velazqueño del Guadarrama; los eucalip-tos del colegio cimbrean su esbeltez de enjutas y juveniles torrecillas vegetales; los pájaros siguen cantando.

¡Qué mañana tan alegre! ¡Tan alegre y tan lúgubre! La Naturaleza entona su himno generoso a la vida; pero el hombre, tras el muro pardo de la prisión, prepara su obra de muerte.

A eso de las seis se abren las puertas de la capilla, y empieza a salir gente y a rodear la garita, erguida frente a la puerta.

De balcones y azoteas parte un murmullo sor-do, unánime.

La gente de la calle, sin ver, impacientase, com-prendiendo. Algunos quieren trepar a las ventanas

de los pisos bajos; otros, al andamio de una casa en construcción. Tienen la inquietud de los que saben que detrás del muro que de lejos ven está sucediendo algo. Sienten, además, la más desazonante y malsana curiosidad: la curiosidad del dolor ajeno. Detrás del muro, en efecto, ocurre que están ajusticiando a un reo.

Dentro de la prisión, los circunstantes rodean el cadalso. Como los grupos se apilan en torno del madero patibulario, desde mi balcón no se columbra sino un hacinamiento de personas.

¿Qué sucede en aquel instante? ¿Qué escena de aquel drama están contemplando los curiosos? Algunos de aquellos espectadores se llevan la mano a la frente. Otros, alejándose del espectáculo, caminan nerviosos. Todos están descubiertos. A un oficial, visiblemente emocionado, lo sacan fuera varios amigos. Se adivina que los soldados palidecen bajo las armas que presentan.

Momentos después se ve ondular una sábana blanca: el sudario que arrojan sobre el cuerpo exánime de la víctima.

* * *

Pasan algunos minutos, pocos. Entre la puerta de la capilla y el patíbulo se forma una calle de gentes.

Por entre la calle atraviesan personas. Un sacerdote levanta en el aire enorme crucifijo. En pos del crucifijo marcha el reo, acompañado por legos y religiosos. Varias personas se apiñan en torno de la garita para ocultar no sé qué cosa, tal vez el cadáver del primer reo, tal vez el aparato sinietro, al que avanza tras el crucificado.

Lentos minutos de horror...

Otros paseos nerviosos. Un sacerdote, sin sombrero, se coloca detrás de la garita, resuelto a no ver; algunos oficiales se tiran del bigote; civiles se llevan la mano al cuello en ademán subconsciente; otrá sábana blanca...

El enorme crucifijo, minutos después, vuelve a la capilla. La gente se dispersa. Corren instantes. Los grupos vuelven a apiñarse, ahora en mayor número, en torno de los patibulos. No hay suficientes personas para enfilarse y constituir la calle humana, entre la horca y la iglesia. Se puede ver claro.

El tercero y último reo, aparece. El grupo macabro desfila paso entre paso, y no en rápido tropel como las dos veces anteriores.

El reo va descubierta; lleva la cabeza hundida entre los hombros, hacia atrás, los ojos en el cielo; no anda, se arrastra; cubre su cuerpo, flácida piltrafa, una gabardina verde-gris.

No se oye humano murmullo dentro ni fuera de la cárcel. Parece que todo el mundo contiene la respiración. El sol del amanecer chispea en las últimas fajas de nieve, sobre cumbres y laderas del Guadarrama.

Los árboles del colegio se contonean. Los pájaros cantan.

Por la espectación ansiosa de balcones y azoteas, comprenden los de abajo, en la calle, lo trágico del minuto. Algunos, desde el arroyo, hacen signos inquisitivos a los de arriba. Alguien, desde un balcón, contesta a los de abajo, sin proferir palabra, apretándose el cuello con la mano. Algunas mujeres se cubren el rostro.

Allá dentro, en la cárcel, los congregados rodean el patíbulo. Los verdugos deben de estar pasando al cuello del infeliz la argolla que lo va a estrangular. Los circunstantes se desojan, curiosos.

Poco a poco, algunos se desgranán del grupo. Los soldados presentan armas; varios militares empiezan otra vez a torturarse el bigote; todas las cabezas aparecen descubiertas. Uno que otro pañuelo, y no por el calor, enjuga los rostros.

Pasan unos minutos de expectación... Flota de nuevo en el aire una sábana blanca...

Fuera, los pajaritos cantan.



IV

En torno a El Escorial

Cuanto vamos camino del Escorial por primera vez llevamos en nuestro espíritu—sepámoslo o no—un paisaje prefacto: el paisaje moral, el paisaje histórico: absolutismo, intolerancia, inquisición; el pensamiento al que se asfixia antes de nacer por comadrones quintaesenciados, feroces; la férula sobre la espina dorsal recta, el sayal, la cogulla, la coraza, las piras inmisericordes, el conquistador a sangre y fuego, los hombres de hierro de los tercios, las aves de rapiña de América, los estranguladores de Flandes, la pata ancha y nervuda sobre el cuello de cisne de Italia; cuanto de trágico, sombrío, luctuoso, cabe en estas dos palabras maridadas en la Historia: el Escorial, Felipe II.

Este paisaje moral influye sobre el paisaje físico y lo preforma en nuestro espíritu: vemos las frías, duras torres de Herrera, que por la reproducción conocemos de memoria, más abrumadas que erguidas a la sombra de desnudos y aplastantes montes de piedra. Aquellas torres tétricas, gri-

ses, desgranan sus campanas en la soledad y el silencio sobre la estameña parda del fraile, la loba negra del cura y la silueta borrosa de la monja.

Algunos seglares de traje oscuro se aventuran por las puertas del templo, el rosario en la mano, la frente gacha, tristes de vivir, esperando la resurrección de la carne antes de que la carne sucumba en polvo. Soldados de la Guardia negra del Rey—negra no por el color de las caras sino por el terciopelo de los uniformes—cruzan cabizbajos, se inclinan al pasar frente a benditas imágenes que abundan en puertas y encrucijadas. Algunos militantes insolentes en Milán o en Nápoles, en Maestrich o en Haarlem, en Tenochtitlan o en el Cuzco, esperan como lacayos a la puerta de los Grandes, se persignan como dueñas, o parten regañados, sumisos, rota la capa y la energía.

* * *

Arribamos... ¿Qué advertimos?

Villas de techos rojos y granito azul se aprietan unas contra otras, o se pavonean en el centro de alegres jardinillos. Cadetes, universitarios, caracolean entre muchachas de frescura abrileña, la piel de ámbar, las mejillas encendidas, apetitosos albérgigos. Suenan los «klaksons». El bullicio llena la vía.

El paisaje no es relamido; tampoco es antipático. Es el paisaje áspero, energético, guadarrámico, de esta parte de Castilla: montes viriles y rocosos, llanuras pardas, vegetación cobriza; en el corazón del otoño, un aguafuerte.

Múltiples regatos bajan en este jocundo mayo de

la sierra; alegran con sus cristales cantores, límpidos, los negros montes cubiertos hasta media falda de verdes y olorosas pinedas. Continúan los regatos corretones cerro abajo y valle adentro su carrera melódica, por entre tomillos y romeros fragantes.

En las laderas luce el cantueso episcopal sus florecillas moradas, y entre la yerba pradial, como sobre fino terciopelo verdegay, extiende la margarita joyera sus dijes de plata y oro.

Esos arroyos coquetean, al pasar, con la amarilla flor de la retama, las oscuras zarzamoras de la cerca; conocen, a veces aljofaran, los trajes siempre verdes del pino y de la jara.

Pacen, trashuman, rebaños de lana riza y polvorienta. Se oyen balidos de corderos, cencerros de cabras. Las vacas erigen sobre la grama dónde pastan su barroca arquitectura...

¿Estamos en El Escorial? ¿O vivimos en el primor de una égloga?

El viajador primerizo reacciona a ultranza. Su pensamiento vuela hacia atrás, en el tiempo. ¿Será calumnia aquel negro Escorial de la tradición? ¿Habrá sido siempre el Escorial un eglógico campo de Virgilio?

Tal vez Felipe II no fué el asceta lúgubre, gotoso; el tirano silente, ceñudo,

*Águila que vivió como un gusano,
monarca que murió como un mendigo.*

* * *

Pasa un fraile gordo: habita las piedras de Felipe. Los bellos uniformes de los cadetes nos hablan del cuartel. Los estudiantes son estudiantes de una Universidad sectaria.

Residuos de ayer: la piedra desnuda y gris del Monasterio, la arquitectura más que sobria, ascética, de Herrera; el cuartel, el convento, el osario de los reyes, la Universidad católica.

Y nota secular, perenne, simbólica: los nidos de cigüeñas en los techos insignes. Es decir: el ave sobre la torre, lo blanco sobre lo gris, lo que vuela y se pierde en el espacio—oración, esperanza, pensamiento—sobre el Monasterio oscuro y pétreo, que hunde en la tierra sus paredes y raíces de infecundo granito.

¡Maldito Escorial! Concreción de ideas que odiamos: absolutismo, fanatismo, crueldad, injusticia.

* * *

Pero no involucremos. Para no confundir ni confundirnos conviene que desasociemos de la voz *escorial* sus dos acepciones pertinentes. Todo quedará claro.

Uno es El Escorial, pueblo; otro, el Escorial, monasterio. Una es la égloga de Virgilio, en la rútila mañana dominguera y primaveral, con sus novias y sus cadetes, sus jardinillos y sus «klak-sons», sus vacas de arquitectura barroca y sus ocasionales ovejas; otro, el solemne monasterio de granito, en medio de los montes, en el hosco panorama guadarrámico.

Así, comprenderemos...

El pueblo jaranero y veraneante que busca en

aquellos montes frescura y solaz, o la población invernal de pulmones heridos que anhela altitud y oxígeno, son excrescencias ciudadanas, matritenses. Nada tienen que hacer con la roca labrada; ni pueden explicarnos el secreto de la maravilla secular e incólume.

Preferiríamos que desaparecieran los enamorados y los tísicos, las quintas de techo rojo y los hoteles de lujo, los cines y los dancings, los turistas y los guías, las ovejas y las vacas; y permanecer cara a cara en la soledad de los montes con el adusto monumento.

En imaginación los suprimimos. También nos despojamos de prejuicios antiescorialescos. El cúmulo de ideas liberales heredadas se desvanece.

Nos quedan los ojos abiertos y el espíritu propicio para una interpretación directa.

* * *

Muy lógico parece que a la primera visita choque, en cuanto guarida de un monstruo, la orgullosa piedra gris, adosada al monte negro.

Nos hemos acercado a ella prevenidos. ¿Qué vimos?

Aquella piedra no era romántica como una catedral gótica, ni clara como un templo griego, ni elegante como un aljama arábica; era una fábrica árida, fría, dura, de historia tan dura, tan fría, tan árida como la piedra, como la Inquisición, como el alma de Felipe II. Sí: nos parece antipática. Pero la buena voluntad se empeña en el triunfo. Volvemos una y otra vez al Escorial. ¿Qué ocurre?

Sucesivos encuentros con la montaña de piedra labrada, desnudos ya de prejuicios, vírgenes de espíritu, enriquecen de reflexión nuestras sensaciones iniciales. Advertimos que de aquella aridez pueden brotar fuentes cristalinas de espiritualidad; de aquella frigidez, calor de pasión; de aquella dureza, un místico vuelo de almas.

Advertimos más: advertimos que en ese recio monumento, entre las piedras de ese monumento está cogida, como falda de mujer entre las maderas de una puerta, la cauda roja y negra del alma española.

Y así, la contemplación del Escorial se intelectualiza por medio de varios elementos: la época en que surge, el objeto a que se destina, el paisaje en que se levanta, el rey que lo dispone, el pueblo que lo construye. Porque en el fondo no es Felipe, ni Toledo, ni Herrera quien construye el Escorial. Lo construye España. Y a España, y no sólo al Rey ni a los arquitectos, refleja.

Todo lo hizo la España del mil quinientos, el país creyente y épico de la guerra contra los árabes; un pueblo que llega a confundir las ideas de patria y religión; o por lo menos, de religión y raza. El español de entonces no dice, en efecto, católicos o islamitas, ni españoles y árabes. Dice: *moros y cristianos*. Confunde ambas ideas, la idea de raza (*moros*) con la idea religiosa (*cristianos*); y formula con tres voces una frase de elocuente psicología.

Se comprende que el Escorial, aunque se levante para celebrar una victoria de España sobre las armas de Francia, no sea un arco de triunfo a la romana, o un simbólico monumento de patria,

sino edificio religioso: un templo; un templo magnífico, habitable. Habitable para vivos y para muertos: el Templo de Salomón, el Palacio de Darío y las Pirámides de Egipto en una sola pieza.

¿Y en qué época surge aquel monumento? Surge cuando toda Europa hierve en guerras frecuentes, por motivos absurdos, en que ambiciones políticas y odios de religión andan entreverados. El Templo, en consecuencia, tendrá cierto aspecto de fortaleza.

Iglesia y Panteón de príncipes, lo inspira la idea de la muerte en sus dos aspectos: el de pudridero de la carne y el de salvación del alma.

Sí: España y no sólo Felipe, construye el Escorial. La España inquisitorial y guerrera, ascética y orgullosa, ha escrito en aquellas piedras su más perdurable página de psicología y de historia.

¿Qué castellano, pudiéndolo, no hubiera construido otro Escorial? Las casonas de la época en Segovia, Toledo, Valladolid, ¿no resultan pequeños Escoriales? Los hombres se aislaban en sus piedras domésticas como Felipe en sus piedras monumentales. Y se aislaban aun más, tal vez, que Felipe... Felipe fué político; y político con la psicología del tirano. Es decir, con el ansia de mezclarse en todo, dirigirlo todo; de que nada se hiciera sin su orden. El ideal de Felipe era que el mundo, en todo sentido, girase en torno del Escorial.

Muchos castellanos—y no sólo los místicos—iban más lejos que Felipe en cuanto a aislamiento: el mundo les merecía desprecio profundísimo. Algunos se retiraban, no a un palacio, ni siquiera a un yermo, sino al fondo de sus propias almas. Vi-

La imprudencia, rasgo característico del rey prudente.

Las guerras, aun las ganadas por las armas, suelen perderse diplomáticamente: se perdió el triunfo sobre Paulo IV, porque no se tomó a Roma ni se humilló al Pontífice, tan enemigo de España; se perdió la campaña contra el turco, a pesar de Lepanto, porque Felipe no consintió en que Don Juan de Austria se coronase en país balcánico.

No es todo.

A Enrique IV hubo a la postre que reconocerlo por rey de Francia. La Armada Invencible, que hubiera podido cambiar los destinos de Europa, aunque sin beneficio para la libertad, se pierde sin combatir; y los ingleses burlan la soberbia de Felipe robando en el mar los galeones repletos con el oro trashumante de América, destruyendo las incipientes ciudades del Nuevo Mundo, saqueando las ciudades marítimas de España, socavando el prestigio de Felipe. La Reforma prospera. La Contrarreforma se hunde.

La adulación lo llama prudente, cuando sólo fué cauteloso. Cauteloso hasta hablar muy despacio para que alguna palabra mal pesada o mal medida no fuese a traicionar su pensamiento.

Por lo demás, y en lo esencial, fué bastante imprudente. Se aventuró en empresas en que llevaba las de perder. Todo lo que él combatía, triunfó: desde la libertad política en Holanda hasta la libertad de pensamiento en Alemania.

En la España de su tiempo, y en mucha parte por su culpa, la industria decae, la agricultura decae, el comercio decae. La población decrece. Lo

que aumentó fué la deuda pública. La deuda de España cuando Felipe ascendió al trono era de 35 millones de ducados; cuando Felipe murió era de 140. El número de los autos de fe también se multiplica. La decadencia de España se inicia entonces.

* * *

En cuanto a fanatismo, quizá no fuese más fanático Felipe que muchos hombres de aquel tiempo, desde Carlos V hasta Paulo IV, para sólo mencionar próceres de representación y responsabilidad políticas.

Felipe no renuncia en vida al poder como Carlos V, para acogerse a un claustro. Se fabrica su palacio del Escorial, que es el Tusculum engrandecido que conocemos, el Versalles de aquel Luis XIV de un pueblo de ascetas; y si se aleja del mundo es para dominarlo mejor.

El Emperador, desde Yuste aconseja a su hijo, ya Rey, que de los luteranos—a quien llamaba herejes—quemase a unos y cortase la cabeza a otros «sin excepción alguna». Y el Papa Paulo IV, excita en un Breve, para que se castigue a toda persona «sospechosa», así fuese arzobispo, duque o emperador.

Y los inquisidores de Felipe, ¿no son peores que el monarca? ¿A quiénes perseguían? A los que viajaron, a los que leyeron, a los que pensaron, a los que no creían que el ser luterano bastase para merecer la muerte, y a veces hasta a aquellos que sí lo creían.

Felipe II prohíbe a todo español el ir a seguir estudios en Universidades extranjeras y obliga a

restituirse a España, al calorcito de las piras inquisitoriales, a muchos españoles; pero, ¿a quiénes, en su fantástica ceguera, acosa el Santo Oficio? ¿Quiénes son los perseguidos? El Padre Mariana, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, los tres orgullo de las letras católicas; Arias Montano, que edita en Amberes, por orden de Felipe, la *Biblia políglota* del Cardenal Cisneros; un teólogo: Laínez; una santa: Teresa de Jesús; dos santos: San Juan de la Cruz y San Francisco de Borja.

¿Quién escapó? ¿Quién pudiera escaparse?

El mismo príncipe de Asturias, el Don Carlos a quien Schiller iba a poetizar, ¿no se dice que fué procesado como hereje? ¿No lo fué Fray Bartolomé de Carranza, príncipe de la Iglesia, arzobispo de Toledo? ¿Qué más? Hasta el predicador de Carlos V, Alejandro de Cazalla, ¿no fué ahorcado y luego hecho cenizas por mano y en las hogueras del Santo Oficio? Y Antonio Pérez, secretario de Felipe II, ¿dónde muere, acusado de herejía, si no se fuga a Francia?

Se dirá que la política andaba a veces mezclada en las cuestiones heréticas; que Felipe no era ajeno a ciertos procesos; más aún, que por complacerlo, conociendo sus sentimientos, se instauran aquellos procesos de herejía. Puede ser. Pero el rey no resulta sino exponente del país. A tal pueblo, tal príncipe.

Felipe quiso imponer el catolicismo a sangre y fuego en la mayor extensión de mundo posible, como hizo Mahoma con su credo; por eso mayormente lo abominan y aun calumnian historiadores y pueblos protestantes.

Pero éste, acaso no era sino el aspecto épico del poeta que hace construir el Escorial y que, como Rousseau, se acoge al seno de la naturaleza. Odiaba toda fe que no fuese la católica, es verdad. Pero, ¿qué prueba ello? Prueba, que supo crearse un ideal: el ideal de sostener sobre sus hombros; o mejor, sobre los hombros atlánticos del pueblo español, todo el peso del Pasado, todo el antiguo mundo medioeval, todo lo que iba a morir. Ideal absurdo; pero digno de un gran idealista.

Tenemos, pues, que Felipe II era un idealista, un poeta, un imprudente, un amante de la naturaleza, un sensual, un pagano. Soñó tal vez en construir una mansión encantada, unos jardines de Armida, una Alhambra como la de aquellos voluptuosos califas y sultanes andaluces. Sólo pudo erigir un lúgubre monasterio.

Su pueblo tuvo la culpa: sus arquitectos eran de rígida y austera severidad de espíritu. Felipe llama a los alegres y coloristas maestros venecianos para que decoren su palacio... ¿A quién encuentra? Al Greco, un visionario, de sensibilidad teratológica. Sus contemporáneos casi todos meditan más en las parrillas del infierno que en los lechos de rosas de nuestra vida positiva, transitoria y carnal.

Por eso acaso resulte el Escorial, y no sólo por inspiración del calumniado Felipe, un panteón tan sombrío, una iglesia tan enorme, un monasterio tan tétrico.

* * *

Pasa el tiempo y lo perdurable queda incólume: la lección de aquellos muros y aquellas torres que nos hablan de la España del siglo XVI; el hosco paisaje, y nota renovada, perenne, simbólica: los nidos de cigüeñas en los techos insignes. Es decir, el ave sobre la torre, lo blanco sobre lo gris, lo que vuela y se pierde en el espacio—oración, esperanza, pensamiento—sobre el monasterio oscuro y pétreo, que hunde en la tierra sus paredes y raíces de infecundo granito.

¿Habremos comprendido el Escorial?

Comprendemos que la aridez del Escorial es aparente: lo fabricaron hombres que tenían el pensamiento en el más allá; de aquella aridez brotan trágicas fuentes de espiritualidad. Comprendemos que no es frío: lo levantaron llamas de pasión; que no es duro sino en apariencia, o que surge de aquella dureza, como un pájaro de una calavera, cándido y férvido anhelo de infinito.

Comprendemos que entre las piedras de ese monumento está cogida, como falda de mujer entre las maderas de una puerta, la cauda roja y negra—es decir, trágica y sombría—del alma española.

Comprendemos que aquella maravilla de piedra no es la exclusiva obra de un rey vesánico, sino la obra de todo un pueblo. Comprendemos que esa arquitectura secular parece sombría y trágica porque el alma de la Castilla constructora es un alma sublimemente trágica y bastante sombría.

El Madrid de las estatuas

Siempre me produjeron extrañeza en la ornamentación de Madrid dos cosas: lo mediocre de muchas estatuas y lo mínimo de algunos personajes en cuyo honor las estatuas hablaban, en lenguaje magnífico de piedra o de bronce.

El tiempo y la costumbre no han podido borrar enteramente la antigua impresión.

Aunque la escultura no haya sido nunca ni lo más espontáneo ni lo más fuerte del arte español, siempre choca la desproporción entre la capacidad de este pueblo, productor de arte, y algunos mamarrachos escultóricos que exhibe, en calles y plazas, Madrid.

¡Y qué desnivel entre la caudalosa historia de España, rica precisamente en próceres individualidades, y tantos personajes de menor cuantía, que Madrid resucita y encarna en metal o en roca!

Cénturias enteras enmudecen. Se salta del siglo XV o del siglo XVII a lo más pavoroso y hueco del siglo XIX.

El silencio de España, en ciertas épocas, fué

lúgubre; pero tuvo casi siempre, para redimirse del cargo que le hiciera el siglo XVIII de haber dejado apagar en su mano las antorchas, descubridores de tierras y de mares, escritores, soldados, pintores, apóstoles, poetas. Pensadores mismos los tuvo, a pesar de la Inquisición. Algunos tan ilustres que se adelantaron al pensamiento de toda Europa; no en especulaciones filosóficas—las circunstancias, y éste es el drama del pensamiento español, no lo permitían—pero sí en cuestiones de política y de Derecho: baste citar los nombres de Suárez, de Vitoria, etc.

En la acción siempre fué España fecundísima, culminante.

Dió a menudo altos ejemplos y altos ejemplares de múltiple virtud. Sin escoger prohombres en solo un ramo de la actividad humana—aun sin olvidar que España fué superior como pueblo de acción que como pueblo de pensamiento—¡cuántas figuras y nombres españoles flotan entre los que más enorgullecen a la humanidad! Hernán Cortés, ¿no conquistó un imperio? Servet, ¿no descubrió la circulación de la sangre? Elcano, ¿no probó prácticamente la redondez de la Tierra? Góngora, ¿no fué un poeta? Padilla, Maldonado, Bravo, ¿no fueron héroes y mártires de la libertad? Las Casas, ¿no fué un apóstol de la filantropía?

Parece que España no se enorgullece de tan grandes hijos. No mantiene el culto de los varones máximos. ¿Será porque los produce con naturalidad y con naturalidad los considera? ¿Será por menos filosófica virtud? No se les ve en bronce ni en piedra. Y se comprende. Ellos son lo más bello

de la historia de España; no de la historia oficial, con la que vivieron y perduran en pugna, sino de la otra, de la auténtica, todavía en mucha parte inédita. La piedra y el bronce oficiales mal pudieran reconocer el rango en que aquellos superhombres culminan.

En cambio, ¿quién es aquél? Un ministro... ¿Qué hizo? Nació, creció, fué ministro y se murió. ¿Qué hizo aquel otro? Apagó la sed de la ciudad: construyó un canal, aunque no a sus expensas.

El peruano Alberto Guillén, ante el más presuntuoso monumento del Retiro:

—¿Quién es aquél?—preguntó.

—El rey don Alfonso XII—le respondieron.

—¿Y quién es el rey don Alfonso XII?—insistió.

En efecto, no basta ceñir corona. Es necesario, además, haber hecho algo, haber sido alguien: Alfonso el sabio, por ejemplo.

Más regia figura en la historia de la humanidad representa Ignacio de Loyola que Doña Isabel II. La estatua madrileña de esta amable y demasiado amada señora, ¿no la merece con más títulos el ríspido vasco?

* * *

Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Calderón, ¿han sido estatuificados con la dignidad artística que tan claros nombres merecen?

El pobre Cervantes se muere de risa y de fastidio en su plazuela, frente al Congreso, oyendo la baraúnda de inocuos vociferadores. Quisiera ceder el puesto a Castelar. ¡Sobre aquellos vociferadores chasqueó el tribuno tantas veces su látigo de rosas! Los conoce: que los domine ahora desde su

pedestal como los dominó ayer desde la tribuna.

¡Pero Cervantes!... ¡Y en aquel indumento! Mal sastre le tocó al infeliz. Cervantes quiere salir de allí para la fundición y purificarse por el fuego, al que escapó de milagro en vida.

¿No se lo permiten? Pues bien, que le cambien los gregüescos en pantalones, el jubón en chaqueta, la gorguera en cuello de pajarita, y le pongan un nombre cualquiera: Eduardo Dato, por ejemplo; o Don Pío Baroja y Nessi.

Más afortunado que Lope y que Cervantes, ha encontrado Cajal un cincel digno de su microscopio. Victorio Macho no significa, hasta ahora, dentro del arte español, lo que Cajal dentro de la ciencia; pero el monumento del histólogo es digno del Retiro, de Cajal, del arte español, de Victorio Macho y de Madrid.

* * *

Desde la extremidad norte de la suntuosa Castellana cabalga, hacia el centro de Madrid, gallarda reina bronceínea.

Inicia entrada triunfal en la buena villa, hoy populosa, la gran reina del siglo XV.

La espera, avenida adelante, un estilita.

Aquel estilita, encaramado sobre flaco tubo de chimenea, es marino del siglo XV, y se llama Cristóbal. ¿Marino? ¿Siglo XV? ¿Cristóbal? Hay probabilidades de que se trate de Colón.

Que espere allí Colón a Isabel la Católica está bien. Ninguno mejor. Ambos, la una por tierra, el otro por mar, engrandecieron de territorio y de gloria a España. Oteando el uno desde su columna

y avanzando la otra al paso de la hacanea, avenida adelante, representan en el arte, lo propio que en la historia, el mismo ideal de *plus ultra*, de ensanchamiento, de una España mayor.

Pero, ¿por qué demonios se encarama a Colón sobre aquel monolito altísimo y tan feo cuando él estuvo casi siempre, en todo sentido, al nivel del mar?

La aviación española, de corta vida y ya largo martirologio, aumenta cada día su caudal de gloria. Acaba de saludar con el ruido de sus motores la Cruz del Sur, en el cielo de América; y condujo fraterno mensaje de España a los Archipiélagos hispánicos del Asia, volando en triunfo, una y otra vez, sobre mares y continentes.

¿Merece la aviación española el inri del monumento que se le inflige? Ese monumento inmerecido recuerda las toscas figuras de nieve que fabrican los niños en las tierras del frío, o los efímeros esperpentos de arena que los ociosos erigen en nuestras playas sabulosas.

* * *

¡Cuánto ilustre anónimo! El anonimato no colide con la popularidad casera o de parroquia.

Yérguese en discreto rincón de Madrid un general de bronce. Algo haría el buen señor desde la altura de su generalato para que lo hayan subido, ya muerto, sobre aquel otro pedestal. A menos que se trate de un monumento al soldado desconocido.

¿Qué hizo aquel otro buen ciudadano en uniforme para que le erigiesen aquella mala estatua? La estatua no la tuvo por sambenito. La acción del

soldado fué de pro, brava. Supo, valiente, caer envuelto en su bandera. Es decir, supo cumplir con su deber. ¿Es suficiente para el honor del bronce? Menguado sería el ejército en que los generales que cumplan con su deber merezcan estatuas.

—Nadie, se dirá, está obligado a morir por el deber.

Y habrá que responder:

—El soldado profesional, sí. Su arriesgada carrera se lo impone. Todo soldado es un valiente, mientras no pruebe lo contrario. El país vincula su honor en ese hombre a quien viste de colorado o de azul y cuelga una espada al cinto. Él es su orgullo, su esperanza.

Tan grande almirante como Nelson lo presiente, y dirige a sus marinos en Trafalgar estas palabras: «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.»

Tan honesto soldado como Sucre también lo columbra. En la mañana de Ayacucho arengó a las tropas así: «De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur.»

No registra la historia dos arengas más sencillas. Junto a ellas, ¡qué pedantescos y fanfarrones parecen los cuarenta siglos de las Pirámides!

Cada quien hizo su esfuerzo en Ayacucho, como se lo exigían en nombre de la libertad; cada uno cumplió su deber en Trafalgar, como lo excitaban a cumplirlo en nombre de Inglaterra. Ambos capitanes, el de tierra y el de mar, comprenden que un soldado de profesión, el día del peligro, debe realizar el máximum de esfuerzo en pro de su causa, cumplir su deber.

En el parque de Rosales florecen de la noche a

la mañana, efímeras vegetaciones de bronce: bustos de jóvenes soldados caídos en Marruecos. Sobre la grama verde, entre las frondas oscuras, erigen hacia el cielo de añil, el tallo de piedra donde apunta la flor del busto. ¿Quiénes son? Son la sonrisa, la juventud, el sacrificio. Más que piedra y bronce egregios, merecen, hijos anónimos de la gloria, los versos del gran poeta del águila y la serpiente:

*Milicias que en las épicas fatigas
caisteis indistintas e ignoradas
cual por la hoz del rústico segadas
en tiempo de cosecha, las espigas.*

*Que moristeis a manos enemigas,
fulgentes de entusiasmo las miradas,
tintas hasta los puños las espadas
y rotas por delante las lorigas.*

*Oscuros Escipiones y Espartacos,
la adversidad de vuestro sino aterra
la musa de los cantos elegiacos...*

*En las cruentas labores de la guerra
cosechera de lauros, fuisteis sacos
de estiércol, ¡ay!, para abonar la tierra.*

Después de contemplar las florecillas de bronce, bajo las frondas de Rosales, inquirimos:

—¿En dónde están el Cid, Roger de Flor, Magallanes, Leiva, Gonzalo de Córdoba, Balboa?

Y buscamos la montaña de bronce que nos haga conocer a este gran jinete de los Andes del Perú: Francisco Pizarro.

Pocos pueblos presentan historia tan abundante en sacrificios y rasgos heroicos como España. Nadie obedeció menos a estímulos ajenos a la propia esencia heroica que el soldado de este rincón de

mundo. Una de las características del español, en cuanto guerrero, consiste en que jamás midió el obstáculo.

Si a cada militar español que ha caído como bueno, en algún campo de guerra, fuera a erigirse estatua, no existirían en número suficiente para contenerlas plazas, calles ni jardines en toda la Península.

España se ha sembrado y repartido por el mundo. Hay fuera de Europa mucha España.

Cuando el Poder Ejecutivo español dispuso que en una plaza de Madrid se erigiese un monumento a Simón Bolívar, obró acción de mucha trascendencia. Reintegró a España la gloria máxima de España fuera de España. Y dió esta lección: por fuera y por encima de todo, la raza.

Si los israelitas, en vez de negar al Jesús, ya histórico, cegados por la pasión del odio religioso, hubieran obrado como España, y hubieran dicho: «Por fuera y por encima de todo, la raza», Jesucristo, un judío, no sería afrenta y alegato contra Israel.

La saña del mundo cristiano, ¿hubiera tenido razón de existir? Los veinte siglos de persecución, se hubieran convertido en veinte siglos de gratitud.

Los hombres merecen bronces y mármoles cuando personifican un ideal; cuando su nombre y su esfuerzo van vinculados a hechos de ejemplaridad suprema; cuando su virtud—cualquiera que ella fuere—sobrepase la de todos y venga a representar un hito de la raza.

En Madrid faltan y sobran estatuas.

Faltan y sobran en cuanto obras de arte y en cuanto lecciones objetivas de historia.

Por tierras de Castilla.

**I.—Los dos enemigos
clásicos de España.**

Cuantos hemos vivido durante la infancia en pueblos pequeños hemos visto con curiosos o asombrados ojos de niños la llegada de algún circo ambulante. El circo se instala. En las representaciones admiramos monos y perros sabios, caballitos amaestrados, amazonas, héroes, trapecistas, payasos.

Un día parte el circo, rumbo a otro pueblo.

Si somos algo soñadores cae sobre nuestro espíritu opalizada nébula de melancolía. ¿Adónde va el circo? Se apodera de nosotros vago anhelo de errabundez. ¡Quién tuviera esa libertad de trashumantes! ¡Quién contemplara, a cada aurora, paisajes y paisanajes desconocidos! Envidiamos en secreto a los payasos, a los trapecistas, a los héroes; y tal vez nuestro juvenil corazón viaja por algunas noches prendido entre las lentejuelas—y como una lentejuela más—, en la falda o el corpiño de linda amazona.

Algunos de aquellos niños soñadores y enamorados conservan luego, con terquedad ya viril, el ímpetu de errabundez, la tendencia a volar más allá de los horizontes, la inconformidad con el momento en que viven. En vano la razón argumenta. En vano los «hombres prácticos» exponen con voz metálica, el pecho constelado de condecoraciones y mostrando el vientre redondo de una felicidad curvilínea, limitada y satisfecha, la excelencia de la vida sedentaria y el goce inexprimible de no haber visto, como chilló el retórico,

más río que el de la patria.

En vano todo. ¡Quién viviera una vida errátil de titiritero!

Pues bien: hemos vivido durante el estío, aunque harto efímeramente, una vida itinerante, casi de circo ambulatorio. Visitamos ciudades, villas, villorrios, aldeas, lugares. Pueblo a pueblo y campo a campo, recorreremos vasta porción de la Mancha y Andalucía.

El automóvil se traga las carreteras. Vuela de una granja a una dehesa, de un lugarejo anónimo a una capital histórica. Asistimos hoy a la recolección del trigo, por mano de labriegos atareados, cerca de alguna alquería; y mañana presenciaremos la recolección de monedas, por mano de clérigos sagaces, en alguna basílica.

Desiertos campos y lugarejos excéntricos se llevan la preferencia de los peregrinos, más o menos ilusionados, sobre ciudades adonde podría conducirnos y conduce a todo el mundo, isócrono, el ferrocarril.

Desayunamos en ventas, sesteamos en mesones, paramos en posadas. Bebemos el clarete de Manzanares en Manzanares, el tinto de Valdepeñas en Valdepeñas, el amontillado en Montilla, el Jerez en Jerez. Atravesamos los viñedos manchegos, los olivares de Jaén, los cortijos de Córdoba, las vegas de Granada, las dehesas de Sevilla, los lagares de Málaga.

De cuando en cuando detona en nuestros oídos el nombre de algún poblado que es también nombre de batalla y de triunfo en este país de historia y de guerra: *Bailén, las Navas de Tolosa...*

Las campañas de la Mancha evocan ante todo —¿cómo no?— para cuantos tenemos alguna gota de sangre quiijotesca en las venas, la figura de Alonso Quijano, el Bueno. ¡Puerto Lápicel! ¿Qué hizo allí? No recordamos. Pero allí estuvo el Caballero. Ese oscuro nombre suena en Cervantes. Es una de las etapas del héroe. No se puede en la Mancha ver un molino —¡quedan tan pocos!— sin que a su ruda realidad de piedra contraponamos, dentro de nuestro más íntimo yo, la idealidad, descarnada y altísima, del Caballero.

¡Con qué reverencia de espíritu, tan honda, tan sin término, te saludamos mientras recorremos tu teatro de heroicas aventuras, caballero de Castilla, caballero de la Humanidad, buen caballero!

Eres más grande, más piadoso, más útil que el Hércules de la mitología pagana. El tenía la fuerza. Tú no: a ti te basta con el alma para osar a todo. El era semidiós. Tú no: tú eres de nuestro mismo barro mísero y doliente. Y mísero, doliente, débil y desarmado emprendes cien trabajos hercúleos,

útiles todos para la humanidad, no con utilidad inmediata y transitoria, sino con ejemplaridad eficiente y trascendente.

Fuiste libertador, creador de ideales. Como lo quiso e indicó el Quijote de América, se te podría y debería colocar, pobre y maltrecho caballero, caballero de la Mancha, buen caballero de Cervantes, entre los emancipadores de pueblos y de espíritus, entre los que encienden la fe.

Rompiste cadenas a sabiendas; y, sin saberlo, desbarataste preocupaciones. Hoy, en tí, por tí, se cree. Uno de los pocos seres de carne y hueso que se te han asemejado, el Quijote de la libertad, el Quijote de América, pudo exclamar en la desilusión de sus últimos días: *los tres mayores majaderos de la historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo.*

Te conocía y te amó aquel hermano tuyo en quimeras, en aventuras, en infortunio, en lágrimas y en desilusión. ¿Quién desharía lo que Bolívar hizo, colocándote entre los creadores de ideal, los emancipadores de pueblos?

* * *

¿Nada existe en los campos de la Mancha fuera de la venerable Sombra?

Existe la realidad de hoy: el hombre de carácter, como buen castellano y como buen castellano aun de mal carácter; el hombre tozudo que cultiva la tierra más o menos ingrata, en lucha contra la inclemencia del tórrido cielo de verano, incapaz de enternecerse en lluvia; existen los diminutos, terrosos y vetustos poblachos, aunque ni tan vetus-

tos en su aspecto ni tan terrosos como algunos de otras comarcas de Castilla: el nombre de Pancorbo viene a los labios como paradigma de pueblo árido, sepulto bajo capas de polvo, solitario y, si no muerto, mortecino.

Y esos poblachones manchegos, como sus similares de ambas Castillas, vegetan devorados por la política de campanario; por el juego del casino; por la devoción de las mujeres; por la falta de escuelas; por la sobra de curas; por su situación mediterránea, lejos de las costas civilizadoras y comerciantes, que los aísla; por la crecida tarifa de transportes, que más y más los enmuralla; por la carencia de grandes ríos, que los mata a ellos y a sus campiñas aledañas, de sed; por la escasez de industrias, por la usura, por el hastío, por el anhelo casi imposible de emigración, anhelo que, en cambio, realizan con suma facilidad los pueblos marítimos de Galicia y Asturias.

Existen, además, en Castilla las ciudades añejas que se caen a pedazos, como Santillana, la del marqués poeta, como Alcalá de Henares, patria de Cervantes; o ciudades históricas y monumentales que perduran a fuer de curiosidades arqueológicas: Segovia, Burgos, la misma Toledo, en las que late un resto de vida, a manera de antiguas lámparas, en las que todavía se enciende luz.

Quedan asimismo los centros modernos de actividad, ciudades renacientes como este elegante y jacarandoso Madrid, que realiza el mito del fénix, resurgiendo constantemente de sus cenizas...

Siempre joven, este Madrid cortesano, metropolitano, bancario, académico, universitario, pictórico, escultórico, literario, goza todas las venta-



jas y lujos de su sede real... Madrid, flor de las Castillas y las Españas, levanta sus torres y sus palacios en medio de la llanura, como pino maravilloso que extendiera la verde gracia de su copa en la aridez de un páramo.

En países de prolongada vida histórica todo se enlaza y trenza con el pasado. En estos viejos países el Pasado parece a menudo presente—y a veces aún más presente que la actualidad—. Así, observamos en los pueblucos de Castilla, de Castilla entera, lo mismo en los desvincijados y borrosos que en los más vivaces y jóvenes o rejuvenecidos, la realidad de ayer.

¿Qué realidad es esta?

Un pueblo enérgico—y formidablemente enérgico aún ahora, después de una continua gestación de siglos—, batallador, de orgullo inextinguible, núcleo de la nacionalidad, a la cual impone su idioma como Toscana a Italia y la isla de Francia en Francia.

Buen dominador, aun en medio de aparente fraternidad con reinos émulos, impone además, no su fe, que es la misma de los otros países que integran la Península, sino la combatividad de su fe, exacerbada en luchas de raza y religión: así convierte en católicos militantes e intransigentes a los mismos gallegos, gente lírica, contemplativa, socarrona, poco amiga de gestas; a los mismos andaluces que habían convivido con musulmanes y judíos, bajo la tolerancia benévola y filosófica de la maravillosa civilización árabe de los califas de Córdoba y los sultanes de Granada.

Este bravo pueblo de Castilla—y por extensión puede decirse de España—ha sido siempre más

apto para las artes de la guerra que para las artes de la paz.

Inferior a sus obras fué su canto,

observó ya, con justeza, nuestro Baralt.

Cada vez que Castilla—y, por extensión, puede afirmarse España—sacó la espada, se impuso.

Fué a Oriente con catalanes y aragoneses; a América, con extremeños y andaluces; a Flandes e Italia, con los tercios de Alba y del Gran Capitán. Hizo propia la península Ibérica, adueñándose de Portugal. Venció al francés en Pavía, al turco en Lepanto. Tuvo en jaque al inglés, su rival afortunado. Entró Roma a saco. Hizo huir despavoridas a las legiones del Pontífice de la cristiandad, como hizo huir, a manera de palomas asustadas, las galeras del Profeta, en el trágico golfo, «en la más alta ocasión que vieron los siglos». La cordillera más conspicua del planeta, los Andes, espina dorsal de América, se encorvó, sumisa, al paso de los acorazados guerreros de la Conquista. La opresiva y acerada garra de España alcanza hasta Oceanía, en las extremidades del mundo.

Momento hubo en que un hombre titulado rey de España hacía sentir desde su gabinete de trabajo la presión de su voluntad, si no la de su mano, en Italia, en Alemania, en los Países Bajos, en la América del Norte (Florida, México), en la América del Sur, en archipiélagos del Pacífico y en Archipiélagos del Atlántico.

Pero ocurrió que ni ese hombre—no ya cuando fué un imbécil y se llamó Carlos II, sino aun cuando fué Felipe *el Prudente*—ni sus ministros, validos, consejeros y confesores supieron conservar

el inmenso legado. Y en el caso de Felipe II sucede el fenómeno de que se inicia la decadencia del país, aunque crezca su territorio.

El inmenso legado se perdió.

Cuando el último rey austriaco desaparece, España depauperada y desangrada, queda reducida apenas a escasos millones de súbditos. De súbditos hambrientos... Las industrias no existen y las antiguas libertades de Castilla han desaparecido.

Esa fué, principalmente, la obra de la Monarquía. Así dieron cuenta los dinastas del cuantioso patrimonio que el pueblo español les confió.

* * *

Tiene razón Baralt: «inferior a sus obras fué su canto». Pero también inferiores a sus obras de guerra fueron sus obras de paz. Cuando regresa de los campamentos, España se mete en la Iglesia, y no pudiendo matar enemigos se dedica a quemar herejes. En este santísimo oficio se olvida de todo lo demás. La política de flexibilidad, tolerancia y larga vista no es su fuerte. De hacienda y economía no se le hable. Reconcentrado en sí mismo, el español ya no piensa sino en ganar la vida eterna. Cada español se cree digno de que Dios le trate con deferencia y le haga puesto en el cielo. ¡Qué va a importarle nada a quien sostiene íntimas relaciones con la Divinidad!

Los estadistas no estuvieron a la altura de los héroes. Los hombres de pensamiento no igualaron a los hombres de acción. ¿Cuántos nombres de ministros, de diplomáticos y aun de escritores podrían parangonarse en número y calidad con

aquel almácigo de soldados, marinos, descubridores, conquistadores, aventureros encendidos en el fuego dinámico de la raza, que con ese fuego prendieron los cuatro puntos cardinales del Planeta?

Hubo, con todo, valores intelectuales de mucha cuenta; precursores del pensamiento europeo: Victoria, Suárez, Gómez Pereira, otros, ¿quién los recuerda? El país no siente y rememora sino a los héroes de la fuerza.

No se conoce pueblo que olvide más su historia, en cuanto no se trate de reyes y batallas.

¡Como si la Corona no hubiera sido casi siempre rémora de la nación; y en fin de cuentas, en asocio del clero, causante de la ruina de España!

¡Como si la gloria que dan el arte, las letras y la ciencia no perdurase tanto y más que los triunfos de la espada!

¡Como si un pueblo de buen brazo no debiera demostrar que no sólo para ponerse el sombrero ha tenido la cabeza!

En la época de los reyes absolutos, esta incapacidad racial, factor de decadencia, se manifiesta por la tenacidad en la imprevisión, por un espíritu enemigo de todo lo que contiene gérmenes de porvenir; en una palabra, por una invariable política de corta vista. A los reyes los ayudó, claro, en su tarea de perder el país la iglesia católica, apostólica, romana; y la incapacidad nativa de España para la cordura política y la administración.

Los estadistas nunca aparecieron en cardumen. Cuando les hubo, no se les oyó. El confesor de los reyes desbarata a menudo los planes del hombre de Estado.

¿Qué representan en la historia del mundo la

mayoría de los reyes de España hasta Fernando VII? ¿En qué emplean esos monarcas, hasta Fernando VII, el poder absoluto de que disponen?

Todas las ideas que iban a perdurar, todas las causas que iban a conocer el triunfo, los tenían de frente: la política inglesa, la Reforma alemana, la insurrección de Holanda, la revolución de Francia, la emancipación de América.

Y cuando por casualidad se alían a una causa justa y contribuyen, por ejemplo, a la independencia de los Estados Unidos, aquel paso que han dado por pasión y no por maduro cálculo, equivale a un error trascendental y redundará no muy tarde en perjuicio de España.

Pero, ¿toman siquiera aquellos Gobiernos del absolutismo medidas administrativas que salven al país, ya que no lo engrandezcan? Sus disposiciones, como si fueran dictadas a veces por un genio enemigo de España, arruinan la agricultura en Andalucía, la industria en Castilla, algunas de las bellas artes y la cultura en general en toda España.

Por último, ¿no se realizó en España, con beneplácito de los monarcas y de sus consejeros, una selección al revés, por medio de piras y persecuciones inquisitoriales, destruyendo por sistema toda audacia de espíritu e incapacitando por siglos a nuestra raza para pensar?

El catolicismo, pues, que se asoció durante la lucha contra los árabes a las ideas de patria y de raza, fué, entonces, beneficioso a España; después, ha sido principal factor de ruina y atraso.

España ha sido víctima de las dos instituciones que por una aberración venera más: la Monarquía y la Iglesia.

II.—El señor pueblo.

El pueblo hispano tiene un sello instintivo: la espontaneidad; la capacidad heroica para desenvolverse por sí solo, en los grandes conflictos y en las grandes ocasiones, con prescindencia de esos Reyes y esos Sacerdotes ante los cuales se arrodilla, estúpidamente, después.

Los grandes movimientos nacionales los realiza en España, como en todas partes, el pueblo; pero los realiza espontáneamente, por propia inspiración, sin que se le dirija o encamine oficialmente.

A veces inicia y cumple el pueblo aquellos movimientos colectivos que lo salvan o lo engrandecen, independientemente del Gobierno; otras veces, a pesar del Gobierno, o contra el querer del Gobierno.

¿Quién inicia la reconquista contra los moros? El pueblo. ¿Quién la dirige? Pelayo, un hombre del pueblo.

Los reyes, tiempo adelante, invitan al pueblo por pregones a conquistar tierras del moro; y el pueblo acude, sabiendo que las tierras de conquista son para el conquistador; y que el conquistador, que necesita del pueblo, suele repartírselas.

Así concede uno de los varios Alfonsos, en 1177, sesenta y más leguas cuadradas de terreno a los pueblos de la Sierra de Cuenca, porque si ganó Cuenca fué gracias a la ayuda de aquellos pueblos; así otorga Alfonso VI a Segovia y pueblos comarcanos, que lo auxiliaron para conquistar Madrid y Toledo, buena parte de las tierras ganadas en aquella conquista.

Cardenal Cisneros

Otras veces no es el rey quien lanza el pregón, sino un señor guerrero; el pueblo acude, se engancha voluntario y parte a campaña.

Las behetrías, ¿qué fueron? Contratos bilaterales y de libre realización entre un poderoso, por un lado, y hombres del pueblo, por otro lado. Careciendo estos últimos de garantías individuales, porque la sociedad de entonces no las acordaba, conseguían la seguridad personal, que residía en la fuerza, aliándose a un hombre fuerte; es decir, comprometiéndose a servir en guerra y en paz a un señor que en guerra y en paz los protegía.

Y no se necesitaba que este protector fuera noble; le bastaba con ser fuerte.

Bien claro y bien democráticamente lo expone la *Crónica del Rey don Pedro*, del canciller Pero López de Ayala: *los vecinos e moradores en los tales lugares pueden tomar señor a quien sirvan y acojan en ellos qual ellos quisieren, e de qualquier linaje que sea.*

Y para que no se crea que existe pacto de esclavitud en aquellos libérrimos hijos de Castilla, la *Crónica* agrega: *... e dicen que todas estas behetrías pueden tomar e mudar señor siete veces al día; e esto quiere decir quantas veces les plugiere e entendieren que les agravia el que las tiene...*

Hasta el feudalismo es en España de esencia democrática.

Más adelante, ¿quién realiza la fabulosa conquista de América? ¿El Gobierno español? No. Iniciativas particulares, con vagas autorizaciones del remoto rey, unas veces; otras veces sin ellas.

Se da cuenta a España, generalmente, cuando ya se han realizado descubrimientos y conquistas.

¿Para qué? Para que el Gobierno de la metrópoli, distante e ignorante, confirme al conquistador en su conquista, dando visó jurídico, aspecto de derecho, a un dominio de facto.

¿Quiénes son los conquistadores? Pecheros, villanos, el pueblo. Un porquero de Trujillo: Pizarro; un soldado de infantería, un anónimo de Medellín: Hernán Cortés; un mancebillo disoluto de Jerez, criado de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer: Balboa; un hijo expósito, hallado en el claustro de una iglesia en Almagro: Diego de Almagro.

Y así los demás, aun los mayores.

¿Quién era Valdivia? Un bocado de carne de cañón en las guerras de Carlos V: ni siquiera sabe la historia a punto fijo dónde nació. ¿Quién era Belalcázar? Un cualquiera, que ni siquiera se llamaba como se llama. Su nombre, en efecto, era Moyano. ¿Quién era Alonso de Ojeda? Un oscuro hijo de Cuenca, tan oscuro que ni su pueblo natal guarda constancia de su nacimiento. ¿Fue en 1466, en 1467, en 1468, en 1469, en 1470? Nadie sabe. ¿Quién era Pedro de Alvarado? La historia ignora sus orígenes, su mocedad, su pueblo, la fecha de su nacimiento.

Muchos de esos hombres de la conquista realizaron tales portentos de energía humana, que hacen pensar al hombre superior de lo que es. De la mayoría, sin embargo, apenas hay quien recuerde de dónde proceden: carecían de notoriedad en su tierra. Son los anónimos del país originario; son la masa amorfa y sin nombre: son el Pueblo.

Ni un solo gran nombre español figura en el descubrimiento y conquista de América. Estos nombres suenan más tarde; sus portadores arriban a la

hora de aprovecharse de la obra heroica y espontánea del pueblo: llegan para ser virreyes, capitanes generales, arzobispos, encomenderos. Es decir, tiranos y ladrones.

En la guerra de independencia española se llega a más.

Los reyes—Carlos IV y Fernando VII—, reiterada y villanamente, entregan la patria a Napoleón y aun felicitan al invasor extranjero por los triunfos que obtiene contra las tropas de España.

Napoleón, a pesar de todo su genio, confundió la abyección de los Borbones con el carácter de España. Caro le costó el yerro, que después—hombre superior—no tuvo reparo en confesar. «España se levantó como un solo hombre.»

¿Quién tuerce el cuello a las águilas napoleónicas y echa a los extranjeros del territorio patrio? El pueblo español.

Más tarde ese abominable, ese ignominioso Fernando VII, tan pérfido como salaz y tan cobarde como despótico; ese Fernando VII a cuyo nombre se vincula, en política exterior, la pérdida de América y la ocupación de España por las tropas francesas de Angulema; y en política interna, el exterminio sistemático de ideas y elementos liberales; Fernando VII, el rey torero, el rey chulo, el absolutista antipatriota que felicita, primero, a los soldados franceses de Bonaparte, por sus victorias contra España, y llama, tiempo adelante, a las tropas francesas de Luis XVIII contra los españoles; ese Fernando VII, la más repelente figura de su tiempo, asesinará a los que salvaron a España y le devolvieron a él un trono que no merecía, precisamente cuando él y su padre y el

querido de su madre entregaban el país a un conquistador sin escrúpulos.

¿Cómo pudo España, en vez de ahorcar a Fernando VII, tender el cuello bajo la bota del tirano? ¿Cómo puede simbolizar sus más altas epopeyas en quienes no las realizaron: la conquista de América, por ejemplo, en los Reyes Católicos?

III.—Reyes y caciques.

Las epopeyas españolas, repetimos, son eminentemente democráticas.

En España no existe una oligarquía de doce pares, sino un pueblo en armas, guiado por claro instinto, y el valor de caudillos populares.

El Romancero, la canción de gesta de España, es duro a veces contra los reyes y canta y pone sobre los cuernos de la luna—más arriba que las testas coronadas y las mitras de los obispos—a los héroes del pueblo, comenzando por el campeador burgalés Ruy Díaz de Vivar.

En la *Jura de Santa Gadea*, el Cid dice al rey con la heroica rudeza de la época:

*Villanos te maten, Alfonso,
villanos que no hidalgos...;
mátente con agujadas,
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados...
Mátente por las aradas,
que no en villas ni en poblado;
sáquente el corazón*

*por el siniestro costado,
si no dijeres verdad
de lo que te es preguntado...*

Con razón asegura el autor del poema:

*Las juras eran tan fuertes,
que al buen rey ponen espanto.*

La tradición castellana de libertad provenía del tiempo de los Condes y los Justicias, de cuando Castilla no necesitó de reyes para tener costumbres y estatutos de libertad antes que Inglaterra conociera la Carta Magna. Continuó en parte con los reyes de Castilla... Los reyes de Castilla necesitaban del pueblo contra los moros. Cesó esa gloriosa tradición de libertad, ya cumplida la reconquista del territorio nacional, cuando el pueblo no fué factor indispensable para emancipar el suelo patrio. Cesó por obra de los reyes austriacos.

¿Qué tradiciones de libertad iban a respetar en España hombres como Carlos V y sus consejeros, acostumbrados en los países germánicos, de donde provenían, a pueblos que nunca habían conocido libertades públicas?

Ellos y sus inmediatos sucesores desarraigaron poco a poco antiguas libertades; y apoyados por el clero y las clases privilegiadas, convirtieron a España en un país en que el cesarismo floreció.

Y floreció, aunque exótico, tan lozano como planta vernácula. Se confundió la obediencia al rey con el amor al terruño y el culto a la divinidad. Curioso proceso aquél por el cual llegaron a entremezclarse ideas tan disímiles.

Aquel cesarismo aparatoso, cuando no lucido, ha degenerado, andando el tiempo, en los césares de aldea, morbosidad social de cada parroquia que se conoce en España con el nombre americano de caciquismo, y en América con el nombre ya de caciquismo, ya de caudillismo.

Cada cacique, cada caudillo, es absoluto monarca en diminutivo, César microscópico, un ínfimo rey sin corona, tan irresponsable en último análisis, como el figurón de quien es empedregado trasunto.

De Carlos V y Felipe II descienden—más bien que de los señores de las behetrías—y descienden sin saberlo, caciques y caudillos. Son la caricatura, tanto más grotesca cuanto más ruin, de aquellos poderosos dueños de vidas y haciendas. Y estas archirridículas caricaturas resultan a veces tan trágicas como el luctuoso original.

IV.—Castilla adelante.

El automóvil continúa tragándose las carreteras. ¡Qué lástima no poder verlo todo! Pero como la realidad—Shakespeare lo supo—es la materia con que trabaja la imaginación, podemos, por lo conocido ya, inferir el resto.

¿Qué encontramos en estas llanuras castellanas que recorreremos? En estas llanuras castellanas que recorreremos encontramos a cada cortos kilómetros un poblachón triste: labradores con expresión de gravedad, que miran, indiferentes, desde la puerta de su casa la carrera del auto.

Aunque agrícola ese poblachón—una, dos, diez calles agrupadas en torno de maciza iglesia—, no cultiva hortalizas ni bebe sino agua de pozo y leche de cabra o de oveja, ni come sino carne de cabra o de carnero, cuando come carne. Por fortuna, tiene el trigo y el vino.

¿Qué encontraríamos unos kilómetros a la derecha o unos kilómetros a la izquierda?

Encontraríamos lo propio que hasta ahora. Encontraríamos otro apiñamiento de casucas en torno de otra iglesia; y a la puerta de esas casucas, hombres graves, indiferentes, que viven de la tierra, pero que no parecen amarla con pasión de campesinos, ni que tengan el sentimiento de la naturaleza, acaso porque la tierra en aquella parte de Castilla es dura, seca, ingrata.

Otra cosa también estamos seguros de encontrar: la hombría, la masculinidad más intensa, capaz de energías inéditas, inimaginables; la abundancia de recias personalidades, en medio de esos labradores. Podemos sorprender también algún recio drama pasional: la pasión reconcentrada del castellano puede dispararse llegado el momento, y se dispara como una catapulta.

Esos pueblos rurales son la reserva de energía con que cuenta Castilla, el más vigoroso retoño, la más fuerte rama; mejor dicho, el tronco inflexible de la Península Ibérica.

* * *

Este pueblo, que no ríe como el andaluz, ni posee la sensibilidad del gallego o del lusitano, ni es industrial como el catalán, ni itinerante como el

astur, no muere quizás de hambre sobre las tierras que tan laboriosamente cultiva; pero, ¿disfruta de abundancia?

La abundancia nunca fué de Castilla. A menudo faltó en el granero del hacendado, en la despensa del urbícola y en el erario de la nación.

Los primitivos reyes castellanos, ¿no pasaban apuros? ¿No iban, a pesar de las preocupaciones religiosas—menores, con todo, entonces de lo que fueron más tarde—, hasta a nombrar, como don Pedro el Cruel, tesorero real a cualquier judío, para que, gracias a un hábil alquimia económica de que los más fervientes católicos se comprendían incapaces, sacara oro de imposibles crisoles y enderezara los entuertos del Fisco?

La mala administración del Estado, desde antes de don Pedro el Cruel hasta después de Fernando el taurómaco, tiene la culpa, en primer término, de las estrecheces del Tesoro. Pero la mala administración de las rentas, ya públicas, ya particulares, nunca fué patrimonio exclusivo de una clase.

Aquella incapacidad administrativa era reflejo, en el Gobierno, de la incapacidad castellana en cuestiones de negocio y economía (1).

(1) A raíz de la gran guerra, goza España una prosperidad que raras veces conoció. Sin embargo, existe en el presupuesto español un *déficit* de más de 600 millones. De 900 a 1.000, dice un economista español. «A tanto asciende—expone el economista informador—si se exhiben las cifras verdaderas.» (*El Imparcial*, Madrid 20 de octubre de 1919.) Creo que últimamente el *déficit* ha aumentado: se atribuye el aumento a la guerra marroquí.

Por lo demás, el desorden económico, tan conocido en la clase más alta—la clase dirigente—, puede asimismo observarse en las clases más humildes.

Los hampones de la Novela picaresca—esa maravillosa Novela picaresca que, con el Romancero y el Teatro, constituye las tres perlas de las Letras españolas—, los hampones, ¿de dónde son? Muy a menudo de Castilla, y el desorden económico de Castilla reflejan.

El patio de Monipodio es sevillano; el pícaro Guzmán, de Alfarache; Estebanillo también andaluz. Pero «yo, señor, soy de Segovia», confiesa el hijo de Clemente Pablos, y si el hijo de Clemente Pablos es de Segovia, Lazarillo es de Tormes y Gil Blas es de Santillana.

Respecto a incapacidad administrativa y a nulidad en cuestiones de economía ya pública, ya particular, toda España es Castilla.

VII

Por tierras de Andalucía

I.—Las llamas vindicativas.

Como Castilla y Andalucía colindan, entramos, carretera adelante, por la puerta andaluza hacia el lado norteño: esa puerta es Jaén.

Lo primero, viene a los mientes el retintín so-carrón de las cuartetas famosas de Baltasar de Alcázar:

*En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa...*

Recuerdo simbólico: la musa del buen humor nos abre las puertas de Andalucía; la sonrisa nos acoge a la entrada en el país del baile, de la canción y de las panderetas; el númen se nos insinúa desde los umbrales de la región donde perdura, en encajes de piedra y en jardines de maravilla y de misterio, con la gracia del arrayán y la dulzura del agua religiosa, cantarina, el recuerdo, embalsamado de poesía, del árabe artista, guerrero, sensual.

Y parece de lógica armoniosa que el número, aunque fuese en la remembranza de cuartetas jocosas, nos indique el camino de la tierra en donde cada ciudad tiene su ritmo, su música, sus bailes.

¿Jaén? Olivares, corderos, cabras, miel, como en la Hélade. ¡Y qué olivares! Los más copiosos y tupidos; los más productores, los de más fino aceite.

Y por bajo de esta poesía bucólica y esta abundancia bíblica el mordisco de la áspera realidad, como por bajo el brocado que cubría el seno de alguna empingorotada madamita de la Edad Media solía aparecer la tumefacción ulcerosa, la carne comida de lepra.

La oculta lepra andaluza está en la tierra. Está cubierta por la verdura de los campos...

La tierra de Andalucía pertenece casi toda a unas cuantas docenas de propietarios; y sobre los campos opulentos parece casi de hambre la mayoría: los labriegos.

En Jaén posee un solo hacendado kilómetros y kilómetros de olivos; como en Córdoba posee un solo latifundista kilómetros y kilómetros de trigales y cebadales; como posee en Sevilla un solo terrateniente kilómetros y kilómetros de pastizales.

Los vastos latifundios de Andalucía producen la esclavitud y la miseria del campesino; y el campesino andaluz que no necesitó saber leer y escribir para enterarse de que existe en Rusia un Gobierno de soldados y campesinos que ha desposeído a los antiguos amos de la tierra sin que la tierra se hunda ni se caigan las estrellas, aunque se hundan

varias fortunas y caen algunas cabezas, quiere también realizar su revolución.

No la inicia a sangre y fuego porque le basta el fuego. La sangre correrá después.

Por lo pronto, no discurre semana sin que incendios anónimos destruyan granjas, devoren sementeras, conviertan en pavesas trigales, cebadales, olivares, o en humo el bien repleto granero del cortijo.

En múltiples ocasiones hemos salido de posadas y hoteles con vecinos curiosos y alarmados a contemplar, desde algún oterillo, las trombas del fuego vengador.

¡Cuántas veces, desde la carretera, al volver algún recodo, hemos sorprendido la oscuridad nocturna súbitamente iluminada por columnas de luz!

El fuego se levanta en las arboledas, formando castillos de llamas; otras veces, en las siembras rastreras, va envolviendo los cultivos, consumiéndolos; y las mil sinuosidades serpentinales de la llama franjan los predios de cenefas y tiras bordadas flamíferas. En medio de la sombra culebrean sierpes de luz y esplenden castillos de oro; pero aquel oro siniestro de los campos encendidos no es un oro benefactor sino un oro de ruina.

En estos campos andaluces, hoy, nadie está seguro de lo que tiene: un fósforo puede arruinarlo. La revolución rusa ha abierto los ojos y la ambición del campesino andaluz que, como el mujick moscovita, tiene hambre de tierra.

Los vastos latifundios de Andalucía, en pocas y nada piadosas manos, esquilman al terrícola en vez de favorecerlo. ¿Qué mucho que al cabo de los tiempos, y gracias al ejemplo de rusos y de

húngaros, el incendio que llameaba en los corazones campesinos salga fuera y abraze los campos?

II.—El latifundismo.

En dondequiera y en cualquier tiempo que el régimen latifundista se impuso produjo el hambre, la ruina, la tragedia.

Ya se conoce el proceso que se ha hecho o puede hacerse al latifundismo de Roma. Los campos cayeron en manos de familias privilegiadas y fueron paulatinamente convirtiéndose de ubérrimos terrenos de producción en tierras de pasto. Los canales de riego se cegaron; y el agua, antes corriente y benéfica, se trocó, estancada, en gérmenes ponzoñosos y agente de miseria fisiológica. La raza degeneró. Además la agricultura, y la riqueza que ella produce, vinieron a menos.

País empobrecido, raza desvigorada: los Tiberios, los Calíguas, los Nerones fueron posible. *Latifundia Italiam perdidere*, exclama, convencido, Plinio.

¿Y en nuestros días? En Irlanda, la cenicienta de la Casa Sajona, a las puertas de la libre Inglaterra, y por obra de Inglaterra, ¿qué ocurre?

«El suelo, es claro, pertenece al Lord. Por qué título, no sé. Tal vez alguna de sus abuelas, una noche que estaba más descotada, atrajese el inconstante mirar de Carlos II, en los saraos galantes de la Restauración; de esa mirada proviene, acaso, esta bella propiedad. ¡El alegre Stuart era tan generoso!...

»Como propietario del suelo, pues, el Lord lo

arrienda a las familias que de generación en generación viven en sus tierras... El valor de las rentas es puramente arbitrario... Además del suelo, el propietario debe proporcionar la habitación y los instrumentos de trabajo. Si en la hacienda no existe casa o si ésta necesita reparaciones, el *landlord* dará naturalmente alguna madera, un puñado de clavos, un haz de heno, para que el trabajador levante la cabaña miserable muy inferior en confort a nuestros corrales de ganado; a esta generosidad regia, el *landlord* agregará, tal vez, algún viejo arado y una azada.

»Pero estos donativos son adelantamientos que él sobrecarga con precios dobles o triples de su valor y de los que se reembolsa por contribuciones trimestrales... Aparece de nuevo la generosidad del lord. Su Excelencia está dispuesto (porque Su Excelencia es compasivo) a desecar el pantano, a desempedrar el suelo, a hacer mejoras en el terreno. Su Excelencia va más lejos. Su Excelencia (Dios le recompense) ofrece la simiente.

»Y más todavía: Su Excelencia (que las bendiciones del cielo lo cubran) da los abonos. Y aquí tenemos un rentero feliz que posee casa, instrumentos, simiente, abonos. Solamente Su Excelencia marca los precios que le convienen a las mejoras realizadas, a la simiente y a los abonos; y al fin del año la renta, que era originariamente de diez, es de veinte o veinticinco. Como los terrenos son pobres y los inviernos abominables, el rentero no puede pagar; se dirige entonces al usurero o al Lord mismo.

»Desde este momento se mete en una red de deudas, cosechas empeñadas, giros acumulados,

protestas, el demonio, de donde jamás se podrá desenredar. El resultado está previsto: el Lord (por su administrador) le embarga, se apodera del grano que está en las paneras, del ganado que está en los corrales, de las ropas del arca, de la hucha de la mujer, de los jergones, y le expulsa de la casa y de la propiedad que con su trabajo mejoró. ¡Lo mismo que en la Edad Media! (1).

Y así tales horrores ocurren en nuestros días, a las puertas y por obra de la libre Inglaterra. ¿Qué ocurre, no ya en la verde Erin sino en otra isla, en una isla del Mediterráneo, la verde Sicilia, por obra de otro pueblo liberal, por obra de Italia?

Un economista ilustre, Andrés Loria, podría decirnoslo.

Negando la capacidad para ejercer el derecho de sufragio al campesino de Sicilia, Loria lo presenta de una pincelada:

«Este desdichado vive en un angosto zaquizamí con su mujer, sus hijos, sus padres, a menudo también con sus suegros, sus hermanos y sus hermanas, y siempre con su cerdo y sus gallinas. De donde necesariamente resulta una promiscuidad lúbrica, el incesto y los más inmundos horrores» (2).

Aunque tan radical espíritu revolucionario, Loria llega a afirmar:

«No hay duda que en ciertos periodos (*del Pasado*), la condición de las clases obreras fué mu-

(1) EÇA DE QUEIROZ: *Cartas de Inglaterra*, páginas 109-112. Editorial América; Madrid.

(2) AQUILES LORIA: *Problemas sociales contemporáneos*, pág. 16, ed. Henrich y C.^a Barcelona, 1904.

cho más floreciente o menos abyecta que en los actuales momentos; y no puede negarse, por ejemplo, que durante la Edad Media, el trabajador gozó en nuestras repúblicas de un bienestar que no ha conocido ya después» (1).

Y al afirmarlo no olvida el economista de Italia que las clases laboriosas estaban reducidas en Europa hasta la edad contemporánea, al estado de servidumbre y no gozaban, por ende, ni de derechos políticos ni de consideración social.

En Rumania, país de corta población, donde existen grandes terratenientes en la forma que existen en Sicilia e Irlanda, viven, si eso es vivir, ochenta mil familias de proletarios agrícolas que no comen maíz podrido, como se ha dicho, porque ni así pueden procurárselo.

Y en Hungría, víctima también de la propia lepra, el contagio de la revolución rusa ha hecho prender en terreno propicio la revolución húngara de Bela Kun, que en vano se esfuerzan por anular pueblos capitalistas—Inglaterra, Francia, Estados Unidos—. Estas naciones, si ante el feudalismo representaban las ideas liberales, representan ante la revolución rusa y sus hijuelas, el conservadurismo y la reacción.

III.—El mal andaluz.

Volvamos a Andalucía.

Lo que ocurre en Andalucía no difiere mucho de lo que ha ocurrido u ocurre en otros pueblos, en-

(1) AQUILES LORIA: *Problemas sociales contemporáneos*, pág. 13.

fermos de la misma enfermedad: el mal agrario. La agricultura no cobra bríos por obra del latifundismo. Sobre la tierra, rica, muere el labriego, pobre.

El terrateniente andaluz arrienda sus campos a un arrendador en grande. Este, a su turno, subarrienda en parcelas a campistas menos validos, sacando el intermediario, naturalmente, su buena tajada.

El más desvalido—el labriego—paga en consecuencia, los beneficios del propietario y del intermediario: beneficios que resultan excesivos.

No es todo.

Se le obliga a menudo si no siempre, a vender su grano al terrateniente o al arrendador en grande, al precio del grano durante la recolección; es decir, cuando por excesiva abundancia del producto disminuye su valor.

Por donde el labriego andaluz trabaja, más que para sí, en beneficio ajeno; y como apenas malvive, no puede economizar y nunca será dueño de una tierra que labra toda la vida.

Un pedazo de tierra sería para él verdadera liberación. ¡Cómo no va a desearla y cómo no va a mirar como a tiranos a sus esquiladores seculares!

Este no es, a lo que parece, mas que un aspecto del problema. Y el problema hasta ahora queda en pie, insoluble.

Las carabinas de la Guardia civil no harán sino complicarlo; porque los incendios de la desesperación, o si se quiere de la ambición; las llamarradas del hambre, o si se quiere del odio, no se extinguen fácilmente con sangre.

Con las llamas que prenden los agrarios andaluces, se va viendo más claro que el derecho a la posesión personal e indefinida sobre la tierra tiende a transformarse.

En España no se preconiza a la manera rusa la nacionalización de la tierra; pero los hechos demuestran que en las comarcas andaluzas por lo menos, la socialización de la tierra a la manera rusa es el ideal.

El malestar del elemento agrario en Andalucía es el mismo que existe o ha existido, con mayor o menor intensidad, en Irlanda, en Rumania, en Hungría, en casi toda la América latina; por eso el campo, en tales países, es eminentemente revolucionario.

En cambio en Francia, donde aún quedan restos feudales de latifundismo, es eminentemente conservador. ¿Por qué?

Porque en Francia, a la hora actual, tres o cuatro millones de labriegos poseen de quince a veinte millones de hectáreas, en tierras de labor bien parceladas. El carácter ahorrativo y posesivo del pueblo francés, más que un propósito social deliberado, ha sido parte al desarrollo de la pequeña y aun de la mínima propiedad agrícola.

Tiene, con todo, el problema agrario andaluz, que se traduce en destructoras llamaradas, un carácter de bandidaje que se acuerda muy bien con el espíritu y la tradición populares de Andalucía.

Andalucía es la patria de Diego Corrientes, de José María, de los Siete Niños de Ecija. Es tierra clásica de bandidos. Y en la tierra de los bandidos, ¿por qué extrañar que las encendidas pugnas sociales asuman tinte de banditismo?

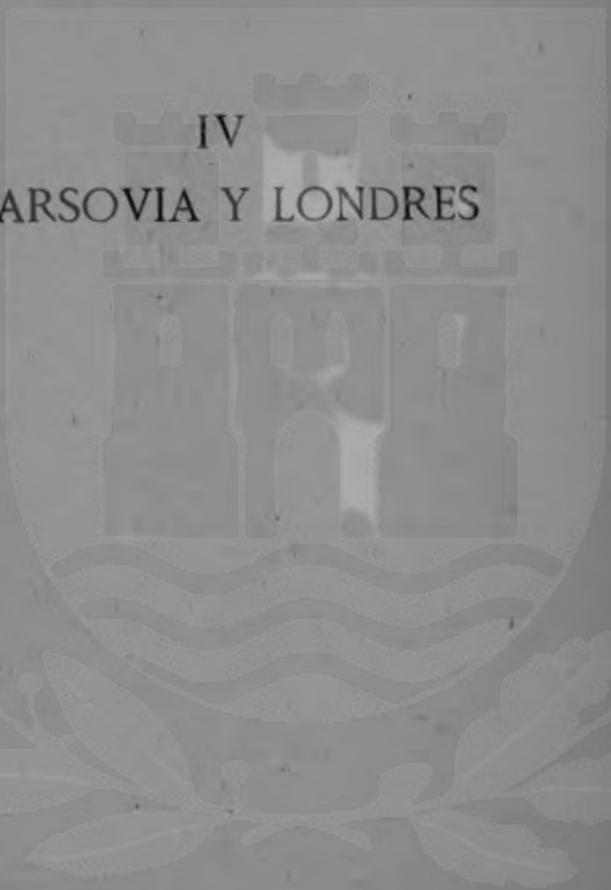
La tragedia del fuego imprime carácter a este alegre pueblo andaluz que jamás tomó nada en serio, y que fué, hasta ahora, un pueblo muerto de hambre que se reía de todo, incluso de su propia miseria.



BIBLIOTECA



IV
VARSOVIA Y LONDRES



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

28-VI-39

I

Varsovia

I.—Aduanas y súbditos del zar.

A la una de la mañana, un poco más, nos despiertan. Estamos en Alexandrovo, la frontera rusa.

Apenas detenido el tren, un oficial sube a nuestro vagón y pide el pasaporte a cada viajero. Esta primera formalidad, aversiva y arcaica, nos distancia en imaginación del siglo y de Europa.

Luego proceden a la inspección del equipaje. Nuestras maletas conducidas a la aduana, salón inmenso y frío alumbrado con kerosene, sufren registro de minuciosidad odiosa. Estoy por decir que ni en las aduanas españolas... Pero no lo digo: no quiero exagerar.

Las valijas abren sus bocas y vomitan sobre terrero mostrador camisas, pañuelos, pantalones, zapatos, toda suerte de prendas de vestir. En las cajas de puños y de cuellos, en los bolsillos, en los zapatos, en dondequiera, hunde sus ojos y sus manos la desconfianza rusa.

Casi como en Irún, aunque parezca imposible. Aunque existe diferencia a favor de los moscovitas: uno ignora el idioma, no puede explicarse; ellos aprovechan y se despachan a su guisa. En España, peor: mientras uno más se explica, más repulsivos y abusivos se ponen aquellos inquisidores.

Los aduaneros peninsulares han conseguido hacer odioso el primer encontronazo del extranjero con España. Logran sin saberlo—ayudados por la mala voluntad chismorrera de otros países de turismo—que el turista se aleje con horror y santiguándose de las aguas y tierras de España. ¡Ah, burocracia imbécil, avidez abusadora y descortesía ofensiva de los aduanas peninsulares!

La aduana de los Romanoff, con muy pequeño esfuerzo, sería hermana gemela de la aduana borbónica. Es la única que en toda Europa la rivaliza.

A un viajero le quitan un paraguas. Tiene el paraguas no sé qué mecanismo; y se piensa que puede ser un arma de fuego. Hay que velar por la preciosa existencia del zar. A otro lo despojan de varios libros: hay que velar contra doctrinas subversivas que puedan despertar los adormidos sesos del mujick.

Tuve la suerte de ser advertido con tiempo y pude esconder en los bolsillos del gabán un Nietzsche—300 páginas de dinamita—; *Il fuoco*, de D'Annunzio—300 páginas de sensualismo verbal—; un volumen de Stendhal y *Las Estancias*, de Jean Moréas. Otros libros, entre ellos *Morsamor*, de Valera, los dejo en la maleta. ¡Que se los roben! ¡Ojalá se los roben! Pero me los devolverán. ¡Qué daño van a producir la sonrisilla y el pu-

rismo académicos en el país Fedor Mikhailowitch Dostoiewsky!

Con sus botas a la rodilla, por fuera del pantalón, sus trajes verde botella y sus raros gorros noruegos, los rusos, estos primeros rusos semi-osunos que miro, son idénticos a los rusos de las zarzuelas. Había conocido toda esta morralla en *La Guerra Santa*. Pero el blanco delantal que visten algunos aduaneros arropa como un sudario las leyendas; y de estos rusos que nos imaginamos fantásticos—tan distantes quedan en el espacio y por la ideología de nosotros—hace marmitones, galopines y cocineros.

La hora del alba sería, como en Cervantes, cuando nos aproximamos a Varsovia.

El tren corre por la verde pampa de Polonia—que no es el árida estepa de Gorki—, y del horizonte de la llanura, en la carrera vertiginosa, vemos surgir a Varsovia, la ciudad mártir, corazón de la tripartita Polonia.

¿Qué espíritu liberal y juvenil no ama a este país crucificado, de historia romántica y de raza caballeresca? Todo el siglo XIX ha suspirado por Polonia, ha llorado su infelicidad, sin remediarla. Amamos con amor de lástima a esta generosa tierra de heroísmo y desgracia, que ayer contuvo los alfanjes de Mahoma con el espadón de Juan Sovieski; victimada luego por sus propios desórdenes y por una gavilla de autócratas.

Acodado en el postigo del tren, miro cómo se perfilan en la bruma de ópalo de la mañana torreones, techos, cúpulas. A lo lejos, del otro lado de la ciudad, arrastra el Vístula sus aguas y sus leyendas... Ya al arribo del tren a la vieja capital, finge

el paisaje, un momento, un panorama holandés, con su tendida sabana verde, sus rebaños y las aspas de un decrepito molino, caricatura de aquellos sinceros molinos que se irguen a la vera de los canales, orillas de las lagunas, en la campiña neerlandesa, por donde parece errar en el aire húmedo el mugido de toros y vacas de Potter.

La ciudad, duerme, tendida en la llanura, a la ribera del Vistula, infeliz, romántica y bella.

II.—El arribo.

En el coche que me conduce de la estación al hotel, recibo la primera visita del sol polaco. La mañana es brumosa: el sol, un sol anémico, empieza a levantarse perezoso e ilumina el rostro soñoliento de la urbe. El cochero, al igual que sus colegas de plaza, viste librea azul casi celeste con guarnición y botonadura de cobre; la gorra del mismo color.

Gente matinal, apresurada, se dirige a sus quehaceres. A medida que avanzamos el sol va cobrando fuerza. Ya es otro.

La ciudad me parece más que vieja, aviejada, con cierto aire de antigua y noble dama, que ha pasado por la pobreza y conoce el dolor. Su desnuda madurez atrae amor y respeto.

Al través de calles y callejas, en la modorra del amanecer de Varsovia, el coche que me conduce desemboca en una clara Avenida palaciana. En esa Avenida se detiene: el hotel.

La mañana se ha levantado pálida de su lecho de sombras. El sol saca la cara con la timidez de un

adolescente: Con todo, quiere representar su papel de sol: vibra sus rayos cloróticos, hiere los alambres del cochero, los cristales de las ventanas vecinas; y allá, a lo lejos, prende estrellitas de plata y centellas de diamante en las doradas cúpulas bizantinas de una iglesia rusa.

III.—Intermezzo judaico.

Por el camino he encontrado seres de rostro enigmático, de miradas de mendigos. Me impresionan estos hombres pálidos, de luengas, enmarañadas barbas, narices de garfio, calzados de botas de montar, vestidos de oscuras hopalandas tálares y tocados de cachuchas negras. Pronto supe: judíos.

Los hebreos, menos inteligentes o más fanáticos que los israelitas de otros pueblos, visten de un modo ridículo y religioso; y, según cuentan en Varsovia, desdeñan las costumbres y la lengua de Polonia. En suma, se conservan extraños al país.

También se dice, no sé si con fundamento o sólo por odio, que practican la usura. Pero, ¿pueden tener dinero que prestar aquellas tristes figuras que parecen vivir de préstamo?

Sólo a los tiranos que la acogotan y triparten debiera aborrecer Polonia. Odiando a los judíos parece colocarlos en el número de sus expoliadores.

¿No provendrá ese rencor al hebreo, principalmente, de prava intransigencia católica? Oriente está cercano. En Oriente, manantial de credos, las religiones viven de fervor y de intransigencia. La tolerancia es virtud occidental, aunque el más occidental de los pueblos europeos parezca des-

mentirnos. Pero este pueblo del extremo occidente europeo, a pesar de su situación geográfica, ha tenido nexos históricos íntimos y aun nexos étnicos con el Africa arábica; y, por ende, con el Oriente misterioso.

Sin embargo, los árabes españoles eran más tolerantes con los católicos, que no los católicos con los árabes. Aun los musulmanes del Norte de África superaron en tolerancia a los católicos de España. Ya extrañó esta generosidad a Cervantes, que estuvo cautivo en Argel. En *Los baños de Argel*, por boca de un personaje, dice:

*Y aun otra cosa, si adviertes,
es de más admiración,
y es que estos perros sin fe
nos dejen, como se ve,
guardar nuestra religión.*

En todas partes, no sólo en la amargada Polonia, se permanece atrozmente injusto con los israelitas. La razón es incomprensible, como no sea la de ver que esta raza se conserva incólume desde los días de Abraham.

Pero el no cruzarse con otras razas y perecer por absorción ¿ha de merecer castigo o desdén? Al contrario, resulta admirable.

En Venezuela tenemos pueblos íntegros de israelitas: Coro, por ejemplo. Nuestros judíos son tan ciudadanos, en todo sentido, como los demás. Ni mejores ni peores.

Hacia Coro se derrama toda la judería holandesa y contrabandista de Curazao,—y aunque esos judíos ya no sean venezolanos, si bien viven casi exclusivamente de Venezuela, no ejercen la usu-

ra, de que se acusa a los hebreos en Polonia. En Venezuela, como en Méjico, los verdaderos judíos, los prestamistas usureros no se encuentran entre los israelitas, sino entre los católicos; entre los muy católicos súbditos de S. M. Don Alfonso XIII.

Y lo que sucede con los judíos en Venezuela, no resulta caso excepcional.

En Europa—lo mismo que en otros pueblos del Nuevo Mundo—suelen los israelitas ocupar altas posiciones del Estado: nunca fueron inferiores en lealtad, en patriotismo y en servicios a otros conacionales. ¿Por qué, pues, abominarlos? ¿No es un honor para Alemania que Karl Marx naciera y escribiera en el país tudesco, que Heine naciera y cantara allí? ¿Quién dió a Inglaterra el Imperio de las Indias? Disraeli, un judío. Blasco Ibáñez no desacredita a España con su pluma de novelista, ni Rusia tiene por qué avergonzarse de Trosky. Desde Jesucristo hasta Colón, ¿no nos han legado bien rica herencia los israelitas? ¿Por qué odiarlos, si nuestra fe y nuestra tierra se las debemos? (1).

El antisemitismo yanqui-europeo, por cualquier

(1) Lo que sí suelen ser los judíos es ingratos. Sucede a menudo que quien hace bien a un judío, pierde el pan y pierde el perro. A mí mismo que siempre saqué la cara por ellos, sin deberles jamás el más mínimo beneficio, ¿no me ha hecho víctima de su mala fe un judío de Buenos Aires llamado Samuel Gleizer, aconsejado según parece por otro judío llamado A. C.? Pongo sólo las iniciales, porque es Gleizer quien dice que obra por inspiración de A. C., y a la verdad la palabra de Gleizer no merece crédito.

lado que se le mire, resulta un crimen social; un crimen que ningún abogado podría defender ni apenas explicar. ¿Lo motiva la religión? ¡Qué le importa la religión a un país de librepensadores como Francia! ¿Cuestión de raza? ¡Qué importa una raza más a pueblos de mosaico, donde las razas más dispares parecen haberse dado cita, como Rusia, Austria, los Estados Unidos!

El proceso de Dreyfus baldonaría por siempre a Francia, si Francia no hubiese reaccionado tan virilmente. De todas maneras, queda un hecho en la historia: el ejército francés, rebosante de ímpetus bélicos, no pudiendo ni queriendo declarar la guerra a Alemania declaró la guerra a Dreyfus.

Por fortuna, a la Francia conservadora y antisemita se opuso con éxito la Francia humana, justa. Un pueblo prueba su grandeza, no sólo con victorias militares ni con descubrimientos científicos, ni con monumentos de arte, sino levantando la justicia por encima de todo: vanidades, creencias, errores, pasiones e intereses. Es lo que hizo Francia.

IV.—Amigos.

En Varsovia me esperaban buenos amigos: Marius André y su esposa, encantadora mujer que se llamaba Regina y sabe reinar por la gracia de sus almendrados ojos azules, su sonrisa, su norteña hermosura y su bondad.

Amistamos en Amsterdam, donde André servía a su país y yo al mío; y donde, además de vagos nexos consulares, nos unió el nexo, mucho más estrecho, de las letras.

Marius André, provenzal, coterráneo de Mireya, amigo y admirador de Mistral, es no sólo poeta, sino muy apasionado prosador, de raza de polémicos y controversistas. *Montserrat*, novela sensual, mística, erizada de extrañezas, no parece ni prójima de las eternas y adúlteras novelas y comedias de Francia, que casi todas se asemejan, por lo menos en los principales personajes: la mujer, el marido y el amante... a veces de los dos. Esto es verdad, máxime respecto a las comedias: hay en el teatro francés de nuestros días menos talentos y menos variedad que en la novelística.

Marius André, compatriota de las cigarras y de los tamborileros, retoño de una tierra soleada que produce la oliva y la canción, no lleva en el alma el sol de su provincia, ni la embriaguez sonora de tamboriles y cigarras; su pasión es taciturna, gris y corre soterrada.

Cuando mis amigos abandonaron Amsterdam por Varsovia, les hice la promesa de visita que ahora cumplo; y escribí este

ADIOS

A REGINA SZIMONSKA.

*Tuerces rumbo, el tren arranca,
viajadora
hija de la estepa blanca.
Adiós, señora.*

*Exotismos deliciosos
tienen tus ojos cambiantes,
grandes turquesas que brillan
como si fuesen diamantes.*

*En tus ojos cantan rimas
y paisajes de bohemia,
hay montañas... y en las cimas,
como lluvia de algodones,
se distingue un blanco vuelo
de Ilusiones.*

*Tuerce rumbo—ya vas lejos—,
tu blancura se destaca
sobre los campos bermejos...
Adiós, polaca.*

V.—Lo pintoresco en la calle.

¡Qué interesante Varsovia! Allí se juntan el perfumado cefirillo de Viena y de París y el gran sople asiático de Moscou. El bulevar Alejo Uzazdowski, ¡qué espectáculo curioso al caer de la tarde!

Extraña multitud invade calzada y arroyo... Las victorias arrastran la elegancia europea de las grandes damas, junto a los calesines moscovitas—pierelotkas—, guiados por monstruosos cocheros forrados en algodón, vestidos de libreas extravagantes, que pasean cruces de oro y bellos uniformes claros de los oficiales de Petersburgo.

Comemos algunas tardes mis amigos y yo en una terraza de ese bulevar. ¡Qué desfile! Lo raro no consiste en que pase gente, sino en la gente que pasa. La multitud que cruza es hasta cierto punto distinta, por su aspecto, de la que estamos acostumbrados a ver en Occidente; más abigarrada y, por ende, más pintoresca.

Junto a la cocota llamativa, tipo internacional, el judío harapiento, sórdido, muy de Varsovia. Se

codean el campesino polaco en traje típico y la bayadera venida de remoto país asiático.

Atraviesa un escuadrón de cosacos, caballeros en sus vigorosos y diminutos caballos del Cáucaso; y más tarde, solo, un soldado de Circasia, de barba y ojos negros, tocado de uno a manera de fez carmesí, la vestidura entre femenina y religiosa, al paso lento de su bridón.

Las mujeres, casi todas castañas, de ojos azules, grises, verdes, gatunos. ¡Cuántas historias amorosas oigo de estas pasionales románticas! ¿Serán todas esas historias amorosas verdad? Acaso simple adorno o mero incentivo para la imaginación del turista; espuela para ensueños de amador y de poeta. Pero oyendo aquellas historias entran ganas de amar a una de estas apasionadas sentimentales de pelo acastañado y ojos y boca lindos.

El desfile de la Avenida Aleje Uzazdowski no se interrumpe: tras una grave trimurti de funcionarios rusos que se dan tanta importancia como el Zar, se detiene una jermiosa murga del país. Melancólica alegría la de esta música, que aleja a los graves burócratas.

—¿Quiénes son aquellos diablos negruzcos?— pregunto.

—Tártaros—me responden.

—¿Y aquellos rubios dulzones de ojos de señoritas?

—Espías del Zar.

Recuerdo la escena de una tarde, en esa misma pintoresca Avenida.

Por el arroyo desfilan, en medio de coches y caballerías, paso entre paso, detrás de una carreta

miserable, encima de la cual se ve una pequeña urna blanca, hombres, mujeres y niños, algunos descalzos, todos descubiertos. No falta alguno con la ropa en jirones—y acaso el alma también deshilachada como el traje... Hombres, mujeres y niños van religiosa, melancólicamente, kirieleisando en coro. Van a enterrar—¡a aquellas horas!—su urnita blanca. ¡Qué negra aquella pena, en medio de tanto color! ¡Qué triste, en medio de la indiferencia y la alegría de los demás!

VI.—El egoísta en palacio.

En la amable sociedad de mis amigos recorro y visito la ciudad: una exposición de pinturas, templos griegos, palacios de reyes, príncipes y antiguos señores de Polonia.

Algunas de esas mansiones conservan aún restos de la vieja riqueza, de los tesoros de arte, de aquella hermosura señorial que no apedazaron y pillaron la barbarie y rapiña moscovitas.

En el parque de Lazienski, sobre el sueño de un lago, bajo las frondas, abre sus alas blancas el palacio de Estanislao Augusto Poniatowski, antiguo rey de Polonia.

¡Quién pudiese vivir aquí toda una primavera enamorado de alguna de estas cabelleras castañas, de estas bocas de pasión, bajo el dulce imperio de estos ojos de mar! ¡Quién pudiera pasear sus amores y quimeras al pie de los blancos muros, en el misterio del parque de Lazienski, junto al sueño del agua, por las noches de clara luna!

Apenas formulo tan egoísta voto me lo repro-

cho. ¡Cómo puede la egolatría ser tan monstruosa; cómo reducir nuestros sentimientos, en un país crucificado, entre las obras del arte, de la historia y de la naturaleza, a desear que todo aquello pueda servir de marco a nuestro placer y a nuestro capricho!

VII.—Sienkiewicz.

Un día, al pasar frente a un caserón, me dicen:
 —Aquí vive Sienkiewicz.

Y me refieren detalles de la vida íntima de este novelador.

Ha logrado tal éxito mundial el autor de *Quo Vadis?*, que no deja de hacerme impresión la tranquila frase: «Aquí vive Sienkiewicz.» Somos los hombres incurables enfermos de tontería. Nos sorprende, por lo menos de golpe, que una persona célebre habite casa igual a la de todo el mundo y se vista y coma y ande como un señor cualquiera. Parece que pensáramos que hombres y mujeres célebres son espíritus puros. Cuando vemos al personaje en las ridículas y triviales tareas de la vida caemos en el extremo opuesto: lo menospreciamos. Qué verdad la de aquella vieja, triste y filosófica frase: «No hay hombre grande para su ayuda de cámara.»

Sobre todo para el ayuda de cámara; es decir, para un ser vulgar. Alma de ayuda de cámara es, en este punto, la de casi todo el mundo. Sólo un grande hombre puede admirar a otro grande hombre íntegramente, haciendo omisión de lo común que tenga el prócer con los pigmeos. Si Kant hubiese sido ayuda de cámara de Aristóteles, no lo

admiraría menos por haberlo visto en chancletas o tomar una purga o no poder pagar alguna deuda o equivocarse al sumar la cuenta de la lavandera; o porque supo que lo rechazó alguna mujer o lo trató con desdén el alcalde de su pueblo, que de seguro se daba mucha importancia. Es raro el culto, resistente a todas las pequeñeces y esquirilas de la vida, de Boswell por Johnson, de Erckmann por Goethe, de Las Casas por Napoleón, de Perú de Lacroix por Bolívar.

El renombre de Sienkiewicz no me parece enorme injusticia: otros, que le son inferiores, han disfrutado la universalidad. Para un autor mediocre como el autor de *Quo Vadis?* existe en el vasto mundo vasto público de almas análogas; pero, ¿cómo ha podido llegar a ese público internacional autor que escribe en lengua hiperbórea y casi muerta?

El espíritu religioso y evocativo de su principal obra no basta a explicar el fenómeno. El fenómeno, en efecto, no parece de carácter religioso ni artístico; acaso tenga fundamento de orden económico.

El espíritu industrial de nuestra época puede darnos la clave de tan extravagante celebridad.

Entiendo que a Sienkiewicz lo descubrió—no preguntemos ahora por qué medios—un editor inglés. El editor demostró pupila y olfato. Presintió el filón y lanzó a Sienkiewicz—por medio de cuantiosa propaganda—al mercado inglés. Así conquistó el mundo el autor polaco.

Si no contase Sienkiewicz condiciones y obras de mérito que pudiesen arraigar en miles de lectores, la fortuna y la audacia de todos los editores de

Inglaterra habrían fracasado en la empresa. Los editores son siempre los mismos; los procedimientos industriales también. En cambio, estos casos de divulgación aparecen sólo de cuando en cuando. No se le niega a Sienkiewicz su talento; pero ¡qué diferencia con un Ibsen, con un Tolstoi, para no hablar del enorme Dostoievski!

Se comprende a Sienkiewicz popular en Polonia: en sus obras se conserva la lengua, que es decir se conserva la patria, un esencial elemento de patria. ¡Pero popular en casi todo el mundo!

Evocaciones de edades pretéritas no faltan en nuestras letras contemporáneas; desde la de Bullwer Lytton, que dió vida a la muerte de Pompeya, hasta la de Flaubert, que incorporó a Cartago, yacente en su lecho de centurias, de polvo y de olvido.

Tampoco faltan evocaciones de la lucha entre la cultura pagana y la naciente fe de Cristo; obra de artistas muy artistas y en lenguas divulgadas. Baste citar el nombre de Anatole France.

Por último, la Iglesia de las Catacumbas, la Roma de los Césares persecutores y el martirio de los primeros cristianos ha dado asunto, entre otros, a un libro célebre: la *Fabiola*, del cardenal Wissemann.

Ninguno, tal vez, se haya leído tanto, ni siquiera el más divulgado, *Fabiola*, que puso en moda el cristianismo de las Catacumbas, como *Quo Vadis?* de Sienkiewicz. Durante años y años la lectura de ese libro católico—católico en la doble acepción de la palabra—enfiebró a los lectores de ambos mundos, máxime, cosa rara, en los pueblos protestantes.

La obra de Sienkiewicz ha sido útil a su patria.

Sienkiewicz hoy, como ayer Chopin, ha hecho brotar con su talento, en toda la extensión del mundo cristiano, corrientes de simpatía hacia su noble y martirizada Polonia.

VIII.—Alma rusa.

Pero lo interesante no es la literatura de Polonia, sino la de Rusia. Las letras de Rusia, lo que de ellas se transparenta en las versiones de Occidente, descubren un alma sin semejante en Europa.

¡Qué Rusia! Tierra bárbara y de quimeras; patria de siervos y de audaces libertadores del espíritu. Al lado de los vesánicos aparecen los de magnífica salud mental; y junto a tiranos ceñudos, miles de mártires voluntarios.

La inquietud cuenta apóstoles violentos, como Kropotkine, o toma forma de anarquía suave, evangélica, como en Tolstoi. Un hombre pasa buena época de su vida en la deportación de Siberia, y cuenta lleno de naturalidad, sin hiel, cómo sufría, qué vió en la casa de los muertos, y cuál fué su novela de tantos años y tantos sinsabores en el presidio. ¡Qué Rusia! Todo allí es desmesurado: la tierra, la autocracia, la rebeldía, la música, la literatura, el baile, el sufrimiento, el vigor, el alma. ¡Qué Rusia maravillosa!

«La Europa será republicana o será cosaca», dijo Napoleón. ¡Cuidado si llega a ser moscovita y republicana!

Nada más atormentado ni más ilógico que el alma de Rusia. El pueblo es religioso o nihilista;

el Zar, formidable autócrata, cuyo imperio ha vivido de la rapiña internacional, y por la rapiña crece desmesuradamente, convoca a las naciones a un Congreso de Paz; un conde predica la miseria y la humildad; un príncipe propaga el socialismo. Las mujeres son más exaltadas que los hombres; algunas se salen de su país, se parisienizan por el estudio o se neoyorkizan por el trabajo. Y el mejor día el drama sube a la cabeza de estas neuróticas y el escándalo publica un nombre: Vera Gelo, por ejemplo. Una rusa sensual devoraría un cuartel, y una apostólica daría la vida por salvar la de un pájaro.

Los estudiantes, seguros de algo peor que la muerte, la deportación a Siberia, se amotinan, queman iglesias, matan ministros y consejeros del emperador, ponen por obra el voto de Bakunine. ¡Y con qué trágica y superhumana naturalidad! ¡No existe energía semejante a la de este pueblo de alucinados, para quien el dolor es pan cotidiano!

Un universitario atenta contra la vida de cierto ministro. El ministro salva el pellejo por casualidad, y deseando conocer el motivo de tan cruel enemiga, o en busca de emociones fuertes, interroga personalmente al preso.

—¿Cuándo le hice yo mal a usted?

—A mí en particular, nunca; nos hace a todos, puesto que nos tiraniza.

—Pero yo no soy el Gobierno.

—Vuestra excelencia influye en el Gobierno, y aconseja o tolera el mal que el Gobierno hace. En todo caso no se opone.

—El emperador...



—Nosotros hemos resuelto prescindir del Zar; nos cuesta mucho trabajo llegar hasta él. Hemos condenado a desaparecer no al Zar, sino a ministros, consejeros, grandes duques, miembros del Santo Sínodo; a cuantos deben influir para que se liberalice la política del Imperio.

—¿Quiere decir que muchos inocentes seremos víctimas?

—Esos «inocentes» como vuestra excelencia los llama, están condenados a muerte: ya vuestra excelencia ve cómo acaba de sucumbir el ministro de Instrucción Pública.

—¿Y a quién le toca ahora el turno?

—El turno toca ahora a vuestra excelencia.

IX.—La pobrecita María Bashkirtseff.

Entre los intelectuales que representan esa dolorida y trágica alma nacional no es Gogol, ni Gorki, ni Kuprin, ni Chejov, ni uno más grande, Andreieff; ni otro mucho más grande, Dostoiewski, el ruso que me inspira más simpatía, sino la pobrecita y occidentalizada María Bashkirtseff.

¡Cuántos correrán los días primero de que en cuerpo de mujer cristalice otra alma semejante!

A la idea de María Bashkirtseff, muerta en botón, antes de dar lo que pudo y antes de conocer a fondo la vida que tanto ansió gozar, no puede uno contener la piedad. Fué el fracaso de divina promesa.

¡Casi no puede uno lamentar su fuga al reino de las sombras sino en llorosa elegía! Si la hoja del

árbol no se mueve sin la voluntad de Dios, ¿por qué permites, Dios mío, semejantes catástrofes?

¿POR QUÉ, SEÑOR?

*Señor, si llenas cada hora
de fresca vida renovada;
si vistes de rosa la aurora
y de púrpura la granada;*

*si en estéril vida senil
dejas la savia que florezca;
que aliente el tigre en su cubil
y en su red la araña se mezca;*

*¿por qué no diste la ventura
a su pecho lleno de amor?
¿Por qué la divina escultura*

*tan presto se rompe, Señor?
¿Era Ella menos tu criatura
que la más diminuta flor?*

Se desploma el techo del museo y hace añicos las obras de un escultor de genio, ya fenecido. Aquellas obras no podrán ser nunca incorporadas sobre sus plintos. Nos apena la pérdida. Comprendemos con dolor que se ha mermado el patrimonio artístico de la humanidad. Esa obra, con todo, ha podido quedar; tal vez queda, en gérmenes fecundos, en los ojos y el espíritu de otros hombres. ¡Pero lo que pudo ser y no fué!

En el caso de María Bashkirtseff no se trata sólo de un mármol roto... Este mármol era carne; esta estatua tenía y daba la vida. Sí: la pérdida de lo que pudo ser y no fué, debiendo haber sido, es

la más sensible de las pérdidas, máxime cuando lo que desaparece es un artista, y un artista de la sensibilidad y el genio inmaduro de María Bashkirtseff.

X.—El águila blanca.

A la postre y con pena me alejo de la ciudad del Vístula. Llevo conmigo un aguilita de plata, el águila blanca de Polonia. Si los que amamos la libertad no pensamos en esta pobre víctima del despotismo asiático y teutón, ¡quién va pensar!

Pienso en las bellas mujeres tristes de cabellos castaños y cuerpos de escultura a quienes conducen a Siberia, o a quienes foetean en Prusia, por el crimen de enseñar, en el secreto de los hogares, el polaco a los niños. Pienso en el clero de rapiña de Rusia, agavillado con el ejército para exasperar el país, provocar algaradas que justifiquen el estado de sitio, y, en consecuencia, percibir—tanto el ejército piadoso como el bélico—doble soldada.

Dicen que los polacos de Austria son menos infelices que los de Prusia y de Moscovia. ¡Vaya usted a saber! Tal vez los polacos de Austria dirán lo mismo de los de Alemania y de Rusia. Aunque a la verdad nada iguala al rigor de los prusianos, como no sea el de los moscovitas. La cadena del Káiser no pesa menos que la del Zar. El úkase lo refrenda el knout; pero la bota prusiana, científicamente claveteada, es científicamente brutal.

¿No habrá en lo porvenir un Kokiusco afortunado para Polonia? ¿No habrá ni libertadores ni ocasión de libertad? ¿No volveremos a ver, sobre las aguas del Vístula, el vuelo del águila blanca?

Conferencia del Dinero en Londres

I.—El Dinero, señor feudal.

Europa se reúne en Londres. ¿Qué quiere Europa? No; no es Europa quien se reúne en Londres, sino que se reúnen la Libra esterlina, el Franco de Francia, el Franco de Bélgica, hasta el enmascarado y gordísimo Dólar yanqui. ¿Y qué quieren las Señoras Monedas? ¿Qué quiere el Dinero?

Quiere seguridad: aspira a multiplicarse, con el ansia de vida y de dominación que lo caracteriza.

Nadie mira la Asamblea de monedas. Lo que todos miran es una Conferencia de políticos. Muy bien. Pero el Dinero se ríe de los cegarritas. Cuando menos se piense, hará brusca y aparatosa aparición, visible aun para los más incrédulos, como el Comendador en el drama de Zorrilla.

Unos cuantos hombres que vienen de los cuatro puntos del horizonte, hablan distintas lenguas y obedecen a opuestos e irrefrenables nacionalismos, ¿podrán, porque se reúnan en torno de una mesa, arreglar las diferencias financieras de sus

respectivos países entre sí y con relación a Alemania?

Tal vez...

Los intereses económicos del mundo alcanzan entreveramiento tan complicado que el mal de un pueblo repercute en los otros. Nadie puede contemplar el incendio en la casa del vecino, sin echar su barba en remojo, según aconseja el refrán, y sin echar una mano a la víctima del siniestro, según requieren las circunstancias.

Además, el Dinero piensa y siente a su modo. Corteja a Doña Política; pero no se le esclaviza.

Hay quien no advierte la influencia de Don Dinero — no exclusivamente representado por los Estados Unidos—en los conflictos de la Europa de la post-guerra. Mal la disimula el poderoso caballero.

Asiste, como Polonio tras el tapiz, a cuanto los personajes tratan. No saldrá muerto de un pinchazo, como Polonio. El pinchazo lo querrá dar él.

¿Pero quién habla de tapices? Vedlo... Ya está ahí, como el Comendador.

Al par de las Potencias políticas, discute y aun a veces parece erguirse por encima de todas ellas, imperativa y absorbente, otra potencia que no tiene territorio, ni nacionalidad, ni ejército, ni marina, pero cuyo carácter se impone. Esa potencia es el Dinero.

El Dinero, en la actual Conferencia de Londres, discute a Francia el derecho político de precaverse contra futuras, posibles agresiones de la Alemania siempre peligrosa; discute a Inglaterra, a la Inglaterra oficial, su libertad de acción en cuanto Potencia exclusivamente política. El Dinero, por

último, trata de transmutar a Alemania en presa suya, en una intangible presa, en el antiguo siervo que labora para el amo.

¿Qué otra cosa significan los planes que promueve para aplicar en Alemania y que mañana, en una u otra forma, aplicará también a Francia y a otros pueblos empobrecidos?

El Dinero exige la libertad de Alemania. Atrás Francia, atrás Inglaterra, atrás los compromisos del país alemán con sus vencedores. Déjense a Alemania las manos libres.

La libertad que el Dinero exige hoy para Alemania es, en definitiva, la libertad de que Alemania, durante algún tiempo, trabaje sólo para él.

De repente aparece el Dinero como Potencia mundial. O, con más precisión: convertido en señor feudal.

El señor feudal otorgaba ciertos beneficios y seguridades, a trueque de obedecerle y servirle en sus empresas. ¿Qué otra cosa exige ahora de Alemania el Dinero?

II.—Inglaterra, doble Potencia internacional.

Algo más podemos observar, por encima de lo episódico y transitorio, en la Conferencia de Londres.

Inglaterra, con su inalterable, profundo sentido político, que alcanza la precisión de una brújula, y que es uno de los fenómenos más curiosos de la historia contemporánea, parece dividida instintivamente en dos Potencias: de un lado el Estado inglés; del otro, la Banca inglesa.

En la Conferencia las dos Potencias se contrabalancean, en beneficio de Inglaterra.

Creo que nadie, hasta ahora, con motivo de la Conferencia, haya hecho la observación de una Inglaterra única dividida en dos Inglaterras que se equilibran: la Inglaterra Estado y la Inglaterra Banca. Se trata de algo tan complicado como la Trinidad de los católicos: Dios trino y uno. El caso es nuevo. Hasta ahora la Banca y el Comercio seguían la inspiración de la Bandera.

¿Va esto a cambiar? Quizá ni Inglaterra misma se haya hecho la pregunta. ¡El hecho ha ocurrido tan súbita e inesperadamente! Y tal vez obedezca más al instinto que a la razón política. En todo caso, es un fenómeno que apenas apunta; y el fenómeno tiene que ser, naturalmente, anterior a su descubrimiento. A alguien, por fuerza, iba a tocar el descubrirlo.

Por lo demás, los pueblos poseen todos, en mayor o menor escala, recursos insospechados. ¡Ay del que no los poseyera! Estos recursos aparecen y entran en juego espontáneamente cuando la necesidad los conjura.

Obran estas latentes defensas, como las del organismo animal. Los ganglios se infartan por sí mismos, que es como erigir una muralla impermeable contra el bacilo de Koch.

III.—Las sombras poderosas.

Con más frecuencia que esos recursos máximos aparecen otros, los mínimos, no menos eficaces.

Pongamos un ejemplo reciente.

Dos hombres de ideas y corazón generosos, Herriot y Macdonald, se encuentran, digamos por casualidad aunque no lo sea, al frente de sus respectivos países.

Las dos naciones que representan, intranquilas, cansadas, agotadas por larga lucha bélica, por extenuante esfuerzo económico y por indeclinable rivalidad política, desean reposo, armonía, estabilidad, una vida sin sobresaltos, en que las heridas públicas puedan cicatrizar y la fortuna nacional rehacerse.

Estos ciudadanos, guías ocasionales de sus pueblos, han llegado al Poder prometiendo a sus respectivas patrias horas bonancibles. Van de buena fe a encontrarse para hacerse mutuas concesiones, acabar con las ininteligencias y colaborar en la magna obra benéfica de suspender a Europa de su actual postración y precaverla de un futuro incierto o alarmante. Los Parlamentos y los Gobiernos respectivos apoyan a ambos prohombres.

Se juntan ambos. Ya van a entenderse. Ya se entienden. Pero sus buenos propósitos resultan baldíos. ¿Qué ha ocurrido?

Ha ocurrido que unos hombres desconocidos, irresponsables; unos hombres insignificantes que trabajan vestidos de oscuro en oscuras covachuelas, detienen, bláñdiendo manojos de papeles, el ímpetu generoso de Macdonald y Herriot.

Aquellos hombres irresponsables, oscuros, que trabajan en covachuelas, pasan por encima de los Parlamentos y por encima de los Gobiernos: son la burocracia anónima y todopoderosa. Dicen representar la seguridad del Imperio británico, los unos; las tradiciones políticas de la República Francesa, los otros.

Hay que inclinarse. Y ante aquellas sombras se inclinan Herriot, Macdonald, los radicales de Francia, los laboristas de Inglaterra, el Palacio Borbón, el Parlamento inglés, el Gobierno y la opinión pública de ambos países.

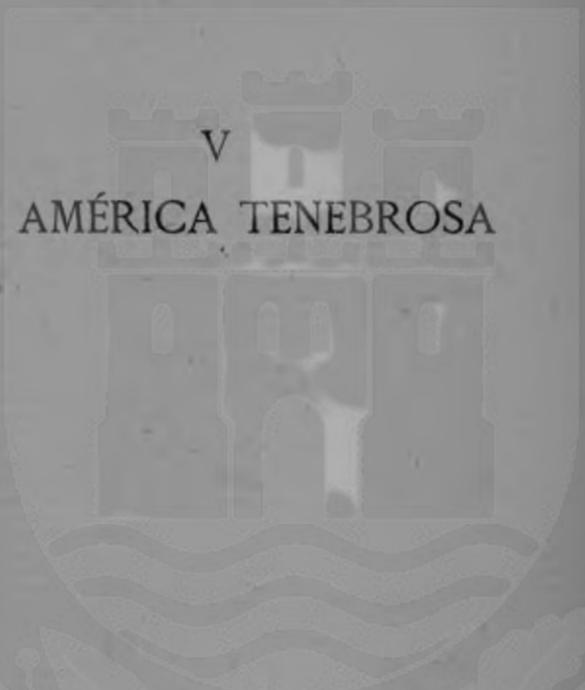
Este, que hemos visto en juego, cuenta entre los recursos subalternos de las naciones.

Los otros, los grandes recursos, son por el estilo de aquel que hemos observado: Inglaterra, convertida en doble Potencia; Inglaterra, Potencia política, contrabalanceada por Inglaterra, Potencia bancaria.

BIBLIOTECA



V
LA AMÉRICA TENEBROSA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

Últimos días de una dictadura

Caracas, 27 de octubre de 1908.—Salí ayer para la Hacienda con mi hermano Héctor, a caballo. Anduvimos diez y seis horas sin desmontarnos sino veinte minutos para almorzar. A las nueve de la noche arribamos, de regreso, al Valle, donde se tomó el tren para Caracas. Llegamos molidos y hambrientos; pero he podido conversar hoy con la linda C., que era mi propósito.

24 de noviembre.—Castro se embarca para Europa. Va a operarse. El pulmón nacional se expande. Un peso de nueve años se le quita de encima. ¿Volverá?

27 de noviembre.—El correo de Europa trae cartas de Jeanne, De Croze, Villaespesa y Raisin. Dice este último:

«Je viens de recevoir une lettre de mon ami Edouard Rod qui a beaucoup goûté votre livre (1)

(1) Tomo de versos traducidos por Raisin, que debe de estar circulando en París con el título de *Au-delà des horizons...*

et m'a demandé des renseignements sur vous. Je lui ai écrit tout ce que je savais, en lui donnant la liste de vos œuvres; je lui ai envoyé aussi les appréciations de la presse sur *El Hombre de hierro*, et j'ai mis à sa disposition *Pequeña Opera*, *Trovadores*, etc.

Un article de Rod vous sera sans doute agréable et je l'ai documenté de mon mieux. J'ignore ce que Messein fait de l'édition de «*Más allá...*» Il m'a envoyé mes exemplaires mais je n'ai rien vu d'annoncé dans les librairies.

Que faites-vous à Caracas? Etes-vous toujours *un gran admirador del General Castro?*

2 de diciembre.—Me llega el artículo de Rod, quien, bajo el título de *Poètes sud-américains*, se ocupa de Leopoldo Díaz, el argentino, y de mí.

Nos juzga a ambos con bastante generosidad y comprensión, desde su punto de vista europeo.

De mí, dice en un párrafo:

M. Blanco-Fombona, de traditions moins purement latines, se rattache, plutôt qu'aux parnassiens, aux romantiques, dont il rapelle parfois la grandiloquence entraînant. Peut-être aussi a-t-il étudié Henri Heine et Verlaine: car il excelle à exprimer une émotion vive et communicative en quelques vers qui font image et se gravent dans l'esprit.

Quelques uns de ces courts poèmes sont tout à fait charmants, et supportent la comparaison avec les perles qui d'ailleurs abondent dans ce genre un peu facile. Mais là encore, je crois que les quatre poèmes consacrés à Bolívar sembleront plus originaux et plus forts.

*Qu'on juge par celui-ci, qui est intitulé LA
GUÉRRE SANS MERCI:*

*L'Amérique est en croix, et les veines coupées;
Eclaboussée, elle scintille de rubis;
Tout est vermeil, tout est grenat, les champs, les lys,
Et les aigrettes d'or, et les braves épées.*

*Elle a vu, par milliers, cruellement frappées
Par les crocs meurtriers des sangliers maudits,
Tomber ses fils, dont les têtes de sang jaspées,
Palpitaient, ô douleur, sur d'affreux piloris.*

*Mais, ô miracle, un jour, à l'ouest, sur les Andes
Le soleil s'est levé! Bolívar et ses bandes
Franchissent triomphants les cimes dans leur vol,*

*Et l'on vit, ce jour-là, rouler dans les ravines
Comme en un ouragan de vagues purpurines
Les têtes de huit cents prisonniers espagnols.*

Al juzgarme, por esa traducción, Rod juzga mi poesía, no en sí y con su vestidura de piel nativa, sino al través del estilo de Raisin. El estilo es al espíritu lo que la carne al hueso, en un cuerpo: nada puede sustituirlo. Un retrato no es un ser vivo.

3 de diciembre.—Estoy flirteando con dos mujeres, ambas jóvenes, ambas lindas, ambas del mismo nombre, ambas pertenecientes a las mejores familias de Caracas. Llamaré a la una, a la más joven, C. primera y a la otra C. segunda.

A C. primera la conocí hace tres años, y pertenece a gente ligada con nosotros por vínculos que debo respetar. Por eso, y por ella misma, la quiero con más pureza que a la otra: tiene apenas

diez y siete años. ¡Qué chicuela tan avispada y tan atrayente!

C. segunda tiene más mundo, como mujer de veinte años; es más elegante y mucho más apasionada: como novia lisonjea más la vanidad de un hombre que C. primera. Pero se le conoce demasiado que desea casarse.

Cuando converso con alguna de las dos, prefiero a aquella con quien converso; luego parloteo con la otra y hallo a la otra encantos que me retienen a su lado. Creo que me decidiría por aquella de las dos que supiera inspirarme celos.

4 de diciembre.—Nadie se ocupaba en Venezuela, hasta hace poco, sino de alimentar el temor de que Castro no se fuera; hoy nadie se ocupa sino de alimentar el temor de que regrese. Ayer, nadie hizo por que se embarcara; ni ahora se hará por impedir el retorno.

Cuando un pueblo, en ciertos instantes, discurre en vez de obrar, está perdido. Una bomba de dinamita es más elocuente que todos los razonamientos. Se proyecta, desde hace días, un mitin para darle fuerza moral de que carece al Gobierno del Vicepresidente Gómez, coadyuvar a la obra de rehabilitación nacional, impidiendo el regreso de Castro, y decidir a Gómez a que rompa la tutela del dictador, con el apoyo del pueblo e impulsado por la nación.

Me escogen para hablar en la plaza pública. Soy el menos orador, pero como Castro infunde tanto miedo y Gómez tanta desconfianza, todos vacilan, nadie quiere comprometerse. Se teme que Gómez, aunque desea y prepara la reacción, se vuelva

atrás. No sería extraño. Ya lo hizo una vez: cuando Castro se retiró a La Victoria, dejándole el Gobierno. Lo tenía Gómez medio derrocado, pero le bastaron a Castro dos telegramas destemplados y un entrecejo ceñudo para que Gómez, sumiso, lo reconociese; y no sólo lo reconociese sino preparase, en honor de su jefe, una Aclamación nacional. Castro entró en Caracas bajo lluvia de flores: las flores de Gómez. Este pasó como víctima de inspiraciones malévolas. Y se persiguió a los inspiradores.

Ahora, con razón, todos tememos. Pero alguien tiene que exponerse. Además, ¿no somos hombres de acción? ¿Para cuándo el obrar? Las cosas hay que hacerlas. Mi propósito es jugar el todo por el todo: arrastrar al pueblo hasta la casa presidencial y comprometer al jefe del Ejecutivo moralmente con nuestra manifestación cívica. Si Gómez traiciona al país, en vez de traicionar a Castro, ¿qué vamos a hacer? Sufriremos las consecuencias. ¡Desgraciado pueblo aquel cuya suerte se decide en tales manos!

5 de diciembre.—Hemos querido realizar hoy la manifestación pública. El Gobierno la impide; Gómez está traicionando a Castro hace tres años y hoy tiene miedo de realizar su pensamiento. ¡De qué tienen miedo estos esclavos! Si Castro se devolviera, Gómez caería de rodillas a su presencia. He aquí lo tremendo de los caracteres falsos y de las situaciones ambiguas: si Gómez no se deshace de Castro es un miserable y un cobarde, habiéndolo ya depuesto en espíritu; si lo derroca es un traidor.

Y lo más triste para el país es tener que valerse del uno contra el otro, en vez de reaccionar contra los dos y lo que ambos representan, que es la barbarie.

6 de diciembre.—Hace varios días no he podido conversar con C. segunda. En cambio he visto menudo a C. primera. Indiscutiblemente la quiero más, me siento más inclinado a ella y llena más mi pensamiento que la otra. Bastó que fuera varias tardes seguidas a casa de su cuñada, que ha dado a luz, para que mi interés se avivase por el hecho de saberla tertuliano esas tardes con otros hombres. ¿Será cierto que sin desconfianza no es posible que nazca y arraigue el amor? Lo cierto es que la seguridad de la posesión, así sea moral, máxime si cuesta poca dificultad el obtenerla, mata la pasión en germen, impide que florezca.

6 de diciembre (más tarde).—Acabo de leer dos comedias parisienses: *La femme nue*, de Henri Bataille, y *Samson*, de Bernstein. En ambas el inevitable adulterio parisiense reluce, aunque en diferentes condiciones y en distintas capas sociales. En ambas los maridos se saben cornudos. En la de Bernstein hay un personaje que, acaso por judío; es decir, por de raza oriental, apasionada, no sobrelleva con indiferencia sonriente sus cuernos. Pero en ambas, hombres de buena cepa francesa, tratan de cosas y desgracias de amor, mercan su deshonor o la sobrellevan con una filosofía que no nos explicamos fácilmente, y de que nunca blasonaríamos aquellos por cuyas venas corre sangre de personajes del mundo calderoniano; personajes

puntillosos hasta increíble extremo en punto de honor. Para nosotros, como para nuestros abuelos —y esto prueba en cierto modo la supervivencia de algunas características de la raza—, para nosotros, digo, al revés de lo que piensan los franceses, no es deshonoroso matar a un enemigo, máxime por razones de honor conyugal—ni siquiera matar a la esposa infiel—, y sí lo es sonreír a la afrenta inferida por la esposa o no considerar la traición como afrenta.

La justicia tal vez se halle en el término medio: ni matar ni reír. Imposible considerar los cuernos pingüe negocio, como en Nueva York, o mero asunto judicial, como en Londres; o no percibir siquiera las protuberancias frontales, como en Berlín. Pero, ¿a qué teorías? Nadie sabe cómo reaccionará ante el infortunio, aunque sepa cómo deba reaccionar. Pasión y vida son más complicados que leyes y preceptos.

Recuerdo otra comedia francesa reciente, creo que de Capus o de Brieux, que vi el año pasado en el Teatro Francés, y cuya moraleja puede traducirse así: el que mata, aunque sea para vengar su honor, es siempre un asesino; y la sociedad debe tildarlo y rayarlo de sus cuadros de aprecio. Nosotros no aceptaremos nunca esa teoría. Propia o ajena, la vida para nosotros vale menos que la honra.

7 de diciembre.—Ponen en libertad a nuestro hermano Oscar, encarcelado de cinco meses acá por suspicacias del autócrata. Es la reacción que empieza. La reacción, el desagravio nacional. En este último año de su gobierno, Castro se había

convertido en un bandolero coronado. Sería curioso hacer una copia de anécdotas respecto de Castro. Una sola cosa va a salvarlo ante la historia: la energía, la energía bella, máxima, inquebrantable de este hombrecito de hierro, a quien no han podido rendir ni las guerras internas, ni las conjuras, ni las sublevaciones militares, ni los bloqueos de las Potencias, ni siquiera dos años de ininterrumpida y cruel enfermedad. A menudo se ponía en ridículo: lo salvaba el ademán enérgico, la resolución dramática. Los extranjeros le llamaban «el mono de los Andes», por la lubricidad. Tenían razón; pero ante ese mono lúbrico, cedieron las Compañías inglesas, el ferrocarril alemán, los diplomáticos alemanes, el agresivo Roosevelt y el Ministerio de Estado yanqui. En cuanto a Francia, no sólo cedió la Compañía del Cable francés, no sólo un joven Cónsul de Francia—hombre de vergüenza, digno de mejor suerte, se tuvo que suicidar—sino que todavía anda viajando contra su voluntad el ministro diplomático, señor Taigny, que sin permiso de la policía, o contravieniéndola, se introdujo a bordo de un buque francés surto en La Guayra. Castro no lo dejó desembarcar; lo obligó a seguir viaje, entre las carcajadas del mundo entero.

8 de diciembre.—Ultimamente he conversado con Paúl, ministro de Relaciones Exteriores, sobre los medios de precipitar al Gobierno a realizar lo que prepara y teme hacer: el desconocimiento de Castro. Gómez, Baptista, Paúl, todos están de acuerdo; pero todos tienen miedo. El más resuelto de todos me parece Paúl; el más sensato Baptista;

el más hipócrita y pavorido, Gómez. Paúl me aterra diciéndome que él, con el apoyo de Gómez, llamará a las Potencias, inclusive los terribles Estados Unidos, para que apoyen con sus barcos, en La Guayra, el movimiento reaccionario. Este hombre es un loco, un cínico y un ciego, sin pizca de patriotismo ni átomo de hombre de Estado. Le hago ver la gravedad, lo absurdo, lo criminal y lo innecesario de semejante medida.

—Solos no podemos hacer nada—me dice.

—Pues no se hace—le respondo.

Angustiado vuelo en casa de Baptista que, encerrado en la Casa Amarilla, por miedo a las imprudencias, no quiere recibir a nadie. Por fin lo gro verlo. Le manifiesto el deshonor presente y el peligro futuro que entraña el pensamiento de Paúl, le digo que si no cuentan con todos los cuarteles, si temen al gobernador de Caracas, hay un medio de levantar gente a la calladita. Que decreten el arreglo de las calles o de una carretera cercana a la ciudad, y pongan a trabajar ahí mil quinientos o dos mil hombres al mando de mi hermano Oscar y de algunos otros militares de su confianza. Lo mismo puede hacerse en otras partes. Baptista cree bueno el plan; pero ¡quién puede saber lo que piensa de veras Baptista! Me dice que no se realizará el proyecto de Paúl, que tenga confianza.

¿Confianza en quién?

16 de diciembre.—Habito, con mis hermanos Oscar, Héctor, Haroldo y Horacio, una casita extramuros de la ciudad. Estamos escondidos. Cada vez que traquea la puerta, por la llegada de la cocinera, o de Horacio que sale a caza de noticias, o

de nuestro primo Alberto Zérega que viene a participarnos las ocurrencias de la ciudad, corremos hacia el corral para escaparnos por los tejados vecinos, o nos disponemos a recibir a balazos la visita policial. La ciudad es un campamento. La ley marcial impera. Tropas recorren la ciudad, saqueada por las turbas furiosas. ¿Qué pasa?

Ocurre que el 13 de diciembre de 1908 será de hoy más una fecha clásica.

Ese día los caraqueños hemos echado abajo al dictador Cipriano Castro, cuyos tres últimos años de Gobierno fueron el triunfo de la barbarie, la orgía del banditismo. Lo más granado de la ciudadanía se reunió, con anuencia del Gobierno, so pretexto de una manifestación antiholandesa, el 13, a las dos de la tarde. Los primeros en llegar a la Plaza Bolívar, centro de la reunión, fueron los estudiantes. A las tres la Plaza rebosaba en gente: poco pueblo, pero mucha «gente decente», como solemos llamar a la burguesía y a los que ejercen profesiones liberales.

Como nadie tenía agravios que vengar contra Holanda, sino contra Castro, que es quien ha provocado este nuevo conflicto internacional, en el que, después de todo, la razón asiste a Venezuela —y Holanda lo reconoce en principio—, empezaron los discursos estudiantiles al pie de la estatua de Bolívar a enardecer los ánimos, no contra Holanda, a quien no mencionaban, sino contra Cipriano Castro. De la plaza, ya enardecidos, partieron los grupos a recorrer la vía pública con una bandera a su frente. La excitación crecía con los gritos de: «¡Muera Castro!» «¡Muera *El Constitucional!*»

El Constitucional es la letrina más infecta, la

más pútrida y turiferaria publicación. En manos de un negro sastre portorriqueño llamado Gumer-sindo Rivas, ha corrompido la atmósfera nacional durante nueve años. Cuanto se diga de la vileza miasmática y perniciosa de este negro y de este periódico resulta pálido ante la verdad. El pueblo los abomina. Así, embriagado de instintos revolucionarios y demagógicos, su primer impulso fué, como debía ser, por lógica del odio público, asaltar la imprenta. Los empleados, muy numerosos y cantidad de sicarios apostados por Rivas y armados de revólveres y máuseres, se habían hecho fuertes en el viejo y pesado caserón de la imprenta—esquina del Conde, edificio de la Imprenta nacional—, y empezaron por las ventanas a ase-sinar a la multitud. La multitud, sin embargo, no cedía.

Pero como la policía está en manos de los castristas, una patrulla policial, comandada por Santiago Hernández, inspector del Cuerpo, hizo varias descargas sobre la ciudadanía e impidió la toma de la Imprenta. Hubo heridos y muertos. Entre los últimos un joven Marcano, estudiante. Gumer-sindo huyó a La Guayra, cobarde como casi todos los serviles.

A las cuatro llegaron a la Casa Amarilla el general Juan Vicente Gómez, primer vicepresidente encargado del Ejecutivo, y el secretario general de Gobierno, doctor Leopoldo Baptista.

La ciudadanía los aclamó y los llevó a empujones hasta los balcones que caen a la plaza de Bolívar. Desde el Bulevar Oeste de la plaza, en la vía pública, empezaron los discursos, fulgurantes y reaccionarios. El ministro de Relaciones Exterio-

res empezó a contestar, hablando de agresión extranjera.

Lo callaron.

—Lo que queremos, gritaba todo el mundo, es la caída de Cipriano Castro.

Por fin, el doctor Juan Pietri, personaje muy anticastrista, se asomó al balcón donde estaba Gómez, y tomando al vicepresidente por un brazo y agitando el sombrero con la otra, sobre la multitud, prorrumpió en un estentóreo: «¡Muera Castro!»

Gómez se separó del balcón inmediatamente. La ciudadanía sacó en triunfo a Pietri y en triunfo lo llevó hasta su casa. Era el primer hombre de importancia que, comprometiendo a Gómez ante el pueblo, ponía los puntos sobre las íes y pronunciaba las únicas palabras necesarias. Me fui con él. Un gran golpe de pueblo lo seguía.

Ya en su casa, Pietri dijo a la multitud cuatro palabras de despedida. Como nadie partía de aquel hogar invadido y empezaban nuevos discursos, Pietri, muy fatigado, me dijo: «Rufino, sálveme de esta gente; llévesela.»

Entonces llamé la atención del pueblo, di un viva a Pietri, invité a la multitud a seguirme a las plazas públicas y partí por entre ella con los brazos en alto y gritando que me siguieran.

Desde ese instante quedé convertido, sin proponérmelo, en *leader* de esa manga de pueblo. Hablé en San Francisco... Hablé de nuevo en la plaza del Panteón... Recorrimos la ciudad y rompimos cuantos bustos y retratos de Castro íbamos encontrando.

Deseaban asaltar la casa de una querida de Ri-

vas. Me opuse. Dije que era cobardía haberse retirado de *El Constitucional*, porque lo defendían hombres, e ir a atacar ahora a indefensas mujeres. Otros—recuerdo sus nombres—me zuzaban a conducir el pueblo contra la casa de Tello Mendoza: no quise. Por fin recalamos a la plaza Bolívar. El pueblo exigió que le hablara de nuevo. Hablé y me sacaron en hombros. Yo estaba sofocado, molido, medio muerto de cansancio. Me cogieron, en hombros, contra mi voluntad y me pasearon por la plaza. De lejos vi, entre grupos, a Manuel Díaz Rodríguez, Eduardo Calcaño Sánchez, Juan Casanova, Elías Toro, etc. Ya caía la noche. Y al favor de la oscuridad pude escaparme de la multitud que lanzaba estos absurdos gritos: «¡Viva el cerebro del pueblo! Viva el gran demócrata», y otros por el estilo.

Esa misma noche empezaron las prisiones. Contra mí se libró orden de encarcelamiento, por parte del gobernador de Caracas, castrista furibundo. Me lo avisaron. Me escondí. En cambio Pietri, Bernabé Planas y muchos otros fueron a la cárcel.

Hay dos tendencias en el Gobierno: la castrista y la reaccionaria. Gómez contemporiza con todos, engañando a todo el mundo. No es el hombre que el momento exige. Tendremos que hacerle la guerra. Mis hermanos, revolucionarios también, también se han escondido.

El lunes 14 las manifestaciones tomaron otro carácter y otras proporciones. El pueblo ha saqueado «Cosmos», empresa editorial de Gumer-sindo Rivas, las boticas de Tello Mendoza, gobernador de Caracas con Castro y al que odian y acusan de complacencias rufianescas con el dic-

tador; casas de las queridas de Castro, etc., etc.

Los pueblos circunvecinos se arman y marchan contra Caracas. En la capital reina la anarquía. Entre castristas y anticastristas se divide el Gobierno; la revolución se inicia contra los unos y los otros. Castro, todopoderoso hace quince días, es ya un cadáver político.

18 de diciembre.—En Caracas dicen que soy un demagogo y uno de los causantes de los desbordamientos populares. Esa es la voz de la cobardía y de las malas voluntades. En cambio C. primera me escribe encantada. Jura que me quiere más que nunca. «Imagínate—me escribe al escondite—cómo pensaré yo en ti. Figúrate que me pongo a leer, y es como si no lo hiciera, pues no entiendo ni sé lo que he leído.»

A la otra, ¿le pasará lo mismo? Quizá no...., entre otras razones, porque su padre también ha caído preso en estos días; y su corazón, como su casa, debe de estar en angustia con las inquietudes domésticas.

La situación política, a la verdad, es terrible. El gobernador de Caracas, Cárdenas, campea por sus respetos, sin hacer caso del presidente Gómez, antes bien entrabándolo todo y poniendo en consternación a la ciudad. Cárdenas, hombre de acrisolada lealtad a Castro, es también valiente. Sus amigos lo siguen y obedecen; pero le falta seso. También le falta un buen consejero. El pobre señor no puede desenvolverse por sí solo. Y esa es, en Caracas, la figura política más destacada del castrismo. Castro, para descollar, se rodeaba de nulidades: ahora cosecha las consecuencias.

Cárdenas y sus secuaces, con todo, no necesitan de consejos para una barrabasada.

Si amarran a Juan Vicente Gómez y dan una cuartelada estamos frescos: tenemos a Castro imperator ¡quién sabe por cuánto tiempo! Y este malvado nos descuartizaría a los revolucionarios del 13. Está fresco el recuerdo de Antonio Paredes, asesinado de orden de Castro, a bordo de un barco, en el Orinoco, por Luis Varela y otros.

Gómez ha hecho circular la idea de un Gabinete de nombres anodinos, no francamente opuestos a Castro. Dícese que el gobernador y su camarilla impedirán que el actual Ministerio sea depuesto. Si Gómez no se impone, estamos perdidos.

Nosotros hemos resuelto alzarnos, con los amigos y elementos que Oscar pueda reunir por los campos y pueblos vecinos, si dentro de dos días no se aclara el horizonte. Ya se han mandado comisiones a Petare, Guatire, Guarenas, La Guayra, etc. Pasado mañana saldremos de aquí y la gente de todos esos pueblos se pondrá en movimiento. Tenemos algunos fusiles, pocos; lo suficiente, con todo, para empezar. A ver si ahora no la perdemos, como en los días de la acefalía del gobierno por gravedad de Castro. Entonces todo fracasó porque a Pañchito Alcántara, si le sobraban elementos, le faltaron testículos.

La verdad es que nosotros, de unánime acuerdo los cinco hermanos, preferimos morir en los campamentos, luchando, y no caer en esta ratonera para ser degollados por la barbarie, o por lo menos arrastrar cadenas mientras lo quieran el capricho de Castro y de sus sicarios. Los dramas de las cárceles en estos últimos años son pavorosos.

¡Cuántos han perecido en los hierros! ¡Cuántos, desde Taihardat hasta Carabaño Yzarra! Además, todos estos andinos cerriles se parecen. Y no es justo que Gómez, cómplice de Castro, aparezca ahora como un salvador.

19 de diciembre.—¡Qué gran día de emociones y de alegría! Terminó Cipriano Castro.

Gómez, apoyado en las tropas que le son amigas, se ha impuesto. Esta mañana depuso a dos jefes de cuarteles castristas y luego en la Casa Amarilla hizo llamar a Cárdenas, a Garbiras, secretario de Castro, al subdirector del Telégrafo, al ministro del Interior, y les declaró que quedaban presos. Se mostraron muy sorprendidos. En Caracas todo parece haber terminado con una facilidad que no se esperaba.

Cuando supimos la noticia—como a las 8,30 o las nueve—volamos a la calle. La gente salía apresurada de sus casas, rumbo a la plaza Bolívar y a la Casa Amarilla, donde estaba Gómez recibiendo las felicitaciones y los vítores de mucha gente. Lo peor es que la mayoría de esos felicitadores eran hasta ayer amigos de Castro, y se apresurarían de nuevo a sus plantas si regresara. Y lo más absurdo es que Gómez ha sido el principal sostén y colaborador de la dictadura de Castro.

Pero el contento por la caída del ciprianato es unánime y sincero.

Como no supo crear amigos nadie alzará la voz ni la mano para defenderlo.

De hoy más, en la historia de Venezuela, Castro será un nombre, un paréntesis de barbarie, el recuerdo de una pesadilla de sangre y de lágrimas.

Cae empujado por sus íntimos. ¡Qué lección para los soberbios!

22 de diciembre.—Me acerco a la ventana de C. segunda. ¿Por qué estará disgustada conmigo? Finge no verme. Cuando paso—en vez de salir a la ventana, como siempre—se queda en el fondo del salón y aparenta mucho interés por un libro que de seguro no está leyendo. Me da rabia y curiosidad. Parto de mal humor y enamorado... por lo menos una hora.

24 de diciembre.—El país convalece poco a poco. Empiezan a caer los monopolios. Se abren las puertas de las cárceles. Nueva sangre circula por el organismo oficial. Nuevos hombres, nuevos procedimientos. ¿Pero por qué no se barre con más diligencia y prontitud toda esa gusanera pestilencial que infectó el cuerpo nacional durante nueve años?

¡Escobas, más escobas para los establos de Augias!

27 de diciembre.—¿Por qué no me enamoro de cualquiera de estas dos muchachas; pero de veras, con sinceridad, con candor, con amor, sin engañarme ni engañarlas? ¿Será imposible que el amor que yo anhelo florezca o vuelva a florecer en mi oración? ¡No poder amar! ¡Qué suplicio!

Pasé la tarde con C. primera, en el matrimonio de su hermano: me he reído, he sido feliz en su compañía. ¿La quiero? Sí. Pero no como pudiera quererla.

28 de diciembre.—Gómez me ha llamado a la

Casa Amarilla. Me ha dicho que desea que yo vaya de ministro a España.

Le respondo que he vivido muchos años ausente de mi país y que desearía permanecer en él.

Con una sonrisa ambigua, que no sé cómo traducir, me dice:

—Le pesará...

Ante aquella frase y no queriendo ponerme de frente contra la buena voluntad, se me ocurre una idea. Recordando que las relaciones están rotas con Holanda, digo:

—Si se cree que puedo ser más útil en el extranjero que en el país, preferiría ir a Holanda, adonde ya he vivido y tengo dos hermanos.

Entonces Gómez corta la conversación:

—El amigo irá a Holanda.

Me parece que, con las emociones de estos días, se le olvida nuestra ruptura con los Países Bajos.

De allí corro en casa de Baptista, secretario, mentor y factotum de Gómez.

Me lamento:

—Se me quiere deportar con un cargo. Yo no deseo ausentarme del país.

—Váyase usted por seis meses—me responde Baptista—, ya que se lo insinúa con insistencia el general Gómez. Después volverá usted y será diputado.

Se queda titubeando y agrega:

—Para entonces se habrán desvanecido algunas malas impresiones...

—¿Malas impresiones?

—Sí: al general Gómez le han asegurado que usted opina que después de haber salido de Castro hay que salir de él.

Cara al Capitolino

Caracas, 5 de marzo de 1909.

Señor general J. V. Gómez, Presidente de la República.—Palacio de Miraflores.

Señor general y distinguido amigo:

Un asunto de la mayor importancia ocupa hoy la atención pública. Se trata de las gestiones diplomáticas del señor Paúl, en diciembre último, y en su carácter de ministro de Relaciones Exteriores, para hacer venir a las aguas de Venezuela naves de guerra extranjeras. El asunto se ha hecho público. El patriotismo y la dignidad nacionales se han alarmado. La Prensa está formando un escándalo. La ciudadanía entera va a clamar. Por la primera vez en la historia desordenada pero altiva de Venezuela se da un paso semejante.

Me dirijo a usted sobre este debatido, doloroso y trascendental asunto, no sólo como amigo personal de usted, no sólo como afecto al reciente cambio político, sino con el derecho que tiene todo ciudadano, en una democracia como la

nuestra, de terciar en los dbeates públicos, cuando le asiste la buena fe y cree poder servir con su palabra los intereses de la nación.

No se trata de un asunto que atañe solamente a un ministro, a un presidente, a un partido: se trata de una acción trascendental para la vida de la República, se trata de un golpe alevosamente asestado en el corazón de la Patria.

El doctor José de Jesús Paúl, ministro de Relaciones Exteriores, ha pedido por conducto del representante del Brasil, encargado de la Legación de los EE. UU., el envío de naves de guerra extranjeras, tanto europeas como sur y norte-americanas, a las aguas de Venezuela. Semejante paso, condenable en cualquiera ocasión, por cuanto da cartas en nuestros asuntos domésticos a los extraños, e implica algo como protección impetrada por la Cancillería venezolana, se agrava esta vez con los visos de una completa y premeditada traición a la patria, prevista y castigada por nuestra legislación.

En efecto, Venezuela se encontraba para la fecha del 14 de diciembre de 1908 en conflicto interior y exterior: interior, por el movimiento anti-cesáreo de entonces y la actitud de los defensores del presidente depuesto, por las manifestaciones revolucionarias de la víspera y de ese propio día en contra de Castro; exterior, por el estado de guerra con la nación holandesa, cuya escuadra cruzó nuestros mares en son de hostilidad, apresó guarda-costas nacionales y produjo la indignación popular, al punto de que en muchas ciudades de la República se levantaron patriotas indignados. Usted mismo, señor general Gómez, en su ca-

rácter de vicepresidente, encargado de la Presidencia de la República, suscribió por aquellos días un patriótico documento llamando el país a las armas.

Fué ese momento aciago el escogido por el ministro Paúl para dirigirse al excelentísimo señor de Lorena, ministro del Brasil y encargado de la Legación anglo-americana, para pedir el envío de buques de guerra extranjeros. (En el periódico *Sancho Panza*, fecha de ayer 4 de marzo, corre inserta una pertinente interviú del señor de Lorena con el director de aquel diario.) No cabe duda sobre la petición de Paúl. ¿Tomó el doctor Paúl su resolución inconsultamente? No sé. Lo que sé es lo que expresa la Constitución nacional en casos de semejante índole.

La Constitución dice:

«Art. 88:

Los ministros son responsables:

1.º *Por traición a la Patria.*

2.º *Por infracción de la Constitución y de las leyes; etc., etc.»*

Y el Código Penal vigente señala y castiga como traición a la Patria el caso del doctor Paúl. El artículo 128 dice al pie de la letra:

«*El individuo que, encargado por el Gobierno de la República para tratar negocios de Venezuela con un Gobierno extranjero, traicione su mandato perjudicando los intereses públicos, será castigado con presidio abierto o prisión de tres a cinco años.*» (LIBRO II. TÍTULO I. LEY 1.^a)

Además, el artículo 130 del mismo Código Penal prevé el caso del funcionario que por un acto cualquiera, no aprobado por el Gobierno, exponga a Venezuela al peligro de una guerra internacional.

El doctor Paúl, en su calidad de ministro de Relaciones Exteriores, era individuo encargado por el Gobierno de la República para tratar negocios de Venezuela con Gobiernos extranjeros, y traicionó su mandato perjudicando los intereses públicos, por cuanto colocó a Venezuela al borde del protectorado o la expuso a sostener una guerra semejante a la guerra de la Independencia española en 1808, cuando el pueblo, vendido por su Gobierno, tuvo que acudir a las armas y luchar en lucha desigual con ejércitos invasores y aguerridos.

Luego el doctor José de Jesús Paúl debe ser depuesto de los honores y cargos de que disfruta, llamado a juicio y juzgado conforme a las leyes.

De lo contrario, el Gobierno nacional se hace solidario y cómplice del ex ministro de Relaciones Exteriores. Y no olvidemos estas palabras de Montesquieu: «Cuando los traidores a la patria ejercen los primeros destinos, el Gobierno es opresor.»

El que no tuviera una desastrosa consecuencia inmediata la acción del doctor Paúl no lo exime de responsabilidad. Todo acto, sobre todo de un hombre público, sobre todo de un ministro de Relaciones Exteriores, tiene, tarde o temprano, trascendencia. El antecedente no puede quedar en pie: debe anularse con el castigo.

Cuando a los Estados Unidos arribó la noticia de que Venezuela pedía barcos de guerra protectores, los imperialistas radiaron. Meses hacía que

el atrabiliario presidente Roosevelt, el hombre de Panamá, no había podido, a pesar de sus esfuerzos, obtener el consentimiento del Senado estadounidense para una demostración naval en nuestras costas. ¡Y era el propio ministro de Venezuela quien llamaba luego a los buitres sobre el corazón de la patria!

Por eso míster Elihu Root, secretario de Estado en aquella nación e intérprete de las ambiciones imperialistas, apenas tuvo conocimiento de la súplica paulina, autorizó con su propia firma la noticia, que dió la vuelta al mundo, de que Venezuela solicitaba el envío de naves de guerra europeas, norte y suramericanas, para ayudar a mantener el orden interior del país. Esto significa, fuera del lenguaje cancilleresco, quieren y piden el protectorado.

Agregaba Root que el Departamento de Estado despachaba para Venezuela un escuadrón naval a las órdenes de un «marino de grande experiencia y discreción: el contraalmirante Arnold»; y que, como en el propio telegrama aseguraba el Gobierno de Venezuela que estaba dispuesto a arreglar las cuestiones pendientes, enviaba con el carácter de alto comisario a míster Buchanan.

¿No ve usted, señor general, lo candoroso y absurdo de parte de la Prensa nacional cuando se extraña de que la Prensa del mundo, que conoce esos precedentes, considere a Castro como el único irreductible, el único digno en materia política extranjera, y al actual Gobierno de Venezuela presto a vender la progenitura nacional por un plato de lentejas?

Por aquí iba, señor general, de esta respetuosa

misiva que tengo el honor de dirigir al hoy primer magistrado de nuestro país, que debe ser el mejor y más celoso guardián del honor nacional, cuando leo en *El Tiempo* de anoche (4 de marzo) una nota oficiosa de nuestra Cancillería que agrava la cuestión queriendo explicarla.

«La mente del señor doctor Paúl—dice la nota oficiosa comunicada al país y al mundo por órgano de *El Tiempo*—, al hacer esta solicitud (*la de pedir barcos de guerra extranjeros al señor de Lorena y a las otras Legaciones*), era porque las circunstancias amenazantes en que se encontraba el país, con motivo de la tirantez de relaciones con Holanda, le impedía *garantizar los intereses extranjeros en nuestras aguas.*»

¡Maravillosa disculpa! ¡Cómo! ¿No podíamos garantizar los intereses extranjeros? Luego merecemos el protectorado, ya que no podemos valernos ni valer a los extraños por nosotros mismos.

Ese es precisamente el argumento. Aquiles de los conquistadores y expoliadores de pueblos cuando quieren someter, pillar y acogotar a un país: «No puede—dicen—governarse por sí mismo, ni garantizar los intereses extranjeros.» ¡Y somos nosotros quienes suministramos a los verdugos tamañas armas! Estamos en plena barbarie.

¿Cómo recabaremos esa prenda en lo futuro cuando extranjeras ambiciones aduzcan nuestro propio argumento? Las palabras de nuestra Cancillería son un error craso lejos de la verdad; y, además, la expresión particular de un hombre servil, que ha pasado su vida arrodillado ante los ídolos.

Por desgracia, el señor don Francisco González Guinan es actual ministro de Relaciones Exterio-

res. Por desgracia para el mundo y para la Historia, su voz apocada y ruín será la voz de Venezuela.

¿Cuándo, señor general, cuándo, ni en las horas más sombrías de nuestra accidentada y dolorosa historia, nos creímos inhábiles para garantizar los intereses extraños? ¿Cuándo pedimos socorro de barcos extranjeros?

El año de 1859, en guerra intestina, y amenazados por buques de guerra españoles, anarquizada la nación y con un ministro diplomático español como Romea, que odiaba a Venezuela y anhelaba la intervención de su país, no nos creímos incapaces de garantizar los intereses extranjeros sino que defendimos los nuestros con patriotismo, tesón y cordura.

El año de 1892, cuando la revolución legalista, ya fugado el cobarde y criminal usurpador Andueza Palacio, el expirante Gobierno de entonces también se irguió con dignidad ante los manejos de buques yanquis, que tendían oficiosamente a proteger la revolución; y nuestro Ministerio de Relaciones pasó una nota a la Legación norteamericana en Caracas, manifestándole que Venezuela hacía en su casa lo que quería, sin tratar de herir intereses extraños, y que para salvaguardar los propios conservaba la misma entereza que en los días de los libertadores.

¿Y sería un motín callejero en Caracas y la presencia de unos cuantos buques de guerra holandeses cruzando por aguas de La Guayra, aunque fuera del alcance de los cañones de nuestro puerto, lo que nos iba a alarmar en 1908 al punto de suplir la protección de extrañas potencias?

En todo esto no parece descubrirse sino un pavor inexplicable a la persona de Castro y a la improbable ocurrencia de que Castro—que yacía en Berlín en su cama de operado—se restituyese airado y de súbito al país.

Ningún peligro efectivo se corría. ¡Y aunque se corriese! Pero, en realidad, no había motivos de perder la cabeza, a pesar del estado de rebelión latente en el interior; a pesar de una amenaza extranjera. ¿No bastaron unas cuantas prisiones, señor general Gómez, para terminar en aquella memorable mañana del 19 de diciembre con toda la trailla de rebeldes y acabar de echar por tierra los últimos restos del Gobierno de Castro? ¿No bastó asimismo la actitud patriótica y resuelta asumida por la República para que partieran de nuestras aguas los buques de Holanda?

¿Qué puede, pues, disculpar la conducta de Paúl, ni cómo aceptar las razones del señor ministro actual de Relaciones Exteriores que remachan el clavo de aquella ignominia?

¿Qué se proponía el ministro proteccionista, pidiendo buques de guerra a los Estados Unidos y ofreciendo a las Potencias de antemano, sin discusión, el *«arreglo satisfactorio de todas las cuestiones internacionales?»*

No se comprende, como no fuera el imponer su personalidad dentro de la política interior, con detrimento de la patria, y al amparo de cañones extranjeros. Eso tiene un nombre en nuestra lengua: se llama traición.

¿Qué se propone el actual ministro exculpando a Paúl en términos tan poco decorosos para la República? Él lo sabrá. Él lo dirá. ¡Pero cuidado, se-

ñor general, como estos hechos y estas sinceraciones, igualmente culpables y estúpidos, alcancen a todo el Gobierno y muy especialmente al Primer Magistrado de la nación!

Voy a terminar esta carta, señor general, ya interminable; pero no sin asegurar que es menester convencernos de una cosa: en política exterior un Gobierno o su sucesor puede modificar, en cierto sentido, la política que él mismo o su antecesor ha venido practicando; lo que no puede nunca es romper bruscamente con lo que se vino sosteniendo o defendiendo, máxime cuando se tiene razón, cuando se obedece sólo a móviles ajenos al Derecho internacional y se sabe que van a perjudicarse los intereses materiales o morales de la República.

Ante los Gobiernos extranjeros, el Gobierno se confunde con la nación, el Estado con el país.

El Gobierno que represente a un pueblo no puede abogar en contra suya, si no quiere suicidarse. La nación no debe estar dispuesta hoy a defender sus ideas y sus intereses hasta con su sangre, para que mañana, sin razones poderosísimas, por un simple cambio de personal en su administración interna, niegue lo pactado o defendido, se combata a sí propia, se contradiga y se condene. Caben, sí, prudentes rectificaciones, inspiradas por un sentimiento de justicia.

Entonces se colocan los intereses morales de un pueblo por encima de todo, y ningún pueblo que dé ejemplos de alta moralidad política y que se sacrifique con desinterés, se perjudica; pero en todo esto debe obrarse con el más exquisito tacto y jamás inconsultamente. Es decir, todos los miem-

bros del Gobierno, llamados por la ley a decidir, deben ser consultados.

Véase lo que está pasando hoy con Venezuela: ofrecimos arreglar, sin *condiciones, satisfactoriamente*, todas las cuestiones pendientes. Quitamos a Holanda la traba de Curaçao, y Holanda no quiere ahora anudar relaciones diplomáticas si no le suprimimos el 30 por 100 a las mercancías de Curaçao; dimos razón a Colombia antes de pedirnosla, y Colombia, que enviaba ya como negociador al eminente señor Holguín, le da contraorden para que interrumpa el viaje y no venga.

De los yanquis no hablemos; sería demasiado largo, y usted no ignora estos asuntos. Con los franceses ocurrirá lo mismo que con los holandeses y con los yanquis: nos harán perder las negociaciones diplomáticas ya ganadas por el Gobierno anterior, mezclándolas con aquellas en que llevamos la peor parte, para que una decisión global favorezca los intereses extranjeros.

¿Es posible por nuestra parte tanta incapacidad y tan poco patriotismo? El anhelo de desautorizar al Gobierno anterior, y de vivir en paz con las potencias, ¿puede disculpar nuestra absurda actitud presente?

No debemos, sin caer en graves responsabilidades, desautorizar al Gobierno anterior en aquellas cuestiones internacionales en que tuvo razón.

Nuestro anhelo de vivir en relación amistosa con las Potencias no creo que nos autorice a comprar esa amistad al precio de sacrificios en dinero, en justicia y en amor propio.

Somos un pueblo joven y un pueblo modesto. Las insolencias de Castro, tal vez no fueron siem-

pre discretas. Tenemos tradiciones buenas y tradiciones malas. Las primeras debemos respetarlas; las segundas corregirlas.

Entre estas tradiciones de nuestra política exterior se destaca la altivez. ¿Por qué enfangar ahora, con una sola plumada y sin necesidad alguna, toda nuestra historia? ¿Existe, detrás de bastidores, alguna malévola musa que inspire semejantes actitudes serviles, inútiles, suicidas?

Vea esta carta, general Gómez, no como oposición al Gobierno de usted; no como un servicio prestado a banderías, de que estoy lejos; no como un ataque caprichoso al doctor Paúl, de quien he sido siempre amigo personal, sino como la expresión del más puro y desinteresado sentimiento patrio.

Si esta carta pudiera acarrearle desazones, no importa. Siempre me restará la satisfacción de haber cumplido un deber.

Soy de usted, general, seguro servidor y amigo.

R. Blanco-Fombona.





III

Cárcel de Ciudad Bolívar

I

Me parece salir de una pesadilla. ¡Qué horas tan crueles! La muerte, en forma de repugnante avechucho, batió sus alas de murciélago, se introdujo sorpresiva por la claraboya de la celda, aleteó, me llenó de pavor, y salió al fin, remisa.

En la mañana del 3 supe que había llegado a la Alcaldía una nota del juez donde se ordenaba ponerme a disposición del Ejecutivo del Estado.

Me alegré porque pensaba que, de acuerdo con lo que pautó la Ley, por mí invocada, sobre Responsabilidad de Funcionarios públicos, se me enviaría a Caracas, a objeto de que la Corte Federal y de Casación conociera de la causa.

Poco más tarde supe que saldría de esta cárcel; pero no para Caracas, sino para Río Negro, ¡para Río Negro!

Enviarme a Río Negro con Aldana, cacique todo poderoso allá, enviarme a Río Negro escoltado por las tropas de Vivas y Varela, enviarme a Río

Negro equivale a librarme a mis enemigos, en las soledades del Orinoco, equivale a condenarme a muerte, a una muerte atroz, por martirizada y por oscura.

Entre una y dos de la madrugada saldría el vapor *Masparro*: se pretendía sacarme de la cárcel a esa hora y embarcarme para el Territorio Amazonas.

Por fortuna, la Aduana supo el caso e impidió la salida del vapor hasta pleno día. A eso debo la vida.

Al amanecer el señor Barroeta Briceño, administrador de la Aduana—Corao, por casualidad en Bolívar—y otras generosas personas pusieron en campaña, telegrafieron a Caracas, y obtuvieron del amable y condescendiente Varela (futuro asesino de Antonio Paredes) la promesa de que no se me enviaría, sin antes deliberarlo mucho.

Entretanto se obtuvo en Caracas la seguridad de que no se permitiría que me enviaran al matadero.

¡Qué horas he pasado!

Impotente, aislado, preso, en una ciudad carente de valor cívico y hoy casi tan esclava como yo, en una cárcel donde cien ojos me vigilan y cien bocas están prontas a delatar el menor de mis movimientos por sólo congraciarse con los cerberos; con mi abogado en Caracas y sin un abogado aquí que quiera hacerse cargo de la defensa por no malponerse con los dirigentes del Estado, he vivido horas muy duras, acaso las más angustiosas de mi vida. Durante treinta y seis horas estuve en capilla (1).

(1) Debo consignar aquí lo que después he sabido,

El estado de mi ánimo en aquellos luctuosos momentos se transparenta, de seguro, en las cartas que entonces escribí y que buscaré para añadir a estas páginas, a fin de que se pueda ver al desnudo mi alma y comprender mi situación.

Es horrible, en la impotencia de la mazmorra, oír chacales que rugen, hambrientos de vuestra carne, en torno de vuestro calabozo.

II

Del patio de la cárcel, en la noche, el espectáculo de las estrellas es mi ocupación favorita, mientras los presos tocan guitarra y cantan corridos y galiones.

El aire raro y seco permite lucir el cielo en todo su esplendor.

Se distinguen todas las estrellas y constelaciones conocidas del trópico, y millones de estrellas más cuyos nombres, naturalmente, ignoro. Tapiz azul cubierto de libras esterlinas.

Fijo la vista en el pedazo de cielo que parece de

rasgo que más merece admiración que gratitud. Cuando se supo en Ciudad Bolívar la intención del Gobierno de sacarme subrepticamente para enviarme al Territorio—y como allí sí se sabía lo que esto significaba—, un grupo de jóvenes se confabuló voluntariamente para impedir por la fuerza mi embarco. Los nombres de estos hombres generosos y valientes que han llegado a mi conocimiento son: Pedro Romer Monagas, Miguel López, Rafael Gil, Coronel Himiob, Guillermo Bethencourt, Mariano Molina. Siento no saber otros nombres, si es que los hubo.

unánime azur, y de ese azur empiezan a brotar nuevos puntos de oro. Donde se pensaba el vacío parpadean luceros no sospechados, albea un polvillo diamantino. ¡Qué opalescentes nebulosas! ¡Qué arena de topacios!

Un hombre, un preso, un paria, traído del fondo de los desiertos Llanos, alza también la vista. ¿Qué pasará por aquella cabeza? Lo interrogo y no sabe responderme sino con una sonrisa idiota.

¿Qué idea tendrá ese hombre de lo infinito? Pero no nos perdamos en sueños estelares ni en ideas abstractas. Descendamos al piso palpable de la tierra.

¿Qué idea tendrá ese hombre de la patria? Para ése la patria será una potestad temerosa y maléfica; cosa vaga y terrible en cuyo nombre lo reclutan cuando hay leva; le roban, so pretexto de faginas, el esfuerzo de sus músculos varias veces al año; y lo encarcelan porque un día, en la inmensidad de los Llanos, entre cientos de miles de reses, resolvió no morir de hambre y mató un novillo.

¿De la religión, de la divinidad, qué pensará ese hombre? Él no oye hablar en sus desiertos muy a menudo de la divinidad sino como de una fuerza ignota, adversa; y de la religión sino como de una cosa de misterio y terror, cuando las inundaciones anegan las sementeras, cuando la tierra tiembla y se resquebraja, cuando la muerte y el dolor visitan a los hombres.

Si yo dijera a ese paria que las estrellas son divinidades, se reiría. Pero de formularle una teoría con visos de verosimilitud, él y ciento como él concluirían por rendirse y creer.

No sería difícil en medio tan ignaro crear una

religión. Los espíritus carecen de curiosidad y se contentan con razones epidérmicas, para media docena de problemitas que constituyen el fondo de muchas vidas.

Además, ¿qué religión no parece fundada en lo fantasmagórico y absurdo? Y todas hallan creyentes: ¡tan pobre criatura es el hombre! Las religiones se mantienen tanto por sus misterios como por sus sanciones. Los hombres no pueden vivir sin creer en algo, sin temer algo. Los emancipados se proponen o levantan un ideal y, moralistas sin dogma, temen el reproche de su propia conciencia.

A esos parias del desierto con poco se les captaría la fe. Las estrellas, pudiera enseñárseles, rigen el mundo. Ved si no el influjo del sol y de la lluvia en vuestros conucos, y el de la tempestad en vuestros ganados. La luna influye asimismo en el mar; y turba las pubertades y acrece las enajenaciones. La atmósfera impide que vuestra sangre brote por los poros. El rayo es el castigo de las estrellas. La muerte viene de lo alto. Es necesario amar y temer a los luceros. Aquel que vive en el amor, en el temor de los astros, va, luego de perecer, a gozar de la dicha eterna en mansiones de luz. El que infrinja la fe astral padecerá por siglos de siglos en la hoguera del sol.

Poco más; y ahí tenéis una religión nueva: la religión de las estrellas.

¿De dónde, sino de la naturaleza no comprendida, vino al hombre la idea de la religión? ¿Qué otra cosa es la fe sino áncora del pavor, válvula de anhelos desesperantes, deseo de saber o creer cosas inexplicadas o incognoscibles?

La teoría del alma, del más allá, ¿qué es sino horror a la nada, afán de supervivir? Tiene razón Kant: el origen de la religión es la aspiración del espíritu a lo infinito.

De cuanto el hombre no pudo explicarse, en la adolescencia de la razón, hizo materia religiosa. Por eso, a medida que avanzan y se divulgan los conocimientos científicos, disminuyen en intensidad los credos; y aquellos credos inaptos para evolucionar, amoldándose a las nuevas exigencias del espíritu, desaparecen.

Si llegase un día en que el hombre pudiese despegar todas las incógnitas de la vida y de la muerte, ese día se enterrará el último dios. Como ese día tal vez no llegue nunca, el espíritu religioso tal vez no desaparezca sino con el hombre.

El triunfo de la idea monoteísta sobre la de pluralidad de dioses ya es gran triunfo, si bien no parece el vulgo, en ninguna parte—y todo el mundo es vulgo, enseñaba Maquiavelo—, lo suficientemente preparado para la pura idea uniteísta: de ahí la multitud de santos y santas con atribuciones especiales, que no representan, en último análisis, sino la persistencia del politeísmo.

De la idea pura y simple de un solo Dios Todopoderoso, Suprema Inteligencia, ya es fácil pasar a la idea filosófica de que sí existe una fuerza, no inteligente, causa única, fuente de vida: la Naturaleza o lo que fuere.

III

Recibo de Caracas en recorte de periódico, un soneto encuadrado por rayas de lápiz azul. Y al margen: «*Te lo envío con un abrazo.*» F. G. (*Fernández García.*) Con el soneto me honra, benévolo, generoso, un poeta cuyo nombre, persona y nacionalidad me son totalmente desconocidos. Se llama Rafael Recao. Copio los versos, que llevan por título mi nombre:

RUFINO BLANCO-FOMBONA

*No lo arredra el futuro. Es bravo descendiente
de la raza lapídea que formó Deucalión.
Tiene ambición y músculos y una estrella en la
juventud y dos alas: el Bien y la Razón.* [frente,

*No lo arredra el futuro. Aunque la infamia am-
cual constrictor enorme se enrosque al corazón,
lo muerda y con la savia germinal se alimente,
él marcha hacia la meta cantando su canción.* [biente

*No lo arredra el futuro. Repleta el misionero,
de ensueño sus alforjas y sigue su sendero
sin oír de las furias de la Envidia el clamor.*

*Tapados los oídos, su musa es Parisada,
que busca el agua de oro de la fuente encantada,
el árbol filarmónico y el pájaro hablador.*

Tiene razón el poeta. No le temo al futuro. Lo que temo, lo que temo bastante es el presente.

¿No yazgo entre las garras de la Maldad y de la Cobardía? ¿No se presentó anoche mismo a mi calabozo el borrachín del Alcaide, con un viejo diablo de teniente, cara de matamoros y pantalones de grana, la espada desnuda en la diestra, con más: el cabo de presos y un muchacho que alumbraba la extemporánea resquicia? Se fingía venir por mí, para enviarme a que me asesinen en las soledades del Orinoco, so pretexto de conducirme al Territorio y allí juzgarme. Por fortuna, yo no tengo aneurisma.

Por lo demás, si mis enemigos me pintan como un bandolero hay quienes, como el poeta Rafael Recao, me creen bueno, hombre de bien y de razón. De donde yo infiero que soy como todo el mundo: bueno a veces; a veces malo. Quizá eso mismo piense Pedro-Emilio Coll, que me escribe: «Te quiero más allá del Bien y del Mal.»

IV

Me conceden permiso para asomarme de tarde a una reja que cae al Orinoco, hacia el Poniente. He contemplado crepúsculos imposible de fantasear.

¿Qué pintor, qué poeta, puede intentar reproducir tanta hermosura?

El sol no se columbra, pero desde la mitad del cielo hasta la raya del horizonte es todo el azur, divina fiesta de luces: nácares, conchas rosadas, surtidores de gualdos fuegos; nubes carmesíes, dragones de oro, flamencos de rosa; arquitecturas de grises y pizarrosos castillos por cuyos ventanales y boquetes surgen llamas de incendio; torres,

pilares, graderías de mármol, cúpulas de cornalina; fuentes de topacio, lagos de ópalo, cascadas de pálidas esmeraldas; níveos paisajes del polo, vegetaciones marinas, por donde a través del agua azul navegan plateados peces, tras de las ovas verdinas y las algas amarillentas; mádréporas en bancos de coral, ninfeas asomadas a la superficie de un agua mortecina; ánsares albicantes, tornasolados cuellos de paloma; narcisos, petunias, heliotropos de los jardines celestes y toda la joyería asiática del crepúsculo, abundante en crisólitos, crisoberilos y topacios.

Y por debajo de aquel cielo maravilloso el solemne, el soberbio, el espejeante río, el Orinoco de plata y de oro.

V

Por la reja adonde me asomo de tarde, contemplo todos los días, en un balcón frontero, tres caritas risueñas, de mujeres jóvenes. Ese y el crepúsculo, son mis grandes espectáculos. Fuera del saludo y algunas insistentes miradas de simpatía no tenemos otra relación.

Ayer en la tarde recibí, regalo de Navidad, envío de mis graciosas vecinitas, una botella de vino, jamón, hallacas, dulce de lechoza, pan y hielo, presentes de Pascua tradicionales en Venezuela. Me conmovió profundamente aquel regalo de las piadosas y generosas vecinitas. El preso, a quien todos olvidan, es más sensible que nadie a cualquiera atención que se le dispense. Les escribí una carta de gratitud, muy patética y muy sincera.

Después de enviada la carta tuve una duda. Me puse a pensar que bien pudo ser chuscada de algún amigo el mandarme ese regalo en nombre de las vecinas. Pero hoy se presenta Allegrett y me refiere cómo, en efecto, el regalo venía del balcón de enfrente; y que las cabecitas amables se congregaron en torno de mi epístola y lloraron mi infortunio.

¡Pobres muchachas generosas, a quien no olvidaré!



IV

La ergástula bajo el nivel del Océano

*La escena ocurre en crudo
pals de barbarie. En la tierra
y bajo la zarpa del más vil
y más aterrorizado de los
monstruos: Juan Bisonte, el
paranoico, el barbarócrata.*

El calabozo, bajo el nivel marino, es ancho, grande, bajo de techo, abovedado. Su piso es de tierra negra, húmeda.

El mar abraza la ergástula. Contra la pared del fondo y las paredes de derecha e izquierda golpean, hacia el techo, las olas. El agua rezuma. Deslizándose por los muros, los oscurece y empaña. El suelo bebe sediento aquella humedad marítima.

Las paredes relucen en la penumbra del calabozo con el brillo de la humedad sobre la piedra oscura, y aquí y allá blancuzquean grumos como de cera o se alongan hilados hasta el suelo: es la sal marina, que ensalobrece el ambiente, encala los muros y prende sus estalactitas de la bóveda.

El calor evapora un poco el agua durante el día; pero el calor decrece en la noche, y el agua prosigue de noche, de día, siempre, su filtración constante.

El aire es pesado, irrespirable, lleno de alientos, de sudores, de comida rancia, de humedad, de detritus humanos. Las ropas, las manos, las largas barbas de los reclusos, las cabelleras enmarañadas y cadentes se humedecen con humedad espesa, pegajosa y huelen a sal, a encerrado, a moho, a sucio.

El calor asfixia a los diez o doce hombres que gimen y sudan en aquella caverna húmeda y ardorosa. El reumatismo, las anginas, la fiebre y el hambre han convertido a aquellos hombres, antes robustos, en paquetes de huesos doloridos, cubiertos de flácido pellejo.

Aquellos parias se cuentan sus historias pasadas, sus dolores presentes, las angustias que les produce el porvenir. ¿Qué será de ellos? ¿Saldrán con vida? ¿Resistirán al hambre, a la sed, a la suciedad, a la tristeza, a las enfermedades, a las vejaciones, al martirio?

Ya han visto salir aquellos hombres a muchos de sus compañeros muertos. Enfermos, no; muertos. De allí no se sale sino cadáver. ¿Medicinas, médicos? Jamás.

Un carcelero, que no debe ni puede dirigirles palabra, se presenta hacia mediodía y les echa, como a perros, en escudillas de tierra, una mísera ración de rancho. Alguno de los reclusos, por turno, saca entonces fuera el zambullo, vasija con las deyecciones de todos. Y hasta el día siguiente.

Una o dos veces al mes se le permite a alguno

salir fuera a lavar las ropas comunes. Por salir fuera y ver un poco de cielo y de sol se despepitan los reclusos. La suerte elige a quien toque la dicha de trabajar al aire libre, bajo la lumbre solar. Si recae la suerte al mismo de la vez anterior, el afortunado renuncia a su derecho, pide que sorteen de nuevo la salida y de nuevo se sortea.

Mañana y tarde, carceleros armados de sables pasan requisa, contando a los reclusos como carneros. Y la pesada puerta se cierra de nuevo sobre el rebaño doliente. Cuando muere alguien se le reemplaza con un nuevo detenido. Siempre son diez o doce; es decir, más de los que puede contener la mazmorra, para que se estorben, se martiricen, se abominen unos a otros.

Algunos, engrillados por pares, forman un solo cuerpo de dos personas. La barra de hierro esclaviza la pierna derecha del uno a la pierna izquierda del otro. No hay medio de librarse de aquella comunidad forzosa. Si el uno vela, el otro no puede dormir; si el uno se cansa, el otro debe sentarse; las más íntimas necesidades del uno debe presenciarlas el otro, y cuando uno se enferma y muere, el otro le acompaña en la enfermedad y la muerte.

Alguno de estos enyugados, cuyo compañero falleció de tifus, siguió por días y noches remachado al cadáver, ya descompuesto. Un día terminó por caer a puñetazos y mordiscos al cadáver adyacente: su compañero había muerto; pero él se había vuelto loco.

No se tolera silla, ni banco, ni aguamanil, ni rinconera, ni moblaje alguno. Nada de vasos, ni cubiertos, ni palanganas, ni jabón, ni toallas.

Delgaduchas esterillas de pleitas de esparto, tendidas sobre la tierra mojada, son la única yacija de aquellos reclusos. Abrigos, ropas de cama, no tienen. Libros, no se permiten. Ni podrían leerlos en la sombra de la ergástula.

Hacia mediodía, con la vigorosa e implacable luminosidad del trópico, la sombra se apenumbra. Algunos han aprendido a coser sus ropas deshechas, y, nictálopes a palos, miran en la oscuridad con la precisión de los buhos.

Otros, no, y cuando alcanzan a descubrir esos espeluznantes anélidos que llaman ciempiés, las cucarachas y aun las ratas, es cuando los ciempiés se deslizan entre la carne y la ropa o cuando las cucarachas se introducen en los bolsillos, o cuando las ratas, hambrientas, les roen el sucio de los pies.

Flacos, huesudos, esqueléticos, llevan tres, cuatro, cinco, seis, más años dentro de aquella tumba. La memoria del tiempo la han perdido. Nadie sabe la fecha en que se vive. Algunos vagos toques de corneta, ciertos días, a ciertas horas, les hacen sospechar que sea fiesta.

—Debemos estar en Semana Santa—opina uno.

Y se forman largas discusiones sobre aquel punto.

Discuten de buena fe a veces; por creer, en efecto, que no se está en Semana Santa o Carnaval. Otras veces, sólo por hablar, por necesidad de cruzarse impresiones y simular la discusión y la vida en medio de aquella calma y aquella muerte.

El buen humor, que no pierden algunos hombres sino con la existencia, aparece de cuando en cuando. Y nada más lúgubre que la risa de aquellos esqueletos.

Otras veces, la risa, cuando no la produce el desprecio o la mofa de la propia degradación, luce menos tétrica.

Para matar el tiempo, por ejemplo, uno de los reclusos, literato que conoce el francés y el latín, se pone a enseñar la primera de estas lenguas a un viejo militar, muy benemérito como brazo fuerte, como conciencia recta y como voluntad roqueña, pero flaco de inteligencia y de sabiduría.

El viejo se la pasa rumiando sus lecciones: «El sombrero negro, *le chapeau noir*.» «La ventana abierta, *la fenêtre ouverte*; el lápiz rojo, *le crayon rouge*.»

De repente, el literato dispara a quema ropa alguna pregunta al viejo soldado, que musita por los rincones las frases aprendidas:

—Vamos a ver, mi comandante: ¿El lápiz rojo?

El militar titubea unos segundos, inseguro.

—¿El lápiz rojo?...—insiste el escritor.

—*Le chapeaur noir*...—dispara el viejo.

El efecto es matemático. Todos rompen en risas. Ya todos saben de memoria la lección, menos el comandante.

Retrogradan a la infancia los tristes ilotas.

En ocasiones, riñen por cualquier cosa, y hasta se dan empujones, patadas, puñetazos. Los rencores no duran veinticuatro horas. El dolor y la miseria comunes ejercen de fundentes.

Cierta mañana intentó uno de los presos, conocedor de las señales telegráficas de Morse, comunicarse con los calabozos adyacentes. Aunque las paredes son de piedra berroqueña y gruesísimas, se empezó a oír, de uno de los calabozos, al cabo de varios días, algo como respuesta. Otro preso, de

seguro, conocía o aprendió las señales. Se comenzó una diaria conversación, difícil, sorda, entrecortada, de calabozo a calabozo.

Las señales casi nunca se percibían con claridad. Había que repetir y repetir. El envío de un simple saludo duraba horas, a veces. Además, ¿qué iban a participarse unos reclusos a otros reclusos? Tan incomunicados del mundo estaban unos como otros.

A veces preguntaban los unos:

—¿En qué mes estamos?

Y los otros, a las horas mil, y tras muchas dificultades, respondían:

—En febrero, tal vez en marzo.

BIBLIOTECA



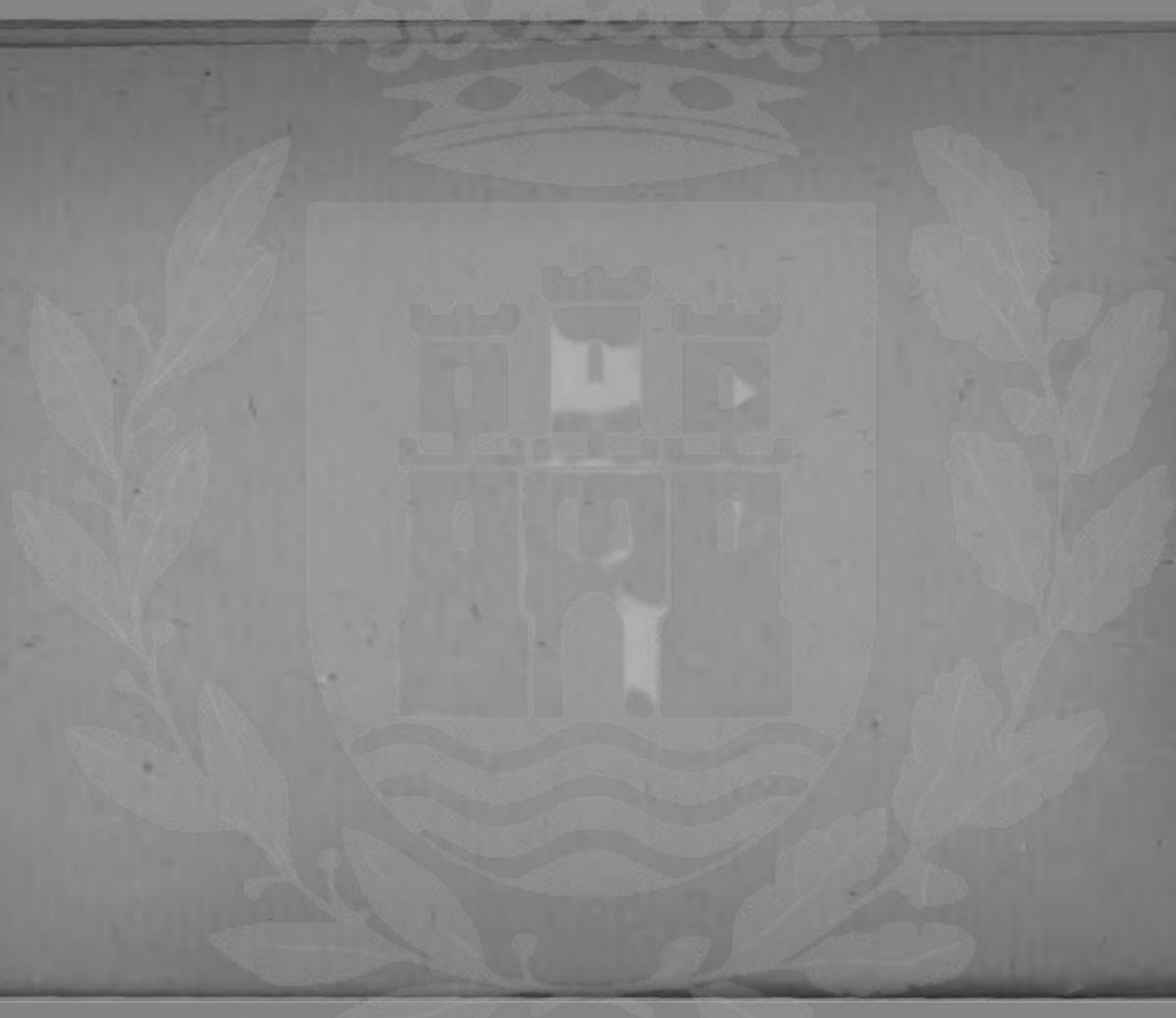
Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



VI
LA MUERTE...

Cardenal Cisneros



La muerte de mi hermano Oscar

Mientras queden almas con la fortaleza heroica de su hermano Oscar, habrá raza.

M. CIGES APARICIO.

Estoy en mi oficina hablando con César Comet cuando me entregan una abultada carta. La abro: es del cónsul de la República Dominicana en Sevilla. La carta viene acompañada de recortes de periódicos. Paso los ojos rápidamente por todo aquello. No puedo seguir la entrevista ni la lectura. Mi hermano Oscar ha muerto.

Regreso a la casa: todo animal herido busca su cueva. Me voy a mi cuarto, despliego los recortes. Mi hijito Hugo entra, sorprende la emoción rota en lágrimas y se abraza a mi cuello, dando alaridos: «¿Qué tienes, papá, papaíto?»

¿Cómo hacerle comprender a aquella criatura de nueve años toda la hondura del dolor?

Le hago cenar, acostarse; me dirijo a mi despacho. Deseo encerrarme, solo con mis penas y mis recuerdos. No puedo: necesito salir, caminar,

respirar. Echo a andar, calle adelante, a la ventura.

A la una de la mañana retorno cansado, y me acuesto.

* * *

No bien me acuesto, empiezo a asfixiarme, a sentir un opresivo dolor pectoral... Saco un cepillo de ropa, me cepillo el corazón vigorosamente, y esto me alivia. ¿Habré cogido frío? ¿Se tratará de una angina de pecho? Me vuelvo a acostar y vuelvo a sentir la opresión. En el silencio de la noche se percibe el respirar de los que duermen, tranquilos...

El dolor moral, desinteresado, que despierta por la desgracia de alguien que me toca muy de cerca, pero que no soy yo, conviértese en egoísta pavora. No quiero pensar en mí; y, sin embargo, pienso. Me entra—por la primera vez en mi vida—miedo de morirme. ¿Iniciase una racha de infortunios para nosotros y va a tocarme ahora a mí la fúnebre lotería?

El anhelo de sobreponerme a la propia miseria fisiológica en aquel instante en que otro molde de mi misma carne se está deshaciendo, pudriendo, ¿será lo que me constriñe a asociar la idea de morir yo con la idea de que vivan otros? Pienso en mis hijos. ¿Qué sería de ellos, tan pequeñitos aún, sin el calor paterno? No, no quiero morirme. Me- nos querría desaparecer como desaparece Oscar: miserablemente.

Porque no ha habido muerte más absurda y más fácil de evitar. Ha muerto por soberbia, por heroísmo inútil. Por no retroceder (en la exploración

de la Cordillera central de la Antilla Dominicana) cuando todos retrocedían. Por no abandonar la partida cuando todos lo abandonaban a él. Por no mostrarse débil cuando ninguno—sino un pobre hijo del campo dominicano—se mostró fuerte.

* * *

¿Pero cómo diablos se resuelve a morir, en lo mejor de la vida, pudiéndolo evitar, aquel hombre tan sano de cuerpo y tan fuerte de espíritu?

Por ser su muerte heroica, abnegada y ejemplar, en medio de su absurdidad, conviene memorarla. Su muerte ha sido lo mejor de su vida.

Seguiré el relato de testigos y copartícipes en la exploración de la Cordillera Dominicana, tal como la han recogido los periódicos de la República insular.

Parece que de acuerdo con el Gobierno dominicano emprendió Oscar un viaje de exploración, con vistas a la defensa militar de aquel país, a la Cordillera Central de la isla. Se trataba de conocer el corazón, hasta ahora inabordable, de la ingente Cordillera, y abrir paso entre los pueblos de Bonao y Constanza, situados en vertientes opuestas.

El 16 de noviembre, a las ocho de la mañana, partieron los exploradores del villorio Bonao, al mando de Oscar. Eran una treintena. Debían atravesar la Cordillera a pie, por no haber paso para cabalgaduras, y vivir varios días en las cumbres heladas y desconocidas.

Esa tarde—sigo la información del «Listín Dia-

rio», decano de la prensa de la República—recibió en Bonao don Pedro María Ballester una tarjeta del capitán de la expedición concebida en estos términos:

«A la una, P. M., hemos acampado en Tireo, al pie de la enhiesta Cordillera Central, de donde hemos devuelto las cabalgaduras. Y lo hacemos con la misma bizarría con que hace cuatro siglos Hernán Cortés quemó las naves. Nuestras próximas monturas están en Constanza.» (Santo Domingo, R. D. 5 de diciembre de 1925.)

Al principio todo va bien. El aire es tibio; las fuerzas y las esperanzas están íntegras.

Ya al tercer día de ascensión las penalidades eran enormes. Al calor de las faldas había sucedido un frío intenso. Las lluvias no cesaban. Los torrentes arrastraban a los ascensionistas. Como las rocas parecían tajadas a pico y el suelo se ponía resbaloso por la incesante lluvia, cada paso era un peligro de muerte para el que rodase al abismo. Algunos empiezan a flaquear. «El animoso capitán—dice «El Listín»—, con su firmeza y bondad, los alienta para seguir adelante.»

Al cuarto día ya los ánimos desfallecen. El mapa de que se servían era deficiente; la brújula se echó a perder. En suma, se extraviaron en las montañas desiertas y hostiles.

Se habló de retroceder.

—Yo no retrocedo, dijo Fombona; pero todos los que lo deseen pueden irse. No necesito sino un peón para seguir adelante. Con que ya saben: quedan en libertad para volver a sus hogares.

Por el momento nadie habló más de retorno.

Pero los sufrimientos arreciaron. Los víveres o

se agotaban o rodaron al abismo. Las enfermedades aparecieron.

Unos, so pretexto de regresar en solicitud de víveres y auxilios médicos; otros, con el deseo natural de no morir en la selva; otros, con otros pretextos, los expedicionarios, en uso del permiso concedido, iban partiendo.

«La noche del 20 de noviembre—dice «El Listín»—fue la más terrible después de haberse iniciado la jornada. Pasan día y medio buscando la bajada de un profundo arroyo, sin poderla encontrar. Amable y Minio de Vargas, Ramón A. Hinoja, José A. García y tres individuos más..., resolvieron, a satisfacción del señor Fombona, separarse de la expedición...» (5 de diciembre de 1925.)

Para la mayoría de semejantes hombres, habitantes de tierras bajas y cálidas, era aterradora novedad aquella naturaleza de cumbres, ventisqueros, hielos, brumas y llovizna helada y constante. Es comprensible que enfermasen física y moralmente; sobre todo cuando se comprendían extraviados en la cordillera y sin esperanza de socorro.

Las filas clarean. Las enfermedades y privaciones crecen. La disentería se declara entre los expedicionarios.

El capitán prosigue, cumbres arriba, acompañado de sólo ocho personas. Va él mismo medio enfermo. Se le habla de retroceder. Por toda respuesta da esta palabra: «¡Adelante!»

Las lluvias no cesan ni el frío intenso. No tienen nada que comer, y sólo los capotes para resguardarse de la lluvia y del frío. Duermen a la intemperie, bajo aguaceros incesantes; beben el agua

fangosa de los torrentes; no comen sino una vez al día un poco de arroz.

Siete días lleva Oscar sin tomar sino café. Hay, es verdad, algo de arroz; pero él no lo prueba: se lo deja, íntegro, a los valientes que lo acompañan. Nuevas excitaciones al regreso obtienen la misma respuesta: «¡Adelante!»

Los auxilios en víveres y en gente que se remiten desde Constanza y desde Bonao no dan con ellos.

«Los prácticos regresaron a Constanza manifestando que habían llegado a la última loma—el periódico dominicano llama loma a los picos más arduos de la cordillera—, a la última loma que los hombres de aquí pudieron vencer..., que hicieron diferentes disparos y no fueron correspondidos.» (5 de diciembre de 1925.)

La enfermedad del jefe de la expedición se agrava; va extenuado por el hambre y minado por la fiebre y la disentería.

El día 27 ocurren nuevas separaciones.

«A la una, p. m., de ese mismo día—continúa «El Listín»—sintiéndose un poco enfermo el señor Luis E. Calzada, resuelve adelantar el paso, temeroso de caer en la soledad de las montañas. Se agregaron a Calzada cuatro hombres más. Ese día, el bizarro capitán, aunque casi muerta la materia, dispone tomar nuevamente el rumbo a Constanza. El sábado, 28 de noviembre, sólo acompañan al general Fombona el síndico municipal, Rafael Hernández, Soto Gutiérrez y seis hombres más.» (5 de diciembre de 1925.)

Aquellos bravos suplican al jefe, casi con lágrimas en los viriles ojos, y en bien de todos, que

regresen. El jefe no da sino esta respuesta: «¡Adelante!»

Ese día 28 de noviembre, a las doce de la mañana, comenzó el desenlace de la tragedia. Las fuerzas físicas abandonan al héroe; no la fuerza del espíritu.

Se sigue la información del diario dominicano, que refiere el drama, tomado en mucha parte de labios de algunos de los actores supervivientes.

«Poco más o menos, a las doce de ese mismo día (28 de noviembre), después de haber ascendido algunos metros sobre la empinada loma, el general Fombona cae exámine, desfallecido, gravemente enfermo. El síndico del Villar, viendo esto, se dispuso a regresar a la población con el propósito de comunicar la gravedad de Fombona y enviarle medicinas. Siguiéronle al síndico algunos peones; quedando junto al jefe de la expedición los valientes individuos Soto Gutiérrez, Rafael Hernández y Nico Espino, quien se sentía enfermo.» (Relación de don Antonio Velázquez G.)

Esto quiere decir que, en vez de bajar de la montaña al moribundo jefe, se le abandonó en manos de aquellos tres «valientes individuos».

La noche de ese mismo día 28 murió Nico Espino. Como el terreno era empinado, el infeliz, en las convulsiones de la agonía, rodó al abismo. Para que no corriera la misma suerte el cuerpo de Oscar, se abrió una zanja y se le acostó dentro. Es decir, se le enterró en vida.

En la mañana del domingo 29, como la gravedad se acentuase, D. Rafael Hernández se decidió a aventurarse solo en la cordillera, para urgir los socorros.

Queda únicamente con el moribundo y con el muerto el generoso peón Soto Gutiérrez.

En la noche del 29 al 30, a las dos de la madrugada, moría Oscar en la soledad de la cordillera, de disentería, de hambre y de mengua, sin otro auxilio moral ni material que las palabras de aquel valiente rústico que no lo abandonó.

Alejado Soto para llevar la noticia, se tropezó con una Comisión de auxilio enviada por el Gobierno de la República para rescatar el cuerpo.

Cuando los auxiliadores llegaron, de noche, alumbrándose con hachones de pino, al sitio de la muerte, encontraron el cuerpo de Oscar Blanco-Fombona ya medio destrozado por las alimañas del monte. (*Relación de don Antonio Velásquez G. Bonaó, 4 de diciembre de 1925.*)

De cien hombres que el Gobierno enviara, sólo seis consiguieron llegar al intrincado laberinto de montes donde muriera Oscar.

* * *

El sacrificio ha sido por un ideal, y, por tanto, generoso. Parece, con todo, absurdo, y lo es: mejor hubiera servido ese ideal—la cultura, el progreso de nuestra América y la defensa de nuestra América contra los yanquis—viviendo.

¡Qué triste fin!

Todos, menos dos peones, lo abandonaron en la virgen y enemiga Sierra. Todos, al arreciar los sufrimientos de la exploración, regresan al punto de donde habían partido, comprendiendo que no pueden franquear, en las condiciones desventaja-

sas en que van, los últimos picachos de la ardua e inhollada Cordillera.

Sólo él ardió en voluntad de sacrificio. No quiso retroceder. De treinta hombres que lo siguen, se va reduciendo el grupo poco a poco, hasta apenas quedarle dos rústicos. «Pueden regresar a sus hogares. A mí con un peón me basta para seguir», dice y repite a los claudicantes. No quiso devolverse y salvarse.

Iba enfermo; no tenía qué comer, pasó siete días alimentándose exclusivamente con sorbos de café; y no se allanó a retroceder con los que un día y otro se desgranaban del grupo. Y todo ¿por qué y para qué? El sentido práctico de la vida—que jamás tuvo—le faltó hasta el fin.

Sólo que esa carencia de sentido práctico en un hombre superior, apto para grandes cosas y que sabe realizarlas, es el signo inequívoco de la naturaleza heroica.

La naturaleza heroica no sabe sacar cuentas minúsculas. Sus cálculos parecen absurdos. Lleva dentro de sí la substancia con que colma todas las deficiencias previstas por el sentido común. A veces fracasa la naturaleza heroica: no por eso luce ni menos patente ni menos audaz. Tres días más, y los marineros descuartizan a Colón. Pero Colón, sin hallar el Continente, no hubiera sido menos Colón.

* * *

Comprendiéndose traicionado—hasta la sombra de Judas, trágica, huidiza, pérfida, se percibe en alguno de los acompañantes—; sin medicinas, a pesar de ir enfermo; sin alimentos, a pesar de ir

hambriento, sin siquiera fósforos, continuó cumbres arriba por la inabordable Cordillera, de luctuosa historia. ¿Se puede contar sólo con el azar y creer que el acaso va a resolverlo todo, a medida de nuestros deseos?

Hay más aún: el mapa de que iban sirviéndose los exploradores resulta deficiente; la brújula se echa a perder (¿por sí misma?); van extraviados en la montaña virgen, helada, hostil. ¿Qué pensar de esa brújula que se niega a cumplir su deber de brújula?

Los compañeros y el sentido común le urgen a que retorne. «¡Nada!—dice un relator, al comentar la tragedia de la Cordillera central—¡Nada! Tenía el corazón tan invencible como la sierra virgen.» (*Relación de don Antonio Velásquez G.*—Bonaó, 4 de diciembre de 1925.)

¿Irán su viuda y sus hijos a hacer algo con ese elogio?

Cuando se echa sobre la tierra adversa no es para descansar: es para morir. «Vencido por el hambre», escribe en el Diario de la expedición. Ni recursos del Gobierno ni de amigos particulares llegan. «Vencido por el hambre.»

Y vencido por su fe en los hombres. A los que hacía la merced de imaginar que se puede esperar algo de ellos.

Esa fué su mayor deficiencia toda la vida: juzgó siempre a los hombres, no objetivamente, por lo que son, sino subjetivamente por lo que él era: los creyó dignos, fuertes, virtuosos.

* * *

A pesar de sus deficiencias efectivas y de algunas más que pudieran suponérsele, ¡qué hombre tan admirable Oscar! Lo ha sido hasta en su muerte, estoica y absurda.

¡Qué escenas esas escenas últimas, ocurridas cara a cara con la muerte, en el corazón desierto y traidor de la montaña virgen, sin otro testigo que el valeroso y abnegado peón Soto Gutiérrez, que las ha referido!

Se acuerda de su hogar feliz, de su quinta entre flores, donde lo esperan la esposa, los hijos pequeños, y la emoción un instante vela su voz y su rostro. Después piensa, no en él, sino en aquel rústico que va a atenderlo en el supremo trance. El propio campesino refiere cómo.

«Lo último que me dijo don Oscar fué esto:

—Soto: dígame a Cundo que el primer dinero que pague sea el suyo, porque usted ha luchado mucho conmigo y le estoy muy agradecido. Se ha portado usted como un hombre de honor...

Don Oscar se quedó en silencio un momento. Luego siguió:

—Páseme la libreta para escribirle a Cundo.

Le pasé la libreta, pero le fué imposible escribir... Solamente porque era un hombre muy varón, como no lo tendrá otra mujer, podía tener espíritu para conversar... Cuando vió que no podía escribir, me dijo, dejando caer de las manos la libreta:

—Está bien; ya nada se puede... Dígaselo verbalmente. Él lo atenderá.

Y ya no quiso hablar más.» (*Relación de Soto Gutiérrez al periodista don Zoilo Ulloa. En la Revista «La Opinión».—12 de diciembre de 1925, Santo Domingo, R. D.*)



En efecto, ¿a qué hablar más? Ya no hizo sino ponerse a esperar la muerte. Sólo unas horas iba a tardar.

«Cada vez que quería agua arrastraba una mano hasta la damasanita de Cundo; yo comprendía y se la ponía en la boca... Era muy dificultoso darle el agua, pues yo no quería que se le mojase el pecho... Como a las dos de la mañana don Oscar se quejaba mucho. Esto me sorprendió porque no era hombre de quejarse. Noté que quería como moverse; en seguida lo arrojé con su frisa y le eché el capote por encima. Me puse a examinarlo bien, le ponía las manos por todas partes: estaba en agonía. Yo no sabía qué hacer, estaba como loco, no por miedo sino porque sentía que un hombre como ése se muriera en tal forma. Temiendo que se me rodara barranca abajo, como pasó con Nico, lo crucé con mis piernas, le crucé los brazos sobre el pecho y le sostuve para que no se moviera. Media hora después se estremeció todo el cuerpo, se quedó quieto: había muerto.» (*Relación de Soto Gutiérrez al periodista don Zoilo Ulloa. «La Opinión».*—12 de diciembre de 1925, Santo Domingo, R. D.)

Triste muerte; agonía heroica. Contemplación del misterio sin pestañeo. Sacrificio voluntario en aras de lo que se supone el deber.

«Está bien; ya nada se puede...»

Estoicismo, valor sin frases, mudez de la tragedia de los hechos. Ni una debilidad humana y posible; ni una protesta contra los que lo abandonaron moribundo, pudiendo sacarlo de la selva. «La vida nivela a todos los hombres—advierde el para-

dógico Bernard Shaw—. Es la muerte la que revela a los eminentes.»

Espíritu siempre dispuesto al sacrificio y al perdón, alma estoica y benévola, fué un hombre de hechos, no de frases. La vida de este ser verídico, sincero, bravo se condensa en esta palabra: ejemplaridad. O en esta otra: virtud. Su epitafio podría ser el hemistiquio de Shakespeare: *He was a man.*

* * *

Empieza el fin para nosotros sin haber hecho nada y con capacidad y corazón para haber hecho algunas cosas.

La culpa, principalmente, la tiene el país de barbarie en que nos tocó nacer. Se nos ha hecho vivir una vida de zozobra, provisional, inestable. Hemos tenido que irlo dejando todo para mañana, para el momento propicio. Y la muerte comienza por sorprendernos en la espera. Pero no; la culpa no la tiene el país. La tienen los que han convertido a nuestra sociedad en una selva de tigres, hostiles a cuanto no sea crimen, ignorancia, bestialidad, rapacidad y servilismo.

Sólo una lenta acción de buenas voluntades enérgicas, inteligentes, podría corregir el medio, mejorándolo. Sólo un gran genio de acción podría modificarlo de súbito, convulsionándolo, volviéndolo de arriba abajo con las fuerzas plutónicas de que los genios disponen.

Entretanto, sólo pimpoyecen allí especies inferiores.

¿Qué lozanea en nuestros baldíos arenales? Se

enraizan y avigoran cáceas, nopáneas... La vegetación del cacto anuncia la sequedad, el desierto.

* * *

La opresión del pecho se hace tan violenta, que enciendo un infernillo, caliento una plancha y me la coloco sobre el corazón. Este calor me alivia. Apenas retiro la plancha vuelve la opresión angustiosa: me plancho el corazón como una camisa.

¿Puede una emoción producir trastornos físicos? ¿Qué es una emoción? Analizarla equivaldría a no sentirla ya. Pero ¿cuál es el hontanar de las emociones? ¿Qué factores profundos se ponen en juego, en los silos del organismo, para producir nuestra emoción?

Si una glándula como la glándula tiroides influye en nuestra memoria, en nuestra atención, en nuestra actividad psíquica; si el anhelo sexual coincide con la intervención de la glándula genital, el factor o los varios factores orgánicos que produzcan la emotividad, ¿no podrán desarreglarse, una vez en acción, y producir con su desarreglo otros trastornos del organismo?

En suma: esta opresión, esta sensación de asfixia, que me ha hecho temer la muerte, ¿será mera coincidencia fortuita, u obra indirecta del mismo sufrimiento moral? ¡No importa! Aqueja, luego existe.

Continúo planchándome el pecho. El dolor físico va cesando, poco a poco.

Más tranquilo, me he puesto a escribir esta noticia.

Entre párrafo y párrafo hilvano recuerdos.

* * *

Podría escribir un libro sobre mi hermano Oscar. ¡Qué hombre tan hombre desaparece! ¡Qué energía tan sonriente, tan calmosa, tan constante, tan de todas las horas! Sí. Su epitafio podrían ser las palabras de Shakespeare: *He was a man...*

Optimista, la fe que tenía en sí propio era hasta estrambótica. No creyó que fuera a ocurrirle nunca sino lo que él deseaba que le ocurriese, porque sabía desearlo con energía indeclinable.

Una mañana, en el campo, traen un potro salvaje que nadie montó nunca. Empiezan a domarlo desbravadores de oficio: muerde al uno, da una coz al otro. Un tercero logra montarlo: al suelo caballo y caballero. El potro se ha tirado de espaldas.

—¡Uf!—refunfuñan los jinetes—. ¡Lástima de animal tan hermoso! Pero si se tira de espaldas, ¿quién va a querer amansarlo?

—Yo—responde Oscar—. Ustedes lo que tienen es miedo.

Y se monta de un salto en la bestia cerril, que parte dando corcovos furibundos y se pierde entre nubes de polvo.

Otro caso:

Tiene diez y nueve o veinte años. Anda en campaña por los llanos de Venezuela con el general Ramón Guerra. Un grupo de oficiales llaneros, avezados a cruzar a nado los grandes ríos del Trópico, tratan de pasar el caudaloso Apure. Saltan en improvisada balsa caballos y jinetes; como no les inspira miedo el agua, sobrecargan la balsa, y como la cargan de más, ocurre cuando menos lo esperaban lo que debe ocurrir: zozobra. Y es en la mitad del río donde se va a pique.

Unos quedan bajo los maderos o se enredan en

los estribos, y se ahogan; otros, con botas de montar, carrieles pesados, se defienden de la corriente con dificultad; a muchos se les ve luchar con los caimanes y desaparecer. Oscar ha nadado, pero se siente rendido. Ya no puede más; va a ceder. De repente piensa: «No; yo debo nadar y salvarme.» En efecto: nada ochocientos metros más, y es uno de los pocos que logran ganar la orilla.

Se dirá que este hombre obra así porque se ha criado como un bárbaro. No, señor; ama a la Naturaleza y ha vivido en contacto con ella; pero este hombre se ha educado en un colegio inglés. Este hombre ha vivido en Alemania, en Inglaterra, en Francia; ha viajado por España, por Holanda, por los Estados Unidos. Este hombre ha leído mucho. Escribe como un profesional de las letras, y no sólo en español, sino también en lengua inglesa. Este hombre ama el baile y a las mujeres bonitas. Este hombre no se pone bravo jamás; la sonrisa, aun en los momentos más duros, se aparta difícilmente de sus labios. Este hombre, por su familia, por su educación, por su carácter, hasta por su figura—alto, cenceño, aquilino—es un *gentleman*.

Y este hombre es, además, otra cosa: soldado por la gracia de Dios. Indolente, pachorrudo en las comunes circunstancias de la vida, la guerra lo transforma: lo convierte en el ser más dinámico, más lúcido y más feliz del mundo.

En los momentos de más compromiso, una tarde, reducidos por el enemigo a la plazoleta de un poblacho, se vuelven a él los ojos y las inquietudes:

—¿Qué vamos a hacer?

—Combatir.

Para tranquilizar a los sobrevivientes, agrega:

—Si resistimos hasta que cierre la noche, estamos salvados.

Al caer la sombra, en efecto, logra romper el cerco a pecho de caballo, y la mayoría consigue escapar.

Otra noche un tren huye, repleto de tropas y de pánico. Huye de la plaza, que acaban de ocupar los enemigos. Detiene el tren, arenga a las tropas fugitivas, tildándolas de cobardes, y se lanza en aquel tren de fuga, con la velocidad de un aerolito, sobre la plaza que se acaba de perder.

El férreo caballo de Troya, huésped inesperado, al que no consiguen detener las guerrillas sorprendidas que le cierran el paso, rompe a los adversarios las primeras copas del triunfo. Los vencedores de poco antes se destrozan entre sí, en medio de la noche. Al amanecer, la plaza queda por el bólico invasor.

Otra vez, cuando la revolución contra Castro en 1902, se reúne un Consejo de oficiales superiores, presidido por el general Nicolás Rolando. Oscar, segundo jefe de la División del general Antonio Ramos, es coronel de reciente promoción, y el más joven. Le toca hablar el primero; propone un plan. Los veteranos sonrían. Cuando todos han opinado, el general Rolando dice: «Yo pienso lo mismo que el coronel Blanco-Fombona.» Da sus razones. Se acepta el proyecto, se libra la batalla y se gana.

Y además de soldado era caudillo. Es decir, hombre magnético que esclaviza voluntades y arrastra multitudes sin saberse cómo ni por qué.

Me he preguntado más de una vez en qué consis-

te que hombres tan distintos como un comerciante de Petare, un abogado de Caracas o un pescador de La Guayra, después de unas cuantas conversaciones insustanciales con Oscar, le hicieran promesas locas los unos, jurasen por él los otros y casi todos pareciesen dispuestos a seguirlo.

La virtud proselitista, en nombre de una idea o de una creencia, es otra cosa. Esa piedra imán de algunas personas, las simpatías que despiertan y las muchedumbres de carne y hueso que arrastran y en las que apoyan o pueden apoyar su acción social, se conoce entre nosotros con el nombre de prestigio. Oscar era hombre de prestigio. En país de libertad hubiera ascendido a las más altas cumbres del Estado.

Uno de los hombres de veras puros de nuestra política, de altiva personalidad y vigorosísimo talento, el publicista D. Jacinto López, director de *La Reforma Social*, revista que se publica en Nueva York, escribe apenas conoce la muerte de Oscar:

«Es por extremo lamentable que un hombre como Oscar haya muerto de esa manera. Tal vez él no lo supiera; pero su vida importaba al porvenir de Venezuela. Yo pensé siempre en él para encabezar un movimiento de libertad en nuestra patria. En mis meditaciones sobre una acción libertadora, considerando, midiendo y pesando a los hombres, siempre entró él en mis cálculos en primer lugar. Hemos hecho una gran pérdida con su muerte.»

* * *

Este hombre desperdició la vida—dirá la suspicacia—sin saber aprovechar la coyuntura del triunfo.

No. La Naturaleza heroica necesita la ocasión para revelarse. Necesita el instante propicio y la coincidencia de su aparición con un grande ideal colectivo. Si no concurren circunstancias propicias a su floración, queda latente, o se libra a empresas subalternas u oscuras. En una de estas empresas de poco brillo perece esta naturaleza heroica.

—Y la guerra mundial, ¿no fué ocasión única?

—En efecto: lo fué.

Cuando empezó la conflagración hablamos más de una vez:

—No olvidemos que somos americanos y no europeos—decía—. Unas y otras potencias nos han humillado a los americanos: lo mismo ingleses que alemanes, lo mismo belgas que franceses. A nosotros, como Pueblos, nos conviene que Europa se debilite un poco. Cualquiera que sea el triunfador, ganaremos, porque todos van a quedar en esqueleto. Nuestra guerra no es ésta. Nuestra guerra será el encontrón de razas que se van a dar pronto Méjico y los Estados Unidos. Entonces sí debemos correr todos a ponernos en las filas de Méjico.

Sentía grande admiración por el ejército alemán:

—Si los aliados no madrugan, el ejército alemán se los va a tragar a todos—creía.

Pero si admiraba al ejército alemán, aborrecía las ideas absolutistas del imperio y los desplantes ridículos del Emperador.

—Alemania imperialista se puede tragar a Europa, y nosotros pudiéramos servirle de *pousse café*. En el precio de su victoria entrarán el Africa y acaso nuestra América.

Razonando de tal suerte solicitó ponerse al servicio de Inglaterra. Lo solicitó por conducto de un allegado del lord general Robert, allegado a quien conocía personalmente, creo que desde el colegio, y por medio del ministro de Colombia en Londres, nuestro amigo Pérez Triana, personaje de muchas y muy buenas relaciones en Inglaterra, independientes de su cargo diplomático.

Para aceptarlo en el ejército inglés en condiciones que no fueran las de un oscuro soldado de Legión extranjera, se le exigió que se hiciera súbdito británico.

—A ese precio, no—repuso—. Mi nacionalidad es muy modesta, pero no la cambio.

Y se fué para los Estados Unidos.

* * *

Nadie tenía en nuestra tierra porvenir más seguro.

Ya parecía haber encontrado lo que buscó tantos años para ir a desembarcar en alguna playa de Venezuela, repitiendo la palabra del himno argentino: «Libertad, libertad, libertad...»

Hubiera realizado cosas de esas que leemos con admiración en la Historia.

Para ello contaba con tres virtudes: el amor del ideal, el romanticismo de la gloria, la voluntad de heroísmo. ¡Ah, si la muerte hubiera esperado un poco!

BIBLIOTECA



LES MULTIPLES ASPECTS DE L'ŒUVRE
DE
RUFINO BLANCO-FOMBONA

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

LES MULTIPLES ASPECTS DE L'ŒUVRE

DE

RUFINO BLANCO-FOMBONA

I

L'HOMME ET SA VIE

I

Alberto Guillén, un délicieux et très subtil écrivain péruvien eut un jour l'amusante fantaisie de renouveler le jeu de Diogène et de partir à la recherche d'un homme parmi les mille et un «talents» littéraires qui «fleurissent» ou «sévissent» à Madrid.

Sous forme d'interviews pétillantes d'esprit, marquées au coin de la plus subtile analyse, il présenta sa symbolique lanterne sous le nez de bien des gens, et cela nous permet d'apprendre à connaître, à travers leurs vie et à travers leurs œuvres, les meilleurs écrivains contemporains d'Espagne, depuis Benavente jusqu'à Julio Camba et Gómez de la Serna, en passant par les Baroja, Azorín, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Maeztu...

Or, un jour, comme il sortait de chez Rufino Blanco-Fombona après une heure de causerie à bâtons rompus, Alberto Guillén, arrivé devant sa table de travail pour condenser ses impressions écrivit:

«Je sors. Je m'en vais. Et, une fois dans la rue, au lieu d'éclater de rire comme il m'arriva bien souvent, je m'arrêtai et me dis: «Maintenant, je n'ai plus besoin de ma lanterne.»

Alberto Guillén venait de découvrir un homme.

II

Je ne connais pas Blanco-Fombona, je ne l'ai jamais rencontré, jamais vu. Le seul aspect physique que j'ai de lui est une assez mauvaise composition photographique qui sert de couverture à un de ses livres. Mais j'ai lu toutes ses œuvres; nous avons échangé quelques lettres, et j'ai appris très vite à le connaître et je crois même le connaître comme si je l'eusse longtemps fréquenté. C'est que tout ce qu'il écrit est la vivante exposition de lui-même; aucun artifice, aucun apprêt, aucun métier pour préparer, enjoliver ou faire accepter la thèse. Ses phrases comme ses pensées sont d'une vérité brutale. Adviennent-elles poura! Blanco-Fombona n'a cure de l'opinion, du qu'en dira-t-on, des conséquences matérielles même de ses dires et de ses écrits. Il dit ce qu'il sait, ce qu'il sent et ce qu'il pense, comme il le sait, le sent et le pense. Tant pis pour ceux qui ne pensent pas comme lui, ou que ses idées indisposent. Il ne redoute pas une rebuffade ou une réplique, un défi ou un guet-apens, et je ne serais point surpris que, tel le Cyrano de Rostand, il se dit:

*«J'aime à varéfier sur mes pas les saluts
Et m'écrie avec joie: «Un ennemi de plus.»*

Cet écrivain a un mérite qui prime tous les autres, celui d'être toujours sincère et de bonne foi, même dans l'erreur.

García Godoy a dit de lui: «Cet homme n'est pas un hâbleur: il peut se tromper, mais il ne trompe pas. Pour moi, c'est l'écrivain le plus sincère et le moins conventionnel de toute l'actuelle littérature hispano-américaine.»

Lorsqu'on entreprend la lecture de son œuvre on s'attend à voir un auteur, on est tout surpris de trouver un homme. C'est là une des plus rares trouvailles qu'on puisse faire dans la république des lettres.

III

Commençons par la fin. Avant de le juger sur son œuvre, voyons comment il juge lui-même et son œuvre et sa vie. Blanco-Fombona, qui n'en est pas à une fantaisie près, a écrit son article nécrologique et voici comment il s'analyse:

«Cet homme, tel ceux qui furent aimés des dieux, mourut jeune. Il sut aimer et haïr de tout son cœur. Il aima les champs, les rivières, les fontaines; il aima les femmes pubères et les beaux vers. Il méprisa les poltrons, les présomptueux et les médiocres. Il détesta les méchants, les hypocrites, les médisants, les mercenaires, les eunuques et les serviles. Il refusa de lire les faconniers d'une littérature stupide. Au milieu de l'injustice, il fut juste. Il prodigua ses applaudissements à tous ceux qui lui parurent les mériter; il admira ceux qu'il reconnut supérieurs, il eut toujours ses égaux en estime. Bien que célébrant le triomphe de la griffe et la puissance de l'aile, il eut toujours pitié de l'infortune, même chez les tigres. Il n'attaqua que les forts. Il eut ses idéaux, il lutta et se sacrifia pour eux. Il porta le désintéressement jusqu'au ridicule. Il n'y a qu'une chose qu'il ne donna pas: des conseils. Même aux heures les plus amères, l'amitié et le cœur d'une femme ne lui manquèrent jamais. On ne sait pas s'il fut moral, immoral ou amoral; mais il plaça la beauté et la vérité, sa vérité, au-dessus de tout. Il jouit et souffrit beaucoup, phy-

siquement et moralement. Il connut le monde entier et il eût voulu que tout le monde le connût. Ni anarchiste, ni «acratique», il pensait que seule l'intelligence doit gouverner les peuples. Quant à l'art, il pensait qu'il pouvait et devait être toujours original, sans oublier toutefois le *nihil novum sub sole*. Sa vie fut un illogisme. Sa pensée, une continuelle contradiction. La seule chose qui demeura chez lui immuable ce fut la sincérité, dans la sensation comme dans le jugement. Le mensonge ne souilla jamais ses lèvres ni sa plume. Il ne redouta jamais la vérité, ni les conséquences qu'elle entraîne. Et pour cela il affronta le poignard homicide, pour cela il demeura longtemps emprisonné, pour cela il fut exilé. Il prêcha la liberté par son exemple: il fut libre. Il avait une âme du XVII^e siècle et c'était un homme du XX^e.

Qu'il repose en paix pour la première fois. Que la terre, qu'il aima tant, lui soit légère.»

A ce résumé d'une vie trépidante, plus riche en péripéties singulières qu'un classique roman d'aventures, où pas un jour, ne fut vide de création, où cent œuvres puissantes, quelques-unes véritablement géniales s'ajoutent à un prodigieux labeur matériel, Blanco-Fombona, poussant l'ironie jusqu'à l'extrême, donne en épigraphe l'aphorisme «shakespeareien»: *much ado about nothing*.

IV

Rufino Blanco-Fombona est né le 17 juin 1874 à Caracas. Les ancêtres de Blanco-Fombona viennent d'Espagne. Il descend directement d'une famille de haut rang dans la société coloniale des XVII^e et XVIII^e siècles.

A dix-huit ans, le jeune Rufino prend part à un mouvement révolutionnaire dirigé contre le président Andueza.

Blanco-Fombona — dit un critique littéraire des

Etats-Unis, M. Isaac Goldberg—*c'est l'esprit de Bolivar combattant dans le monde de la pensée contemporaine. Sa conception du Nouveau-Monde et de sa destinée est celle de Bolivar. Et il s'en est fait le paladin* (1).

V

Son premier voyage est pour les Etats-Unis. C'est une coutume assez courante, assez inexplicable aussi que les jeunes Latins d'Amérique ont eue, de tous temps, de se rendre à New-York dès la fin de leurs études premières. On ne peut croire que ce soit pour les y compléter. L'enseignement que l'on donne à Bogota, à Rio de Janeiro, à Buenos Ayres est tout aussi excellent—à mon point de vue il est infiniment meilleur—que celui que peuvent donner les Universités de l'Amérique anglo-saxonne; il est en tout cas plus humain, plus compatible aux tempéraments et aux traditions des hispano-américains.

Il semblerait donc que ce soit plutôt vers les Universités de la vieille Espagne, *cuna de la raza*, qu'ils dussent aller compléter leur formation spirituelle. Peut-être, pour l'avenir même de l'Amérique latine, ne faut-il pas trop regretter cette pratique. Le contraste entre les deux races, entre les âmes, entre les deux civilisations est à ce point violent que ces jeunes gens en demeurent en général stupéfaits, puis déçus. Puis, lorsqu'ils se resaisissent et raisonnent, la comparaison fortifie en eux l'amour de leur pays et de leur race, l'exalte jusqu'à l'enthousiasme.

Tous les écrivains, les artistes, les hommes politiques d'Amérique latine qui sont allés à New-York à leurs vingt ans et qui, revenus dans leur patrie, l'ont

(1) Isaac Goldberg Ph. D. *Studies in hispanish-american literature*, by Isaac Goldberg. New-York, 1920.

magnifiée dans leurs œuvres, l'ont défendue dans les Assemblées internationales, l'ont grandie de leur propre gloire, tous, sans exception, ont puisé la force de leur patriotisme dans la haine des Etats-Unis. Blanco-Fombona est un exemple *hypertrophié* de cette règle.

M. Goldberg, critique littéraire de l'Amérique anglosaxonne, dit en parlant de ce premier séjour aux Etats-Unis:

«A ce moment commença sa période de fanfaronnerie et sa haine pour notre pays (les Etats-Unis). La première paraît maintenant terminée, la seconde est toujours aussi active».

En effet, ce qui caractérise tout l'œuvre de Blanco-Fombona, ses deux dominantes, les *leit-motiven* de ses romans, de ses études historiques, de ses essais, ce sont: l'amour de Bolivar, la *Bolivarolâtrie* et la haine des Etats-Unis.

VI

C'est dans son pays, à Caracas, qu'il publia en 1899 son premier livre: *Trovadores y Trovas*. C'était un petit volume. Epuisé aujourd'hui, il contenait quelques poèmes et des articulets de critique littéraire et artistique.

Une anecdote plaisante s'attache à sa première édition. Voici comment la raconte Blanco-Fombona lui-même.

«Le jour où l'impression de *Trovadores y Trovas* devait être achevée j'attendais, impatient, comme on peut facilement l'imaginer. C'était mon premier livre.

Enfin parut un employé apportant un exemplaire. L'édition était superbe. Toutes les têtes se penchèrent sur le volume.

Et de toutes ces têtes attentives partit un éclat de rire unanime... Herrera Irigoyen avait jugé à propos de faire au nouvel auteur une mauvaise farce. Sur la couverture d'un beau jaune pâle se détachait en noir, à la place du portrait de l'auteur, une énorme tête d'âne.

Comme j'avais déjà la réputation d'avoir cette humeur irascible qu'Horace prête aux poètes, Herrera Irigoyen, avait, par précaution, fait enlever à l'avance ses vases de porcelaine, ses statuettes de marbre et son encrier de cristal.

Précaution inutile: j'en ris plus fort que les autres. >

A partir de ce moment—25 ans—, c'est la vie en perpétuel mouvement, pleine d'aventures, de joies et de drames, romanesque, hallucinante.

Une querelle politique qui dégénère en rixe tragique le conduit en prison. Rendu à la liberté, il reprend le chemin de New-York. Il parcourt les Antilles. La République Dominicaine lui confie son consulat à Boston. Il y demeure une année. Entre temps, un mouvement politique se produit au Vénézuéla. Il retourne aussitôt dans son pays et le nouveau Gouvernement l'appelle au secrétariat général de l'Etat de Zulia.

Des soubresauts se produisent. Il occupe au péril de sa vie le poste que de nouveaux venus au pouvoir veulent lui arracher. Un jour, il doit se défendre l'épée à la main, et comme il la manie avec autant de furie que de science, il laisse ses adversaires sur le carreau. On le jette à nouveau en prison.

Lorsqu'il en sort, le peuple de Maracaibo le porte en triomphe jusqu'à la cathédrale et chanté un *Te deum*, en l'honneur de sa libération.

* Tout cela en trois ans à peine.

En 1901, le Gouvernement qui le redoute mais qui redoute encore plus la popularité dont il jouit, l'exile sous des fleurs en le nommant consul à Amsterdam. Mais...

«Le soleil! le soleil j'adore le soleil...

Moi qui aime le divin soleil et la franche lumière des midis, moi qui me trouve mal devant un tableau de Carrière, comment pourrais-je demeurer dans cette obscurité, dans ce brouillard, dans cette fumée?»

On comprend facilement que le séjour dans l'humide et nébuleuse Hollande ne pouvait guère convenir à ce passionné de la lumière. Il put supporter deux ans durant cette épreuve, mais au prix de fréquents voyages à Paris, à Rome, à Florence, à Madrid.

«Combien de fois suis-je allé à la gare du chemin de fer et demandai un billet pour le premier train en partance. Ces escapades au hasard sont mes plus belles randonnées, celles que je préfère.»

A Paris, il retrouve des écrivains américains qu'il aime: Gomez Carrillo, Ruben Dario, des romantiques comme lui, et comme lui des visionnaires à qui échappe la banalité des choses environnantes. Ils amplifient tout, les faits et les gens, à la mesure de leur puissance verbale, de la vastité de leur imagination pléthorique d'héroïsme, de beauté, de sensualité. Ils vivent dans une irréalité décevante pour nous qui attachons quelque importance au sens de la mesure, mais combien magnifique, combien splendide pour ces natures résonnantes et neuves, dont la race a sauté en un bond prodigieux des temps héroïques de la Renaissance à l'âge de l'automobile et de l'aéroplane, dont les bisaïeux furent des *conquistadores* dont les aventures nous paraissent tenir de la légende, qui de la vierge Orénoque ont passé sans transition à l'embouteillage des boulevards. Comment ne pas en perdre le sens de la réalité ou plutôt comment l'acquérir jamais?

Un soir, les trois amis, après force libations qui cependant les énièrent beaucoup moins que leur joute verbale, eurent au Grand Café du Boulevard

des Capucines une dispute avec des voisins de table, paisibles brideurs sans doute, qu'incommodaient les résonnances d'une conversation très animée dans la langue si éclatante de Cervantès. Blanco-Fombona, pour qui la patience était alors la plus insondable des inconnues, eut tôt fait de passer de la parole aux gestes. Quelques coups de canne furent échangés, quelques verres cassés, un carreau s'effondra avec bruit. Un agent survint, et l'incident se termina au commissariat de police où ce magistrat, après avoir examiné l'identité des délinquants et «convaincu que nous étions des peaux rouges» (c'est Blanco-Fombona qui parle), les «laissa partir en paix».

VII

De retour au Vénézuéla, Blanco-Fombona fut nommé par le Gouvernement qui, décidément, préférait le voir loin que près, Gouverneur du Territoire de l'Amazonas (1905). L'exil sous les fleurs n'ayant pu le maintenir à distance, la nomination de Gouverneur devait—espérait-on—donner un résultat meilleur et plus définitif. Il était en effet de tradition que le Gouverneur d'Amazonas ne revienne jamais de sa mission. Il était exécuté par des moyens variés.

«La tradition dans le Territoire d'Amazonas—écrit-il—veut qu'on assassine les gouverneurs. Je fus, moi, une parenthèse entre deux morts. Mon prédécesseur, un nommé Diaz fut empoisonné, mon successeur, Maldonado, fut tué à coup de fusil.

Une nuit, une trombe humaine s'abattit sur la maison du Gouvernement. Je me défendis. Il y eut des morts et des blessés. Il y eut pas mal de potins aussi autour de cette histoire. Ceux qui n'avaient pu me voir mort ou en fuite, voulurent me voir en prison. En prison pour le moins. Pouvait-on ainsi rompre la tradition? Le Gouvernement de la République fit ou-

vrir une instruction, et je fus enfermé, des mois durant, à la prison de Ciudad Bolívar.»

Ce séjour en Amazone et le voyage qu'il fit sur l'Orénoque pour rejoindre le siège de son Gouvernement, Blanco-Fombona les conte en quelques pages que je considère parmi les plus curieuses de son œuvre.

Jamais ses descriptions, pourtant si imagées, si colorées, si vivantes lorsqu'il parle d'Italie et d'Espagne n'ont atteint un tel degré de vérité et d'émotion à la fois. C'est que l'Orénoque c'est la terre natale et la terre natale intacte, vierge encore...

Voici quelques feuillets du carnet de route du nouveau Gouverneur:

«Après cinq journées de navigation, nous arrivons un matin devant Ciudad Bolívar. Vue du bateau, à travers la brume matinale, avec ses tours et ses maisons blanches, avec ses environs arides et dominée par une pyramide de granit, la capitale de notre Guyane paraît blottie sur un rocher émergé du fleuve. Le bateau avance lentement. La ville couronnée de terrasses devient plus visible. On dirait une cité arabe. Elle évoque même vaguement en moi, un panorama de Jérusalem aperçu quelque part un jour, je ne sais quand et je ne sais où.

Cette cité que je voyais pour la première fois éveilla en mon esprit des souvenirs patriotiques. De rudes combats furent livrés là pour la conquête de la nationalité. Là Piar fut fusillé en 1817. Là en 1819 fut fondée la Grande Colombie. A la beauté du paysage s'ajoutait la beauté de l'histoire. J'en foulai le sol sous d'heureux présages.

Notre séjour occupé par nos préparatifs de voyage dans les vastes solitudes du Haut-Orénoque fut plus long que nous l'aurions voulu. Il fut marqué par un malheur. Ce fut la première éclaboussure rouge sur cette odysée qui devait finir dans le sang. Arvelo Larriva, qui était venu nous rejoindre à Ciudad Bolívar pour nous accompagner au Territoire d'Amazonas qu'il connaissait déjà, eut une algarade avec le propriétaire de l'hôtel où nous demeurions.

Il l'étendit raide mort d'un coup de revolver. La foule furieuse envahit l'hôtel en hurlant, nous menaçant tous. A grand'peine nous pûmes le sauver et nous sauver nous-même des griffes de cette populace en furie.

Enfin, désespérés de laisser Arvelo Larriva en prison, nous nous décidâmes à partir pour l'Amazonas à bord du vapeur *Apure*, qui devait nous conduire jusqu'à Caicara, petite bourgade agricole, rudimentaire et pittoresque située sur la rive droite de l'Orénoque, en face l'embouchure du fleuve Apure.

Ici commence la partie épique de l'odyssée. Jusque-là il y eut musique et champagne en compagnie de nombreux «caraqueños» (habitants de Caracas) qui se rendaient aux prairies d'Apure, mais nous dûmes laisser le petit vapeur à Caicara et poursuivre notre route en pirogue, conduite par les indiens, d'abord à la voile puis à rames.

Un matin, vers les neuf heures, nous prîmes départ. Il faisait un temps radieux. Le vent soufflait favorable. La pirogue déploya son unique voile. Orgueilleuse et heureuse, elle s'attaqua au courant. La petite embarcation n'avait guère plus de huit ou dix mètres de long; deux mètres et demi à peine dans sa plus grande largeur. Elle ne calait guère plus de deux pieds. Toute l'expédition tenait là-dessus, Dieu sait comment, sous un fragile toit de palmes entrelacées: mes frères Auguste et Harold, Francisco Alvarado, mon secrétaire, Rafaël Benavidez Ponce, un domestique et, en outre, le patron de la barque et ses quatre mariners. Une autre embarcation nous accompagnait; elle portait un jeune «cauchero» (exploitant des plantations de caoutchouc) dont la connaissance de ces parages nous fut d'un grand secours durant ce voyage.

Vers une heure de l'après-midi, la pirogue s'arrêta à un endroit propice. Les indigènes préparèrent un déjeuner que nous dévorâmes à l'ombre d'arbres touffus. Aussitôt après, nous repartîmes. L'après-midi fut magnifique. Le vent soufflait dur; la pirogue volait. Nous naviguions le long de la rive longeant la terre, mais de l'autre côté, l'Orénoque s'étalait immense, étincelant sous le soleil en une coulée d'argent et d'or, à perte de vue jusqu'à l'horizon.

Vers les sept heures, tandis qu'il faisait encore clair, nous abordâmes un petit îlot de sable au milieu

du fleuve et décidâmes d'y passer la nuit. Tandis que les indiens préparaient le repas, nous nous étendîmes roulés dans nos manteaux, sur nos couvertures, couchés à même le sable tiède qui allait nous servir de lit cette nuit, sous le ciel clair qui déjà s'emplissait d'étoiles. Benavidez Ponce eut l'idée de parcourir l'îlot. Il découvrit des choses blanches semblables à des œufs énormes. D'un coup de machete, il en fendit une et de cette chose blanche s'échappa une chose noire, criant et montrant les dents: un petit caïman sortait de l'œuf avec tous les instincts de sa race. Benavidez nous appela, nous accourûmes et nous nous mîmes à fendre les carapaces pour en voir sortir les petits monstres.

Nous en étions là de notre diversion quand un diable d'indien vint nous dire que la maman caïman ne devait pas être bien loin et qu'il ne faudrait pas s'étonner de recevoir sa visite pendant la nuit. Cette nouvelle jeta un froid. Quelqu'un proposa avec humour de réserver le meilleur accueil dans notre logis provisoire à Madame Caïman, mère d'une famille pourvue de si belles dents, mais en vérité la nuit s'annonçait peu agréable pour qui n'a pas l'habitude des matelas de sable tiède, sous le ciel étoilé dans le murmure de l'Orénoque et surtout dans l'attente d'une mère caïman dont les tendres enfants viennent d'être assommés dans leur berceau.

A l'aube, nous embarquâmes. »

VIII

Le voyage continue ainsi pendant des jours, plein de péripéties pittoresques qui offrent à Blanco-Fombona l'occasion d'observations non moins pittoresques.

Un jour l'expédition reconte une barque descendant le courant. Ce sont des gens du Rio-Negro. Ils apprennent au nouveau Gouverneur que celui qu'il va remplacer agonise assassiné, que des bandes armées ont envahi le Territoire sous le commandement de Francisco Mirabal dont le nom est redoutable,

Ses frères lui demandent:

—As-tu encore l'intention de poursuivre le voyage?

—Evidemment—répond Blanco-Fombona.

—Sans troupé?

—Sans troupe.

—Alors, continuons.

«Ce soir-là—convint-il plus tard—je compris combien il était ridicule d'aller prendre possession d'un pays sauvage et désert avec quatre compagnons et un domestique. Mais que faire? Reculer? Je redoute beaucoup plus le ridicule que la mort.»

Ces mauvaises nouvelles ont calmé l'enthousiasme de ses compagnons qui n'augurent rien de bon de l'entreprise. Blanco-Fombona, lui, n'y songe même plus. Comme toujours son esprit est à cent lieues de là; il erre dans les méandres de ses évocations littéraires, dans ses souvenirs historiques. Nul n'a autant que lui ce don de l'ubiquité mentale où tout l'être physique s'estompe, s'évanouit, dépouille la «carcasse» pour vivre le songe.

En voici un bien typique exemple: c'est au lendemain de la recontre avec les gens du Rio Negro.

«La journée fut bonne!

Ni soleil, ni pluie. Le jour est brumeux, couvert. Nous chassons les caïmans à coups de winchester. Sur une roche, au milieu du fleuve nous apercevons quelque chose d'énorme qui grouille; on dirait un rouleau de grosse corde de plus d'un mètre de haut. C'est une couleurve d'eau.

Ce soir-là nous lûmes des pages de Castelar et nous récitâmes des poésies. J'improvisai même des vers. L'image du Libérateur qui, à son retour du Nouveau Royaume de Grenade, écrivit sur ce même fleuve, dans une barque peut-être plus petite encore que la nôtre le sublime Message de 1819, le souvenir de ces *conquistadores* téméraires qui, si souvent, s'élançèrent sur des flots à la recherche d'empires inconnus à asservir, de ces hommes de ma race, de ces hommes



de proie qui, sur ces mêmes rives, poursuivirent le mirage de l'Eldorado, tout ce passé d'héroïsme, depuis le conquistador Diego de Ordaz jusqu'au libérateur Manuel Cedeño qui menèrent là une vie de guerre et d'aventures, tous les gestes d'audace et de cruauté de ceux qui, à ces mêmes endroits, bataillèrent pour l'or pendant la conquête et pour la liberté pendant la guerre émancipatrice, tout cela se pressait dans mon esprit.»

La nuit passait, mais les souvenir et les images persistaient. Je m'écriai :

Yo tengo el alma antigua de los conquistadores (1).

Tout Blanco-Fombona est dans ce vers.

Son rêve, sa science d'un passé dont il a fait sa conscience, obnubile à ses yeux la rêche réalité. Ce ne sont plus des tourbes d'aventuriers, de forbans, de mercantis qu'il va trouver devant lui, ce n'est plus un vague poste de gouverneur d'une province perdue qu'il va rejoindre, c'est toute la conquête de l'or, c'est toute la conquête de la liberté qu'il revit sur le sable tiédi de quelque crique misérable.

«*Yo tengo el alma antigua de los conquistadores.*»

Jeté dans la prison de Ciudad Bolívar pour avoir trop bien défendu sa vie et rompu—comme il le dit lui-même avec une féroce ironie—cette tradition qui voulait que le gouvernement d'Amazonas soit une sorte de condamnation à mort, il y passa quelques mois qui ne furent pas perdus pour les lettres américaines puisqu'il écrivit son roman *l'Homme de fer*.

Cette vie dont le simple récit pourrait remplir des volumes, Blanco-Fombona la vécut à toute allure. Il a atteint hier la cinquantaine et pense, avec raison,

(1) Moi, j'ai l'âme antique des conquérants.

avoir clos à jamais l'ère des aventures. Il estime d'ailleurs qu'il faut savoir évoluer avec son âge. Et puis beaucoup de désillusions, beaucoup de rancœurs ont singulièrement modéré le feu de ses enthousiasmes.

En juillet 1910, en qualité de secrétaire de la Chambre des députés il avait dressé une opposition formelle aux dépenses exagérées que le dictateur Gómez prétendait faire adopter; exilé tout aussitôt il vit depuis lors en Europe, à Paris et à Madrid.

IX

Blanco-Fombona *en voyage de retour des enthousiasmes*, c'est sa propre expression, n'a cependant pas interrompu sa tâche. Tout en continuant à écrire des ouvrages qui dateront non seulement dans son œuvre totale mais aussi dans la bibliographie historique de l'Amérique comme son dernier livre *El conquistador Español del Siglo XVI*, il a rendu à l'Amérique latine et à l'Europe un service au plus haut point appréciable en fondant à Madrid une maison d'édition, *Editorial-América*, qui a pris en quelques années une énorme importance.

II

L'ŒUVRE

Il est immense. D'un eclectisme qui déconcerte. «*Polygraphe*» l'a appelé le critique espagnol Andrés González-Blanco. Si ce terme n'existait pas, il eût fallu le créer pour lui.

Poète, critique, historien, romancier, essayiste, po-

lémiste... voilà quelques-uns des genres divers où il s'exerce et où il excelle. Mais ce qui est grave, c'est qu'on ne peut le classer dans l'énumération conventionnelle des auteurs, ni parmi les poètes, ni parmi les romanciers, ni parmi les historiens. Il appartient à tous les genres et ne se spécialise en aucun.

Force est donc pour qui veut connaître son œuvre, de procéder par étapes, en s'arrêtant à chaque genre d'ouvrages, et dans chaque genre à certains livres particulièrement importants et qui méritent une attention spéciale.

III

LE POÈTE

Peut-être pourrait-on dire que c'est là tout l'œuvre de Blanco-Fombona bien qu'à la vérité il ait moins écrit de poèmes que d'œuvres en prose; mais n'est-il pas essentiellement poète en tout ce qu'il fait? Même lorsqu'il commente avec force documents rares les lettres de Bolivar, n'est-ce pas en poète qu'il le voit?

La poésie supporte mal la traduction. C'est pourquoi j'ai tenu à mettre en face de mes extraits de l'œuvre poétique de Blanco-Fombona leur texte original. On en peut mieux apprécier ainsi le rythme et surtout la magie verbale.

Blanco-Fombona parle dans ses poèmes comme il parle dans la vie quotidienne. Il ne croit pas nécessaire pour exposer artistiquement un sentiment de partir à la recherche de mots rares, d'emperlifier sa phrase de métaphores compliquées et de préciosités linguistiques, il emploie le mot vrai. Il en perçoit non seulement le sens exact, mais encore la valeur que donne à ce sens une harmonie spéciale.

Voici un exemple:

AL PARTIR

*Estreché sus quinze años;
Besé la boca de flor
Y los cabellos castaños,
Junto al viejo mar cantor.*

*—Piensa, amada, en el amante;
No me quieras olvidar...
Y cayó una estrella errante
En la copa azul del mar.*

LE DÉPART

*Elle a ses quinze ans à peine;
J'ai baisé sa bouche en fleur,
Et ses longs cheveux d'ébène,
Près de l'Océan chanteur.*

*«Où pense à moi, mon amante!
L'oubli serait trop amer!...
Lors tombe une étoile errante
Dans la coupe de la mer.*

IV

LE ROMANCIER

I

C'est en 1900 qu'il débuta comme conteur, par un recueil de nouvelles. Ces contés furent traduits en français. La presse littéraire et la critique y prêtèrent attention.

C'est surtout l'opinion d'Henri Barbusse que je tiens à citer. Barbusse n'était pas encore devenu le peintre puissant de ce prodigieux dyptique *Le Feu* et *Clarté*, il ne songeait pas à devenir l'apôtre passionné d'une religion nouvelle née d'un chaos mondial, il tenait alors la rubrique littéraire dans la très mondaine revue *Femina*. Comme ces temps sont loin! Voici comment il présentait à ses lectrices ces *Contes* et leur auteur.

«M. Blanco-Fombona est une des personnalités littéraires les plus éminentes de l'Amérique du Sud. Peu d'écrivains, parmi ceux qui, dans le Nouveau

comme dans l'Ancien Monde, manient la langue espagnole, savent la faire chatoyer avec autant d'élégance et de maîtrise. Et à travers la traduction française de ses contes américains qu'il nous offre aujourd'hui, on voit scintiller les jolis arrangements de mots, les poétiques expressions serties dans le texte original.

Ces contes sont très courts: des notations de gestes dramatiques: des aperçus, à la lueur d'un court éclair éblouissant, sur une destinée poignante ou une situation ironiquement cruelle. Il ne nous plaît guère d'ordinaire de rattacher les écrivains les uns aux autres et, à côté d'un nom, d'en évoquer d'autres, car de tels rapports sont la plupart du temps forcés pour les besoins de la simétrie et, si l'on se trompe, en les faisant, on a doublement tort. Toutefois, il nous sera permis de penser et de dire que ces contes sont conçus et écrits dans la manière française, manière sobre et forte, teintée parfois de délicates nuances descriptives. Ils font songer plus ou moins à la brièveté de Maupassant, à l'émotion de Daudet et à la tragie ironique de Villiers de l'Isle-Adam.

Je laisse à mes lectrices le soin de rechercher si ce n'est pas une marque de personnalité d'évoquer à la fois l'idée de ces trois talents si divers, et j'ajoute que la surprenante variété de ces petits récits, se hâtant au cours de ces pages, en même temps que la pittoresque couleur locale qui les imprègne tous d'une atmosphère vénézuélienne, leur donne un cachet tout particulier, et cela les attache, avec d'autant plus de force et de charme, au souvenir...»

Ces contes américains me plaisent infiniment.

II

Henri Barbusse a vu très juste lorsqu'il a dit qu'ils font songer à l'émotion de Daudet. Et c'est parce qu'ils me font songer à Daudet que je les aime. Comme Daudet, Blanco-Fombona s'est penché sur les humbles, sur les timides, sur les faibles, sur les souffrants, sur les berceaux et il les a vus à travers sa

sensibilité émoussée. A quoi tient ce dosage de l'émotion? Plus l'être est petit, plus il est sans défense, plus sa souffrance est émouvante. La plainte d'un enfant me cause une peine réelle, alors que le hurlement de douleur d'un homme blessé me laisse sans émoi. Un jour, aux armées, c'était dans la Somme, du côté de Villers-Bretonneux, des éclats d'obus blessèrent simultanément à mes côtés un pauvre petit soldat et un officier. Je bondis spontanément au secours du petit soldat. Pourquoi?

La hiérarchie sociale est-elle antinomique de la sympathie spontanée?

L'auteur des *Drames minimes* est d'une bonté ardente et agissante.

Son ineffable commiseration, son impuissante colère contre l'implacable fatalité fait de ses *Drames minimes*, minimes par la simplicité des situations, par la condition sociale des personnages, des drames immenses par l'intense émotion qui s'en dégage.

C'est, du reste, la Fatalité, *le fatum* antique qui, sous des appellations variées, domine et conduit tous ces récits où le pessimisme en rébellion de Blanco-Fombona se complaît et apparaît de façon beaucoup plus violente, beaucoup plus pénétrante—me semble-t-il—que dans ses apostrophes les plus acerbes. Ici, son sentiment profond s'exprime au moyen d'épisodes fictifs et interposés, il n'en est que plus apparent, que plus actif. Par endosmose, il pénètre le lecteur et l'émeut.

Sans recherches, sans effet, sans tirades oratoires, de la simple affabulation se dégagent à chaque page ses rebellions innées.

Rebellion contre l'injustice et contre la justice aussi, telle que la conçoit et l'interprète la société: «J'ai toujours détesté, haï de haine innée les juges, les policiers, les prêtres, tous ceux qui ont la prétention de juger, de diriger, de surveiller, de contraindre les

autres hommes. La société leur en confère le droit! Et qui donc le lui a donné, ce droit à la Société?»

Rebellion contre la douleur physique et la douleur morale.

Rebellion contre l'hypocrisie, l'avarice, le mercantilisme, contre tout ce qui opprime, tout ce qui domine, tout ce qui accapare.

Rebellion contre la force mal employée, contre la puissance. «Je hais la force, je hais l'injustice, je hais l'hypocrisie. Entre les Italiens et les Turcs de Tripoli, je suis avec les Turcs. Je suis avec les Marocains contre les Français, avec les Herreros contre les Allemands, avec les Boërs contre les Anglais, avec les Philippines contre les Yankees, avec les nègres contre les blancs, avec les faibles contre les forts.»

Cette bonté qui procède de la haine et qui l'engendre n'est pas une des moindres qualités de cet écrivain, par ailleurs si complexe.

Sans doute, Blanco-Fombona ne possède-t-il pas la douce mansuétude d'un François d'Assise. Sensible et sincère à l'extrême, il subit fortement les émotions et il lui est impossible d'atténuer la violence de ses reflexes. De là, sa réputation d'homme agressif, implacable, certains disent même méchant. Cette réputation le blesse un peu, bien qu'il s'en défende; elle le blesse sans trop lui déplaire pourtant, car il se garde toujours de rectifier ce jugement fantaisiste porté par ceux qui n'analysent pas, comme il convient, cette nature fort incompréhensible pour un observateur superficiel.

III

El hombre de hierro (l'Homme de fer) et *El hombre de oro* (l'Homme d'or), deux romans d'une belle tenue littéraire placent Blanco-Fombona aux tous premiers rangs des romanciers de langue espagnole et contribueraient à lui assurer une place enviable parmi les auteurs favoris du public français si ces deux ouvrages étaient convenablement traduits.

Comme dans la plupart de ses œuvres et dans beaucoup de ses gestes aussi—c'est une des tournures préférées de son esprit—Blanco Fombona s'est diverti— je l'imagine—, à déconcerter le lecteur en donnant à ces deux romans des titres qui sont de pures antinomies.

L'homme de fer, *El hombre de hierro* est loin d'être de fer, c'est un faible, un veule, roulé par les événements, trompé par sa femme, bafoué par tout le monde.

L'homme d'or (*El hombre de oro*) est l'antithèse absolue du sentiment que l'on a coutume de prêter à ce vocable. Il n'a ni un cœur, ni un caractère d'or, c'est une basse canaille dans l'acception la plus étendue que l'on prête à ce mot, mais une canaille riche qui se sert de son or pour se permettre impunément tous les méfaits. C'est un Isidore Lechat de moindre culture, doublé d'un *caudillo* sans scrupule.

El hombre de hierro appartient à la catégorie des «romans à clé». Sous une action à peine imaginaire, c'est la vie quotidienne du Venezuela et surtout les divers aspects de la vie politique qu'il représente; ce sont des personnages connus et faciles à reconnaître qu'il met en scène avec cette exactitude de l'expression dont il a le secret qui a fait dire à Max Nordau: «C'est un sculpteur de figures humaines.»

V

L'ESSAYISTE

I

La lámpara de Aladino n'est pas une œuvre homogène, c'est la réunion de notes et de *notules* écrites au hasard des événements et au gré de la fantaisie, c'est la vie et les personnages contemporains vus par un artiste qui veut, quelquefois aussi, être un moraliste, qui s'y essaye et qui y réussit souvent.

Une ironie acerbe, une exubérance intellectuelle, une bravade paradoxale, une imagination prodigue, la bile du desenchanté, la frénésie du fanatique, se mêlent dans ce livre singulier, livre de mécontent, de nerveux, d'amoureux, de jouisseur, livre discutable et décevant par endroits, mais magnifique par la maîtrise d'un virtuose polémiste.

De toutes les œuvres de Blanco-Fombone c'est la plus représentative de son temperament, de ses inquiétudes et de ses élans. Irrésistiblement poussé à revêtir d'une façon brillante ses sensations (et ses idées, il écrit par spontanéité créatrice sous l'impulsion immédiate de l'émotion éprouvée. Il ne réserve point ses observations et ses pensées pour un contrôle futur, il les dit à mesure qu'elles naissent et, à mesure qu'elles évoluent ou se transforment, il les contredit avec autant d'ingénuité que de franchise.

Sa culture, ses lectures, ses innombrables voyages, ses conversations avec de gens de tous les milieux et de tous les pays, ses émotions devant la beauté, devant la misère, devant la grandeur, devant le mal; ses illusions et ses désillusions, ses douleurs et ses

joies, des images chères, des propos captivants, tout cela a formé au fond de sa mémoire une agglomération d'éléments spécifiques qui, à l'occasion du moindre fait, d'une idée qui passe, d'un événement qui le frappe, devient la cellule-mère d'un véritable ouvrage, dont il se contente de jeter sur le papier les lignes essentielles. De là ces pages débordantes de savoir, d'art ou d'histoire qui paraissent le fruit d'une longue préparation et qui sont, en fait, le jet spontané d'une mémoire prodigieusement riche et d'une prodigalité folle.

II

Ce qui déçoit, ce qui irrite quelques-uns, et non des moindres, c'est la constante ironie dont il enveloppe sa pensée. Encore ici faut-il s'entendre. Il y a de multiformes ironies: l'ironie du rire, celle de la satire, celle de la passion, celle de la prudence et celle de l'émotion, l'ironie de Voltaire, celle de Pascal, celle de Montaigne, celle d'Anatole France, celle de *Figaro*.

Blanco-Fombona les réunit toutes et d'autres encore, mais il me semble que cette dernière prédomine en bien des cas. Lorsqu'il éclate de rire, ne serait-ce pas parce qu'il éprouve le beison de mordre... ou de pleurer?

VI

L'HISTORIEN

I

Il y a chez Blanco-Fombona deux espèces d'historiens.

Celui qui scrute et dépouille les archives, fouille les manuscrits et les correspondances, établit les synchronismes et ajoute au bas des textes souvent confus ou ambigus des notes capables de les éclairer.

Celui qui dégage la philosophie des événements.

Ces deux manières, il les cultive avec autant d'amour. S'il est poète et romancier par goût ou par profession, on peut dire qu'il est historien par passion. Le jardin de l'Histoire est celui où il se réfugie, où il passe le meilleur de son temps.

Il ne s'agit évidemment d'aucune autre histoire que de celle de l'Amérique latine et encore, celle-ci, la limite-t-il, à de rares exceptions près, au cycle de Bolivar.

Blanco-Fombona, historien, offre une singularité, une de plus parmi tant d'autres. Il n'écrit pas une histoire originale. Il recueille et réunit les témoignages des contemporains et les annote. Il attache un prix tout spécial aux Correspondances, aux Mémoires. Il veut lire l'Histoire dans les textes mêmes de ceux qui la vécurent et qui la firent.

Les documents de cette espèce sont dépourvus de l'impartialité nécessaire à un jugement équitable, mais Blanco-Fombona, en telle matière, n'a cure d'impartialité; il apporte même une réelle désinvolture à se montrer partial. Il ne prétend point du reste démontrer que Bolivar adopta la bonne ou la mau-

vaise manière pour émanciper l'Amérique espagnole, s'il eut raison d'agir ainsi ou s'il eut tort de ne pas agir autrement, ce qu'il veut, *c'est démontrer que Bolivar fut le libérateur de cette Amérique espagnole*. On le savait déjà sans doute, mais la chose n'avait jamais été dite de façon si péremptoire et avec un tel luxe de détails.

II

Sur Bolivar on a accumulé depuis près d'un siècle beaucoup de légendes et pas mal d'erreurs. Tous ces récits sont sans doute sympathiques. Bolivar y apparaît comme le héros le plus populaire du monde. Une trop forte dose de légende réduit la valeur des exploits. Le Roland de Roncevaux, le Cid Campeador nous laissent indifférents, nous faisons une grande part à l'emphase lyrique, mais qu'un ancien lieutenant des Gardes espagnoles, de chair et d'os comme tout le monde, à la tête de créoles timides et inexpérimentés, soit parvenu à mettre en échec la plus forte puissance militaire et coloniale de son temps et ait réussi à libérer tout un continent, cela valait la peine d'être démontré et démontré scientifiquement, autrement qu'en poèmes, autrement qu'en images.

Les historiens professionnels d'Europe, dans leurs maigres chapitres sur l'Histoire américaine, ont raconté cette campagne d'Indépendance et cité l'action de Bolivar, mais les noms seuls de ces historiens, ceux de Lavisse, de Rambaud, de Seignobos ont le don de mettre Blanco-Fombona en état de rage. Ses griefs ne vont pas aux seuls historiens français, les autres, les allemands, les anglais subissent aussi ses invectives, mais il regrette que les historiens de France ne soient pas mieux informés de ces choses que ceux des autres pays. Il les accuse de diminuer sciemment l'œuvre de Bolivar.

Je ne crois pas que tant de stupidité entre dans l'âme de nos historiens officiels, à qui M. Marius André fait par ailleurs et sur le même sujet des reproches pareils que renforcent les atteintes portées à son orthodoxie. Ils péchent, puisque péche il y a, par insuffisance de documents, par la manière hâtive avec laquelle ils traitent en quelques cent lignes des événements qui ne sauraient être résumés impunément. En cela, la composition de nos programmes d'histoire est la grande coupable... Mais je n'entreprends pas ici la défense de nos historiens.

Outré de cette ignorance—disons de cette insuffisance—en telle matière, il résolut de fournir à ceux que ces événements intéressent une documentation complète et de premier ordre.

Il s'acharna sur cette tâche avec une ténacité et une patience de bénédictin (cette comparaison n'est pas pour lui plaire, je sais qu'il la trouve ridicule, mais je l'emploie néanmoins car elle est classique et, en l'occurrence, elle représente bien sa méthode).

Plus de soixante-dix œuvres sur Bolivar et l'Amérique—quelques unes en plusieurs gros volumes—a publiés Blanco-Fombona, à Madrid, ces dernières années, dans son *Editorial-América*.

III

A travers les bibliothèques, et les archives, publiques et privées, il peina longuement, cherchant, dénichant, réunissant, classant l'immense correspondance de Bolivar.

Il reprit, en la modernisant dans sa forme et en l'amplifiant, de précieux apports personnels, *La Vida del Libertador Simón Bolívar* de l'écrivain américain Felipe Larazabal.

Dans la substantielle préface qu'il écrivit pour

cette œuvre, il expose les raisons qui l'ont conduit à apporter des modifications à la construction matérielle: suppression des diatribes anachroniques envers l'Espagne qui n'ont plus leur raison de subsister aujourd'hui; suppression des longues «tirades philosophiques et politiques qui avaient la prétention d'être profondes» (*se han suprimido ciertas reflexiones filosóficas y políticas que querían ser profundas, sin conseguirlo*), suppression du ton déclamatoire ou dithyrâmbique, des hyperboles, des adresses au lecteur, etc...

Ses notes nombreuses, copieuses, débordent de documents, de références, de chiffres, de preuves. Elles constituent à elles seules un véritable ouvrage nouveau qui augmente et corrige l'œuvre première. Elles font en réalité de cette collaboration postérieure le véritable fonds scientifique de cette *Vie du Libérateur* que Larazabal, cédant aux influences de l'ambiance et de la contemporanéité, avait écrite en accordant trop de place au sentiment.

En parcourant ces notes, au hasard même des pages, on demeure stupéfait de l'étonnante érudition de Blanco-Fombona en telle matière. On songe aux innombrables lectures, aux innombrables recherches qu'il a dû faire en toutes langues, en tous pays pour ne laisser échapper aucun détail, fût-il en apparence insignifiant, concernant Bolivar, son œuvre et son temps.

A côté d'extraits des *Leyes de Indias*, d'instructions diplomatiques de la chancellerie britannique, de citations de Tacite, on trouve des rappels de Miguel de Unamuno, d'Emile Ollivier, d'Alejandro Alvarez. Entre deux extraits des registres de l'état civil de Caracas ou de Biscaye c'est une *coupure* d'une petite revue parisienne, un texte de droit international énoncé par le professeur Basdevant, une note de Bogawewsky sur les secours aux militaires malades, une

anecdote recueillie dans une gazette de 1817, etc...

Rien ne lui échappe, il a tout lu, tout classé. On pourrait paraphraser, à son profit, le mot de Térence: «Rien de ce qui touche à Bolivar ne doit m'être étranger.»

IV

Il n'envisage pas la possibilité de publier les trente et un volumes des *Mémoires*, du général O'Leary—un irlandais—qui constituent à eux seuls le monument le plus solide et le plus sincère élevé à la gloire de Bolivar.

Il le regrette sans doute, car ces nombreux volumes contiennent «les lettres privées du héros de Colombie, celles aussi qu'un grand nombre de personnages américains et européens échangèrent entre eux et principalement avec Bolivar... la collection complète des ordres du jour, des minutes des secrétaireries, les archives du Libérateur: la campagne, l'administration, la vie privée; c'est-à-dire une matière de tout premier ordre, une matière qui laisse voir le drame qui se joue derrière les décors,—tout ce qu'il y a de plus intime—tout ce qu'il y a de plus sincère, la vérité sans voile, *la Vérité vraie.*»

La Vérité vraie! Que voilà bien le cri du cœur de Blanco-Fombona, historien qui veut connaître cette vérité vraie, qui va la chercher partout où il croit avoir quelque chance d'en découvrir une parcelle de plus, qui s'irrite contre quiconque met en doute un document auquel il croit, qui part en guerre contre ceux qui sciemment ou inconsciemment adultèrent ou tripatouillent l'histoire et ravissent à son héros une part de cette gloire qu'il revendique pour lui tout entière.

Mais si la reproduction de cette mine de documents est malaisée et du reste inutile, les professionnels

que la personnalité et le cycle de Bolivar intéressent ayant la ressource de consulter ces Mémoires dans la plupart des grandes bibliothèques, la *Narracion* qui les précède et qui leur sert de commentaire lui semble digne d'une vaste diffusion.

Dans un format facilement maniable, sous une typographie parfaite, de lecture agréable, il la présente sous le titre: *Bolivar y la Emancipación de Sur América* le terme *Narracion* lui paraissant *incolore, insipide et insexuel*.

Ce changement—heureux—du titre, quelques alignés pour «éclaircir», au sens typographique du mot, un texte massif et long, quelques titres et sous-titres de chapitres de façon à guider et faciliter la lecture, sont les seules libertés que Blanco-Fombona se soit permises avec l'œuvre de O'Leary.

Admettre—et souhaiter même—qu'il eut pu alléger ce texte, qu'il considère comme un texte sacré, de ses lourdeurs et superfétations c'est provoquer un sursaut d'indignation chez cet historien idolâtre de son sujet, spécimen rare d'une espèce dont le scepticisme et l'ironie, pour ne pas dire l'irrespect, sont les dominantes professionnelles.

V

Un écrivain espagnol, Andrés González Blanco, a voulu rapprocher les procédés historiques de Blanco-Fombona de la manière de Taine. Je ne pense pas qu'il faille aller si loin.

En ce qui concerne Bolivar, Blanco-Fombona me donne l'impression d'un collectionneur patient, obstiné et dévot, doublé d'un commentateur érudit et d'un metteur en scène fastueux.

A travers le monde, il a glané l'abondante moisson des écrits, des mémoires, des panégyriques et des

pamphlets sur Bolivar. Il a interrogé les diplomates, les politiques, les guerriers, les idéologues, les poètes, les chroniqueurs; il a écouté leurs voix, il a pris à chacun ce qu'il a de meilleur, de plus substantiel, même si cette substance est nocive à sa conception personnelle. Sur ce conglomérat d'observations, d'opinions et de preuves il a dressé son jugement. Et du même coup, il a présenté au lecteur l'admirable fresque de cette épopée aux surprenantes complexités, d'où, à travers une série de vastes spectacles, se dégage la psychologie extrêmement curieuse d'un Individu, de la Race qui l'engendra et qu'il anima.

De cette «littérature» innombrable et de qualités diverses, d'un fouillis de tendances antagonistes, il seyait de dégager la matière fondamentale d'une solide synthèse, d'en condenser l'indispensable. Blanco-Fombona a excellé dans cette tâche. Ses préfaces, ses introductions et ses notes, ses éditions de vulgarisation d'ouvrages minutieusement choisis constituent déjà un «fonds» de travail de tout premier ordre.

VI

Sa seconde manière, il la révéla tout récemment dans son livre: *El Conquistador Español del Siglo XVI* (Le Conquérant espagnol du XVI^e siècle), titre qu'il fait suivre du sous-titre: «Essai d'une interprétation.»

Ce livre marque une étape dans l'incessante évolution de Blanco-Fombona.

La bibliographie de la conquête est innombrable. Il n'est de *conquistador* qui n'ait trainé derrière lui un ou plusieurs chroniqueurs, mais, comme ces chroniqueurs étaient à la solde de leurs capitaines ou briguaient des prébendes de la couronne, prébendes à la mesure de leurs exploits, il est donc probable que

leurs écrits comportent une très grosse part de «mise en valeur» des personnages et des événements.

Jusqu'à ce jour, les chroniqueurs et les historiens de la conquête s'étaient limités à énumérer les événements et leurs conséquences, à narrer l'action des protagonistes, Pizarro, Almagro, Hernán Cortés, Núñez de Balboa, Valdivia, Belalcázar, Alonso de Ojeda, Pedro de Alvarado et les autres.

Mais ces hommes qui, dans le recul du temps, apparaissent des surhommes et qui en réalité, par leur prévision, leur énergie, leur cruauté, leur défaut de morale et de scrupule furent au-dessus ou en marge de la commune humanité, Blanco-Fombona essaie d'en interpréter la constitution sociale et les conditions morales. Ce n'était pas chose bien aisée. Il fallait au premier chef une connaissance approfondie de l'Espagne d'avant la conquête et des éléments de sa formation ethnique.

Blanco-Fombona dut procéder à rebours des autres historiens. Au lieu de suivre l'ordre chronologique des choses, aller des hommes à leurs actes, il dut opérer une reconstruction, remonter le torrent, faire appel à l'ethnologie, à la sociologie, donner aux facteurs psychologiques une place prépondérante, en un mot, atteindre par des recoupements successifs la cellule initiale, la moelle de l'Espagne, *la médula española*.

Cette seconde manière, qui procède d'une préparation rigoureusement scientifique, diffère totalement des procédés qu'il emploie pour l'histoire de Bolívar.

Dans son cycle de Bolívar, il place l'individu au centre, à la base de tout, il en fait le pivot et le moteur des événements.

Sans Bolívar et ses émules, sans Miranda qui prépara la voie à Bolívar, pas de mouvement d'indépendance, ou tout au moins à cette époque et sous

cette forme. Bolivar engendre l'idée, en assure la gestation, endoctrine les peuples, galvanise les chefs; dirige les campagnes militaires, établit et conduit les relations diplomatiques des nouvelles nationalités, conçoit leur statut administratif. L'individu (Bolivar) infuse au peuple une mentalité et conditionne sa destinée.

Sans Pizarro, sans Cortés, sans Valdivia et les autres, l'Espagne eût quand même passé les mers, eût conquis le nouveau continent.

Pizarro, Cortés, Valdivia et les autres sont des émanations de la race espagnole arrivée à ce stade de son évolution où elle produit et anime des individus doués d'un tempérament exceptionnel.

Les communautés néo-latines d'Amérique, dépourvues de caractère ethnique uniforme, sans cohésion sociologique, sans cadres et sans traditions, hétérogènes sont, elles, des émanations de la pensée de Bolivar et les produits de sa discipline supérieure.

VII

Si, dans ses études sur Bolivar, Blanco-Fombona va à l'encontre des principes de Taine et se refuse à voir dans l'homme de génie un produit engendré et gouverné par une entité maîtresse, en l'occurrence la race ou le peuple, dans son *Conquistador español del siglo XVI*, au contraire, il applique rigoureusement cette méthode expérimentale qui consiste à rechercher les conditions naturelles, physiologiques et sociales dont le concours fut nécessaire à la formation, puis au développement d'un «animal d'espèce supérieure», l'homme qui réalisera les destinées latentes de la race.

Le cadre de son livre montre bien avec quel soin il s'est plié à cette méthode. Ses têtes de chapitre

sont les degrés réguliers d'un processus rigoureusement scientifique. D'abord la race, son essence, la moelle, son énergie, sa personnalité, son arrogance, son endurance, les influences religieuses, l'incapacité administrative de l'Etat sous tous les règnes, l'incohérence en matière coloniale. Puis les hommes: le milieu social des conquérants, leur ignorance, leur religiosité, la fièvre de l'or, l'héroïsme et le dynamisme, la conscience de leur propre valeur, premier stade du développement de leur personnalité, leur cruauté, leur mépris absolu du droit et leur faible observance du pouvoir royal, etc...

El Conquistador del siglo XVI contient des pages admirables que je place sans hésiter aux premiers rangs parmi les plus belles de tout l'œuvre de Blanco-Fombona.

En quelques lignes il dépeint magistralement le fonds social de ceux qui devinrent les grands conquérants:

«A quelle classe sociale appartiennent les *conquistadores*? Aux plus humbles couches du peuple.

»Parmi les hommes de la découverte et de la conquête, on chercherait vainement un nom illustre, et cela est très compréhensible. Les «bien-pourvus» n'allaient pas se lancer en telles aventures. Ceux qui tentèrent l'aventure ce furent ceux qui ne possédaient rien, ceux qui ne «valaient» rien, les pauvres diables, la chair à sacrifice et la chair é canon.

»Qui est Pizarro? Un porcher de Trujillo, fils de'une courtisane. Qui est Hernán Cortés? Un petit soldat d'infanterie, un anonyme de Medellin. Qui est Vasco Nuñez de Balboa? Un petit commis perversi de Jerez, domestique de Don Pedro Portocarrero, seigneur de Moguer. Qui est Diego de Almagro? Un enfant abandonné dans le tour d'une église à Almagro. Et de même les autres, et les plus grands.

»Valdivia? Une bouchée de chair à canon des armées de Charles V, on ne sait même pas le lieu exact de sa naissance. Belalcazar? Un quelconque, il ne s'appelait même pas comme on l'appela; son nom était

Moyano. Alonso de Ojeda? Un obscur habitant de Cuenca, si obscur que son pays natal n'a même pas conservé les traces de sa naissance. Pedro de Alvarado? L'Histoire ignore ses origines, sa jeunesse, son pays, la date de sa naissance.

»Ce ne fut pas ce que la nation espagnole comptait de riche et de cossu, mais bien ce qu'elle avait de plus jeune, de plus audacieux, de plus vigoureux qui se lança sur les mers et débarqua en Amérique pour s'emparer de ce continent inconnu qu'une poignée d'intrépides argonautes venait de découvrir par delà les mers d'Occident.

»Les «découvreurs» et les conquérants du XVI^e siècle sont en quelque sorte pareils aux immigrants du XX^e, indigents et résolus partant à la recherche de la fortune. On peut les comparer. Les uns comme les autres sont des coquéants. En général, en ces temps-là comme de nos jours, les grands noms d'Espagne ne s'en vont pas en Amérique, c'est là-bas qu'ils se forgent. Alors comme aujourd'hui ce sont ceux qui trouvent l'horizon de leur patrie trop étroit pour leurs ambitions qui émigrent. Pour cela même, l'Espagnol hors d'Espagne est supérieur à l'Espagnol en Espagne.

»Ce n'est que plus tard, lorsqu'il s'agit de profiter de la tâche héroïque d'un peuple, qu'apparaissent les gens bien nés. Ils viennent pour être vice-rois, capitaines généraux, archevêques, commissaires, c'est-à-dire tyrans et voleurs et quelquefois, par exception, bienfaiteurs des nouvelles sociétés.

»Le conquérant primitif représente en Amérique la démocratie. Des parvenus comme Pizarro s'énorgueillirent d'un titre de marquis. Il croit qu'un titre de marquis peut grandir le conquérant du Pérou. Il oublie que les marquis sont nombreux et les Pizarro rares. Mais ce marquis de père inconnu, ce noble, fils d'une courtisane, c'est, par son appétit même du titre, les entrailles palpitantes du peuple.»

Et combien profondes, combien délicates, débordantes d'enthousiasme pour la race-mère et pleines de pessimistes anticipations aussi, sont ces quelques lignes sur l'idéalisme espagnol.

»Le peuple espagnol ne fut jamais un peuple de

sens pratique; par contre, il a toujours été le peuple de l'action généreuse, de l'oisiveté romantique, du mépris chevaleresque pour l'utilitarisme terre à terre. Il a toujours été un peuple de *caballeros* (1), de saints, de héros. Sancho Panza lui-même, qui cependant représente l'esprit pratique espagnol, est un idéaliste. Ne dédaigne-t-il pas ses commodités accoutumées, pour courir l'aventure, comptant sur les promesses, jamais tenues, d'un personnage qu'il connaît et qu'il considère comme un fantasque et un insensé? Parmi les nations, l'Espagne fait figure de Marie admiratrice et contemplatrice de Jésus, alors que l'Angleterre, par exemple, c'est Marthe qui nettoie les marmites, cueille les légumes et prépare le pot-au-feu. Nous avons besoin de Marthe, mais l'enchantement de Marie et son désintéressement sont bien supérieurs.»

Du reste à chaque page de ce livre éclate un hymne au génie de la race latine, mère de toutes nos civilisations.

Cette étonnante synthèse condense en trois cents pages à peine toute l'histoire et toute la philosophie de deux civilisations, celle de l'Espagne, depuis les premiers âges, et la néo-latine d'Amérique, de trois civilisations même, car il met à chaque instant, en présence des actes des conquérants, l'état des peuples vaincus dont quelques-uns, les Incas, les Aztèques, possédaient une structure sociale solide.

D'autres, des ethnographes professionnels, personnages de doctes Académies, eussent consacré à ce travail de lourds infolio. Blanco-Fombona, lui, a le don des formules précises, des expressions sommaires, qui n'ont besoin d'aucun commentaire. En peu de mots, mais suffisants, il dit tout ce qu'il a à dire, et c'est généralement tout ce qu'il y a à dire sur le sujet. Et tout cela est exprimé avec une surprenante

(1) Ce mot n'est traduisible dans aucune langue. J'entends traduisible exactement, avec le sens moral et imagé qu'il a en espagnol.

maîtrise de la nuance, avec un soin qui va jusqu'à la ciselure psychologique la plus fine.

VII

RESUMÉ

I

Cet aperçu à peine sommaire de l'œuvre de Blanco-Fombona ne donne qu'un aspect incomplet de son talent si divers. Bien des œuvres ne sont même pas citées. Comment énumérer et analyser même en de brèves lignes tant d'ouvrages, tant d'écrits épars, dont chaque page constitue souvent à elle seule un tout, autour duquel fourmille un monde de pensées et d'évocations.

L'œuvre de Blanco-Fombona est considérable. Il est très justement connu, non seulement dans toute l'Amérique latine, en Espagne, mais aussi aux États-Unis et dans la plupart des grandes nations européennes. Nul n'est aussi discuté, aussi attaqué peut être, mais dans le monde de la production intellectuelle être discuté, être attaqué, c'est la preuve qu'on existe, que l'on est considéré ou redouté. Vaincre la puissante conspiration du silence qui, trop souvent, sévit dans la République des Lettres, ce n'est pas un maigre succès. La critique contemporaine lui prête attention, mais sous des éloges courtois se dissimulent mal une secrète envie et des rancœurs amères.

Blanco-Fombona ne s'est jamais soucié de plaire. Son unique souci fut de s'exprimer de la façon la plus complète, quitte à mécontenter ses amis les plus chers, qu'il ne cesse d'ailleurs pas d'aimer, parce

qu'il critique leurs œuvres ou leurs gestes. Il n'a jamais envisagé l'avenir, la réussite, l'affaire. Il ne s'est jamais demandé si telle expression ou telle idée conserverait la même fraîcheur, la même puissance demain, comment les interpréteraient les générations postérieures. Nul ne s'est moins occupé de cet égoïste désir de la survie, et nul ne survivra peut-être autant, tant est grande la somme de vie qui s'accumule en son œuvre.

II

On s'est demandé s'il exerçait ou s'il exercerait un jour quelque influence sur les lettres hispano-américaines. Pourquoi cette question?

A mon avis, les deux réponses, «oui» et «non», sont possibles et toutes deux exactes. Blanco-Fombona n'a pas suscité dans les Républiques hispano-américaines des écrivains-disciples. Il n'y a pas outre-Atlantique des sous-Blanco-Fombona, comme nous avons en France surabondance de sous-Bourget et de sous-Zola. Mais Anatole France, mais Romain Rolland, mais Octave Mirbeau dont l'œuvre est polyforme ne font pas école. Ils peuvent avoir des pasticheurs, ils en ont, ils n'ont pas de disciples. Blanco-Fombona a été traité par quelqu'un de «génie polyandrique». Cette expression pittoresque n'est pas exagérée, tant est grand et absolu le don qu'il fait de lui-même aux multiples travaux qu'il entreprend.

«Inspirer des disciples», «faire école», ce sont là de bien grands mots qui fleurent l'oraison funèbre. Alors même qu'ils seraient autre choses que de pompeuses formules oratoires, il serait difficile de les appliquer à Blanco-Fombona dont l'œuvre ne s'apparente à aucun genre et n'en crée pas un nouveau, dont le génie est tellement original, au sens réel et figuré que l'on

donne à ce mot, que nul ne peut s'inspirer de sa pensée et de sa manière en perpétuelle évolution.

On le pille, on le plagie, on le pastiche. C'est déjà là une sorte d'influence considérable, c'est même un très grand pas en avant dans les avenues de la Gloire, qu'exercer une telle attraction, que d'avoir du talent en excès pour que d'autres puissent, en s'en affublant, se tailler un succès facile.

III

Dans un autre ordre d'idées, son influence est indéniable, puissante, active. Qu'on en juge.

Lorsqu'en 1914, chassé de Paris par la menace allemande, Blanco-Fombona vint se fixer à Madrid, c'est à peine si dans la péninsule on pouvait prononcer impunément le nom de Bolivar. Allait-il, lui, le paladin du Libérateur d'Amérique abandonner son thème favori? Plus que jamais il s'en fit le héraut. L'indifférence et la réticence le stimulèrent. Il batailla, discuta, écrivit mille articles, apporta à cette cause une verve si persuasive, si communicative qu'aujourd'hui c'est quotidiennement que le nom de Bolivar apparaît sous les signatures les plus célèbres dans les gazettes et les revues d'Espagne. Les plus grands écrivains, Unamuno, Alomar, Répide, lui consacrent de remarquables études; les historiens les plus réputés, Ortega y Rubio de l'Université de Madrid, Deleito y Piñuela de l'Université de Valence, d'autres encore s'efforcent de dissiper les erreurs anciennes, de rectifier des jugements trop partiiaux, exaltent le héros d'hier encore méconnu ou abhorré. Des journalistes et des politiques libéraux, comme Manuel Bueno, des conservateurs irréductibles, comme Dionisio Pérez, proposent qu'une statue du Libérateur de

l'Amérique soit élevée à Madrid! A Madrid, cœur de l'Empire qu'il détruisit!

Et les colifichets de la gloire, ces colifichets qui sont, en quelque sorte, l'expression matérielle de la renommée ne manquent même pas. Jadis Victor Hugo, Byron, Henri Heine, Rossini, Goya portèrent le chapeau «bolivar»; aujourd'hui Alphonse XIII donne le nom de Bolivar à son cheval favori.

Blanco-Fombona attribue ce revirement sympathique à son prosélytisme et à juste titre s'en réjouit.

IV

Le Brésil, Cuba reconnaissent et apprécient les rares mérites de l'historien et, sans qu'il eût fait acte de candidat, le nomment à l'unanimité membre de leur Académie d'histoire.

En 1923, lorsque le gouvernement espagnol s'indignant de son livre *La Mascara heroica*, saisit l'ouvrage et poursuivit l'auteur, le Mexique lui offrit officiellement l'hospitalité de son territoire.

Il est une preuve plus manifeste, plus éclatante encore de l'irradiation de sa personnalité. L'Amérique du Nord, cette Amérique égoïste et têtue qui oppose une indifférence obstinée, un mutisme volontaire aux attaques les plus violentes, aux réquisitoires les plus solides des écrivains de tous pays qui vitupèrent contre les États-Unis, cette Amérique le connaît, l'observe, le redoute, l'étudie et il s'y trouve même une élite intellectuelle pour le défendre.

A l'Université Columbia M. Howard B. Mac Donald prend pour sujet de ses leçons pendant le cycle scolaire 1924-1925 «Rufino Blanco-Fombona, son caractère, son œuvre et sa haine des États-Unis».

Ailleurs Miss Cecilia Gilmore soutient une thèse de

Cardenal Cisneros

lettres sur «Rufino Blanco-Fombona, sa vie et son œuvre».

Le professeur Coester lui accorde une attention très bienveillante dans son *Histoire de la littérature hispano-américaine* et lui demande d'en écrire la préface.

Isaac Goldberg, critique littéraire réputé, un des écrivains les plus appréciés des États-Unis, lui consacre le principal chapitre de son livre *Studies in Spanish-American Literature*.

Et voici maintenant une anecdote caractéristique:

C'était pendant la guerre 1914-1918. Le professeur Ford, de l'Université Harvard, jugeant à propos de prendre à partie Blanco-Fombona, se livra contre lui à de grossières invectives et alla même jusqu'à affirmer qu'il était «vendu aux Allemands». C'était porter là un jugement bien téméraire et faire preuve en tout cas d'une méconnaissance absolue—à moins qu'elle ne soit volontaire—de l'homme et de son œuvre. Blanco-Fombona n'avait pas attendu les motifs d'inspiration offerts par la guerre pour décocher de violentes diatribes à l'Allemagne. Il suffit de parcourir ses livres au hasard des pages. C'est en 1907 qu'il écrivait ce pamphlet terrible: *La Sana Alemania*. Antiphrase! C'est en 1904 qu'il écrivait sa virulente satire: *Guillaume II. Rex-Imperator* qui commence par ces mots: «C'est un monarque d'apparat, c'est un Néron de pacotille. Un œil vert, sanguinaire, illumine sa face jaune», etc...

D'autres pages seraient encore à citer toutes entières, tel cette *notule* psychologique sur Guillaume II et son parallèle avec Porfirio Diaz «l'idole aztèque, l'indien féroce et pleurnichard, le crocodile de Mexico».

Le professeur Ford ignorait tout cela et bien d'autres choses encore. R. Blanco-Fombona s'appropriait à lui répondre, car il n'est point dans sa coutume de laisser passer une injure même vénielle sans la rele-

ver, lorsqu'un autre Américain du Nord, M. M. J. Lorent, tout à fait inconnu de lui, donc peu suspect d'amicale complaisance, répliquait déjà au professeur de Harvard en lui disant «qu'il se hasardait sans doute à parler de la sorte parce qu'il y avait toute la largeur de l'Océan entre R. Blanco-Fombona et lui, et que du reste on pouvait parfaitement détester les Etats-Unis sans être pour cela une canaille!»

Je ne crois pas qu'un seul auteur vivant ait jamais suscité aux Etats-Unis pareille controverse autour de son nom.

V

Dans le domaine exclusivement littéraire, son influence sur les lettres hispano-américaines est déjà sensible. Elle sera considérable un jour. Blanco-Fombona est un animateur. Il invective, il corrige, il vexe souvent, mais il indique, par l'exemple de lui-même, la vraie voie à une foule de jeunes écrivains dotés de dons magnifiques qui auraient tendance à s'égarer dans les emphases d'une rhétorique surannée, dans l'obscur amphigouri des idées, dans l'imitation servile et déplacée des génies européens.

Pas de verbosité inutile, de la clarté, de la précision, plus d'idées que de mots; que les phrases soient un moyen d'exprimer des pensées et non l'occasion d'exposer les richesses du vocabulaire. Autant de principes dont il est le mentor.

Peut-être ses qualités réelles de maîtrise sont-elles les raisons profondes des jalousies dont il es l'objet dans les républiques américaines de langue espagnole, et notamment en République Argentine dont les milieux littéraires et savants discutent âprement sa personnalité et ses idées.

Je veux le croire, car en parcourant avec un soin at-

tentif son œuvre total, en voulant y découvrir le bien fondé des observations émises, les dissonances, les erreurs graves, on rencontre très rarement matière à critique consistante.

Il y a malentendu sur le caractère que l'on veut agressif et violent, alors que c'est de la bonté qui se cache.

Il y a malentendu sur la forme dispersive du talent, alors que l'étude de l'œuvre révèle que cette apparente diversité se ramène à une synthèse compacte.

Il y a méprise sur l'homme dont les qualités essentielles diffèrent sensiblement de celles qu'on a coutume de prêter outre-Atlantique à *l'homme de lettres* dont on se forge encore un prototype semblable aux individus inconsistants et superbes, qu'ils soient romantiques, parnassiens, byroniens ou nietzschéens.

Rufino Blanco Fombona est «un idéaliste pratique», un tempérament solidement organisé chez qui se coordonnent, dans un juste équilibre des valeurs, l'amour et la recherche des spéculations intellectuelles et artistiques le plus élevées avec le sens et les principes d'une économie rationnelle.

En aucun moment, sa conception littéraire, son idéologie, son criticisme, son analyse psychologique ne «déraillent», ne s'égarant dans l'abscons. Sans être un «réaliste» au sens que donnent à ce mot les manuels de littérature, il possède le sens inné et constant du réel.

Il est toujours lui même, dùt-il y être seul, dans la vie courante. Il refuse de s'inféoder aux petites chapelles littéraires, où s'engourdissent les talents, et leurs thuriféraires lui tiennent rigueur de ce dédain.

Pour ces raisons, la place déjà prééminente qu'il occupe dans le monde des lettres est appelée à devenir plus grande encore. Sa renommée dépasse les frontières d'un pays et le domaine de l'idiome castillan.

VI

Parmi les écrivains d'Amérique latine, il est un des plus représentatifs du génie spécial de ce Monde-Nouveau; il en possède l'enthousiasme, l'impétuosité verbale, la spontanéité des idées, la vision démesurée, l'humeur conquérante, l'amour inmodéré et passionnel du beau, du bien, de la chair et le patriotisme intégral, pur, désintéressé dont nos nations industrialisées ont tué la claire notion.

Parmi les écrivains de langue espagnole, il occupe à juste titre et avec mérite une place enviée dans les sphères littéraires madrilènes; il a hérité de ses ascendances espagnoles la souplesse et l'ampleur d'un style prestigieux au vocabulaire magique, la puissance à la fois massive et orfévrée d'une dialectique rutilante.

Parmi la minuscule pléiade des écrivains universels, traduits, lus et connus en tous pays, en toutes langues il peut espérer s'inscrire bientôt.

De ces favoris dont le talent sut conquérir le monde, il possède les dons essentiels: l'émotion, le culte de la vérité, le savoir sans pédantisme, l'élégance de la forme, l'art de plaire sans flagornerie.

Dans ses livres on trouve toujours matière à apprendre et matière à penser; on aime et on souffre avec lui. Nul ne poussa jamais aussi loin la science et la passion d'expérimenter sur lui-même et sur les autres la gamme infinie des joies et de douleurs humaines.

GEORGES LAFOND.

(Tomado de la Revista *La Vie des Peuples*, Paris, mars 1925.)



BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I.—HOLANDA.....	1
I.—Por tierras de Holanda.....	3
II.—Domingo holandés.....	13
III.—Golondrina errante, adiós.....	15
IV.—Bloemenvelden.....	17
V.—Aquisgram y Maestricht.....	27
II.—FRANCIA.....	31
I.—En la campiña picarda.....	33
II.—Otro ejemplo que da Francia.....	47
III.—Xenofobia de la post-guerra.....	51
IV.—La Salamandra.....	57
V.—La lección del Ruhr.....	66
VI.—El concepto de España en Francia..	72
VII.—Guerande.....	78
VIII.—La segunda vez que vi a Moréas....	81
III.—ESPAÑA.....	85
I.—Las dos Vasconias.....	87
II.—Por tierras de Galicia.....	95
III.—Mayo profanado.....	106
IV.—En torno a El Escorial.....	115
V.—El Madrid de las estatuas.....	129
VI.—Por tierras de Castilla.....	137
VII.—Por tierras de Andalucía.....	157
IV.—VARSOVIA Y LONDRES.....	167
I.—Varsovia.....	169
II.—Conferencia del dinero en Londres..	189

BIBLIOTECA

312

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
V.—LA AMÉRICA TENEBROSA.....	195
I.—Últimos días de una dictadura.....	197
II.—Cara al Capitolino.....	215
III.—Cárcel de Ciudad Bolívar.....	226
IV.—La ergástula bajo el nivel del Océano.	236
VI.—LA MUERTE... ..	243
La muerte de mi hermano Oscar.....	245
<i>Les multiples aspects de l'œuvre de Rufino</i> <i>Blanco-Fombona.....</i>	265

Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Cardenal Cisneros

BIBLIOTECA



Sig.: 26587 A

ou

Tit.: Por los caminos del mundo /

Aut.: Blanco Fombona, Rufino (1874-

Cód.: 1100130919 45230



Cinco pesetas.
Printed in Spain.